

Revista Temas Número 54 abril-junio 2008

Cooperación y participación

Michael A. Lebowitz. [Gestión obrera, desarrollo humano y socialismo.](#) No. 54 abril-junio 2008

Camila Piñeiro Harnecker. [Conciencia social y planificación democrática en las cooperativas venezolanas.](#) No. 54 abril-junio 2008

Robin Hahnel. [Planeamiento democrático: sí, pero ¿cómo hacerlo?.](#) No. 54 abril-junio 2008

Santiago Alemán Santana, Orlando Saroza Monteagudo y Jorge Pérez Méndez. [El proceso de realización del productor-propietario socialista en Cuba.](#) No. 54 abril-junio 2008

Jacqueline Laguardia Martínez y Oscar de Jesús Ochoa González. [Cooperación internacional y \(medio\) ambiente: relatos desde experiencias cubanas.](#) No. 54 abril-junio 2008

Max Azicri. [El ALBA, iniciativa venezolana para el continente.](#) No. 54 abril-junio 2008

Daniela Perrotta. [La cooperación en MERCOSUR: el caso de las universidades.](#) No. 54 abril-junio 2008

Lázaro Israel Rodríguez Oliva. [Cooperación cultural en el espacio iberoamericano. Diálogo con Fernando Rueda.](#) No. 54 abril-junio 2008

Ilse Bulit, María de la Caridad Duranza, Luis Sexto, Giselle Vázquez Gil, Rafael Hernández. [La radio como espacio de debate.](#) No. 54 abril-junio 2008

Mariana Libertad Suárez. [Representación del sujeto femenino en la novela hispanoamericana contemporánea.](#) No. 54 abril-junio 2008

Gustavo Morillo. [El catolicismo latinoamericano y la crisis de la modernidad occidental.](#) No. 54 abril-junio 2008

Tania García Lorenzo. [La economía de la cultura y el desarrollo: creación y mercado.](#) No. 54 abril-junio 2008

Ana Vera Estrada. [El trabajo del científico social en la cultura.](#) No. 54 abril-junio 2008

Emilio Kourí. [John Womack sobre historia e historiadores.](#) No. 54 abril-junio 2008

Francisco López Sacha. [Una aproximación a Pedro Juan Gutiérrez.](#) No. 54 abril-junio 2008

Julio Fernández Bulté. [Estados Unidos: una mirada en tres libros.](#) No. 54 abril-junio 2008

Antonio Aja. [Miradas cruzadas sobre política.](#) No. 54 abril-junio 2008

David González López. [Usmán Sembén: la voz de África.](#) No. 54 abril-junio 2008

Gestión obrera, desarrollo humano y socialismo

Michael A. Lebowitz

Investigador. Centro Internacional Miranda, Venezuela.

¿Fueron las nuevas fábricas cooperativas del siglo XIX una alternativa al capitalismo? La respuesta de Carlos Marx es negativa porque, según él, reproducían «todos los defectos del sistema existente». Se limitaban a la búsqueda de ganancias y a la competencia; y si bien abolían la oposición entre el capital y el trabajo, la producción cooperativa continuaba siendo un sistema aislado, basado en intereses antagónicos individuales, donde los trabajadores asociados «se habían convertido en sus propios capitalistas» al usar los medios de producción para «valorizar su propio trabajo».¹ También destacó que en las «formas diminutas» inherentes a los esfuerzos privados de los trabajadores individuales, las cooperativas «nunca transformarían la sociedad capitalista». En 1875, Marx observaba en la *Crítica al Programa de Gotha* que los trabajadores deseaban «crear las condiciones para la producción cooperativa a escala social, y ante todo a escala nacional, en su propio país porque están trabajando para revolucionar las condiciones actuales de producción». Ello exige algo más que casos aislados, ya que «para transformar la producción social en un gran sistema armonioso de trabajo libre y cooperativo se necesitan *cambios sociales generales*».²

Ese sistema cooperativo exigía un proceso de coordinación consciente —como cuando «sociedades cooperativas unidas [...] reglamentan la producción nacional en un plan común, asumiendo así el control». En lugar de un sistema fundamentado en intereses fragmentados y antagónicos, en «la sociedad cooperativa basada en la propiedad común de los medios de producción», los productores asociados emplearían «diferentes formas de poder obrero totalmente conscientes de constituir una sola fuerza laboral social». De esa forma, la solidaridad entre todas las extremidades del trabajador colectivo es lógica cuando la producción de seres humanos libremente asociados «se halla bajo un control consciente y planificado».³

Entonces, ¿por qué Marx afirmó que el surgimiento de las fábricas cooperativas era una «victoria»? Habida cuenta de los defectos que tenían, ¿por qué las consideró, incluso, una «mayor victoria» para la economía política de la clase obrera sobre la del capital, que el proyecto de ley de las diez horas?⁴ En la práctica, esas cooperativas evidenciaron que el trabajo combinado en gran escala podría perder su «naturaleza contraria» y «llevarse a cabo

sin la existencia de una clase de patronos que diera empleo a una clase de obreros». Era evidente que los trabajadores no necesitaban a los capitalistas ya que «para dar frutos, los medios de producción no tienen que estar monopolizados como un medio de dominio sobre, y exacción contra, el trabajador mismo».⁵ Además, estas cooperativas apuntaban a una nueva relación entre productores. Por esa razón y a pesar de sus defectos, las fábricas constituyeron «los primeros ejemplos del surgimiento de una nueva forma». Como observara el propio Marx, «cuando el trabajador coopera de forma planificada con los demás, se despoja de las cadenas de la individualidad y desarrolla las aptitudes de la especie».⁶

Desarrollo humano y praxis

El concepto del desarrollo de las aptitudes humanas y el proceso mediante el cual este tiene lugar siempre fueron el eje del punto de vista de Marx. El joven Marx rechazó las preocupaciones de los economistas políticos de su tiempo e imaginó a un «ser humano rico», aquel que ha desarrollado sus capacidades y aptitudes a tal punto que es capaz de «sentirse satisfecho» de muchas formas, «al hombre *rico y profundamente dotado de todos los sentidos*». Propuso que «en lugar de *la riqueza* y *la miseria* de la economía política aparece *el ser humano rico* y la rica necesidad *humana*». Aquel es, al mismo tiempo, quien «*tiene necesidad* de todas las manifestaciones humanas de la vida, el hombre en el que su propia realización existe como una necesidad interna, como *urgencia*».⁷

Sin embargo, no fue solo el joven Marx quien se refirió con tanta elocuencia a los seres humanos. Más tarde, en *Grundrisse* retomó de forma explícita el concepto de riqueza humana que había presentado con anterioridad. Se preguntaba: «De hecho, cuando se desecha la limitada forma burguesa ¿qué es la riqueza sino la universalidad de las necesidades y aptitudes individuales, los placeres, las fuerzas productivas y demás, creados a través del intercambio universal?».⁸ Al imaginar un ser humano como el producto social más universal y completo posible, «tan enriquecido en necesidades como sea posible, ya que es rico en cualidades y relaciones»,⁹ daba a conocer una propuesta fundamental: *la verdadera riqueza es el desarrollo de la capacidad humana*. Este concepto entraña algo más que el simple desarrollo de las capacidades de producción, abarca, además, los medios de consumo ya que la capacidad de disfrutar constituye «el desarrollo de una posibilidad individual».¹⁰ En lugar de considerar a un ser con necesidades y facultades productivas sencillas, Marx aspiraba al «desarrollo de la rica individualidad multifacética en la producción y el consumo».¹¹

¿Podría haber algo más evidente? Sobre esto versaba el concepto de socialismo de Marx, la creación de una sociedad que elimine todos los obstáculos que impidan el desarrollo pleno de los seres humanos. Anhelaba una sociedad de productores asociados en la que cada individuo fuera capaz de desarrollar todas sus potencialidades; «el resultado absoluto de sus posibilidades creativas [...] el resultado total del contenido humano[...] el desarrollo de todos los seres humanos como un fin en sí».¹² En la sociedad cooperativa basada en la propiedad común de los medios de producción, las fuerzas productivas «han aumentado con el desarrollo integral del individuo, y todos los manantiales de la riqueza cooperativa fluyen con mayor abundancia».¹³

El énfasis sobre la creación de una sociedad que permitiera el desarrollo total de las posibilidades humanas siempre ha sido el objetivo de los socialistas. En la primera versión del *Manifiesto comunista*, Federico Engels preguntaba cuál era el objetivo que perseguían los comunistas, para responder que era la organización de la sociedad de forma tal que todos sus miembros pudieran desarrollar y emplear todas sus aptitudes y posibilidades en total libertad, sin transgredir con ello las condiciones esenciales de esa sociedad. Marx lo resumió en la versión final del *Manifiesto* al afirmar que el objetivo es «una asociación en la que el desarrollo libre de cada uno sea la condición para el desarrollo libre de todos».¹⁴ En resumen, el objetivo no puede ser una sociedad en la que algunas personas sean capaces de desarrollar sus aptitudes y otras no, sino el desarrollo cabal de todas las posibilidades humanas.

¿Cómo puede producirse ese desarrollo? Para muchos socialistas, la respuesta más sencilla ha sido cambiar las circunstancias en las que vive la gente. No obstante, en 1845 Marx rechazó la idea de que podíamos hacerle un regalo a la gente y que si nos limitamos a cambiar las circunstancias en las que viven serán personas diferentes. En su opinión, se estaba olvidando que *son los seres humanos quienes cambian las circunstancias*. El concepto de que podemos crearle nuevas circunstancias a la gente y así cambiarla, divide a la sociedad en dos partes, y una de ellas está por encima esta. Se trata del mismo punto de vista que luego rechazara Paulo Freire: «el conocimiento es un don concedido a aquellos que se consideran inteligentes respecto de aquellos que en su opinión no saben nada».¹⁵

Por el contrario, Marx introdujo el concepto de *praxis revolucionaria* —«la coincidencia del cambio de circunstancias y de la actividad humana o cambio personal»— como hilo conductor de toda su obra. Así, por ejemplo, se refirió a la manera en que las personas llevan a cabo sus luchas personales y cómo esta es la única forma en que la clase obrera puede «lograr desembarazarse de la inmundicia de siglos y estar

en condiciones de fundar nuevamente la sociedad». Advirtió a los trabajadores que deberían aprestarse a vivir hasta cincuenta años de luchas «no solo para cambiar la sociedad sino también para cambiar ellos y prepararse para el ejercicio del poder político». Luego de la Comuna de París, en 1871 —más de veinticinco años después de comenzar a estudiar el tema—, reiteró que los obreros saben que «deberán afrontar luchas prolongadas, a través de una serie de procesos históricos, que cambien a las circunstancias y a los hombres».¹⁶

Marx siempre insistió en lo mismo: cambiamos a partir de lo que hacemos. Sin embargo, esta idea del cambio simultáneo de las circunstancias y las personas, no se limitaba a la lucha de clases en sí. Estaba presente en *todas* las actividades humanas. Como observara el marxista francés Lucien Sève, «Toda personalidad desarrollada nos parece de inmediato una inmensa acumulación de los más diversos actos a través del tiempo» y esos actos desempeñan una función decisiva en el desarrollo de las «aptitudes» humanas —«el conjunto de posibilidades reales, innatas o adquiridas, para llevar a cabo cualquier acto a cualquier nivel».¹⁷ Somos el resultado de todas nuestras actividades.

A pesar de ello, si reconocemos de forma explícita que todo proceso de actividad tiene dos productos combinados —el cambio de circunstancias y el cambio de agente—, claramente se ve que ello también es válido en el ámbito de la producción. Marx no olvidó esto y explicó que «los productores también cambian en la medida en que hacen aflorar nuevas cualidades propias, se desarrollan en la producción, se transforman, desarrollan nuevas facultades e ideas [...] nuevas necesidades y un nuevo lenguaje».¹⁸ En resumen, las personas se transforman en el proceso de producción. También observó que el obrero «actúa sobre la naturaleza externa y la cambia, y de esta forma, cambia simultáneamente su propia naturaleza».¹⁹ Esta es la esencia de la sociedad cooperativa basada en la propiedad común de los medios de producción; y así cuando el obrero coopera con los demás en forma planificada se despoja de las cadenas de la individualidad y desarrolla las aptitudes de la especie.

La producción bajo el capitalismo y su inversión

La vigencia de estas ideas puede verse en la Constitución bolivariana de Venezuela. Mediante el reconocimiento explícito (Artículo 299), de que el objetivo de la sociedad humana ha de ser «garantizar el desarrollo humano integral», la declaración (Artículo 20) de que «todos tienen el derecho al libre desarrollo de la

personalidad», y el énfasis (Artículo 102) en «el desarrollo de las posibilidades de cada ser humano y el pleno ejercicio de la personalidad en la sociedad democrática», observamos que el tema del desarrollo humano permea la Constitución. En el Artículo 102, el objetivo de alcanzar «el desarrollo de las posibilidades creativas de cada ser humano», hace hincapié en «la participación activa, consciente y conjunta».

¿Se trata pues de una Constitución socialista? Es evidente que no, ya que en el Artículo 115 se garantizan los derechos de propiedad; el Artículo 299 estipula el papel que desempeña la iniciativa privada en la generación de empleos y el crecimiento, y el 112 pide al Estado que fomente las iniciativas privadas. En esta Constitución se incluye, además, un requisito especial, que es el anhelo de la política neoliberal del capital financiero; a saber, la independencia del Banco Central, que el imperialismo desea que se incluya en las constituciones de todos los países porque ahí se prescribe que no son los gobiernos electos los que deben adoptar las decisiones económicas fundamentales, sino la banca y los que están sometidos a su influencia.

La Constitución bolivariana de 1999 fue un reflejo del equilibrio de fuerzas existente en esos momentos, pero ¿eran esos elementos realmente *compatibles*? ¿Se puede alcanzar el desarrollo humano integral bajo el capitalismo? Cuando se es consecuente con el objetivo de lograr el desarrollo humano a través de la praxis, ¿acaso no se *necesita* el desarrollo de un socialismo democrático, humanista?

En las relaciones capitalistas de producción, las personas están sometidas a «la poderosa voluntad de un ser ajeno que somete la actividad a los fines que persigue». En este caso, el poder creador del trabajo del obrero «se establece como poder del capital, como un *poder ajeno* que le hace frente».²⁰ Así, el capital fijo, la maquinaria, la tecnología y todas «las fuerzas productivas generales del cerebro social» aparecen como atributos del capital e independientes de los trabajadores.²¹ Los trabajadores fabrican productos que son propiedad del capital, que se vuelven contra ellos y los dominan.

Marx comentó que, de este modo, el mundo de la riqueza es para el trabajador «como un mundo ajeno que lo domina» cada vez más, porque el capital constantemente crea nuevas necesidades de consumir como resultado de la necesidad de producir la plusvalía contenida en las mercancías. Para los trabajadores, producir en el seno de esta relación es un proceso de «vaciamiento total», de «alienación total», «el sacrificio del fin humano en sí a un fin totalmente externo».²² ¿Con qué otra cosa sino con dinero, que es la verdadera necesidad creada por el capitalismo, podemos llenar el vacío? Llenamos el vacío de nuestras vidas con cosas; nos vemos empujados a consumir.

Pero esa no es la única manera en la que el capitalismo deforma a las personas. En *El Capital*, Marx describe la mutilación, el empobrecimiento, la inmovilización del cuerpo y la mente del trabajador «atado de pies y manos de por vida a una sola operación especializada», que se produce en la división del trabajo característica del proceso capitalista de fabricación. ¿Acaso el desarrollo de la maquinaria salvó a los obreros en el capitalismo? Marx afirma que no; destaca que, en lugar de ello, completa «la separación de las facultades intelectuales del proceso de producción del trabajo manual». En esta situación, la cabeza y la mano se separan, se vuelven hostiles y se pierde «cada átomo de libertad tanto en la actividad física como en la intelectual». Indicó que «todos los medios para el desarrollo de la producción experimentan una inversión dialéctica [y] distorsionan al trabajador hasta convertirlo en un fragmento de hombre [lo degradan] y le alienan las posibilidades intelectuales del proceso de trabajo».²³ En resumen, además de producir mercancías y capital, el resultado de la producción capitalista, que Marx identificó en *El Capital*, es el ser humano fragmentado e inmovilizado, cuyo disfrute consiste en poseer y consumir cosas. El capitalismo resulta incompatible con el desarrollo humano integral.

Sin embargo, existe otra opción. Cuando comprendemos el hincapié que hace Marx en el desarrollo humano, evidencia que la *premisa* de *El Capital* es el concepto de una sociedad en la que el desarrollo de todas las posibilidades humanas es un fin en sí.

La «sociedad de libre individualidad, basada en el desarrollo universal de las personas y en la subordinación de la productividad social y comunal como riqueza social suya»,²⁴ es el fantasma que recorre *El Capital* de Marx. Se puede sentir la presencia de ese mundo diferente desde su primer renglón, cuando se nos presentan los horrores de una sociedad donde la riqueza no figura como verdadera riqueza humana sino como «una gigantesca colección de mercancías». Además, en esta obra, de una lógica aplastante, el concepto de socialismo cae del cielo sin un desarrollo lógico. De repente, Marx evoca, en forma explícita, una sociedad que no se caracteriza por el impulso de aumentar el valor del capital, sino más bien por «la situación inversa, en la que la riqueza objetiva existe para satisfacer la necesidad de desarrollo del trabajador».²⁵

¿De qué situación inversa se trata? De hecho, es la perspectiva desde la cual Marx critica el capitalismo de forma persistente. Leamos *El Capital* con miras a identificar las inversiones y distorsiones que producen seres humanos trancos en el capitalismo y percibiremos lo que Marx entiende como manifestación «exclusiva y característica» de la producción capitalista, en esa «situación inversa» que es el socialismo. Al considerar la

manera como Marx presenta la negación, empezamos a comprender lo que se requiere para producir seres humanos ricos. Habida cuenta de la forma en que describe la inmovilización del cuerpo y la mente del trabajador, la manera en que todos los medios para el desarrollo de la producción capitalista «sufren una inversión dialéctica» y se alienan del trabajador «las posibilidades intelectuales del proceso de trabajo», no debe sorprendernos que Marx aguardara la *recombinación* de la cabeza y la mano, la unificación del trabajo físico e intelectual; es decir, el momento en que el trabajador individual pueda «poner en funcionamiento los músculos bajo la dirección del cerebro».

Al «combinar la enseñanza y la gimnasia con el trabajo manual» se llega al «origen de la educación del futuro». De hecho, era «el único método de producir seres humanos completamente desarrollados».²⁶ La respuesta al truncamiento de las personas consistía en la «variación del trabajo, fluidez de funciones y movilidad del trabajador en todas las direcciones»; esto es lo que significa el desarrollo de la capacidad humana. Marx aducía que la persona desarrollada de manera parcial «ha de sustituirse por la persona totalmente desarrollada, para la cual las distintas funciones sociales son diferentes tipos de actividad a desarrollar en forma sucesiva».²⁷

El meollo de todo es la importancia de la variedad de actividades. Las personas solo desarrollan sus aptitudes a partir de su propia actividad, únicamente mediante la praxis que viabilice el crecimiento de capacidades particulares, o sea, a través de la «acumulación de los más diversos actos a lo largo del tiempo» a los que se refiere Sève.²⁸ Sin embargo, cuando se les *niega* la oportunidad de ejercer sus potencialidades no se desarrollan; y eso es precisamente lo que Marx considera inherente a una sociedad en la que los seres humanos existen como medios para la ampliación del capital. Por ello no es pura coincidencia que indicara que «los fermentos revolucionarios cuyo objetivo es la abolición de la antigua división del trabajo se hallan en contradicción diametral con la forma capitalista de producción».²⁹

Sin embargo, en el ámbito de la producción se requiere algo más que una sencilla combinación de trabajo manual e intelectual. Si el nexo de los trabajadores en la producción «los encara, en el reino de las ideas, a un plan confeccionado por el capitalista y, en la práctica, a la autoridad, como la poderosa voluntad de un ser ajeno a ellos», ¿cómo obtener seres humanos ricos? Sin una «dirección inteligente de la producción» por parte de los trabajadores, y una producción «bajo su supervisión consciente y planificada», estos no pueden desarrollar su potencial como seres humanos, ya que su propio poder se convierte en poder sobre

No solo es importante hacer de cada momento un terreno propicio para la adopción de decisiones colectivas y una diversidad de actividades que desarrollen las capacidades humanas, sino también para establecer relaciones de solidaridad en todo momento.

ellos. A todas luces, hacer realidad «la necesidad de desarrollo del trabajador» exige que haya un sistema económico muy diferente al capitalismo, un sistema que constituya una inversión.

Experiencias escogidas del siglo xx

Al llegar al problema de los trabajadores y la gestión, hay mucho que aprender de los esfuerzos hechos por construir el socialismo en el siglo xx. Sugiero tres propuestas:

1. Cuando los trabajadores no dirigen, *otro* lo hace.
2. Cuando los trabajadores no desarrollan sus aptitudes mediante la praxis, *otro* lo hace.
3. Por mucho que creamos haber expulsado al capitalismo, cuando la producción no se basa en una relación de productores asociados, tarde o temprano este retorna.

La experiencia soviética

Consideremos la posición que ocupaban los trabajadores en la Unión Soviética a partir del decenio de los 50. Allí, estos tenían *derechos laborales*. No solo había pleno empleo sino que también gozaban de una protección significativa contra la pérdida del puesto de trabajo o la restructuración de este sin su aprobación. Tampoco estaban atados a los puestos de trabajo y en la situación de pleno empleo podían trasladarse cuando quisieran; por ejemplo, 30% de los trabajadores manuales de la industria se trasladaron a mejores empleos en un año específico.³⁰ Sin lugar a dudas, esa no es la situación de los trabajadores en el capitalismo, donde el ejército de reserva de desempleados se reproduce con regularidad y recrudescen la dependencia de los trabajadores al capital.

Pensemos en lo que los trabajadores soviéticos *no* tenían. Ante todo, no estaban facultados para adoptar decisiones en el lugar de empleo. Tenían derecho a hacer propuestas para mejorar el trabajo, pero los directivos decidían qué sugerencias aceptarían, en caso de aceptar alguna. Carecían de voz independiente y autónoma: los sindicatos, que protegían los derechos laborales

individuales, tenían dirigentes seleccionados desde arriba y su función principal consistía en hacer las veces de correas de transmisión para movilizar a los trabajadores.

A pesar de esas debilidades, los trabajadores soviéticos lograron beneficios que resultaban inaccesibles a los movimientos laborales bien organizados bajo el capitalismo; y no solo derechos laborales, sino también aumento de los ingresos reales, precios estables, artículos indispensables subvencionados, igualitarismo relativo y servicios humanos socializados. ¿Cómo explicar esta paradoja de los beneficios a unos trabajadores sin poder real? La respuesta más acertada parece ser el contrato social.

Según Lewin, la ingeniosa observación de que «usted hace como que nos paga y nosotros hacemos como que trabajamos» incluía «una pizca de verdad: la existencia de un contrato social tácito, jamás firmado o ratificado, mediante el cual las partes interesadas llegaban a un entendimiento para dirigir una economía de baja intensidad de escasa productividad».³¹ Sin embargo, el contrato social abarcaba algo más que la intensidad del trabajo, ya que incluía ese conjunto de beneficios y un igualitarismo relativo, a cambio de aceptar el poder del Estado y el Partido, así como las limitaciones a cualquier poder desde abajo.

¿Cuáles fueron los resultados de la impotencia reinante en el lugar de trabajo del obrero soviético? Los trabajadores se sintieron alienados, les importaba poco la calidad de lo que producían o aumentar la producción; trabajaban lo menos posible, excepto al final de los períodos planificados, cuando había posibilidades de obtener bonificaciones; empleaban el tiempo y las energías que les quedaban para operar en la segunda economía o sector no estructurado. Nadie podría sugerir que esas relaciones de producción propician la aparición de seres humanos ricos.

Negarle a los trabajadores la oportunidad de dirigir los centros de trabajo y desarrollar sus aptitudes tuvo otro efecto. *Otros* se ocupaban de ello: los directivos de las empresas y los funcionarios. Este grupo incrementó al máximo sus ingresos gracias al conocimiento que tenían de la producción, la capacidad de manipular las condiciones para obtener bonificaciones y el desarrollo de alianzas y nexos horizontales y verticales. De hecho, los directivos obtenían cada vez mejores

resultados en el impulso de sus propios intereses, por lo que solían convertirse en protagonistas, en lugar de ser apoderados de los planificadores.³²

Durante algún tiempo, los principales dirigentes de la Unión Soviética se volvieron más dependientes de los directivos, y a medida que se agravaban las dificultades económicas —lo que hacía cada vez más difícil cumplir el contrato social—, aceptaron su punto de vista sobre cómo resolverlas. Su opinión difería muchísimo del punto de vista de los trabajadores. Era una perspectiva que rechazaba, entre otras cosas, los derechos laborales y subrayaba la racionalidad de contar con un ejército de desempleados de reserva. No debe sorprendernos que surgiera, de esos directivos, la clase capitalista de la Unión Soviética.

La experiencia yugoslava

Muchas de las experiencias del siglo xx eran variaciones del intento soviético de construir el socialismo. Sin embargo, en Yugoslavia había un *contraste real*, sobre todo respecto a la situación de los trabajadores. En 1949, los dirigentes yugoslavos catalogaron el modelo soviético de capitalismo de Estado y despotismo burocrático; y adujeron que la burocracia de la Unión Soviética se había convertido en una nueva clase. Declararon que la propiedad del Estado solo era una *condición previa* al socialismo. Para el socialismo se necesitaban relaciones socialistas de producción; es decir, la autogestión.

Así, en 1950 presentaron la Ley sobre la autogestión de los trabajadores. El Mariscal Tito, entonces presidente de Yugoslavia, apuntó: «En lo adelante la propiedad estatal de los medios de producción gradualmente se transformará en una forma superior de propiedad, la propiedad socialista. La propiedad del Estado es la forma más baja de propiedad social y no la más alta, como piensan los dirigentes de la URSS».³³

Aquello fue un verdadero experimento. ¿Obtendría resultados positivos la gestión obrera en las industrias propiedad del Estado? Tito señaló que muchos estaban preocupados de que «los trabajadores no sean capaces de dominar las complejas técnicas de gestión de las fábricas y demás empresas». No obstante, afirmó: «En el proceso mismo de gestión, en el proceso continuo de trabajo y gestión, todos los trabajadores adquirirán la experiencia necesaria. Se familiarizarán no solo con el proceso de trabajo, sino también con todos los problemas de las empresas. Los trabajadores solo podrán aprender mediante la práctica».³⁴

Sin lugar a dudas, no existía la alienación extrema que caracterizaba a los centros de trabajo soviéticos. Los trabajadores yugoslavos se identificaban con las empresas. Además, muchos de ellos sí aprendieron

bastante sobre sus problemas, sobre todo porque en los Consejos obreros existía el principio de rotación en los talleres y empresas. Sin embargo, aprendieron mucho menos de lo que Tito y otros dirigentes previeron al inicio. En 1975, veinticinco años después de promulgada la Ley de autogestión, el escritor yugoslavo Jozef Gorican describía así la disparidad existente entre trabajadores, directivos y expertos:

Parece ser una diferenciación funcional, una jerarquía de conocimientos y pericias, o como consecuencia de operaciones industriales monótonas y atomizadas [...] apenas hay exiguas oportunidades de desarrollar, en el desempeño de las funciones, una cantidad sustancial de libertad de pensamiento, imaginación e inventividad. Si a todo ello añadimos el día de trabajo relativamente largo y agotador, tenemos todas las circunstancias que coartan a los trabajadores impidiéndoles participar con mayor intensidad en la gestión de las organizaciones de trabajo.³⁵

¿Qué había ocurrido? Una de las mayores dificultades era que no se hacía un esfuerzo constante por educar a los obreros en el puesto de trabajo y enseñarles a dirigir las empresas. Como resultado, persistió la diferenciación entre pensar y hacer. Si bien estaban *facultados* para decidir asuntos de gran importancia como las inversiones, la comercialización y las decisiones referidas a la producción, los consejos obreros no se consideraban bastante capacitados, en comparación con los directivos y expertos técnicos, para adoptar esas decisiones. Por ello se limitaban a aprobar en forma mecánica las propuestas hechas por la dirección.

Por otra parte, los consejos dedicaban mucho tiempo a debatir aquello sobre lo que sí se sentían capacitados para valorar, como la justeza de los ingresos relativos en el seno de las empresas. La postura adoptada respecto a las recomendaciones de los directivos era trabajar bien y confiar en que *ellos* trabajaran bien. En aquellos casos en los que los consejos obreros destituían a los directivos que habían hecho propuestas erradas, se comportaban como un cuerpo de electores descontentos con el gobierno; pero no sentían que ellos eran el gobierno.

¿Por qué razón los trabajadores no eran sus propios directivos? Una parte sustancial del problema es el contexto en el que existían estas empresas de autogestión. Funcionaban en el mercado y las impulsaba el interés personal. En cada una, el objetivo era garantizar el máximo de ingresos por miembro de cada empresa. Teniendo en cuenta que tanto los directivos como los trabajadores se beneficiaban de los resultados positivos alcanzados por estas, se daba por sentado el hecho de que había un interés común en obtener ganancias.

La solidaridad existía entre sus miembros y se manifestaba de muchas maneras, incluida la ausencia de cesantías cuando las ventas disminuían. No obstante,

no era extensiva a los trabajadores de diferentes empresas que competían entre sí, o a la sociedad en general. En la visita efectuada en 1959, el Che Guevara observó que cada empresa «estaba inmersa en una lucha feroz con los competidores por cuestiones de precios y calidad»; advirtió que ello constituía un verdadero peligro y podía «introducir factores que distorsionan lo que supone ser el espíritu socialista».³⁶

De hecho, la situación empeoró. Durante el decenio de 1950-60 las empresas se vieron gravadas de manera significativa a partir del uso que hicieron de los medios de producción de propiedad estatal, y el Estado empleó los fondos para nuevas inversiones. Se crearon nuevas empresas y se las entregaron a los obreros para que las dirigieran. Sin embargo, en el Congreso de los Consejos de Trabajadores, celebrado en 1957, hubo reclamos porque las empresas existentes no estaban facultadas para adoptar decisiones. Se argumentó que se les debía dejar más dinero a fin de que los trabajadores pudieran invertir más y fomentar el desarrollo de la autogestión obrera. Se afirmó que «el que rige la reproducción ampliada rige la sociedad». El Estado, y no los trabajadores, era quien la regía. Se denunció la existencia de un capitalismo de Estado donde este explotaba a los colectivos de trabajadores por medio de la tributación.

A principios de los años 60, la recesión afianzó a quienes promovían esos cambios. Se redujeron los controles y reglamentaciones estatales, así como los gravámenes a las empresas, y el Estado, sobre todo el federal, se retiró de manera significativa de las inversiones. No solo impuso menos gravámenes, sino que se desarticulaban los fondos de inversiones acumulados en el pasado y se invirtió en la banca de autogestión, que concedía préstamos con fines de lucro a las empresas. En la práctica el cambio a la economía de mercado fue casi absoluto.

Ese giro hacia el mercado vino aparejado del aumento de la desigualdad entre empresas de una misma industria, entre industrias, entre la ciudad y el campo, y entre repúblicas. Esto tuvo una gran repercusión debido, especialmente, a las grandes disparidades en los niveles de ingreso —por ejemplo, en Eslovenia eran seis veces más elevados que en Kosovo— y a las diferencias étnicas. Surgió, además, otro tipo de desigualdad teniendo en cuenta que las empresas de autogestión utilizaban los fondos no gravados por el Estado, que apoyaba el desarrollo extensivo, para hacer inversiones que exigían mucha maquinaria a fin de generar más ingresos sin sumar más miembros al colectivo de trabajo. No debe sorprendernos el alto índice de desempleo, las personas que llegaban del campo no hallaban trabajo y se encaminaban a los países de Europa occidental como

«trabajadores inmigrantes temporales». En 1971 había 7% de desempleo, y 20% de la fuerza laboral trabajaba en el extranjero.

Esa desigualdad reveló un importante dilema a la hora de analizar el significado de la propiedad social en esa situación. Si bien desde el punto de vista jurídico estas empresas eran propiedad del Estado y se consideraban propiedad social, no centraban la atención en las necesidades de la sociedad, ni existía un concepto de solidaridad. Además, tal como indica la creciente desigualdad, no todos los miembros de la sociedad tenían igual acceso a los beneficios de esos medios de producción de propiedad común, ni se beneficiaban de ellos en igualdad de condiciones. Era evidente que algunos trabajadores tenían acceso a *mejores* medios que otros y los desempleados no tenían acceso a ninguno.³⁷ Mientras las fuerzas del mercado se tornaban más dominantes, la influencia de los trabajadores disminuía respecto a la de los funcionarios de las empresas, muchas dominadas por otras más fuertes o por la banca. Para la década de los 70, se afirmaba que había ocurrido algo imprevisto: en la lucha contra la burocracia estatal se había olvidado la lucha contra el capitalismo.³⁸

Lo que estaba en juego era algo más que la integridad de la *ideología* de la autogestión. El hecho de que la Liga de los Comunistas de Yugoslavia no hubiera podido impugnar el modelo existente reflejaba el arraigado poderío de la relación de propiedad grupal, que solo en apariencias era la gestión obrera. Los directivos y expertos técnicos de estas empresas eran quienes entendían la comercialización y venta de mercancías. Eran quienes sabían cómo invertir en la banca los fondos de las empresas, cómo establecer vínculos entre ellas, cómo fusionarse y demás. Los trabajadores no sabían de esos asuntos; solo estaban conscientes de su dependencia de los funcionarios.

El caso yugoslavo demuestra que la existencia de los consejos obreros, incluso cuando estaban jurídicamente facultados para adoptar todas las decisiones, no equivalía a la gestión obrera; y centrar la atención en el interés personal de los trabajadores de empresas individuales no equivale a centrarla en el de toda la clase trabajadora. Las empresas de propiedad estatal tenían consejos obreros, pero la paralizante división entre el pensar y el hacer se mantuvo. Al final, los directivos terminaron siendo capitalistas y los trabajadores quedaron como asalariados.

Socialismo y gestión obrera

Existe una evidente paradoja. ¿Cómo sucedió esto en el caso de Yugoslavia, donde la gestión obrera era el corazón mismo del sistema? Observamos que la

cuestión clave en la gestión obrera es el *fin*. Si el objetivo que se persigue es la cooperación entre un grupo particular de productores con miras a obtener el máximo de ingresos por trabajador, ¿entonces quién es el *otro*? Otros grupos de trabajadores que están compitiendo, los productores que están vendiendo los insumos necesarios, los miembros de la sociedad que constituyen el mercado o pueden afirmar que tienen derecho a los medios de producción o a los resultados del trabajo, las personas que pueden imponer gravámenes, el Estado. De hecho, son *todos los demás*.

A todas luces, la gestión obrera y la cooperación consciente en el proceso de producción tiene ingentes posibilidades de crear seres humanos ricos, de garantizar el «desarrollo integral del individuo, y [que] todos los manantiales de la riqueza cooperativa fluyan con mayor abundancia». Sin embargo, el resultado obtenido en Yugoslavia fue previsto por el Che en «El socialismo y el hombre en Cuba»:

La ilusión de que el socialismo podía alcanzarse con ayuda de los instrumentos mellados que nos legara el capitalismo (la mercancía como célula económica, el interés material del individuo como palanca y demás) puede llevar a un callejón sin salida. Allá se llega luego de haber desandado un largo camino con muchas encrucijadas, y resulta difícil averiguar dónde fue que nos equivocamos.³⁹

La gestión obrera se equivocó en Yugoslavia porque el excesivo énfasis en el interés personal atenta contra el desarrollo y la profundización de la solidaridad y evita centrar la atención en las necesidades de los miembros de la sociedad. También tiende a desintegrar la propiedad común de los medios de producción y a socavar la propia gestión obrera.⁴⁰ El interés personal, en sí, es un «defecto» inevitable, porque la nueva sociedad se inicia con personas que «en todos los sentidos, económica, moral e intelectualmente, siguen llevando la impronta de la vieja sociedad».⁴¹ El problema se multiplica cuando se decide *construir* a partir de ese defecto, y se cree que existe un *principio socialista* inmutable basado en el interés personal, tal como hizo la Liga de los Comunistas de Yugoslavia. Al hacerlo se niega a la idea del Che de la necesidad de formar seres humanos socialistas al mismo tiempo que se crean las condiciones materiales.⁴²

No obstante, ha de reconocerse que toda actividad humana crea resultados combinados, tanto en el producto inmediato del trabajo como en el mismo productor, por lo que debemos preguntarnos qué tipo de personas se crean bajo determinadas relaciones.

¿Acaso es posible formar seres humanos socialistas impidiéndoles a las personas usar el intelecto en el lugar de trabajo y dirigiéndolos desde arriba? La experiencia

del modelo soviético evidencia las consecuencias: se perpetúa la inmovilización del cuerpo y la mente y la reproducción de productores fragmentados, degradados, alienados de «las posibilidades intelectuales del proceso de trabajo», del resultado de su propia actividad y de otros seres humanos. Asimismo, el modelo yugoslavo muestra que incluso donde existen formas de gestión obrera, la orientación personal desencadenada en las relaciones mercantiles hace que el dinero sea lo determinante. El resultado es aceptar la subordinación en el lugar de trabajo y en la sociedad, así como la desintegración de la solidaridad. Ambos casos demuestran que la propiedad jurídica de los medios de producción por parte del Estado jamás debe confundirse con las relaciones socialistas de producción. Los productos combinados que se crearon en el seno de las relaciones productivas en la Unión Soviética y Yugoslavia no fueron seres humanos ricos capaces de construir el socialismo.

Entonces, ¿qué tipo de relaciones productivas funcionarían para alcanzar ese objetivo? Las relaciones de producción de una sociedad cooperativa basada en la propiedad común de los medios de producción —una sociedad sustentada en la cooperación consciente entre productores asociados— podría brindar las condiciones para el desarrollo pleno de las capacidades humanas. «Cuando el trabajador coopera de forma planificada con los demás, se despoja de las cadenas de su individualidad y desarrolla las aptitudes de la especie».

Cuando el nexo entre ellos es la solidaridad, las personas no solo crean valores de uso, sino que también se crean a sí mismas como seres humanos sociales, ricos. Esto puede observarse en el ámbito de la producción bajo la relación de la gestión obrera cuando los trabajadores unen la concepción del trabajo a su ejecución. Entonces no solo pueden desarrollarse las posibilidades intelectuales de *todos* los productores asociados, sino que su «conocimiento tácito» sobre formas idóneas de trabajar y producir también puede constituir un conocimiento social del que todos pueden beneficiarse. La producción democrática, participativa y protagónica hace uso de nuestros recursos humanos ocultos y desarrolla las capacidades. Sin embargo, si no combinamos la cabeza y la mano, se perpetúa la división entre los que *piensan* y los que *hacen*, como describe Marx, en la cual «el desarrollo de las capacidades humanas de una parte se basa en la limitación del desarrollo de la otra parte».⁴³ La producción democrática es una condición necesaria para el libre desarrollo de todos.

No obstante, a todas luces la gestión obrera debe aumentar en los diferentes lugares de trabajo. Es un elemento necesario, pero no suficiente. Cuando se habla

de las metas de producción, estas deben referirse a las de los obreros, pero no en lugares de trabajo aislados, sino de los trabajadores en la sociedad, en las comunidades. A fin de cuentas, ¿qué es la producción? No es algo que solo ocurra en una fábrica o en lo que identificamos como el lugar de trabajo. La *producción* no debe confundirse con la *producción de valores de uso particulares*. Todos los productos y actividades particulares son apenas momentos en el proceso de creación de seres humanos, que es el resultado verdadero de la producción social. Como observara Marx respecto al capitalismo:

Al analizar la sociedad burguesa con detenimiento y en su conjunto observamos que el resultado final del proceso de producción social siempre aparece como la propia sociedad; es decir, el propio ser humano en sus relaciones sociales. Todo lo que tiene una forma fija, como el producto y demás, parece ser apenas [...] un momento evanescente en este movimiento.⁴⁴

Por tanto, debe reconocerse como parte integral del proceso de creación de los seres sociales, no solo la producción de mercancías materiales particulares en el presunto «sector productivo», sino también los servicios educacionales y de salud, las actividades domésticas que alimentan el desarrollo de los seres humanos, el mantenimiento de la comunidad.⁴⁵ No han de crearse únicamente los servicios y bienes materiales, sino también las concepciones que guían la producción. Las metas que las guían son las características que diferencian a las sociedades. Solo mediante un proceso donde participen las personas que adoptan las decisiones que las afectan en cada nivel pertinente —barrios, comunidades y la sociedad en su conjunto—, las metas que orientan a la actividad productiva, podrán ser las de las propias personas.

Por eso no solo es importante hacer de cada momento un terreno propicio para la adopción de decisiones colectivas y una diversidad de actividades que desarrollen las capacidades humanas, sino también para establecer relaciones de solidaridad en todo momento. El acto de solidaridad crea productos combinados, ya que apoya las necesidades de los demás y crea seres humanos ricos.

¿Podemos entonces crear nuevos seres humanos y relaciones socialistas hoy en día? La Revolución bolivariana de Venezuela ha empezado a dar pasos en esa dirección, centrando la atención de su Constitución, en el desarrollo humano y la praxis al tratar de construir una democracia revolucionaria encarnada en consejos comunales y obreros, además de una continua expansión de la propiedad estatal en sectores claves. Se trata de un concepto de democracia como *praxis*, como *protagonista*. En ese sentido, es la democracia de las personas que están transformándose en sujetos

revolucionarios. Esas medidas no solo se encaminan a identificar las necesidades y capacidades de las comunidades y de los obreros, sino también constituyen una forma de *crear* las capacidades de los protagonistas y fomentar una nueva relación social entre productores asociados sobre la base de la solidaridad.

El camino no es fácil. Las formas nuevas siempre reproducen defectos de la vieja sociedad.⁴⁶ Hay que *luchar* contra los defectos heredados, más que edificar sobre ellos. Podemos valorar los avances hechos a lo largo del camino a partir del aumento de la capacidad de autogestión de los trabajadores, del gobierno democrático, participativo y protagónico de los propios ciudadanos en las comunidades y en la sociedad en su conjunto, a partir del desarrollo de la verdadera solidaridad entre las personas. Una vez que comprendemos el objetivo de este proceso: crear una sociedad que permita el desarrollo cabal de las posibilidades humanas, podemos formular unas preguntas sencillas en relación con esos esfuerzos, independientemente de las diferencias históricas y las situaciones: ¿se están creando nuevas relaciones productivas? ¿Se están tomando medidas para fortalecer o debilitar la relación de los productores asociados? El único cimiento verdadero de la nueva sociedad es el desarrollo de la confianza en uno mismo y en la unidad de la clase obrera, en su propio desarrollo. ¿Acaso esto es posible sin una gestión obrera?

Traducción: Esther C. Muñiz.

Notas

1. Carlos Marx, *El Capital*, v. III, Vintage Books, Nueva York, 1981, p. 571; Michael A. Lebowitz, *Beyond Capital: Marx's Political Economy of the Working Class*, Palgrave Macmillan, Nueva York, 2003, pp. 88-9, 215.

2. Carlos Marx, «Instructions for the Delegates of the Provisional General Council. The Different Questions» [1866], en *Minutes of the General Council of the First International, 1864-66*, Foreign Languages Publishing House, Moscú, s.f., p. 346.

3. Carlos Marx, *El Capital*, v. I, Vintage Books, Nueva York, 1977, p. 173.

4. Véase el análisis del concepto «economía política de la clase obrera» de Marx, en Michael A. Lebowitz, ob. cit.; Carlos Marx, «Inaugural Address of the Working Men's International Association» [1864], en Carlos Marx y Federico Engels, *Collected Works*, v. 20, Lawrence & Wishart, Londres, 1985, pp. 10-11.

5. *Ibidem*, p. 383; véase también Carlos Marx, *El Capital*, v. III, ob. cit., pp. 511-2; *Theories of Surplus Value*, v. III, Progress Publishers, Moscú, 1971, p. 497.

6. Carlos Marx, *El Capital*, v. I, ed. cit., p. 447.

7. Carlos Marx, *Economic and Philosophic Manuscripts of 1844*, en Carlos Marx y Federico Engels, ob. cit., v. 3, p. 304.
8. Carlos Marx, *Grundrisse*, Vintage Books, Nueva York, 1973, p. 488.
9. *Ibidem*, p. 409.
10. *Ibidem*, p. 711.
11. Carlos Marx, «Critique of the Gotha Programme» [1875], en Carlos Marx y Federico Engels, *Selected Works*, v. II, Foreign Languages Publishing House, Moscú, 1962, p. 325.
12. Carlos Marx, *Grundrisse*, ed. cit., pp. 488, 541 y 708.
13. Carlos Marx, «Critique...», ed. cit., p. 24.
14. Michael A. Lebowitz, ob. cit., pp. 202-5.
15. Paulo Freire, *Pedagogy of the Oppressed*, Continuum, Nueva York, 2006, p. 72.
16. Michael A. Lebowitz, ob. cit., pp. 179-84.
17. Lucien Sève, *Man in Marxist Theory and the Psychology of Personality*, The Harvester Press, Sussex, 1978, pp. 304, 313.
18. Carlos Marx, *Grundrisse*, ed. cit., p. 494.
19. Carlos Marx, *El Capital*, v. I, ob. cit., p. 283.
20. *Ibidem*, p. 450; Carlos Marx, *Grundrisse*, ed. cit., pp. 307 y 453.
21. Carlos Marx, *El Capital*, v. I, ed. cit., pp. 1053-4 y 1058; *Grundrisse*, ed. cit., p. 694.
22. Carlos Marx, *Grundrisse*, ed. cit., p. 488.
23. Carlos Marx, *El Capital*, v. I, ed. cit., pp. 548, 643 y 799.
24. Carlos Marx, *Grundrisse*, ed. cit., p. 158.
25. Carlos Marx, *El Capital*, v. I, ed. cit., p. 772.
26. *Ibidem*, pp. 613-4 y 643.
27. *Ibidem*, pp. 617-8.
28. Lucien Sève (ob. cit., p. 358) identifica otro problema: las consecuencias negativas en el desarrollo de la personalidad cuando la capacidad desarrollada no se utiliza plenamente.
29. Carlos Marx, *El Capital*, v. I, ed. cit., p. 619.
30. David Granick, *Job Rights in the Soviet Union: Their Consequences*, Cambridge University Press, Cambridge, 1987, pp. 13-4.
31. Moishe Lewin, *The Soviet Century*, Verso, Londres, 2005, p. 320.
32. En *The Socialist Alternative: Real Human Development* (en prensa) analizo la lógica del «contrato social» y la relación entre el partido de vanguardia («dos planificadores»), directivos y trabajadores en el «socialismo real».
33. Josef Broz Tito, «Factories to the Workers», *Socialist Thought and Practice*, s.e., Belgrado, s.f., p. 16.
34. *Ibidem*, pp. 4, 12 y 13.
35. Jozef Goricar, «Possibilities and Present-Day Limitations of Self-Management», *Socialist Thought and Practice*, v. XV, n. 6, Belgrado, junio de 1975, pp. 92-3.
36. Carlos Tablada, *Che Guevara: Economics and Politics in the Transition to Socialism*, Pathfinder, Sydney, 1989, pp. 111-2.
37. Véase un análisis del problema general del acceso diferenciado a los medios de producción en Michael A. Lebowitz, «El pueblo y la propiedad en la construcción del comunismo», *Marx Ahora*, n. 16, La Habana, 2003.
38. Para el análisis de los problemas en la autogestión yugoslava, véase Michael A. Lebowitz, *Built it Now: Socialism for the 21st Century*, Monthly Review Press, Nueva York, 2006 (publicado también bajo el título *Construyámoslo ahora: el socialismo para el siglo XXI*, Centro Internacional Miranda, Caracas, 2007).
39. Carlos Tablada, ob. cit., 1989, p. 92.
40. De esta forma, se infectan los tres lados de lo que el presidente venezolano Hugo Chávez, en el programa «Aló Presidente» (n. 264, 28 de enero de 2007), denominara el «triángulo elemental» del socialismo: 1) propiedad social con 2) producción social para 3) las necesidades sociales. Véase Michael A. Lebowitz, *El socialismo no cae del cielo: un nuevo comienzo*, Monte Ávila, Caracas, 2007, pp. 7-15.
41. Carlos Marx, «Critique...», ed. cit.
42. Véase Michael A. Lebowitz, «Building Upon Defects: Theses on the Misinterpretation of Carlos Marx's Gotha Critique», ponencia presentada en la Tercera Conferencia Internacional sobre la obra de Carlos Carlos Marx y los desafíos del siglo XXI, celebrada en La Habana, del 3 al 6 de mayo de 2006 y publicado en *Science & Society*, v. 71, n. 4, Nueva York, octubre de 2007, pp. 484-9.
43. Carlos Marx, *Economic Manuscript of 1861-83*, en Carlos Marx y Federico Engels, *Collected Works*, v. 30, ed. cit., p. 191.
44. Carlos Marx, *Grundrisse*, ed. cit., p. 712.
45. Michael A. Lebowitz, *Beyond Capital...*, ed. cit., pp. 200-2.
46. Para un análisis reciente de los obstáculos concretos que encara la Revolución bolivariana de Venezuela, véase Michael A. Lebowitz, «Venezuela: A Good Example of the Bad Left of Latin America», *Monthly Review*, v. 59, n. 3, Nueva York, julio-agosto de 2007, pp. 38-54.

Conciencia social y planificación democrática en las cooperativas venezolanas

Camila Piñeiro Harnecker

Socióloga. Universidad de Berkeley, Estados Unidos.

La Constitución bolivariana de 1999 subraya la importancia de convertir la solidaridad en uno de los principios fundamentales de la sociedad venezolana (Artículos 299, 70, 135, 274). Este énfasis de la Constitución se origina en el reconocimiento de que el avance de una sociedad no se mide por la riqueza material sino por el «desarrollo humano integral» de sus ciudadanos (Artículos 3, 69, 299); y que la articulación de intereses individuales o la «planificación estratégica democrática participativa y de consulta abierta» resulta imprescindible para ello (Artículo 299).

Contrariamente al mito liberal de la agregación «perfecta» de intereses individuales en un interés social por «la mano mágica» del mercado, Amartya Sen demuestra que es necesario coordinar democráticamente los intereses de distintos individuos y grupos para que todos tengan la oportunidad de desarrollar sus capacidades, y las libertades de unos no resulten limitaciones para otros. El predominio de actitudes y comportamientos solidarios —aunque no es una condición indispensable—, facilitaría considerablemente esa coordinación consciente.

Al identificar «la participación del pueblo en la formación, ejecución y control de la gestión pública» como «el medio necesario para lograr el protagonismo que garantice su completo desarrollo, tanto individual como colectivo» (Artículo 62), la nueva Constitución venezolana sugiere que el cultivo de la naturaleza social de la individualidad humana es una tarea no solo crucial sino también posible. El predominio de la solidaridad no es solo una condición deseable, sino que puede constituir también un resultado de prácticas genuinamente democráticas. Dado que mayormente desarrollamos nuestra solidaridad o inclinación para cooperar como consecuencia de nuestras experiencias prácticas, sobre todo en la toma de decisiones, debemos democratizar nuestras instituciones de manera que el ambiente donde interactuemos sea consistente con el desarrollo y el ejercicio de nuestra solidaridad.

Al mismo tiempo, debemos crear las condiciones para que lo anterior sea racional: que sea de nuestro propio interés. No podemos esperar que alguien sea solidario, al menos indefinidamente, si ello significa sacrificios personales. Nuestras instituciones, además de ser

democráticas, deben garantizar que la única vía para satisfacer los intereses individuales y colectivos sea satisfaciendo (o al menos no afectando) los de otros miembros de la sociedad. Experiencias anteriores de construcción socialista han demostrado que la cooperación debe ser adoptada conscientemente, no impuesta, porque genera conductas parasitarias o indolentes. Teóricos del «capital social» han demostrado que las personas pueden ser solidarias cuando interactúan con otras que también lo son, y aquellas que no, penalizadas. De manera similar, defensores del socialismo han explicado que una persona está propensa a cooperar cuando se desenvuelve en instituciones que premian la cooperación.¹

La coordinación entre los intereses de colectivos de trabajadores y los del resto de la sociedad es particularmente importante para prevenir desigualdades en oportunidades de desarrollo humano. Como resultado de la ética y práctica egoístas² que caracterizan las economías de mercado, los trabajadores se encuentran separados o «alienados» de otros miembros de la sociedad. No reconocen que la riqueza producida directamente por un colectivo no es solo resultado de su trabajo; muchos otros han contribuido al desarrollo de sus habilidades y capacidades productivas. Quienes les han proporcionado comida, vivienda, educación, salud —por mencionar lo más obvio— han participado indirectamente en el proceso de producción. Esta comprensión de la interrelación e interdependencia de todos los seres humanos —el carácter *social* del proceso de trabajo— es crucial para reconocer que todos los miembros de la sociedad tenemos, en alguna medida, derecho a una porción de la riqueza producida, aun si, desde una mirada simplista, parece el producto de un subconjunto de nosotros.³ Si los trabajadores de una empresa no adoptan los intereses de otros, y no solo los suyos, ¿cómo van a orientar voluntariamente sus actividades hacia la satisfacción de necesidades sociales sin que se creen desincentivos a su productividad?

De las cooperativas a las empresas de producción social en Venezuela

El 27 de noviembre de 2005, buscando asegurar que las cooperativas —y todas las empresas en general— sigan los principios de «responsabilidad social» y «compromiso con las comunidades» (Ley Especial de Asociaciones Cooperativas, Artículos 3 y 4), el gobierno de Hugo Chávez estableció un nuevo modelo de unidad de producción económica llamada Empresa de Producción Social (EPS). Las EPS deben «privilegiar los valores de solidaridad, cooperación, complementariedad, reciprocidad, equidad, y sustentabilidad, por encima

del valor de la ganancia» (Decreto no. 3 895 de 2005, Artículo 3). Para ser consideradas como tales, las empresas deben utilizar 10% de sus ingresos netos en la «labor social». Pero su significado se ha interpretado de diferentes maneras: el financiamiento de proyectos que beneficien a las comunidades vecinas, o el de proyectos decididos conjuntamente con ellas, o el hecho de proporcionar empleo digno a sus miembros, así como productos de mayor calidad a menores precios.

Además de definir —aunque sin mucha precisión— los principios que las cooperativas y todas las empresas deben seguir para calificar como EPS, el Estado venezolano les proporciona incentivos materiales. Las EPS tienen acceso preferencial a préstamos (con intereses más bajos y períodos de gracia), apoyo técnico y contratos de compras estatales.

El ofrecimiento de estos incentivos materiales para la solidaridad fue una reacción ante la evidencia de que las cooperativas están comportándose como empresas capitalistas: buscan aumentar al máximo sus ingresos netos —es decir, maximizar sus beneficios individuales y colectivos— sin considerar las maneras en que podían ayudar a aliviar los problemas de las comunidades circundantes. Por ejemplo, en lugar de vender sus productos en mercados locales donde hay necesidad, como han sido llamadas a hacer, algunas cooperativas han decidido exportarlos a países donde pueden venderlos a precios más altos, o preferido vender a distribuidores e intermediarios capitalistas en lugar de ofertarlos a los más necesitados a través de la red de distribución estatal Mercal.⁴ También la inmensa mayoría ha disminuido su membresía en vez de aumentarla.⁵ En muchos casos, esta situación es consecuencia, sobre todo, de la difícil situación económica que presentan muchas cooperativas; pero en algunos los asociados temen que incluir a nuevos miembros afectaría sus ingresos.

Aunque las cooperativas están exentas de todos los impuestos y reciben préstamos en condiciones muy ventajosas, muchos asociados se oponen a la idea de que en un futuro tengan que pagar impuestos, aun después de haberse consolidado económicamente. Argumentan que al darse empleo a ellos mismos, ya están contribuyendo lo suficiente con sus comunidades. Alba Vizcaíno, directora del Departamento de Control y Seguimiento de Políticas Públicas del Ministerio para la Economía Popular, ahora Comunal (MINEC), explicó que no habían enfatizado las responsabilidades de las cooperativas hacia sus comunidades porque eso era «pedir demasiado» y ellas «deben preocuparse ahora de sí mismas, de consolidar la gestión económica», como si ambas tareas no fueran compatibles.⁶

Todo lo anterior ha ocurrido a pesar de los frecuentes llamados del presidente Chávez a la

solidaridad. Ha afirmado que en el proceso bolivariano la solidaridad de las empresas no se limita a la interpretación de responsabilidad social empleada por empresas capitalistas que la reduce a actos caritativos. Por el contrario, en Venezuela el comportamiento solidario de las cooperativas es promovido al concebirlas como herramientas de desarrollo local, cuya actividad económica debe estar orientada hacia la satisfacción de las necesidades de sus comunidades aledañas.⁷ Pero, ¿es realista esperar que las cooperativas se comporten de esta manera *por su propia iniciativa*?

La democracia laboral y la conciencia social

Esa es la pregunta principal que aquí se busca responder: si la participación de los trabajadores en la administración democrática de sus empresas les conduce a adoptar los intereses no solo de otros compañeros de trabajo, sino también de otros miembros de la sociedad. Como se muestra en la Figura 1, la práctica de la genuina democracia participativa por una comunidad —grupo de personas con preocupaciones y problemas comunes— *puede* dar resultados en la expansión de la solidaridad de esos individuos.

La sección inferior de este gráfico denota que la participación de las personas en la toma de decisiones, como iguales, produce efectos psicológicos que resultan en la adopción de los intereses de otros *en esa comunidad*;

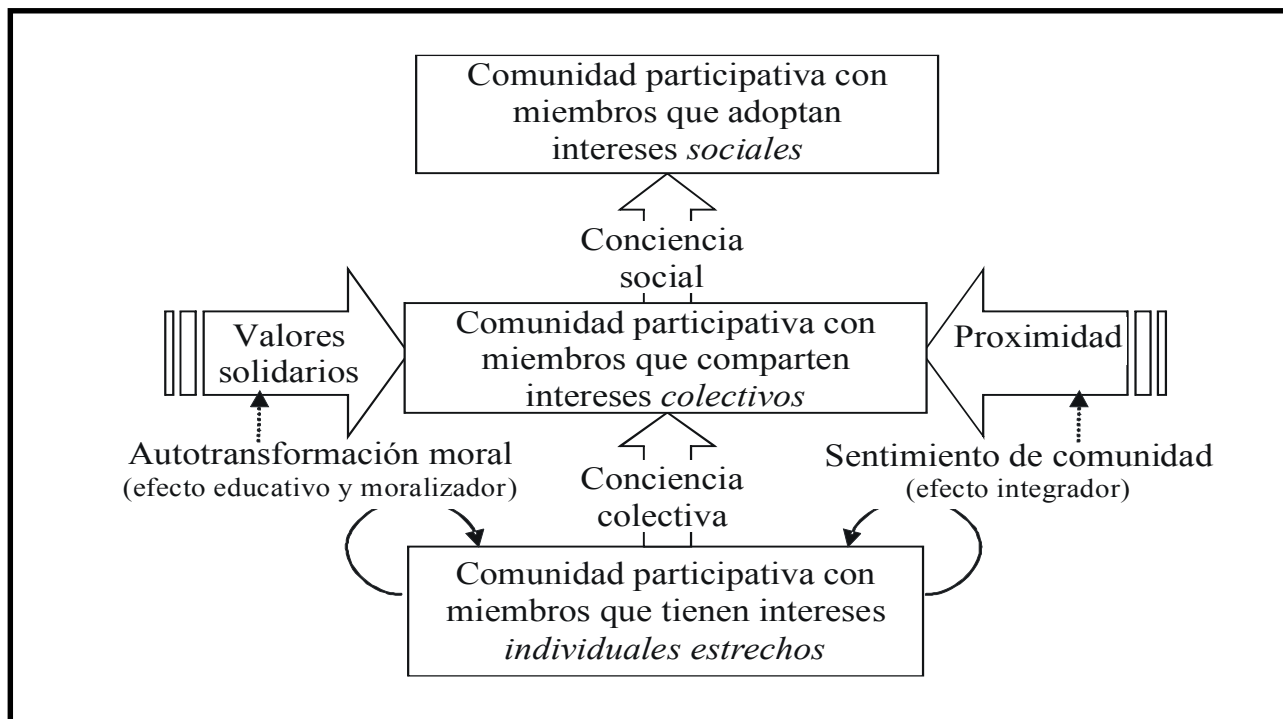
es decir, el desarrollo de sus conciencias colectivas. Esta expansión de sus intereses constituye un resultado de la autotransformación moral y el sentimiento de comunidad, ambos consecuencia de sus experiencias con la práctica genuinamente democrática.⁸ Pero lo que nos ocupa aquí es si los trabajadores en las empresas democráticas también pueden adoptar los intereses de otros en comunidades fuera de sus lugares de trabajo. ¿Pueden los trabajadores desarrollar sus conciencias sociales solo como resultado de sus prácticas en empresas democráticas o son necesarias otras condiciones?

Según el modelo teórico utilizado en mi análisis, una empresa es democrática en la medida en que logre un alto nivel de «democracia laboral».⁹ La conceptualización de conciencia social (CS) que empleo tiene las siguientes dimensiones: comprensión de los intereses y problemas de otras comunidades (CS1); disposición a contribuir recursos hacia su solución (CS2); y materialización de esta disposición en declaraciones y/o acciones (CS3). Y es calculada como el promedio de estos tres componentes. Hago una distinción entre la conciencia social local (CSL), que se refiere a la adopción de los intereses de comunidades aledañas a la empresa, y la conciencia social nacional (CSN) respecto a otras comunidades más distantes dentro de la nación venezolana.

En la sección superior de la Figura 1, represento el potencial para el desarrollo de la CS de los trabajadores en empresas democráticas. Identifico dos dinámicas que

Figura 1

El proceso de expansión de los intereses de miembros de una comunidad participativa



se refuerzan mutuamente y pueden explicar cómo los trabajadores asociados adoptan los intereses de otras comunidades más allá de sus lugares de trabajo: la *proximidad* entre los trabajadores y miembros de esas comunidades, y la *adopción de valores solidarios* por los trabajadores.

Hay *proximidad* entre los trabajadores y otras comunidades cuando existe una medida considerable de interacción social entre ellos (no necesariamente reuniones, sino también otras actividades sociales) y, por tanto, experiencias compartidas. La proximidad es más probable cuando las membresías de ambas comunidades se solapan—cuando los trabajadores son también miembros de las comunidades donde se ubican las cooperativas—, pero esto no es ni suficiente ni necesario. Al expandir el sentido de comunidad de los trabajadores más allá de las fronteras de sus empresas, la proximidad contribuye a extender sus intereses de una manera similar al sentido o *sentimiento de comunidad* que surge como resultado de sus prácticas participativas dentro de sus empresas.

Jaroslav Vanek explica que mientras las empresas capitalistas y las autogestionadas se preocupan generalmente por las comunidades que las rodean porque son el espacio preferido de contratación, las últimas resultan más sensibles a sus necesidades porque quienes las controlan comparten muchos de los mismos problemas. Esta proximidad hace que los trabajadores asociados se sientan satisfechos por las mejoras que se hagan en las comunidades. Así, los miembros de empresas democráticas podrían estar dispuestos a contribuir con aquellas comunidades a las que se sientan cercanos, aun cuando esto no coincida con la maximización de sus ingresos individuales y colectivos.¹⁰

El otro factor que puede ayudar a los trabajadores de empresas democráticas a ampliar el alcance de la solidaridad es su *adopción de valores solidarios*. Al subrayar la interconexión entre todos los humanos, una ética solidaria podría hacer que los trabajadores vean a esas otras comunidades como parte de una gran familia, aun cuando no se sientan tan próximos a ellas. La asimilación del principio de solidaridad por los trabajadores es un paso más en su *autotransformación moral*, consecuencia de sus prácticas participativas dentro de la empresa.

Los teóricos de la deliberación (un componente importante de todo proceso democrático de toma de decisiones) sugieren cómo la asimilación de una ética solidaria podría hacer que los participantes autocontrolen sus inclinaciones egoístas. David Miller sostiene que, como resultado del efecto «moderador» y «moralizante» de los debates públicos, los participantes asumen un «papel público», excluyendo posiciones que puedan ser percibidas como «estrechamente egoístas» y

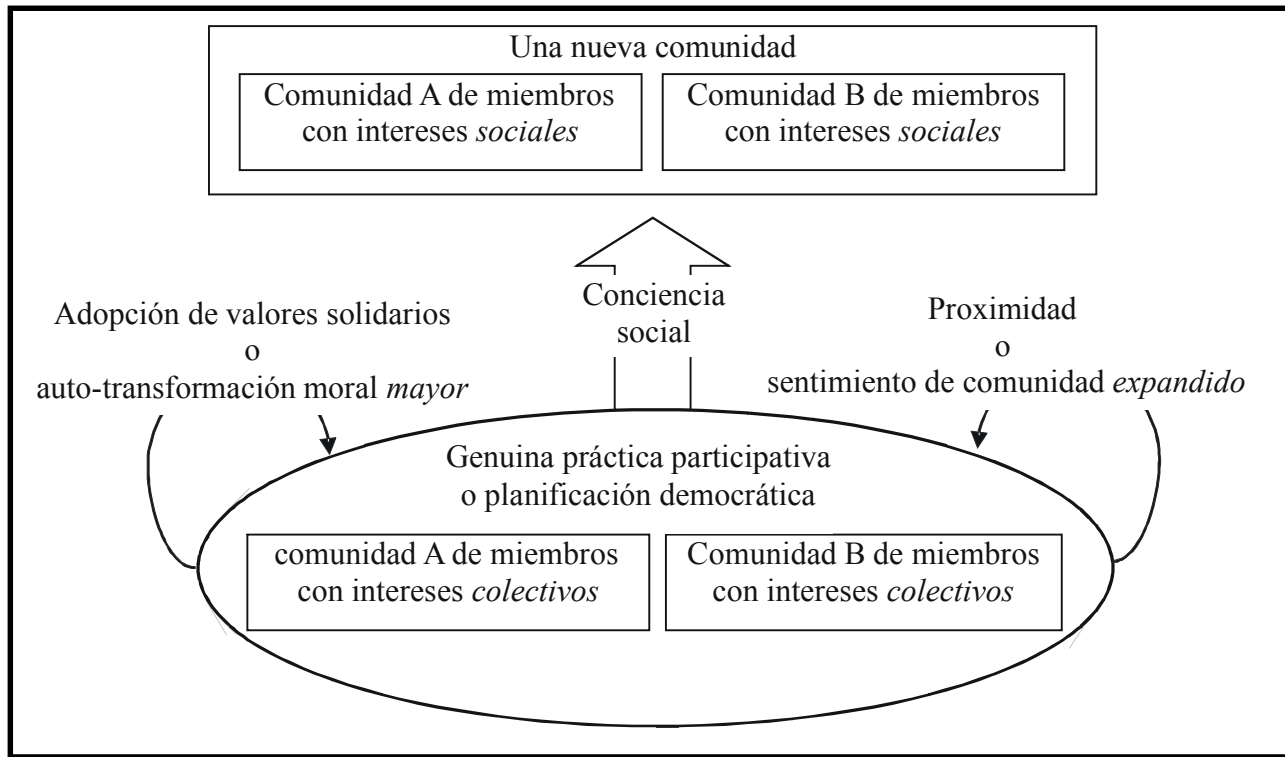
«repugnantes ante las creencias morales de su sociedad».¹¹

Aunque la mayoría de los autores basa su análisis de la interacción entre los colectivos de trabajadores y otras comunidades en la proximidad que pueda existir entre ellos, algunos han señalado los valores solidarios o de responsabilidad social que pueden caracterizar a las empresas genuinamente democráticas como un factor que influye sobre estos vínculos. Greg MacLeod argumenta que mientras las corporaciones capitalistas deben ser egoístas, porque siguen el principio de maximización de ganancia, el objetivo principal de las empresas autogestionadas es «servir a la sociedad en general», proporcionar bienes y servicios que las comunidades necesiten.¹³ De manera más realista, Jaroslav Vanek observa que en la medida en que las empresas democráticas escapan del principio de maximización de ganancia del capitalismo o cualquier sistema de mercado, están más dispuestas a aceptar impuestos locales y hacer otras contribuciones para el consumo colectivo de las comunidades.¹⁴ Esto significa que, aun cuando los trabajadores no tienen proximidad con las localidades circundantes, pueden adoptar sus intereses, porque una ética solidaria los hace más conscientes de sus responsabilidades como miembros de la sociedad.

Evidentemente, aunque las comunidades puedan influir y ser reforzadas por el proceso interno de toma de decisiones, la ocurrencia de estas dos dinámicas que promueven el desarrollo de la CS de los trabajadores es independiente del alcance de la democracia laboral en sus cooperativas. La democracia en el lugar de trabajo *en sí* no garantiza que los trabajadores se sientan próximos a otras comunidades, ni que adopten valores solidarios, aun cuando sean miembros de ellas, y/o estén expuestos a discursos e incentivos que premien su solidaridad (el objetivo detrás de la promoción de las EPS). Como nuestro en la Figura 2, para promover que cada trabajador desarrolle y consolide su CS, la toma democrática de decisiones dentro de las empresas debe extenderse a espacios de planificación donde todas las comunidades afectadas por su producción puedan participar, aunque no necesariamente de forma directa. En la medida en que no ocurran otras dinámicas contrarias al desarrollo de la solidaridad, tales instituciones de planificación democrática facilitarán de forma significativa el desarrollo de la conciencia social de los trabajadores: la adopción de valores solidarios y la proximidad que se requiere serían generados por el propio proceso participativo. La toma colectiva de decisiones es una fuente importante de interacción social, y se basa, como mínimo, en normas de reciprocidad universales.

Figura 2

El proceso de desarrollo de la conciencia social entre comunidades que comparten un espacio de toma democrática de decisiones o planificación democrática



En vez de ser consecuencia de condiciones externas y ajenas a la voluntad de las empresas democráticas —como en el paradigma simbolizado en la Figura 1— podría ser el resultado directo de la expansión de la práctica democrática.

Como la adopción de los intereses de otros tiene lugar fundamentalmente a través de la participación genuinamente democrática en la toma de decisiones, *junto con aquellos otros*, la situación óptima para el desarrollo de la CS de los trabajadores es aquella donde los colectivos de estos y otras comunidades interactúen —especialmente de forma directa, pero también indirecta— mediante la planificación democrática.

No obstante, si entendemos el desarrollo de la CS de los trabajadores como un paso más allá del desarrollo de su conciencia colectiva, podemos reconocer la importancia de la democracia laboral en facilitarlos. Ciertamente, la adopción por los trabajadores de intereses de otros, más allá de sus lugares de trabajo, parece muy improbable si no son por lo menos capaces de incorporar los intereses de sus compañeros de trabajo. Además, puesto que las habilidades y actitudes democráticas pueden ser transferidas de un espacio a otro, su consolidación dentro de las empresas hará más eficaz la participación de los trabajadores en

instituciones de planificación democrática, una vez establecidas.

Conciencia social en las cooperativas venezolanas

Empíricamente, este artículo demuestra que el nivel de solidaridad de los trabajadores hacia las comunidades donde se ubican sus cooperativas (su CSL) está atado de forma significativa a la democracia laboral, aunque también a otros factores por analizar. La dinámica transformadora a la que están expuestos por la práctica participativa dentro de sus centros de trabajo no se limita al desarrollo de su conciencia colectiva. Algunos miembros parecen estar aplicando sus nuevas habilidades y actitudes democráticas en otras esferas de sus vidas, incluyendo su relación con las comunidades aledañas a sus cooperativas. Han empezado a interactuar con esas otras comunidades desde una perspectiva diferente. Muchos cooperativistas reconocen el papel de la práctica participativa dentro de sus empresas, sobre todo su carácter deliberativo e igualitario, lo cual les impulsa a reconocer los problemas de otras comunidades: el primer componente de la

conciencia social local (CSL1). Un miembro de una cooperativa creada por el programa «Vuelvan Caras», implementado por el Ministerio de Economía Comunal (MINEC), declaró: «estar en la cooperativa ha cambiado mi manera de ver esta comunidad, ahora yo veo más sus necesidades». Otros dijeron: «las comunidades por aquí tienen muchas necesidades y todos nosotros debemos ayudar»; «debemos ponernos en su lugar».¹⁵

Aunque la mayoría de los miembros parecen estar más enterados de lo que reconocen como los problemas de sus comunidades vecinas, su disposición a contribuir para solucionarlos —el segundo componente de la conciencia social local (CSL2)— varía considerablemente. Algunos miembros de cooperativas tradicionales (creadas antes de 1999, cuando empezó el primer mandato del presidente Chávez) y nuevas (posteriores a 1999) rechazaban cualquier responsabilidad hacia esas comunidades. Desestimando todo el apoyo que ambos tipos de cooperativas habían recibido de instituciones internacionales y del gobierno de Chávez, el argumento más frecuente para oponerse a contribuir con comunidades aledañas era que el éxito alcanzado había sido únicamente por sus esfuerzos. Ignorando las limitadas capacidades que algunos sufren por falta de oportunidades en el presente y/o por exclusiones históricas, argumentaron que esas comunidades «no se estaban esforzando lo suficiente» y tenían que «ayudarse a sí mismas como nosotros lo estamos haciendo en las cooperativas». Otros adujeron que sus ganancias no eran suficientes para ser distribuidas, como si solo ellos tuvieran derecho a ellas.

Por otro lado, hay trabajadores que piensan que ser solidarios con comunidades vecinas no depende ni tiene por qué afectar la situación económica de sus cooperativas: «para eso están siendo creadas, para satisfacer nuestras necesidades y las de otros alrededor de nosotros», «debemos trabajar para beneficio mutuo». Estas inclinaciones solidarias parecen estar fundamentadas en nociones que van desde altruismo puro hasta fríos cálculos de beneficios propios: «me hace sentir bien conmigo mismo», «todos dependemos de todos, somos miembros de esta comunidad», «ellos después lo ayudan a uno», «así va a aumentar la posibilidad de que las instituciones públicas nos den contratos».¹⁶

La disposición a contribuir con sus comunidades más cercanas se ha materializado —el tercer componente de la conciencia social local (CSL3)— en diferentes medidas y formas. Por ejemplo, con el objetivo de mantener limpia la entrada de su edificio —ubicado en una de las áreas comerciales más concurridas de Caracas—, en septiembre de 2005 una de las cooperativas que estudié decidió invitar a los indigentes que vivían en las calles adyacentes a un apartamento

abandonado del edificio. Según relató un miembro, la cooperativa había utilizado alrededor de 2 000 dólares en comida, transporte y otros gastos para ayudar a veinte personas sin hogar, muchas de ellas drogadictas, a dejar las calles y las drogas. Algunas de las cooperativas de construcción contribuyen con su fuerza de trabajo e incluso aportan sus propios materiales para aumentar el alcance de los proyectos de infraestructura, para los que son contratados por instituciones estatales, siguiendo instrucciones de las comunidades. La cooperativa tradicional más democrática y solidaria que investigué presta parte de su espacio para alojar la escuela secundaria local, así como varios eventos comunitarios. Por contraste, otros cooperativistas sienten que ya están haciendo suficiente al darse trabajos a ellos mismos, porque así están reduciendo el desempleo en sus comunidades.

La relación entre la democracia laboral y la conciencia social nacional (CSN) no es totalmente clara. Como es poco probable que los problemas de otras comunidades poco próximas a su cotidianidad sean mencionados regularmente durante los procesos de toma de decisión dentro de las cooperativas —y es por ello que no intenté evaluar el primer componente de CSN—, la solidaridad de los trabajadores con esas comunidades no es realmente un resultado de esas prácticas.

Aun si las percepciones de los cooperativistas sobre las necesidades más importantes de otras comunidades más distantes no fueran totalmente correctas, algunos manifestaban una considerable disposición a contribuir a la solución de esos problemas —el segundo componente de conciencia social nacional (CSN2). Habían racionalizado sus inclinaciones solidarias de distintas maneras: «Uno sabe que hay comunidades que están peor que la de uno». «Nosotros somos todos venezolanos [...] si trabajamos juntos, podremos tener un país bonito para todos».

Encontré unos pocos ejemplos donde la solidaridad hacia comunidades distantes de los cooperativistas se había materializado en contribuciones concretas. Por ejemplo, una cooperativa de producción textil ubicada en la municipalidad rural y turística Rangel, del estado de Mérida, también formada a través de Vuelvan Caras, había donado alrededor de cien piezas de ropa a niños víctimas de un diluvio en otro estado, en febrero de 2006, incluso después de haber sufrido pérdidas durante los primeros seis meses.

Factores que afectan el desarrollo de la conciencia social de los cooperativistas

Estos niveles de conciencia social, un tanto significativos entre los cooperativistas analizados, no

son solo resultado de sus experiencias dentro de sus empresas democráticas. Otros factores intervienen considerablemente promoviendo o disminuyendo el desarrollo de su solidaridad.

Ni la cercanía física de los trabajadores a una cierta comunidad ni su presunta adopción de valores solidarios —cuando ambas son condiciones externas y no parten de sus experiencias con la planificación democrática— hacen más probable el desarrollo de sus conciencias sociales locales. Aunque no lo pude verificar porque las cooperativas estudiadas no participaban en ningún espacio de planificación democrática, esto sugiere que tales instituciones, donde la proximidad y la asimilación de una ética solidaria sean el resultado de sus propias dinámicas internas, pueden ser claves para el desarrollo de la conciencia social de los trabajadores.

A pesar de que más de 80% de los trabajadores encuestados vive en las comunidades donde están ubicadas sus cooperativas, este estudio muestra que la cercanía física no está relacionada con niveles de CSL. Ello no garantiza que estén conscientes de los intereses generales de esa comunidad (CS1), asumiendo que haya cierto consenso sobre ellos; ni que estén dispuestos a incorporar esos intereses como propios (CS2); y menos aún que materialicen esa disposición en actos o declaraciones (CS3). Por tanto, es demasiado optimista la expectativa de funcionarios públicos venezolanos acerca de que la democracia laboral por sí sola —cuando los cooperativistas son miembros de las comunidades aledañas— facilita la adopción de los intereses de esas comunidades.

Como mencioné anteriormente, los venezolanos han estado viviendo un proceso de transformación social inspirado en valores humanistas y solidarios, articulados desde 2006 en un proyecto socialista. Pero aunque más de 90% de los cooperativistas encuestados afirmó estar de acuerdo con «las ideas y objetivos» del proyecto, no encontré una conexión entre su supuesta *adopción de estos valores solidarios* y sus niveles de CSL. Esta solo parece estar significativamente relacionada con la CSN. Aunque parezca contradictorio, en las cooperativas examinadas había, generalmente, menos disposición a asistir a las comunidades aledañas que a otras más distantes. Esto ocurre porque intervienen otros factores que separan a estos colectivos de trabajadores de sus comunidades circundantes: la intensidad de los *conflictos entre las cooperativas y sus comunidades vecinas*, así como de sus *conflictos internos*.

Otro factor importante es su *educación sociopolítica*. Esta conexión no es más fuerte porque la misión Vuelvan Caras y otros programas de educación sociopolítica solo trataron, en gran medida, la

importancia de la solidaridad dentro de las cooperativas; las referencias a la responsabilidad social solo aparecieron después.

Las relaciones negativas muy fuertes entre niveles de CSN y tanto el tiempo de los trabajadores en las cooperativas como la edad de estas confirman que las cooperativas tradicionales estaban menos dispuestas que las nuevas a ser solidarias hacia las comunidades distantes. Ello ocurre porque son más bien negocios familiares, y existe una relación negativa entre niveles de lazos familiares y la CNS de sus miembros. Como explica Mark Granovetter,

los lazos interpersonales «fuertes» (como el parentesco y la amistad íntima) son menos importantes que los «lazos débiles» (como cuando se conoce a otra persona o ambos son miembros de otras asociaciones) para sostener la cohesión de la comunidad y su acción colectiva porque los primeros son más difíciles de extender más allá del grupo familiar.¹⁷

La relación entre la situación económica de las cooperativas y la conciencia social local y nacional de sus miembros, no es significativa ni positiva. Ciertamente, muchos trabajadores, sobre todo en las cooperativas menos democráticas, veían la condición financiera de sus empresas como el factor que más les impedía contribuir a sus comunidades. Pero si comparamos organizaciones muy similares, con niveles parecidos de democracia laboral, es difícil discernir si son sus precarias situaciones económicas, y no otros factores, las causas más importantes de sus bajos niveles de conciencia social. En cualquier caso, una situación económica negativa no es un impedimento al desarrollo y ejercicio de la solidaridad de los cooperativistas. Aunque, indudablemente, una situación económica positiva aumenta las formas y cuantías en que pueden materializar su solidaridad, esta no les prohíbe orientar sus actividades hacia la satisfacción de necesidades sociales. De hecho, dos cooperativas, entre las de peor situación económica, están entre las que más han contribuido tanto a comunidades vecinas como distantes. Una tiene un proyecto para instalar y administrar un círculo infantil comunitario, y la otra para transmitir sus habilidades y conocimientos a miembros de comunidades cercanas; además, han hecho grandes donaciones a comunidades en otros estados del país.

Confirmando aún más el efecto crucial de la práctica participativa en la expansión de la solidaridad de los trabajadores, el otro factor más importante que explica el desarrollo de la conciencia social local y nacional —después de la democracia laboral misma— es la experiencia de participación comunitaria de los cooperativistas. Como las comunidades de los trabajadores generalmente son las aledañas a sus cooperativas, esta

Al identificar «la participación del pueblo en la formación, ejecución y control de la gestión pública» como «el medio necesario para lograr el protagonismo que garantice su completo desarrollo, tanto individual como colectivo», la nueva Constitución venezolana sugiere que el cultivo de la naturaleza social de la individualidad humana es una tarea no solo crucial sino también posible.

es una mejor medida de proximidad que la cercanía física antes analizada. De hecho, las cooperativas más solidarias son las que tienen algunos miembros con una activa tradición de participación comunitaria.

Para probar mi hipótesis —la práctica participativa *entre* empresas democráticas y otras comunidades (planificación democrática) es más importante que la participación dentro de las empresas (democracia laboral) para promover la solidaridad de los trabajadores hacia esas comunidades—, estaba muy interesada en estudiar las interacciones entre diversas comunidades. Esto no fue posible porque en Venezuela aún son casi inexistentes las instituciones que las reúnan con las cooperativas vecinas.

De las empresas de producción social a las de propiedad social

La promoción de las empresas de «producción social» refleja la maduración del pensamiento de los miembros del gobierno involucrados en la transformación de la economía venezolana. Antes se creía que, debido a la solidaridad que caracteriza la dinámica dentro de sus lugares de trabajo, los cooperativistas desarrollarían espontáneamente su conciencia social y orientarían sus actividades hacia la satisfacción de las necesidades de las comunidades aledañas.¹⁸ Pero se ha reconocido que si bien la participación de los trabajadores en la administración democrática de sus empresas tiene el potencial de promover la expansión de sus intereses individuales y colectivos de manera que incluyan intereses sociales más amplios, esto no ocurre necesariamente.

Incluso contando con los incentivos materiales ofrecidos a las empresas de producción social, muchas cooperativas han estado renuentes a orientar sus actividades hacia la solución de las necesidades de las comunidades circundantes, como si solo sus miembros tuvieran derecho a disfrutar los frutos de su trabajo.¹⁹ En *Aló Presidente*, n. 280, del 29 de marzo de 2007, Chávez declaró:

El cooperativismo no garantiza socialismo, porque la cooperativa es propiedad privada colectiva; es decir, si somos veinte de esta cooperativa, vamos a trabajar para beneficiarnos los veinte. Si eso es así, es meramente capitalismo. A las cooperativas hay que darles un impulso hacia el socialismo.

El presidente Hugo Chávez sugirió que una empresa solo es socialista o de «propiedad social» si es *controlada* por la sociedad y, por tanto, satisface necesidades sociales: una empresa de propiedad social «no le pertenece a los cooperativistas, no, le pertenece a toda la comunidad a través de los consejos comunales, de los consejos de obreros, etc.; esa empresa es direccionada, es planificada, se produce, se coloca la producción en función de los intereses no de los cooperativistas nada más, sino de toda la comunidad».²⁰

Por tanto, se ha reconocido que para que una empresa satisfaga necesidades sociales, no es suficiente que los trabajadores organicen su producción bajo principios democráticos, igualitarios y solidarios (la filosofía que define a las cooperativas), ni tampoco que estos reciban incentivos para comprometerse a hacerlo (la meta detrás del concepto de empresas de «producción social»). Es decir, para que una empresa sea socialista, o de «propiedad social» y esté consecuentemente orientada hacia la satisfacción de necesidades sociales, tiene que ser controlada por las comunidades o grupos sociales que se vean afectados por su producción.²¹

Los medios de producción de una empresa de propiedad legal, tanto del colectivo de trabajadores como de una organización social o institución estatal a nivel local, regional o nacional, no son propiedad «social» si su administración no está controlada por la sociedad, y sobre todo por esas comunidades más directamente afectadas por sus actividades, con independencia de quiénes posean los medios de producción.²² Por tanto, la propiedad legal de las empresas por sus trabajadores, aun cuando las administren democráticamente —como debe ser el caso en cooperativas— no significa control social y por consiguiente no asegura que produzcan para satisfacer necesidades sociales. Desde luego, los trabajadores en

empresas democráticas —sean propiedad legal de estos o no— sí tienen el potencial para adoptar las necesidades sociales de sus comunidades circundantes y otras más lejanas. Pero esto fue exagerado por los funcionarios venezolanos involucrados en la promoción de las cooperativas.

Con la revisión del concepto de propiedad social y el reconocimiento de que las cooperativas no necesariamente producen para satisfacer necesidades sociales, el gobierno venezolano ha admitido la pertinencia de que las comunidades (desde el nivel local hasta el nacional) puedan ejercer cierto control social sobre las empresas, aunque no se ha precisado cómo se implementará en la práctica. La noción de planificación democrática no es desconocida entre cooperativistas y funcionarios gubernamentales, pero desgraciadamente en general se emplea para hacer referencia a los procesos de planificación dentro de las empresas y no entre ellas y con las comunidades.

Por la planificación democrática y contra el mercado

Aun si muchos cooperativistas viven en las comunidades que circundan sus cooperativas, solo la planificación democrática les permite conocer cuáles son los problemas más sentidos en ellas, sobre todo una vez que las necesidades más visibles y básicas estén satisfechas. Para que los trabajadores adopten los intereses de una comunidad como propios, estos deben ser claramente definidos. Y para que ocurra de manera efectiva y justa, los mismos miembros de esa comunidad deben identificarlos y priorizarlos democráticamente. Incluso si los trabajadores están conscientes de las principales necesidades de una comunidad, nada garantiza que estarían dispuestos a percibirlos como suyos, sobre todo si parece que se oponen a sus intereses individuales y colectivos. Así como la toma de decisiones dentro de las empresas genuinamente democráticas impulsa a sus miembros a valorar los intereses de otros compañeros de trabajo como suyos, la planificación democrática resulta necesaria para empujarlos a interiorizar las necesidades de otras comunidades.

En la medida en que la planificación democrática reduce la interacción de las empresas y sus trabajadores en el mercado, atenúa los efectos de una práctica basada en el egoísmo, que dificulta el desarrollo y ejercicio de la solidaridad. De hecho, los compradores y vendedores que se involucren en relaciones mercantiles serán forzados a priorizar intereses individuales estrechamente definidos y ciegos —en el mejor caso— a las necesidades de otros. El carácter bilateral y atomista de las transacciones mercantiles, en vez de promover que los

intereses de otros se tomen en consideración, implica que es correcto ignorarlos, porque sugiere que no existen interrelaciones con ellos. Como explica Samuel Bowles, los mercados no son solo instituciones económicas, sino también culturales y políticas, que erosionan la habilidad de entender nuestra interrelación con otros, de analizar y comunicar información cualitativa compleja sobre nuestras actividades económicas que no pueden ser expresadas en precios (aun si estos pudieran calcularse de forma precisa e incluyendo externalidades) de participar en la toma colectiva de decisiones, y de sentir empatía hacia otros.²³

Como los mercados no son capaces de considerar externalidades positivas ni negativas (pues estas solo pueden ser evaluadas mediante un proceso democrático), el ejercicio de la responsabilidad social por las empresas bajo relaciones mercantiles raramente coincide con su necesidad de maximizar sus ganancias. Como demuestra la creencia dominante entre las cooperativas venezolanas, en el sentido de que deben escoger entre consolidarse y ser socialmente responsables, la inestabilidad e imprevisibilidad de la competencia las fuerza constantemente a intentar mantener una mejor posición en el mercado que asegure su supervivencia, y a ver su responsabilidad social solo como un costo que la amenaza: «No podemos dar mucho, tenemos que ahorrar porque no sabemos qué va a pasar en el futuro». En lugar de ser socialmente responsables, las empresas deben concentrarse en acrecentar sus ganancias, y la manera más fácil de hacerlo es reduciendo sus costos y/o aumentando sus precios, siempre que sea posible.²⁴ Son impulsadas a utilizar sus ventajas naturales o artificiales en detrimento de otras empresas, a trasladar sus costos a las comunidades y el medio ambiente, a obtener beneficios de estos sin compensarlos, a operar como carteles reduciendo su oferta de bienes básicos para aumentar los precios y sus ganancias, y a evadir cualquier regulación que beneficie a la sociedad y atente contra su posición en el mercado.

Por consiguiente, hay «prejuicios e incentivos antisociales inherentes al sistema de mercado» que recompensan comportamientos egoístas y socialmente irresponsables con mayores beneficios individuales (y colectivos, en los casos de empresas democráticas) mientras penalizan comportamientos solidarios.²⁵ La solidaridad «difícilmente va a durar mucho tiempo bajo las presiones de un mercado competitivo», expresa Ellen Comisso, sobre experiencias anteriores.²⁶ Según explica Pat Devine, la relación mercantil «necesariamente opera mediante una apelación a intereses individuales o sectoriales estrechos y la coerción de las fuerzas del mercado. Ella, por tanto, consolida el individualismo y la atomización».²⁷

De hecho, el estudio de las pasadas experiencias de autogestión yugoslava y las cooperativas del grupo Mondragón confirman todos estos efectos «corruptivos» de las dinámicas del mercado. Fue precisamente el establecimiento de reformas de este tipo que diluyó la cooperación entre las empresas autogestionadas yugoslavas y entre ellas y el resto de la sociedad; se promovieron comportamientos que resultaron en mayores desigualdades y desempleo.²⁸ Mediante sus vínculos políticos, las empresas autogestionadas yugoslavas presionaron contra las políticas redistributivas.²⁹ Similarmente, las cooperativas Mondragón son criticadas por su poco énfasis en los aspectos sociales del movimiento cooperativo, y su mayor preocupación en ser competitivas internacionalmente. El grupo Mondragón se ha convertido en una corporación internacional convencional: para disminuir sus costos, ha creado sucursales en países del llamado Tercer mundo donde los trabajadores no tienen ninguna participación en la administración.³⁰

Aunque algunos miembros del gobierno venezolano reconocen la lógica egoísta y antisocial de los mercados y su incompatibilidad con la meta de crear una sociedad más humana y solidaria, la mayoría de las cooperativas obtienen sus insumos y distribuyen sus productos a través de ellos. El MINEC había anticipado que las cooperativas y otras empresas de la economía social establecerían sus propias redes de intercambio y distribución para evadir los intermediarios y las reglas del mercado. Pero ha ocurrido en muy pocos casos, y en su mayoría han sido impulsados directamente por el MINEC.³¹ Un número significativo de cooperativas evaden parcialmente los mercados mediante contratos con instituciones estatales que aseguran parte de sus insumos y son compradoras de algunos de sus productos, pero esto crea una dependencia de burocracias que están lejos de ser transparentes y comprometidas con su éxito.

El gobierno de Chávez ha intentado socavar ideológicamente la ética egoísta que predomina en la sociedad venezolana, consecuencia de su larga experiencia con una economía de mercado que ha exaltado los comportamientos rentistas y consumistas. Por ejemplo, el programa Moral y Luces se inició en enero de 2007 con el objetivo de promover los valores socialistas de igualdad y solidaridad a través de debates sobre problemas sociales en las escuelas, los centros de trabajo, las bibliotecas, y todas aquellas instituciones interesadas. Pero la planificación democrática, más que la educación, es indispensable para revertir y prevenir estos serios efectos ideológicos y culturales negativos de los sistemas de mercado, así como para evadir sus poco conocidas ineficiencias.³² Los mecanismos de planificación democrática pueden ser diseñados de manera que productores y consumidores realicen sus intereses individuales y colectivos solo cuando

adopten las necesidades de otros. En lugar de penalizar a las empresas que vayan contra la lógica del mercado con reducciones del valor mercantil de su producción, podríamos premiarlas de acuerdo con la proporción de beneficios y costos sociales que aporten. La planificación democrática crearía, por lo tanto, las condiciones necesarias para que las empresas autogestionadas no tengan que escoger entre sobrevivir y realizar su potencial social.

Notas

1. Amartya Sen, *Development as Freedom*, Anchor Books, Nueva York, 1999.
2. Aunque estudiosos del capital social, como Robert D. Putnam, Robert Leonardi y Raffaella Nanetti (*Making Democracy Work: Civic Traditions in Modern Italy*, Princeton University Press, Princeton, 1993) se han enfocado en sus efectos y no explican cómo este se desarrolla, teóricos de la democracia participativa y el socialismo democrático como Michael Albert y Robin Hahnel (*Looking Forward: Participatory Economics for the Twenty First Century*, Princeton University Press, Princeton, 1991) sí lo han logrado analizando cómo las instituciones forman la conducta humana.
3. La ética y/o práctica de una persona es «egoísta» no cuando intenta maximizar sus beneficios o intereses, sino cuando estos son definidos estrechamente en el sentido de que los intereses de otras personas afectadas por sus acciones no se toman en cuenta.
4. Al respecto véase Branko Horvat, *The Political Economy of Socialism: A Marxist Theory*, M. E. Sharpe, Armonk, NY, 1982, pp. 263-5; Michael A. Lebowitz, *El socialismo no cae del cielo*, Imprenta de Mérida C.A., Mérida, 2006, pp. 4-5; Robin Hahnel, *Economic Justice and Democracy: From Competition to Cooperation*, Routledge, Nueva York, 2005, pp. 24-5.
5. María Isabel Dávila, «Cooperativas de Vuelvan Caras generan Bs. 300 millardos en 1^{er} trimestre de 2007», Agencia Bolivariana de Noticias (ABN), Caracas, 28 de mayo de 2007.
6. Entrevista de la autora a Carlos Molina, director de la Superintendencia Nacional de Cooperativas (SUNACOOP), 23 de agosto de 2006.
7. Entrevista de la autora a Alba Vizcaíno, 19 de junio de 2006.
8. Hugo Chávez Frías, «Discurso en evento sobre el Acuerdo Marco de Corresponsabilidad para la Transformación Industrial», 16 de agosto de 2005», Caracas, 16 de agosto de 2005.
9. Camila Piñero, «Democracia laboral y conciencia colectiva en Venezuela. Un estudio de cooperativas», *Temas*, n. 50-51, La Habana, abril-septiembre de 2007, pp. 104-5.
10. *Ibidem*, pp. 100-3.
11. Jaroslav Vanek, *The General Theory of Labor-managed Market Economies*, Cornell University Press, Ithaca, 1970, p. 271.
12. David Miller, «Deliberative Democracy and Social Choice», en James S. Fishkin y Meter Laslett, eds., *Debating Deliberative Democracy*, Blackwell, Malden, MA, 2003, pp. 183, 189.
13. Greg MacLeod, «The Business of Relationships», en Christopher D. Merrett y Norman Walzer, eds., *Cooperatives and Local Development*, M. E. Sharpe, Armonk, NY, pp. 299-301.

14. Jaroslav Vanek, *The Participatory Economy. An Evolutionary Hypothesis and a Strategy for Development*, Cornell University Press, Ithaca, 1971, pp. 146-7.
15. Entrevistas realizadas por la autora entre julio y agosto de 2006.
16. Ídem.
17. Mark S. Granovetter, «The Strength of Weak Ties», *American Journal of Sociology*, v. 78, n. 6, Chicago, 1973, p. 1376.
18. MINEP, *Desarrollo endógeno bolivariano. Eje de formación sociopolítica*, INCE, Caracas, 2005, p. 27.
19. Por ejemplo, mientras eran entrevistados por Chávez durante el programa televisivo *Aló Presidente* n. 264, del 28 de enero de 2007, miembros de una cooperativa agrícola con un crecimiento de 60% no mostraron ninguna inclinación por ayudar a resolver problemas en sus comunidades, que ni siquiera habían intentado identificar.
20. Hugo Chávez, *Aló Presidente*, n. 280, 29 de marzo de 2007.
21. La modificación del Artículo 155 de la Constitución de 1999, que define los tipos de propiedad y los ejemplos de propiedad social «directa» e «indirecta» (por un lado, la empresa estatal de petróleo, PDVSA, y por otro «una fábrica creada por el Estado y después transferida a una comunidad») propuestos por Chávez, en agosto de 2007, parecen sugerir que el control de una empresa por una comunidad, o la sociedad venezolana en general, no se reduce a su propiedad legal tradicional y puede lograrse de distintas formas.
22. Aunque la propiedad legal y el control de la administración de las empresas han coincidido históricamente, ellos pueden ser separados (David P. Ellerman, *The Democratic Worker-Owned Firm: A New Model for the East and West*, Unwin Hyman, Londres-Boston, 1990, p. 209). Sin lugar a dudas, lo primero puede asegurar lo segundo, pero no necesariamente, pues los propietarios legales pueden ceder el control bajo contratos de usufructo u otros. La experiencia nos sugiere que esto es menos probable cuando las empresas son propiedad legal de instituciones de un Estado no democrático y, sobre todo, de individuos privados.
23. Samuel Bowles, «What Markets Can —and Cannot— Do», *Challenge*, Nueva York, julio-agosto de 1991, pp. 1, 13.
24. Robin Hahnel, *Economic Justice...*, ed. cit., p. 87.
25. Robin Hahnel, «The Case Against Markets», *Journal of Economic Issues*, v. XLI, n. 4, Lewisburg, PA, 2007, pp. 11, 57.
26. Ellen T. Comisso, *Workers' Control under Plan and Market*, Yale University Press, New Haven, 1979, pp. 31-4.
27. Pat Devine, *Democracy and Economic Planning*, Polity Press, Cambridge, 1988, p. 5.
28. Michael Lebowitz, «Seven Difficult Questions: Problems of Yugoslav Self-Management», Presentación en el Tercer encuentro internacional de solidaridad con la Revolución bolivariana, Valencia, Venezuela, 13 de abril de 2005.
29. Ellen T. Comisso, ob. cit., pp. 111, 114.
30. Robin Hahnel, *Economic Justice...*, ed. cit., p. 354.
31. Dos sistemas de trueque locales fueron creados en julio y octubre de 2007 (*El Universal*, Caracas, 14 de agosto y 12 de octubre de 2007).
32. Como explica Robin Hahnel («The Case Against Markets», ed. cit.), los mercados son significativamente ineficientes no solo porque algunas de las condiciones centrales para su supuesta eficiencia, tal como la competencia e información perfectas y el equilibrio, son imposibles o muy difíciles de realizar en el mundo real. Además, no logran calcular los precios correctamente, porque no tienen en cuenta los costos y beneficios sociales que están asociados a cualquier actividad económica; y, si se intentara, están mal equipados para evaluarlos efectivamente. Consecuentemente, los mercados suministran menos bienes y más males públicos de lo necesario; al mismo tiempo que tuercen las preferencias de las personas hacia producciones socialmente ineficientes. Y hay muchos problemas prácticos en la implementación de regulaciones para prevenir esos resultados.

Planeamiento democrático: sí, pero ¿cómo hacerlo?

Robin Hahnel

Profesor. American University, Washington, DC.

Este artículo sostiene que Cuba puede estimular la participación y la iniciativa populares en su economía mediante un cambio dramático en su sistema de planificación que garantice a los trabajadores —en sus empresas socialistas— y a los consumidores —en sus CDR y órganos del Poder Popular— autonomía respecto a sus propias actividades económicas. En los debates del pasado, los que defendían la necesidad de estimular una mayor participación popular en las tomas de decisiones económicas en Cuba, pueden agruparse en dos campos. Algunos sostenían que podría lograrse una mayor participación mediante reformas dentro del marco del sistema de planificación existente; otros que solo si se le permitía a las cooperativas y pequeñas empresas privadas obtener beneficios mediante los intercambios mercantiles sería posible estimular más la iniciativa y la participación. En este prolongado debate interno, ambas partes se equivocan.

Se engañan quienes creen que reformar el sistema de planificación existente —en vez de remplazarlo por un sistema fundamentalmente distinto— bastará para insuflarle vida a la economía cubana. Aunque los

partidarios del sistema tradicional de planificación no pretenden desalentar la participación popular y rechazan que se utilice el adjetivo «autoritario» para describirlo, no obstante, es cierto, en primer lugar, que la planificación cubana sigue moldeándose según los viejos sistemas utilizados en la ex Unión Soviética y las economías de Europa oriental antes de 1989; y en segundo, que este procedimiento de planificación limita la participación principalmente al personal de los ministerios de planeación y organismos centrales, y a los administradores de las empresas estatales, y brinda solo limitadas oportunidades a la participación de los obreros y los consumidores en las tomas de decisiones que los afectan.

Este sistema de planificación debe ser remplazado por uno participativo, democrático, que opere sobre la base de principios diferentes y una lógica enteramente distinta. De otro lado, también se equivocan quienes creen que la solución radica en convertir más empresas socialistas en cooperativas poseídas por sus trabajadores, en tolerar más empresas privadas y en brindarles más libertad a las fuerzas del libre mercado. Desatar la lógica de la competencia y la avaricia no

puede sino socavar los esfuerzos por construir un sistema de cooperación equitativa. Es decir, aunque este enfoque busca abrir un espacio a la acción autónoma y estimular la iniciativa, se convierte en una amenaza para el avance de Cuba hacia el socialismo. Afortunadamente, es posible crear un espacio autónomo para los obreros en las empresas socialistas y consumidores en sus CDR y órganos del Poder Popular de base mediante una transformación radical del sistema cubano de planificación de manera que impulse el proyecto socialista en vez de amenazarlo.

El problema fundamental del sistema de planificación cubano es que ha desalentado la participación popular en la toma de decisiones económicas. No creo que esa haya sido nunca la intención de nadie. De hecho, existe evidencia de que los dirigentes cubanos han lamentado desde hace mucho tiempo esta dinámica, y han convocado públicamente a los críticos para proponer soluciones. Sin embargo, la predisposición respecto a la creación de oportunidades para el trabajo autogestionado, incluso en las mejores experiencias de planificación central, ha demostrado ser un serio impedimento para el desarrollo de capacidades de autogestión a nivel popular en todas las economías centralizadas. La apatía hacia esta se deriva de la falta de oportunidades reales para emprender la autogestión. Para el trabajador simple, lo mejor es no preocuparse, pues tiene poco sentido desarrollar un fuerte interés respecto a lo que ha de producir o cómo hacerlo, porque estas decisiones las toman los planificadores y directores de empresas, que participan en el proceso de «planificación centralizada». Las ineficiencias en el procedimiento de cálculo conocido como «balances materiales», y los problemas «planificador-ejecutor», que influyen en que los directores de empresas no orienten adecuadamente a los planificadores respecto a las verdaderas capacidades de sus empresas, son los obstáculos que los críticos pro capitalistas señalan y que los profesionales en los ministerios de planificación luchan por superar. Pero el verdadero talón de Aquiles de la planeación centralizada siempre ha sido su estructura autoritaria y su inherente predisposición contra la autogestión obrera.¹

No botar al niño junto con el agua sucia

Aunque este artículo recomienda remplazar el sistema tradicional de planificación cubano por uno completamente distinto de «planeación participativa», sería un error deshacer los grandes progresos institucionales e ideológicos que Cuba se ha esforzado por mantener durante mucho tiempo en condiciones adversas. Sería,

en efecto, botar al niño con el agua sucia. El agua sucia, de la que hay que librarse, es el sistema autoritario de planeación heredado de las ya fallecidas economías centralmente planificadas de la ex Unión Soviética y Europa oriental. El niño que ha de ser preservado y protegido es la empresa socialista y las convicciones ideológicas que la sustentan. Uno de los principales logros de la Revolución cubana es que la inmensa mayoría de los habitantes comprenden que todos los recursos productivos disponibles —los recursos naturales, el capital físico, y el humano creado por su magnífico sistema educativo— son propiedad del pueblo. En Cuba se da ampliamente por sentado que todas estas capacidades productivas, junto con el conocimiento técnico requerido para echarlas a andar, pertenecen a los cubanos y existen para beneficiar a todos por igual. La mayoría de los cubanos entiende que aunque diferentes empresas utilizan partes distintas de este potencial productivo, esto no significa que lo que utiliza una empresa *pertenezca* a quienes lo usen en ella.

La empresa socialista es la encarnación institucional de esta convicción fundamental. Las privadas son la encarnación institucional de la perspectiva opuesta: partes específicas de las capacidades productivas de la sociedad son propiedad privada de su(s) dueño(s). Aunque constituyen un paso en la dirección acertada, las cooperativas tradicionales propiedad de sus trabajadores siguen tratando los recursos productivos sociales como si pertenecieran no a la sociedad en su conjunto, sino a un grupo particular de trabajadores.² Si bien quienes buscan construir una economía socialista en otros países tienen aún que librar una batalla política para convencer a una mayoría de sus conciudadanos de que los recursos productivos pertenecen a todos, esa batalla ideológica ha sido librada y ganada en Cuba. Es importante que los cambios nos muevan hacia delante, no hacia atrás, y desgraciadamente las sugerencias referidas a adoptar el modelo de cooperativas propiedad de sus trabajadores y tolerar más empresas privadas amenazan, como ya se dijo, uno de los grandes logros de la Revolución cubana, aunque no sea esa la intención de quienes formulan las propuestas.

En Cuba, desde hace mucho, los trabajadores han estado organizados en empresas donde los recursos productivos con los que trabajan son vistos y tratados como propiedad común de todos. Además, la Revolución ha enseñado que, puesto que la sociedad asume el peso de la educación, los individuos afortunados de recibir más educación y, por ende, poseen niveles más altos de «capital» humano, han contraído una deuda que deben retribuir a la sociedad, y no a la inversa.³ Más adelante, se propone que las

empresas sean administradas por un consejo de trabajadores en vez de administradores nombrados por (y que rinden cuentas a) otros. Pero cuando se abandone el sistema de planificación centralizada, las empresas cubanas deberán seguir siendo «socialistas» en el sentido de que los recursos utilizados son propiedad «social» que deberán beneficiar a todos por igual. No hay necesidad de crear cooperativas tradicionales propiedad de sus trabajadores —lo cual ideológicamente es un paso atrás— y mucho menos empresas privadas. La cuestión no es si debemos remplazar la propiedad social de la propiedad productiva por la privada, y tampoco si debemos remplazar la planificación abarcadora por las relaciones de libre mercado, sino cómo los trabajadores en empresas *socialistas* deben planear, de un modo abarcador, sus actividades interrelacionadas de manera que tengan un grado apropiado de autonomía respecto a qué y cómo producen.

Modos erróneos de insuflar vida a la economía cubana

Desde primeros días de la Revolución ha habido una vibrante discusión acerca de los procedimientos de planificación y las reformas económicas. Durante el decenio de 1960-1969 hubo una importante polémica en torno a por qué el socialismo requería una planeación abarcadora, y un extenso debate sobre el papel de los estímulos morales frente a los materiales en una economía socialista. Durante el decenio siguiente, la relación entre balances materiales y contabilidad financiera se examinó más cuidadosamente, al igual que el tema de la discreción empresarial frente a la autoridad central. La campaña de rectificación durante 1985-1991 se lanzó para desalentar comportamientos considerados inconsistentes respecto a los valores socialistas y, por supuesto, se requirieron muchos cambios a raíz del Período especial que siguió a las crisis políticas y económicas en Europa oriental y la ex Unión Soviética: estos eventos privaron a la Cuba revolucionaria de la mayoría de sus socios comerciales tradicionales.⁴

El último episodio de esta discusión en curso fue lanzado por Raúl Castro hace más de un año cuando desafió a todos a volver a pensar en el modo de organizar mejor la economía cubana y exhortó a no vacilar en criticar lo que creyeran erróneo y a formular sugerencias concretas de reformas económicas, sin importar lo osadas que fuesen. Una crítica, que ya se había suscitado en los debates previos, es que las personas, en muchos niveles, muestran muy poca iniciativa ante la toma de decisiones económicas. En muchas ocasiones, Fidel Castro había tocado el tema de la participación popular en la toma de decisiones

económicas. Por ejemplo, en 1961, durante el diseño del primer plan anual, enfatizó la importancia de tal participación; al igual que en 1970, ante el fracaso de la zafra de los diez millones; en 1984, como parte de la campaña de rectificación; en 1990, cuando el Llamamiento al IV Congreso del Partido; y nuevamente en 1994, en el contexto de los Parlamentos Obreros.

Una de las propuestas formuladas en respuesta a los llamados de una mayor participación popular fue la de crear más cooperativas y pequeñas empresas capitalistas y permitirles involucrarse en intercambios mercantiles menos regulados con vistas a «insuflar más vida» a la economía cubana. Pocos de los que hicieron esta propuesta fueron al extremo de sugerir que se remplazaran totalmente las empresas estatales, la planificación centralizada y las relaciones de mercado por cooperativas propiedad de sus trabajadores, empresas privadas y relaciones mercantiles. Pero si las cooperativas, las empresas privadas y los mercados estimulan la iniciativa, mientras que las empresas socialistas y la planeación centralizada generan apatía, uno podría preguntarse: ¿por qué no reformar completamente el sistema económico según esas líneas, incluso si la transición ocurriera gradualmente con vistas a minimizar los trastornos económicos?

En mi opinión, los críticos que proponen estas reformas no se equivocan al creer que el principal problema del sistema económico cubano es la falta de participación popular en la toma de decisiones económicas, algo que emana de la falta de autonomía de los trabajadores y consumidores; pero pienso que no tienen razón al dar por sentado que la única manera de crear más espacio para la acción autónoma de trabajadores y consumidores es avanzar hacia el incremento de la propiedad privada y de las relaciones mercantiles. Es difícil culparlos por hacer esa injustificada suposición, porque todo el *establishment* económico fuera de Cuba ha obrado larga y duramente para insistir en esta versión particular de NHA: No Hay Alternativa a la propiedad privada y los mercados si lo que se desea es la «soberanía» del productor y el consumidor. Pero esa suposición es falsa. Hay modos de organizar la planeación democrática abarcadora, de modo que los consejos de trabajadores y consumidores disfruten de autonomía, al tiempo que se comporten de manera socialmente responsable. En su prisa por crear un espacio autónomo para la iniciativa individual y grupal, quienes proponen remplazar la planificación abarcadora con los mercados también cometen el error de ignorar, o al menos restarle importancia, a los efectos negativos al tratar de frenar la avaricia mediante la competencia guiada por el libre mercado. Al usarse para coordinar las actividades de cooperativas propiedad de sus trabajadores o firmas privadas, los sistemas de libre

mercado generan inevitablemente desigualdades intolerables y una gran ineficiencia. También socavan la verdadera democracia económica y abusan del medio ambiente, además de recompensar el comportamiento egoísta y penalizar la solidaridad.⁵ La promoción de cooperativas propiedad de sus trabajadores en un país como Venezuela es un paso sensible para proveer una alternativa a las empresas de propiedad capitalista, aunque allí todavía no se ha hallado una alternativa a las relaciones de libre mercado, puesto que aún está por organizarse un sistema de planeación democrática. Pero en Cuba la propiedad productiva ya es de propiedad social, y sería un trágico error permitir que pequeños grupos de trabajadores, y mucho menos empresarios privados, vuelvan a ser dueños de la propiedad productiva; al igual que desatar relaciones de mercado —con todo lo que esto conlleva—, ya que las actividades de distintas empresas y consumidores han sido, desde hace mucho, coordinadas a través de un sistema de planeación, cuando hay un modo mejor de cambiar el sistema de planeación para brindar autonomía a los trabajadores y consumidores. La conclusión es que no puede esperarse que algunas personas se comporten de manera socialmente responsable cuando se permite que otras se beneficien personalmente al hacerlo de forma irresponsable, lo cual equivale a apropiarse de recursos productivos que deben pertenecer y beneficiar a todos, y aprovecharse de otros en los intercambios mercantiles.

El desafío

El desafío que se nos presenta es el siguiente: ¿cómo empoderar a los consejos de trabajadores y consumidores y proteger al mismo tiempo los intereses de otros participantes en la economía que resultan afectados por lo que hacen esos consejos?, ¿cómo proveer a grupos de trabajadores con derechos de utilización de parte de los recursos productivos de la sociedad sin permitirles adueñarse o beneficiarse de un modo desproporcionado de recursos productivos que pertenecen a todos? Lo que han reconocido los socialistas desde hace tiempo es que las decisiones sobre lo que hace o no hace cualquier grupo individual en una economía afectará inevitablemente a muchos más e, incluso, podría afectar a todos. La conclusión que han extraído de este hecho es que la planeación democrática ha de permitir que todos tengan voz y voto en la mayoría de las decisiones económicas. Pero las distintas decisiones generalmente no afectan en el mismo grado a todos. Podría decirse que este es el dilema fundamental que enfrentamos quienes deseamos organizar un sistema de toma de decisiones económicas

que brinde a las personas el poder de tomar decisiones *hasta el punto* en que sean afectadas por diferentes decisiones económicas. La mayoría de estas involucran a muchas personas, pero en diferentes grados. Los sistemas de libre mercado tratan las decisiones económicas como si solo afectasen al comprador y al vendedor, privando de derechos de voto a las «partes externas» que también resultan afectadas. La planeación central, en la que la función objetiva está determinada por algún tipo de procedimiento de voto democrático, trata todas las decisiones económicas como si afectasen a todos por igual, sin conseguir permitir mayor voz a los obreros que resultan más perjudicados por una decisión que a aquellos que lo son menos. Desgraciadamente, la mayoría de las decisiones económicas no afectan solo a un comprador y a un vendedor, ni tampoco a todos por igual, sino que caen en lo que podríamos llamar el «turbio medio», que incide más en unos que en otros. A menos que organicemos la toma de decisiones económicas de modo que las personas tengan más voz en aquellas que más les afectan, seguiremos fracasando en el intento de conseguir una democracia económica significativa. El desafío consiste en cómo brindar a los trabajadores y consumidores, en sus propios consejos, un grado de autonomía que sea apropiado respecto a lo que hacen.

Una solución: planeamiento participativo

¿Cómo brindar a los trabajadores en las empresas socialistas cubanas y a los consumidores, en los CDR y órganos del Poder Popular, la autonomía necesaria para estimularlos a que se conviertan en, y sigan siendo, participantes activos en las tomas de decisiones económicas y asegurar, al mismo tiempo, que los consejos de trabajadores y consumidores no tomen opciones que sean socialmente irresponsables? ¿Cómo brindar a pequeños grupos de trabajadores y consumidores suficiente autonomía para estimularlos a dedicar tiempo y esfuerzos a participar sin privar de voto a otros que resultan afectados —aun cuando sea en un grado inferior— por las decisiones que ellos toman? ¿Cómo garantizar a grupos de trabajadores el derecho a utilizar algunos de los recursos productivos de la sociedad según deseen, sin permitirles que se beneficien injustamente? El procedimiento de planeación participativa, que es parte del modelo conocido como «economía participativa», fue diseñado para resolver este problema.⁶

Quienes participan en el procedimiento de planeación participativa son los consejos y federaciones de trabajadores, de consumidores y una Junta de

Facilitación de Iteraciones (JFI). Conceptualmente, el procedimiento de planificación es muy sencillo:

1. La JFI anuncia los estimados en curso de los costos de oportunidad social para todos los productos, recursos, categorías de trabajo y existencias de capital.
2. Los consejos y federaciones de consumidores responden con propuestas de consumo. Los consejos y federaciones de trabajadores responden con propuestas de producción que enumeran los artículos que se proponen producir y los insumos que requieren para hacerlo.
3. La JFI calcula el exceso de demanda o de oferta para cada uno de los productos y servicios acabados, bienes de capital, recursos naturales y categorías de trabajo, y ajusta el estimado del costo de oportunidad para el producto subiéndolo o bajándolo en proporción al exceso de demanda u oferta.
4. Utilizando los nuevos estimados de costos de oportunidad, los consejos y federaciones de trabajadores revisan y vuelven a someter sus propuestas. Los consejos individuales de trabajadores y consumidores deben seguir revisando sus propuestas hasta que sometan una que otros consejos hayan aceptado. El proceso de planificación continúa hasta que ya no exista exceso de demanda para ningún producto, ninguna categoría de trabajo, ningún insumo primario ni ninguna existencia de capital: dicho de otro modo, hasta que se llegue a un plan factible.

Los hogares someten a sus consejos barriales de consumo a solicitudes de bienes privados de consumo junto a calificaciones de esfuerzo que sus miembros recibieron de sus compañeros de trabajo.⁷ «Estipendios» de consumo para niños, estudiantes y discapacitados o retirados de los hogares se combinan con las calificaciones de los esfuerzos de los trabajadores, y si las calificaciones de esfuerzo y los estipendios son suficientes para justificar el costo para la sociedad de producir la solicitud de consumo hogareña, esta es aprobada automáticamente. El consejo de barrio también puede aprobar solicitudes por encima de lo que justifican las calificaciones de esfuerzo y los estipendios de un hogar si halla una razón para hacerlo. La propuesta de consumo de un consejo de barrio consiste en la suma total de solicitudes aprobadas para bienes de consumo privados de sus hogares miembros, más cualquier bien público del barrio como aceras, aparatos para un parque de diversiones, etc. Esta propuesta de consumo del consejo de barrio es la que se somete durante cada ronda del proceso de planeación, junto con los promedios de las calificaciones de esfuerzo y los estipendios de todos los miembros del consejo. Las federaciones de consejos de consumidores también someten en cada ronda solicitudes de bienes públicos, utilizados por todos los

que viven en zonas geográficas más extensas. Los miembros de los consejos de trabajadores se reúnen y deciden qué producirán y qué insumos necesitan; al igual que los miembros de los consejos de consumo de barrio, para discutir qué bienes públicos desean. Los representantes de los consejos que comprenden una federación de consejos de consumidores deberán reunirse para discutir cuáles bienes públicos desean pedir los grupos más grandes de consumidores. No obstante, todas estas son reuniones *dentro de* los consejos y federaciones de trabajadores y consumidores, no reuniones *entre* ellos. La JFI se limita a realizar un cálculo mecánico para ajustar los estimados de los costos de oportunidad entre cada ronda en el procedimiento de planificación. No «fija» precios, ni mucho menos dicta lo que pueden hacer los trabajadores o consumidores. La JFI no se parece en nada al Ministerio de Economía y Planificación, que *sí* tiene poder para decidir quién producirá tal cosa y cómo. En la planeación participativa, los trabajadores y consumidores proponen y revisan sus *propias* actividades, un proceso que revela los costos y beneficios sociales de sus propuestas. No solo hacen los consejos de trabajadores y consumidores sus propias propuestas iniciales, sino que son además responsables de su revisión.

Cuando los consejos de trabajadores formulan propuestas, están pidiendo permiso para utilizar determinadas partes de los recursos que pertenecen a todos. En efecto, en sus propuestas dirían: «Si el resto de ustedes —con quienes estamos involucrados en una división del trabajo cooperativo con recursos pertenecientes a todos— está de acuerdo en utilizar estos recursos productivos como insumos, entonces prometemos suministrar los siguientes bienes y servicios para que otros los usen». Cuando los consejos de consumidores formulan propuestas, están pidiendo permiso para consumir bienes y servicios cuya producción conlleva costos sociales. En efecto, sus propuestas dicen: «Creemos que las calificaciones de esfuerzo que recibimos de nuestros compañeros de trabajo, junto con los estipendios que podrían tener miembros de hogares, pueden haber indicado que merecemos el derecho a consumir bienes y servicios cuya producción conlleva un nivel equivalente de costos sociales».

El procedimiento de planificación está diseñado para que quede claro cuándo las propuestas de producción sean ineficientes y las de consumo injustas, y otros consejos de trabajadores y consumidores pueden desaprobadas cuando se consideran ineficientes o injustas. Pero las propuestas iniciales y todas las revisiones corresponden enteramente a cada consejo de trabajadores y consumidores. En otras palabras, si una propuesta de producción o consumo es

Una de las principales deficiencias de la planificación cubana hasta el momento ha sido que los consumidores tienen poca influencia en lo que se produce y la calidad de lo que consumen.

desaprobada, el consejo que la hizo la revisa para proponerla en la siguiente ronda. Este aspecto del procedimiento de planificación participativa lo distingue de todos los demás modelos de planeación y resulta crucial si se espera que los trabajadores y consumidores disfruten de autogestión. La planeación participativa brinda poder a cada consejo individual de trabajadores y consumidores sobre sus propias actividades. Solo resultan constreñidos por los intereses legítimos de otros a los que afectan. Siempre y cuando la propuesta de un consejo de trabajadores no despilfarré los escasos recursos productivos que pertenecen a todos, será aprobada por los demás consejos porque los beneficiará más de lo que les cuesta.

Los lectores interesados pueden consultar el capítulo 5 de *The Political Economy of Participatory Economics* para un análisis formal de las condiciones necesarias y suficientes que garantizan que el procedimiento de planeación conducirá a un plan factible que también será un óptimo de Pareto.⁸ Esencialmente, el procedimiento de planificación va reduciendo las propuestas en exceso optimistas, irrealizables, para elaborar un plan factible por dos vías: multiplicando la cantidad de diferentes bienes de consumo solicitados por los actuales estimados de sus costos sociales de producción es posible calcular el costo social de las propuestas de consumo. Siempre y cuando los promedios de calificaciones de esfuerzo de quienes formulen una solicitud sean tan elevados como el costo social por miembro de una solicitud de consumo, los miembros del consejo de consumidores no estarán siendo demasiado egoístas o injustos con los demás. De otro modo, los consumidores que soliciten más de lo que merecen sus calificaciones de esfuerzo se verán obligados, o bien a reducir sus solicitudes, o a modificarlas a artículos menos costosos, si esperan ganar la aprobación de otros consejos de consumidores que no tienen razón para aprobar solicitudes de consumo cuyos costos sociales no se justifican por los sacrificios de quienes formulen las solicitudes. De manera similar, los consejos de trabajadores se ven obligados a incrementar sus esfuerzos, a cambiar en dirección a la producción de un surtido más deseable de bienes o a utilizar un surtido menos costoso de insumos para obtener aprobación para sus propuestas. Al multiplicar las producciones por los estimados

actuales de sus beneficios sociales, y dividiéndolo entre insumos multiplicados por los actuales estimados de sus costos sociales, resulta posible calcular el *índice de beneficios sociales con respecto a los costos sociales* de cualquier propuesta de un consejo de trabajadores. Estos, cuyas propuestas tienen índices por debajo de los promedios, se verán obligados a aumentar sus esfuerzos o su eficiencia para obtener la aprobación de otros consejos. La eficiencia es promovida en la medida en que los consumidores y los trabajadores intentan modificar sus propuestas y evitar reducciones en el consumo o aumento en el esfuerzo de trabajo. Se promueve la equidad cuando ya no es efectivo seguir cambiando y la aprobación de los colegas consumidores y trabajadores solo puede lograrse a través de la reducción del consumo o de un mayor esfuerzo de trabajo. Cada nueva ronda de propuestas revisadas acerca más el plan general a la factibilidad y aproxima los estimados de costos de oportunidad a los verdaderos costos *sociales* de oportunidad. El procedimiento genera equidad y eficiencia simultáneamente, al tiempo que deja a los consejos y federaciones de trabajadores y consumidores encargados de hacer y revisar lo que se proponen llevar a cabo.

El procedimiento de planeación participativa protege el medio ambiente del siguiente modo: las federaciones de todos los afectados por un tipo particular de contaminante quedan facultadas en el proceso de planeación participativa para limitar las emisiones a niveles que consideren deseables. Una desventaja principal de las economías de libre mercado es que puesto que la contaminación afecta de manera adversa a quienes son «externos» a la transacción de mercado, permiten mucha más contaminación de la que resulta eficiente. El procedimiento de planificación participativa garantiza que jamás se permita la contaminación a no ser que los afectados sientan que los efectos positivos de permitir una actividad que genere contaminación como un subproducto supere los efectos negativos de la contaminación sobre ellos mismos y el medio ambiente.⁹

Por supuesto, una economía participativa no puede brindar a cada persona autoridad de toma de decisiones *exactamente* en el mismo grado en que son afectadas en cada decisión que toman. La idea es diseñar

procedimientos que *aproximan* este objetivo. ¿Cómo lo hace una economía participativa?

1. Cada trabajador tiene un voto en su consejo de trabajadores.
2. En los consejos de trabajadores más amplios hay subunidades que gobiernan sus propios asuntos internos por la vía de «cada trabajador, un voto».
3. Todos los empleos contienen algunas tareas que «empoderan» a aquellos que las realizan para ser más capaces de participar con efectividad en firmes tomas de decisiones, y ningún trabajo monopoliza todas las tareas de empoderamiento en una empresa.
4. Cada consumidor tiene un voto en su consejo de consumidores.
5. Las federaciones que soliciten distintos niveles de consumo colectivo y la limitación de los niveles de contaminación también se rigen por procedimientos democráticos de toma de decisiones en los que cada consejo en la federación envía a representantes a la federación en proporción con el tamaño de su membresía.
6. Más importante aún, resulta que los consejos y federaciones de consumidores no solo proponen lo que harán en la ronda inicial del procedimiento de planeación participativa, sino que también ellos solos realizan todas las revisiones referidas a su propia actividad durante las repeticiones subsiguientes del procedimiento de planificación.

¿Quién decide si son aceptables las propuestas de consejos y federaciones de trabajadores y consumidores? En la planeación centralizada, esta decisión radica, en última instancia, en la autoridad central de planificación. La razón que se ofrece para explicar esto es que se supone que solo la autoridad central de planificación tiene la información y los medios de cómputo necesarios para determinar si las propuestas utilizarían los escasos recursos productivos de un modo eficiente y si las propuestas distribuirían el peso y los beneficios económicos de un modo justo. Dicho de otro modo, se supone que solo la autoridad central de planificación puede proteger el interés social. Pero ambas partes de esta suposición son falsas. Puesto que gran cantidad de información sobre lo que los distintos consejos de trabajadores pueden o no hacer radica en quienes laboran en ellos, y en cómo hay iniciativas perversas que conducen los planificadores centrales a errar sobre su «conocimiento tácito», es falso asumir que una autoridad central tenga la información veraz requerida para formular juicios informados. De otro lado, los consejos de trabajadores solo se harían daño a sí mismos al no conseguir formular propuestas que revelen de un modo exacto sus verdaderas capacidades durante el proceso de planeación participativa, puesto que la

subestimación de las capacidades reduce la probabilidad de que se les asignen los recursos productivos que desean. Además, el procedimiento no solo produce un plan eficiente, sino que también genera estimados precisos de los costos sociales de los escasos recursos productivos y las emisiones dañinas. Esto significa que *todos* tienen la información necesaria para calcular la correlación entre beneficio social y costo social de *cada* propuesta de los consejos de trabajadores, y *todos* tienen la información necesaria para comparar el costo social de *cada* consejo de consumidores con respecto al promedio de la calificación de esfuerzos de sus miembros. Permitir a los consejos votar «sí» o «no» respecto a las propuestas de otros consejos, lo cual no significa que deban involucrarse en una evaluación detallada de ellas que les consuma mucho tiempo. Lo único que tienen que hacer es ver la correlación entre beneficio social y costo en las propuestas de los consejos de trabajadores. Cuando la correlación de los beneficios con respecto a los costos sociales de la propuesta de un consejo de trabajadores queda por debajo del promedio, probablemente estén utilizando recursos de un modo ineficiente o no están trabajando con el mismo ahínco que los demás. Cuando el costo social por miembro de la propuesta de un consejo de consumidores es más alto que el promedio de la calificación de esfuerzos de sus miembros, es probable que estén siendo demasiado egoístas e injustos con los demás. Pero en los otros casos, todos salen ganando al aprobar una propuesta de un consejo de trabajadores, y en los demás casos las propuestas de un consejo de consumidores son perfectamente justas. Dicho de otro modo, el procedimiento de planeación participativa no solo posibilita que cada consejo juzgue si las propuestas de otros consejos son socialmente responsables; sino que también les facilita hacerlo sin pérdida de tiempo. De modo que es falso dar por sentado que *solo* una autoridad central podría tener la información y los medios de proteger el interés social. En el proceso de planeación participativa cada uno de los consejos tiene la información que necesita para forjarse esos juicios acerca de las propuestas de los demás, razón por la cual resulta posible que los consejos de trabajadores y consumidores decidan ellos mismos sobre un plan de cooperación económica, y por el cual no tienen que delegar ese poder en una autoridad central.

Por supuesto, podría haber circunstancias especiales que requieran de consideración. Las federaciones desempeñarían un importante papel en otros casos donde una propuesta requiriese de revisión más cuidadosa que demandara más tiempo de estudio. Habrá casos en los que se requerirá más información cualitativa para forjarse un juicio responsable, y otros en que los consejos atraigan un voto negativo. Además, un voto «sí» o «no»

unánimes de todos los demás consejos resulta improbable, pero también innecesario. Las reglas referidas a cuánto más de la mayoría simple se requerirá para la aprobación tendrán que ajustarse colectivamente, y las federaciones podrían fijar la línea en sitios distintos. Pero lo importante es que hay lineamientos y mecanismos claros que brindan a cada consejo y federación autonomía, al tiempo que les permiten protegerse de comportamientos sociales irresponsables de parte de los demás sin delegar el poder de decisiones a una autoridad central. ¿Acaso todo esto garantiza que si una decisión me afecta 1,24 veces más de lo que afecta a otra persona, yo tendré exactamente 1,24 más voz que esta última? Por supuesto que no. Pero yo podré decidir cuáles son los bienes privados que necesito, mi vecino y yo podremos decidir qué bienes públicos locales deseamos consumir, y todos los que usan bienes públicos de nivel más amplio podrán decidir cuáles serán estos últimos, siempre y cuando nuestros esfuerzos de trabajo y sacrificios merezcan el gasto social de proveernos con lo que necesitamos. Y mis compañeros de trabajo y yo podremos decidir lo que producimos y cómo, siempre que nos propongamos usar los escasos recursos productivos de la sociedad de un modo eficiente.¹⁰

Peligros a sortear en el planeamiento democrático

La planificación autoritaria desalienta la participación de trabajadores y consumidores porque los priva del derecho al voto. Aunque quienes propugnan el planeamiento democrático lo hacen para ofrecer a las personas un mayor control respecto a las decisiones económicas que las afectan, los sistemas mal diseñados de planificación democrática podrían seguir desalentando la participación de trabajadores y consumidores de un modo diferente. Si los consejos no tienen una esfera autónoma de acción respecto a sus propias actividades de trabajo y consumo, y son sometidos a discusiones, debates y negociaciones interminables sobre lo que desean hacer junto a muchos más, en varios cuerpos diferentes de planificación, los trabajadores y consumidores podrían retrotraerse a la apatía incluso después de haberse abandonado un procedimiento autoritario de planificación. Existe el peligro de que algunas formas de planeación democrática puedan desalentar la participación de los trabajadores y consumidores comunes al exigirles que se involucren en demasiadas negociaciones con los demás, especialmente si la mayoría de estas negociaciones son dirigidas por representantes. En este caso, los trabajadores y consumidores comunes ya no

estarían privados del derecho al voto, como lo estaban bajo el planeamiento autoritario, pero si los procedimientos para involucrar a todos los afectados son incómodos y dependen principalmente de representantes, podrían convertirse en una barrera práctica a la participación que solo los trabajadores y consumidores más dedicados y decididos estarán dispuestos a esforzarse por vencer; o sea, cuando la democracia está mal organizada puede convertirse en otro rollo burocrático desde la perspectiva de los trabajadores y consumidores comunes.

La planeación participativa está diseñada para que los consejos decidan lo que desean hacer siempre y cuando no malgasten los recursos pertenecientes a todos o saquen ventajas injustas de los demás. Está creada para ayudar a los consejos de trabajadores y consumidores a demostrarse recíprocamente que sus propuestas son socialmente responsables, por la vía de generar la información para conformar tales juicios. Y está diseñada para evitar reuniones improductivas y polémicas en las que representantes de distintos consejos hagan propuestas no solo sobre lo que harán aquellos a los que representan, sino sobre lo que también harán los trabajadores de otros consejos. En la planeación participativa, siempre que el costo social de lo que desean los consumidores se justifique por los sacrificios que hacen en su trabajo, sus propuestas serán aprobadas. Y cuando el beneficio social de las producciones que un grupo de trabajadores se proponga hacer pese más que el costo de los insumos que solicitan usar, se les permitirá hacer lo que proponen. El procedimiento de planificación podría requerir cierto número de rondas antes de que se confirmase que las propuestas son justas y no despilfarradoras de recursos, pero las rondas en el procedimiento de planificación no serían reuniones entre representantes de distintos consejos para discutir los méritos de los diferentes planes generales.

En cada ronda, las propuestas que no fueron aprobadas reciben evidencia objetiva de la razón por la cual no resultaron aceptadas.¹¹ En cada nueva ronda los consejos también reciben información actualizada sobre el modo en que cualquier propuesta que hagan afectaría a los demás. Habría que celebrar una nueva reunión para decidir cómo revisar una propuesta que hubiera sido rechazada. Pero esta sería interna del consejo o de la federación. Los miembros de cada consejo y federación discuten *entre ellos* cómo revisar su propuesta con claros lineamientos sobre lo que ha de garantizar que los demás la aprueben. Si someten una propuesta que sigue los lineamientos, jamás tendrán que argumentar su caso. También pueden someter materiales que deseen que otros consideren, explicando cualquier costo o beneficio humano que no pueda ser captado en estimados cuantitativos de costos de

oportunidad, o cualesquiera circunstancias especiales que crean deban ser tomadas en cuenta antes de que se pronuncie la sentencia sobre su propuesta. Por último, si desean explicar en persona por qué creen que una propuesta que no consigue seguir los lineamientos debería ser aceptada por otros, pueden pedir una reunión con representantes de los consejos que juzgaron inaceptable su anterior propuesta. Pero una importante diferencia entre la planeación participativa y otros modelos de planeamiento democrático es que los consejos jamás tienen que debatir las ideas de otra persona sobre lo que ellos deben hacer, y tienen maneras fáciles de ganar la aprobación de lo que desean hacer sin tener que defender sus casos en reuniones polémicas con otras personas.

La planificación participativa se diferencia de otras concepciones de «planeación democrática». Ha sido cuidadosamente diseñada para no constituir un peso excesivo en el proceso de planificación con reuniones de representantes de distintos consejos y, particularmente, con reuniones carentes de criterios claros para solucionar desacuerdos debido a la falta de estimados razonablemente precisos de los costos y beneficios sociales de distintos bienes y servicios. No existen reuniones de representantes de todos los consejos y federaciones de trabajadores y consumidores en las que los asistentes propongan, debatan y eventualmente voten sobre lo que hará cada cual.¹² En vez de ello, el procedimiento de planificación participativa ofrece la posibilidad de discusiones significativas mediante un proceso social reiterativo cuidadosamente estructurado en el que los trabajadores y los consumidores:

1. Descubren cómo afectan recíprocamente sus opciones unos a otros en la medida en que, en rondas sucesivas, se generan estimados cada vez más precisos de los costos de oportunidad social.
2. Tienen bastante control sobre lo que han de ser sus propias actividades económicas, puesto que cada consejo y federación formula y revisa sus propias propuestas.
3. Son protegidos de un comportamiento socialmente irresponsable, puesto que pueden votar en contra de la aprobación de propuestas derrochadoras e injustas presentadas por otros.

En otras versiones de la planeación democrática es frecuente que se otorguen puestos en los consejos de empresa a los involucrados cuando existen motivos para creer que las personas que no trabajan en una empresa son afectadas por decisiones esta.¹³ Pero dicha manera de enfocar el problema (referido a que hay personas que no trabajan en una empresa y resultan afectadas por lo que hace la empresa) tiene dos desventajas: primero ¿cómo se decide cuáles

sectores son afectados y cuántos puestos deben otorgársele? Parece ingenuo dar por sentado que no habría diferencias de opinión en estos asuntos, y en ausencia de cualesquiera que fueran los criterios objetivos las decisiones serían arbitrarias, aunque no polémicas. Segundo, si hay personas ajenas con puestos, los trabajadores de una empresa no tendrán lugar alguno donde puedan discutir lo que desean hacer libres de injerencia externa. Requeriría que los trabajadores escucharan y convencieran a los «de afuera» antes de que pudieran siquiera formular una propuesta sobre lo que desean hacer. Si la única manera de dar derecho de voto a los «de afuera» fuese otorgarles puestos en los consejos de las empresas, podría ser necesario hacerlo. Pero el procedimiento de planificación participativa brinda a los afectados un grado adecuado de influencia en las decisiones de la empresa sin infringir la autonomía de sus trabajadores. El procedimiento de planificación empodera a otros para rechazar cualquier propuesta que haga un grupo de trabajadores que no consiga beneficiar a quienes estén fuera del consejo de trabajadores, al menos en la misma medida en que les cuesta, y lo hacen sin decidir de manera arbitraria cuáles de «los de afuera» son afectados y hasta qué grado. El hecho de limitar la membresía de los consejos de trabajadores solo a los trabajadores de una empresa no significa que consigan hacer cualquier cosa que deseen. Si votan a favor de utilizar de manera ineficiente recursos productivos que pertenecen a todos, su propuesta no será aprobada en el procedimiento de planificación participativa. Es decir, que los legítimos intereses de los demás podrán ser mejor protegidos a través del procedimiento de planificación participativa en vez de hacerlo por la vía de negarles a los trabajadores el derecho a funcionar en un consejo donde solo ellos tienen voz y voto.

De manera similar, la democracia deliberativa puede llevarse a efecto a través de reuniones frente a frente de representantes de distintos consejos para planear sus actividades interrelacionadas, o la democracia deliberativa puede ocurrir por la vía de hacer que los consejos propongan lo que desean hacer y entonces revisar sus propuestas a la luz de la nueva información de cómo dichas propuestas afectan a los demás. Aunque el primer concepto mencionado de democracia deliberativa es más común, tiene tres desventajas:

1. Solo un puñado de personas de cada consejo se beneficia de las deliberaciones —las que han sido enviadas como representantes— que entonces portan el peso de tratar de trasladarles su experiencia deliberativa a quienes representan.

2. Los miembros de un consejo de trabajadores jamás formulan propuestas para lo que desean hacer. En vez de ello, sus representantes, junto a los de otros consejos, formulan propuestas sobre lo que todos, ellos incluidos, harán.
3. Las reuniones de representantes que proponen diferentes planes abarcadores no generan estimados cuantitativos de costos y beneficios sociales de distintos bienes y recursos sin los cuales la discusión racional de los méritos de los distintos planes resulta severamente entorpecida, cuando no totalmente imposibilitada. El procedimiento de planeación participativa, de otro lado, empodera a los consejos de trabajadores y consumidores a formular sus propias propuestas y genera estimados de costos de oportunidad social que son todo lo precisos que se pueda desear.

Todas las versiones de la planificación socialista, democrática, pueden concebirse como maneras para que las personas discutan y decidan sobre una división de trabajo entre ellas, una vez que hayan acordado tratar los recursos productivos como propiedad común de todos ellos. Podríamos desear que los procedimientos utilizados permitan que las personas influyan en las decisiones en relación proporcional al grado en que estas las afectan; distribuyan de un modo equitativo las cargas y los beneficios de la actividad económica; y usen de manera eficiente los escasos recursos productivos.

Una idea sobre cómo hacerlo plantea que los participantes en el proceso de planificación formulen propuestas sobre el aspecto que debe tener el plan general de producción/consumo, para que todos discutan, debatan y eventualmente voten al respecto. Otra visión sobre cómo organizar el diálogo democrático es que distintos grupos de productores y consumidores propongan lo que desean hacer y entonces perfilar esas propuestas a la luz de una información cada vez más precisa sobre el modo en que los afectan recíprocamente, y cuál sería entonces la utilización eficiente y justa de los recursos productivos que pertenecen a todos. Este artículo ha explorado diferencias entre estas visiones de planeación democrática arguyendo que el segundo enfoque tiene ventajas respecto al primero, especialmente en lo referido a estimular la activa participación de trabajadores y consumidores.

Ventajas cubanas

En Cuba, los trabajadores han estado organizados durante mucho tiempo en empresas socialistas y deberían

permanecer así. No obstante, esas empresas deben ser dirigidas por un consejo de trabajadores dotado de autoridad total para proponer y revisar qué y cómo la empresa producirá en un proceso de planificación participativa. Para empoderar a los trabajadores no hay necesidad de retroceder desde el punto de vista ideológico por la vía de remplazar las empresas plenamente socialistas por las tradicionales cooperativas propiedad de sus trabajadores, y mucho menos por empresas privadas.

Desde los mismos inicios de la Revolución, los cubanos han estado organizados en los CDR. Estos pueden fácilmente asumir el papel de consejos de barrios de consumo que representen los intereses de sus residentes en el proceso de planificación participativa. Además, las instituciones existentes del Poder Popular pueden funcionar como las federaciones de consumidores requeridas para formular propuestas en distintos niveles de bienes públicos y autorizar niveles de emisiones para distintos contaminantes cuyos efectos son unas veces más concentrados y otras más extendidos. Dicho de otro modo, en Cuba no hay necesidad de crear nuevas organizaciones de barrio y nuevas federaciones de consumidores para representar a los consumidores y a las víctimas de la contaminación en el proceso de planeación participativa anteriormente descrito. A diferencia de las economías capitalistas, en las que no existen organizaciones semejantes y en las que los nuevos consejos y federaciones demorarían décadas para desarrollarse y refinar prácticas de toma de decisiones apropiadas para sus miembros, en Cuba ya existen los CDR y los distintos niveles del Poder Popular, que gozan de la ventaja de décadas de práctica en la toma de decisiones participativas y colectivas. Lo que ha faltado a los CDR y a los órganos del Poder Popular es la autoridad para controlar las importantes opciones económicas que los afectan. En cuanto se les autorice para que propongan y revisen tanto los niveles como la composición del consumo hogareño, el consumo colectivo (atención a la salud, educación, parques y recreación) y los niveles de emisión de distintos contaminantes dentro del proceso de planificación participativa, el ámbito y la profundidad de la participación popular en los CDR y los órganos de Poder Popular aumentarán dramáticamente en vez de permanecer siempre corriendo el riesgo de atrofiarse.

Hasta el momento, una de las principales deficiencias de la planificación cubana ha sido que los consumidores tienen poca influencia en lo que se produce y la calidad de lo que consumen. El procedimiento de planificación participativa anteriormente delineado no solo empodera a los consumidores en un grado mucho

mayor que el sistema actual, sino también les da a estos más poder que en los sistemas de libre mercado. Los hogares tendrían tanta influencia sobre los bienes y servicios a producir en la planeación participativa como en una economía de libre mercado. Pero la existencia de poderosos consejos y federaciones de consumidores les brinda también un poder adicional. En las economías de libre mercado, los consumidores individuales enfrentados a poderosos productores en los intercambios mercantiles solo pueden votar cuando se sienten insatisfechos. En una economía participativa, los consumidores también tendrán poderosos consejos y federaciones de consumidores que representen sus intereses respecto a la calidad de los productos. Además, los consumidores tendrán tanta influencia sobre la decisión de cuáles bienes públicos serán producidos, a cada nivel, como sobre la de cuáles bienes privados serán producidos, sin ningún prejuicio en contra del consumo público a favor del privado, algo que cunde como una plaga en las economías de libre mercado. Finalmente, no existe razón alguna para que la investigación y el desarrollo de nuevos productos no quede en manos de departamentos de investigación y desarrollo adjuntos a federaciones de consumidores y no a federaciones de productores, cuya investigación debe centrarse en las innovaciones referidas a la producción, no al consumo.

Los cubanos entienden que la planificación económica nacional es algo sensato; pero tienen buenas razones para estar hartos de un sistema de planeación que tomaron prestado de los países en los que el socialismo fracasó y que privaban de derecho al voto tanto a los trabajadores como a los consumidores comunes. Los cubanos son capaces de planear (y están listos para ello) por sí mismos sus actividades económicas sin que nadie más lo haga por ellos. El Ministerio de Economía y Planificación necesita abandonar su vieja misión para adoptar otra nueva: los planificadores cubanos no deben seguir tratando de imaginarse cómo hacer planes cada vez mejores. En lugar de ello, deben tratar de descifrar cómo ayudar mejor a los trabajadores y consumidores a planear *ellos mismos* sus actividades respectivas de un modo efectivo. Los cubanos saben que las actividades económicas de diferentes grupos de trabajadores y consumidores están interrelacionadas. Pero también que la mayoría de las decisiones económicas afectan más a algunas personas que a otras, y por ende se justifica que los consejos de trabajadores y consumidores tengan cierto grado de autonomía. Somos optimistas respecto a que los cubanos diseñarán el mejor modo de combinar el grado adecuado de autonomía para los consejos de trabajadores y consumidores con un procedimiento de planificación que permita a todos protegerse de un

comportamiento socialmente irresponsable de parte de otros. El procedimiento de planificación participativa esbozado aquí ha sido discutido fuera de Cuba, tanto por economistas profesionales como por activistas socialistas durante más de quince años.

Traducción: David González.

Notas

1. En este artículo se eliminó, por razones de espacio, una evaluación crítica más amplia sobre la planificación centralizada, pero el autor puede hacérsela llegar al que la solicite, en inglés o en español, a robinhahnel@comcast.net. Para una investigación más minuciosa sobre la planificación centralizada, incluyendo una discusión de la planificación central «óptima» frente a los balances materiales, y una discusión acerca de los procedimientos para superar el problema entre planificadores y directores de empresas, véase el capítulo 9 de Robin Hahnel y Michael Albert, *Quiet Revolution in Welfare Economics*, Princeton University Press, Nueva Jersey, 1990.

2. Las cooperativas en Cuba, a menudo, difieren de las cooperativas propiedad de sus trabajadores en otras partes. Aunque la tierra y el capital habitualmente pertenecen a las cooperativas de este tipo en otras partes, con frecuencia las cooperativas cubanas tienen derechos de usufructo sin derecho a vender. Lo que recomiendo es el usufructo y no la propiedad.

3. Los miembros más exitosos de algunas comunidades afronorteamericanas en los Estados Unidos se refieren al momento de «devolución del pago» a sus comunidades. La actitud cubana respecto a los privilegios y deberes de los cubanos más educados es más coherente respecto a esta filosofía que la noción contraria, referida a quienes más contribuyen porque tienen más capital humano merecen consumir más.

4. No puedo soñar con rendir la debida justicia a una extensa literatura cubana sobre la economía socialista, que incluye los nombres de «históricos» como Che Guevara, Carlos Rafael Rodríguez, Osvaldo Dorticós y Fidel Castro, junto a otros incontables cubanos que laboraban en ministerios económicos e impartían docencia en el medio académico. Lo único que puedo hacer es reconocer que esta rica literatura forma parte importante del cuerpo literario sobre economía socialista a partir del cual trabajamos todos, y que los temas tratados ahí siguen siendo de suma relevancia.

5. Los argumentos teóricos y empíricos de estas conclusiones son aplastantes. Para argumentaciones contra los mercados sobre las bases de la eficiencia, véase Robin Hahnel, «The Case Against Markets», *Journal of Economics*, v. 41, n. 4, diciembre de 2007, pp. 1139-60. Para una refutación de la afirmación común referida a que los mercados promueven la democracia económica y política, véase Robin Hahnel, «Why the Market Subverts Democracy», en Joyce Rothschild y Max Stephenson, Jr., eds., *Democracy at A Crossroads: Acknowledging Deficiencies, Encouraging Engagement*, SAGE, 2008. Y para los argumentos en contra de los mercados como instituciones que son incompatibles con los valores socialistas, véase Robin Hahnel «Against the Market Economy: Friendly Advice for Venezuela», *Monthly Review Magazine*, v. 60, n. 1, Nueva York, enero de 2008.

6. Véase Michael Albert y Robin Hahnel, *The Political Economy of Participatory Economics*, Princeton University Press, Princeton, 1991,

capítulos 4 y 5; «Socialist Planning as It Was Always Meant to Be», *Review of Radical Political Economics*, v. 24, n. 3-4, Londres, otoño-invierno de 1992; «Participatory Economics», *Science & Society*, v. 56, n. 1, Nueva York, primavera de 1992; y Robin Hahnel, *Economic Justice and Democracy: From Competition to Cooperation*, Routledge, Nueva York, 2005, capítulos 8 y 9. Puesto que aquí me centro en el procedimiento de la planificación participativa, hay muchos aspectos de una «economía participativa» y asuntos que no trato en este artículo. Los lectores interesados en cómo se definen los empleos y se determinan los salarios, y qué incentivos hay para los trabajadores, los innovadores y las empresas, deben consultar las publicaciones señaladas en esta nota, en especial los capítulos 8 y 9 de *Economic Justice and Democracy*...

7. Todos los trabajadores reciben una «calificación de esfuerzo» de sus compañeros de trabajo en su consejo de trabajadores, que es una estimación de cuánto se han esforzado y sacrificado en su labor en comparación con otros. Una calificación del esfuerzo por encima del promedio faculta a un trabajador para consumir más que otro promedio, y a la inversa.

8. Vale la pena observar que los presupuestos son *menos* restrictivos que los presupuestos necesarios para demostrar que habrá un equilibrio general de una economía de libre mercado que será un óptimo de Pareto. Véase Michael Albert y Robin Hahnel, *The Political Economy*..., ob. cit.

9. La generación de estimados creíbles de los costos y beneficios de distintos niveles de contaminación es una ventaja principal del procedimiento de planificación participativa en comparación tanto con los sistemas de libre mercado como con la planificación centralizada. Véase Robin Hahnel, *Economic Justice and Democracy*..., ob. cit., pp. 198-207, para una discusión más completa sobre el modo en que el procedimiento de planificación anual, el procedimiento de planeación de largo plazo y otros rasgos de una economía participativa se combinan para proteger al medio ambiente sin pérdida de eficiencia económica.

10. El procedimiento de planeación participativa puede fácilmente adaptarse para que identifique cuándo la importación resulta más beneficiosa que la producción local y cuáles bienes preferibles exportar para ganar divisas extranjeras. Este aspecto de la

planificación es común a todos los procedimientos de planificación, y la planeación participativa, al igual que la centralizada, es una forma abarcadora de planificación, es decir, un procedimiento para desembocar en un plan de producción y consumo para *todos* los bienes y servicios. En lo referido a términos de intercambio, he recomendado lo que llamo la regla del 50%, basada en el ejemplo de la práctica cubana a este respecto. Véase Robin Hahnel, *Economic Justice and Democracy*..., ob. cit., pp. 207-212. Para reducir las desigualdades globales, los términos del intercambio deberían fijarse de modo que asignen una porción mayor de las ganancias de eficiencia a partir de la especialización y el comercio al socio comercial menos desarrollado. El Che explicó por qué la solidaridad socialista requería que la ex Unión Soviética y los socios comerciales de Cuba en Europa oriental accedieran a términos de intercambio que diesen a Cuba una parte mayor de las ganancias de la eficiencia a partir de la especialización y el comercio hasta que llegase el momento en que Cuba alcanzara el nivel de desarrollo económico de ellos. A través de la historia revolucionaria, Cuba ha demostrado su solidaridad socialista ofreciendo a países hermanos menos desarrollados términos de intercambio que les han concedido una porción mayor de los beneficios mientras que Cuba recibía una más pequeña.

11. En los consejos de consumidores la razón sería que los costos sociales estimados de su propuesta de consumo superan lo justificado por las calificaciones de esfuerzos que sus miembros recibirían de sus compañeros de trabajo. En el caso de los consejos de trabajadores, sería que los beneficios sociales estimados de las producciones que se proponían hacer era inferior a los costos sociales de los insumos que pedían y a los estimados de daños por cualquier contaminación que se propusieran emitir.

12. Los consejos que abarcan una federación de consumidores sí envían representantes a estas, que son las que discuten y deciden qué bienes públicos desean solicitar.

13. Véase Pat Devine, *Democracy and Economic Planning*, Westview Press, Boulder, 1988.

© TEMAS, 2008

El proceso de realización del productor-propietario socialista en Cuba

**Santiago Alemán Santana
Orlando Saroza Monteagudo
Jorge Pérez Méndez**

Profesores. Escuela del Partido Comunista de Cuba «Carlos Baliño», Villa Clara.

Se ha repetido hasta el cansancio que el fundamento de las relaciones de producción socialistas no puede ser otro que la propiedad de todo el pueblo sobre los medios productivos fundamentales y los resultados del trabajo. Pero la vida se ha encargado de demostrar que el establecimiento de tal fundamento es un proceso sumamente complejo, cuya magnitud temporal nadie ha podido predecir. Existe, sin embargo, consenso en lo referente a su contenido esencial: la conformación del nuevo productor-propietario, en la medida en que se realiza la propiedad desde el punto de vista socioeconómico.

La plena realización del hombre en la construcción del socialismo va más allá de la realización socioeconómica de su ser productor-propietario, al incluir muchos otros elementos sociales, culturales, psicológicos, sociológicos y políticos, pero no existen dudas de que aquella constituye su núcleo central y condiciona lo demás.

Por otro lado, se comprende que la realización de la propiedad como proceso mediante el cual se hace efectiva la apropiación social, colectiva e individual sobre las condiciones, los objetos, los medios y el fruto del

trabajo, desborda los marcos de la empresa. Pero esta asume un papel de singular significación por ser el eslabón básico de la economía, al generarse en ella los bienes y servicios para la reproducción del hombre, el colectivo y la sociedad. Es en la empresa, en primer lugar, donde se establece el sistema de relaciones socioeconómicas y se expresan directamente los intereses esenciales.

El largo y complejo proceso de nacimiento y maduración del nuevo productor-propietario en Cuba, en su vínculo con el surgimiento y desarrollo de la propiedad de todo el pueblo y de las relaciones de producción socialistas, ha tenido lugar en condiciones muy particulares, signadas, entre otros, por los siguientes elementos:

- El punto de partida del proceso revolucionario: capitalismo periférico y dependiente, caracterizado por el bajo nivel de las fuerzas productivas y del progreso científico-técnico, deformaciones estructurales, desempleo, incultura, insalubridad, analfabetismo y muchos otros problemas sociales, resultantes del subdesarrollo.

- Las limitadas potencialidades económicas: un pequeño país con escasos recursos naturales.
- Las limitaciones propias de la masa de trabajadores para comprender y materializar las transformaciones —luego de siglos de explotación, mentiras y abusos—, y de los hombres y organizaciones encargados de conducir el proceso.
- Las especiales circunstancias en que ha tenido que desenvolverse la Revolución, desde sus inicios, por la política agresiva del gobierno de los Estados Unidos, incluida la guerra económica.
- La marcada incidencia de las estrechas relaciones con la Unión Soviética y el campo socialista sobre el modelo de acumulación, el despliegue tecnológico y el mecanismo económico establecido en el país.

A pesar de las condiciones adversas, el pueblo cubano, en estos casi cincuenta años de revolución, ha transformado radicalmente la realidad y cosechado gigantescos éxitos, tanto en lo económico como en lo social. Todo ello ha sido posible por el espíritu de lucha y la unidad del pueblo, junto al aprendizaje y consolidación de los sujetos de dirección. Sin embargo, como se sabe, la toma de conciencia de las grandes mayorías sobre sus verdaderos intereses, en especial la conformación de la conciencia económica y su conversión en fuerza material transformadora, resulta un proceso largo y contradictorio que generalmente se retrasa respecto a los cambios objetivos.

La socialización real de los medios de producción, el incremento de la conciencia de propietarios-productores socialistas entre los trabajadores y su proyección en el crecimiento de los niveles de eficiencia económico-social, constituyen problemas cardinales que resolver por la Revolución cubana para garantizar el desarrollo con equidad, la independencia y el socialismo. Sin embargo, esta problemática no ha sido estudiada suficientemente. Los enfoques teóricos, fragmentarios y parciales del fenómeno, han conducido a una visión estrecha y unilateral que abre espacio al empirismo en la praxis social. Permanecen sin respuesta, entre otras, interrogantes como las siguientes: ¿Cómo transcurre el proceso de realización de la propiedad social? ¿Cuál es su lugar en el destino del sistema socialista en construcción? ¿La identidad productor-propietario ha alcanzado el nivel suficiente en Cuba? ¿En qué direcciones básicas deben producirse los cambios? Vale la pena aportar algunos elementos para una respuesta sintética. Ese es el objetivo del presente ensayo.

Sobre el concepto realización del productor-propietario socialista

Se impone, en primer lugar, enunciar brevemente los significados, para la tradición marxista, de los términos productor y propietario que empleamos en este trabajo.

Por productor se entiende el sujeto social cuya actividad consciente genera bienes o servicios, es decir, valores de uso que sirven a la reproducción del proceso productivo mismo y del hombre como sistema de relaciones. En esa interacción de los hombres con la naturaleza y entre sí, la creación de riqueza material en forma de instrumentos de trabajo, equipos, tecnologías, instalaciones o artículos de uso y consumo tangibles, ocupa un lugar central. Pero esto, además, presupone reconocer el creciente papel de determinados servicios que condicionan la capacidad productiva del hombre, y la extraordinaria significación de la riqueza espiritual que singulariza la propia naturaleza humana. Con el término «propietario» se designa al sujeto social cuya interacción con los demás se caracteriza esencialmente por su capacidad de apropiarse de los medios de producción y los resultados del trabajo, hecho que puede dimensionarse desde el plano individual hasta el colectivo o el social. En ambos casos se trata de construcciones lógicas que expresan determinadas relaciones sociales con carácter objetivo e histórico.

Sin dudas, la identidad o no-identidad del productor y el propietario signan esencialmente el curso de la historia humana. Así, por ejemplo, la producción y la propiedad comunitarias particularizaron las relaciones en los albores de la humanidad. En los marcos de la producción mercantil simple, presente en diversas formaciones socioeconómicas, los campesinos y artesanos son productores y, a su vez, propietarios privados. La esclavitud y el feudalismo significan, en lo fundamental, la ruptura de la identidad, puesto que unos pocos hombres se apropian de las condiciones de trabajo, del producto de este e incluso de la integridad física de otros, mientras la enorme mayoría, constituida por los productores de riqueza, es total o parcialmente enajenada, despojada de los bienes y derechos como seres humanos.

Para Marx, la enajenación es un fenómeno histórico vinculado con la propiedad privada y el sistema de relaciones que ella engendra, porque la actividad de los hombres y sus vínculos se convierten en fuerzas ajenas y hostiles a ellos mismos. «La enajenación no se manifiesta solo en el resultado final, sino igualmente en el acto mismo de la producción, en la propia actividad productiva [...] es un trabajo forzado».¹ Por su parte, el capitalismo es el reino de la total enajenación del obrero, donde la dicotomía productor–propietario adquiere

dimensiones cada vez más crecientes. La objetivación del trabajo deviene enajenación del trabajo, pues su producto es ajeno, no pertenece al productor sino al propietario del capital. «El divorcio entre el producto del trabajo y el trabajo mismo, entre las condiciones objetivas de trabajo y la fuerza subjetiva del trabajo es, pues, como sabemos, la premisa real dada, el punto de partida del proceso capitalista de producción».²

El proceso de producción capitalista, enfocado en conjunto, reproduce constantemente al burgués como propietario y al obrero asalariado como productor directo de algo que no le pertenece. El proceso continuo de conversión del excedente económico generado por los obreros (plusvalía) en capital conduce inexorablemente a su concentración y centralización. En la marcha objetiva del proceso llega el momento en que

el monopolio del capital se convierte en grillete del régimen de producción que ha crecido con él y bajo él. La centralización de los medios de producción y la socialización del trabajo llegan a un punto en que se hacen incompatibles con su envoltura capitalista. Esta salta hecha añicos. Ha sonado la hora final de la propiedad privada capitalista. Los expropiadores son expropiados [...] expropiación de unos cuantos usurpadores por la masa del pueblo.³

Nótese que, para Marx, el propio desarrollo capitalista condiciona objetivamente el cambio revolucionario, y el pueblo es su gran protagonista.

El comunismo —cuya primera fase, el socialismo, aparece hoy no solo como resultado del desarrollo del capitalismo, sino como condición para el desarrollo de los países del Tercer mundo— es concebido por Marx y Engels «no como un estado que debe implantarse, un ideal al que haya de sujetarse la realidad [...] sino como el movimiento real que anula y supera el estado de cosas actual».⁴ Por tanto, el socialismo es la ruptura definitiva con la enajenación del hombre, es decir, la liquidación de la propiedad privada capitalista y todo el andamiaje económico, socio-político, jurídico, ético y de toda índole vinculado a ella, y la construcción de otro modo de producir y vivir completamente distinto, basado en la conversión de los productores, de los trabajadores, en verdaderos propietarios conjuntos de los medios de producción fundamentales y de los resultados del trabajo. Para Marx, la propiedad social, que ha de sustituir a la propiedad privada capitalista es «una propiedad individual que recoge los progresos de la era capitalista: una propiedad individual basada en la cooperación y en la posesión colectiva de la tierra y de los medios de producción producidos por el propio trabajo».⁵

La construcción del socialismo, en su esencia, significa un proceso largo y complejo de conformación de la identidad productor–propietario, en una escala

desconocida hasta entonces por la sociedad. La maduración continua de este proceso ha de propiciar la expresión cada vez más plena de la naturaleza humana, en los ámbitos individual, colectivo y social, en la medida en que, en la práctica, encuentran concreción los nuevos derechos vitales del hombre que acompañan y definen esa identidad, como acceder a un empleo seguro remunerado justamente; explotar, colectiva y eficientemente, los medios puestos a su disposición por la sociedad; contar con condiciones que faciliten la humanización del trabajo y los más altos niveles de desempeño; acceder de manera continua a la superación profesional y cultural; recibir de forma directa una parte del valor del producto creado, en correspondencia con la cantidad y calidad del trabajo aportado; ser estimulado, material y moralmente, en virtud de los resultados finales del trabajo individual y colectivo; recibir por la vía de los fondos sociales de consumo una porción significativa del ingreso neto social; participar en la toma de decisiones estratégicas, políticas y administrativas. En fin, cada individuo adquiere el derecho a trabajar, vivir y expresar todas sus potencialidades, como legítimo hombre libre, en los marcos de un verdadero colectivo y de una sociedad marcada por la equidad y la justicia.

Pero a la identidad productor-propietario, estado deseado y necesario en el socialismo, podrá arribarse luego de una lucha tenaz en todos los ámbitos. La concreción de los derechos no resulta de su plasmación teórica, más o menos completa, en determinados documentos, sino del proceso real de realización socioeconómica del productor-propietario de nuevo tipo, socialista. Tal realización es el proceso complejo de materialización de los intereses de los trabajadores, de satisfacción de las necesidades materiales y espirituales, y de conformación de la nueva conciencia económica y los más elevados valores humanistas, que tiene lugar en la interacción de todas las esferas de la vida social, especialmente en la unidad contradictoria del sistema de relaciones de producción, a saber: en la producción, la distribución, el intercambio, el consumo y la dirección. Es el proceso de legitimación de las relaciones socioeconómicas establecidas, en la medida en que el hombre se siente y actúa como protagonista activo en la concepción y ejecución del proyecto social. En esencia, se trata del proceso mediante el cual se hace efectiva la apropiación social, colectiva e individual sobre las condiciones, los objetos, los medios y el fruto del trabajo. Entendido el fenómeno así, en su sentido estrecho, coincide con la realización socioeconómica de la propiedad social.

En el análisis de esta problemática reviste extraordinaria importancia metodológica la tesis de Marx referente a la realización socioeconómica de la

propiedad como apropiación del excedente por determinados sujetos, que de esa manera materializan los intereses económicos y la razón de ser del sistema en cuestión.

Si nos atenemos a la teoría marxista, la forma de producción y apropiación del excedente económico es la expresión más sintética de la realización del productor-proprietario socialista. El fruto del trabajo adicional, el sobrevalor que queda disponible, tanto a nivel micro como macroeconómico, una vez deducido el costo del producto final, determina la existencia misma de la economía socialista y sus eslabones. Es la garantía de la reproducción de todos y cada uno de los elementos del organismo social. En el proceso de producción, distribución, cambio y consumo del excedente económico, visto como totalidad, toma cuerpo y se materializa el sistema de intereses, en toda su diversidad.⁶

En resumen, la materialización de los intereses —o lo que es lo mismo, el proceso de realización del productor-proprietario socialista— resulta «un fenómeno sumamente contradictorio en el que inciden factores objetivos y subjetivos que mutuamente se condicionan y excluyen: el funcionamiento de la economía y la atención al trabajador como sujeto de la producción y de la dirección. El fruto final de esta interacción es la conciencia reproducida de productor-proprietario socialista».⁷

Enfoque sintético del funcionamiento de la economía

El funcionamiento de la economía socialista se concibe como el comportamiento real de las relaciones establecidas en el proceso de creación, distribución, intercambio y consumo del producto social, de sus formas y mecanismos de concreción en la práctica, en concordancia con los niveles alcanzados en el desarrollo de las fuerzas productivas y el grado de eficiencia socioeconómica, y en virtud de contribuir a la expansión de la socialización socialista y garantizar el creciente bienestar de los trabajadores. Este es un proceso donde aparecen entrelazados estrechamente los planos macro y microeconómicos. En el presente ensayo, sin obviar esa interrelación lógica y objetiva, partiendo de lo general se le da tratamiento particular al proceso de reproducción en el marco empresarial, por ser allí donde tienen lugar los acontecimientos primarios.

La identificación de los productores—propietarios socialistas con los medios de producción y los resultados del trabajo ocurre en el propio proceso de reproducción, visto como multiplicación constante de los activos de la sociedad socialista en construcción

y del trabajador como nuevo sujeto. A su vez, la identidad propietario—productor crea las condiciones y los incentivos suficientes para impulsar la reproducción incesante de la riqueza social, en aras del desarrollo libre y multilateral de cada uno de los miembros de la sociedad. Aquí solo se intentará una caracterización muy sintética de este proceso con la exposición de algunas tesis básicas.

En la producción directa de bienes y servicios tiene lugar la formación y reproducción de las cualidades del nuevo trabajador. Ella se convierte en medio y resultado de la realización socioeconómica del productor-proprietario socialista. En esta dirección, el fundamento de partida es la asunción del carácter del trabajo y del producto social en su tridimensionalidad objetiva y la teoría del excedente económico y sus formas particulares de existencia en los marcos de la economía socialista.

Como el trabajo —interacción de la fuerza de trabajo combinada, social, con los medios de producción propiedad del pueblo— es concreto, directamente social y abstracto, el producto social es un valor de uso, un valor de uso social y un valor. El producto es una mercancía de nuevo género, pero con sus atributos y conflictos. La producción está sometida a una doble regulación: la planificación y el mercado. Las proporciones están influidas por la ley de la regulación social y la ley del valor. La participación de los trabajadores en la toma de decisiones, junto con la dirección centralizada, emerge como pilar fundamental del curso socialista de los acontecimientos.

Por otro lado, la viabilidad de todo sujeto económico depende de su capacidad de generar un excedente capaz de garantizar la reproducción continua de los elementos materiales y personales del proceso productivo y, dado que se trata de un sobrevalor creado por la empresa socialista, debe servir para la satisfacción de las necesidades de toda la población, y como soporte material del desarrollo económico y social en general.

El excedente económico expresa sintéticamente el motivo propulsor y la finalidad de la producción cooperada, y debe alcanzarse bajo el principio de la apropiación eficiente de las condiciones de producción y la fuerza de trabajo social; en él se condensa el complejo sistema de intereses económicos, de cuya articulación depende la superación de las contradicciones que encierra la racionalidad económica y social en toda entidad socialista y en el plano general.

En el funcionamiento de la producción socialista intervienen fenómenos y mecanismos, disímiles y contradictorios, que imponen necesariamente su sello al conjunto de relaciones y, por tanto, al proceso de conformación del nuevo productor-proprietario. La realidad es más compleja aún puesto que, como se sabe,

La plena realización del hombre en la construcción del socialismo va más allá de la realización socioeconómica de su ser productor-propietario, al incluir muchos otros elementos sociales, culturales, psicológicos, sociológicos y políticos, pero no existen dudas de que aquella constituye su núcleo central y condiciona lo demás.

en la transición socialista actúan diversos agentes económicos de naturaleza diferente que pugnan también por imponer su lógica funcional. Debe comprenderse entonces que no resulta nada extraño el hecho de que aparezcan deformaciones en las propias relaciones socialistas nacientes, por la acción de mecanismos distorsionados que obstaculizan la plena realización del productor-propietario socialista.

Por su parte, los mecanismos de distribución del producto social intervienen, de forma directa, en la realización del productor-propietario socialista. La distribución del producto social transcurre en correspondencia con las particularidades de un proceso de producción donde productor y propietario son la misma figura, sin descontar su articulación con otros tipos económicos. «La distribución de los medios de consumo es —según Marx— un corolario de la distribución de las propias condiciones de producción. Y esta distribución es una característica del modo mismo de producción».⁸ La distribución y redistribución del nuevo valor creado encierra especial significación en el proceso de materialización del sistema de intereses. Las políticas establecidas a tales efectos deben estar encaminadas a garantizar la armonía necesaria.

Los intereses sociales ocupan el primer lugar en las prioridades del sistema socialista; el excedente generado en las entidades estatales, en lo fundamental, pasa al centro, para desde aquí ser empleado en beneficio de todos los ciudadanos, ya sea a través de los sistemas de salud, educación, cultura, deporte, seguridad social, la ciencia y la técnica, o las propias inversiones productivas. Solo así toma cuerpo, verdaderamente, la propiedad social. Lo que ocurre es que, en la práctica, la mayoría de la población alcanza a representarse su pequeño universo y los nexos generales se diluyen en el reflejo individual. No siempre se capta con suficiente nitidez la interrelación entre el bienestar individual, sea cual sea la ubicación del hombre concreto, y el nivel de funcionamiento de cada una de las entidades generadoras de productos y servicios del país.

Sería absurdo «cosificar» la realización del productor-propietario socialista. No obstante, la distribución de los medios de consumo reviste suma importancia en ese proceso. El trabajador debe apropiarse de la parte

correspondiente del producto que le posibilite, mediante el consumo, satisfacer sus necesidades personales y familiares en una dimensión racional, es decir, según la media determinada por factores objetivos; solo así se justifica la producción y se materializa el derecho de propiedad. Si se centra el análisis en los mecanismos distributivos del nivel microeconómico, puede descubrirse su especial importancia en la realización socioeconómica del nuevo productor-propietario.

El producto neto de la empresa estatal se divide en dos componentes: el necesario y el excedente económico (ingreso neto). A los efectos de la distribución, el producto necesario, visto en el sentido estrecho, asume, en lo fundamental, la forma de salario, mediante el cual se objetiviza el derecho del trabajador de esa entidad como productor de nuevo tipo y propietario; además, una parte importante del producto de algunas empresas adopta la forma de autoconsumo, que sirve directamente al bienestar de los trabajadores y representa un ingreso adicional para ellos. Por su lado, el ingreso neto se desdobra en dos partes: una mayor que cubre las aportaciones a la economía nacional, por las vías tributarias o no, y otra que queda a disposición de la empresa, según las regulaciones establecidas, para formar las correspondientes reservas que garanticen la reproducción ampliada y la estimulación de los trabajadores. De manera que los trabajadores de la entidad reciben, a diferencia del resto, una parte de la ganancia generada, en virtud de la eficiencia del trabajo colectivo e individual.

La aplicación consecuente del principio de distribución socialista —«de cada cual según su capacidad, a cada cual según su trabajo»— se convierte en un gran estimulador de la actividad individual y colectiva. Como también su deformación llega a ser un gran obstáculo en el proceso de realización del productor-propietario socialista.

Téngase presente la extraordinaria importancia de la distribución y empleo del ingreso neto social en su relación estrecha con la estimulación a la actividad individual y colectiva y el despliegue de iniciativas y en su garantía de la equidad, la justicia y el desarrollo sostenible e integral de la sociedad. De manera que

tanto el trabajo como la propiedad aparecen como criterios distributivos.

Por su parte, las relaciones de intercambio sirven de conducto a la realización del productor- propietario en todos los sentidos, al mediar entre la distribución y el consumo. El mercado, como resultado y factor de la producción, es decisivo en la reproducción de la vida empresarial y social. La dualidad contradictoria plan-mercado caracteriza el movimiento de la economía estatal y de todos los tipos económicos de la transición socialista. La interrelación entre estos dos polos opuestos tiene gran incidencia sobre el carácter y los niveles de funcionamiento de todos y cada uno de los sujetos implicados. La planificación, como parte importante de las relaciones económico-organizativas y centro del nuevo mecanismo económico en formación, está llamada a desempeñar una función preponderante: el establecimiento consciente de las proporciones necesarias en los planos macro y microeconómicos y la distribución racional del trabajo, aparecen como resultado de la propiedad social y el establecimiento de las nuevas relaciones de producción, como elemento consustancial de ellas mismas y condición básica de su maduración. Las relaciones contractuales, como forma en que se establecen los vínculos entre las diferentes entidades, han de convertirse en el marco planificado en que se despliegan las relaciones de mercado.

La realidad, sin embargo, es sumamente compleja. Téngase presente que la función general de la circulación mercantil consiste en establecer las proporciones entre la producción y el consumo. Expresa, por tanto, las contradicciones entre productores y consumidores, entre vendedores y compradores. Se entiende que tanto cada entidad como los trabajadores (colectiva e individualmente) pueden aparecer de forma alternativa en los diferentes polos de esas contradicciones. En este marco, aflora con gran fuerza la oposición de los intereses y, entonces, las políticas establecidas, especialmente la de precios, refuerzan su significación en busca de la armonía necesaria para asegurar el curso socialista de las relaciones.

El interés por vender caro y comprar barato está presente en todo proceso de compra-venta, y en todos los planos. Así, por ejemplo, cualquier trabajador está interesado en que los productos de su empresa, por muy socialista que se declare, se comercialicen al mayor precio posible, ya que de ello depende el ingreso colectivo e individual; pero, a su vez, busca adquirir los productos necesarios para su reproducción al menor precio, de manera que se amplifique su salario real. Además, se le hace muy difícil comprender de dónde salen los recursos que el Estado emplea para subsidiar los productos de la canasta básica.

Como principio, los precios deben estimular al productor y proteger al consumidor, con énfasis diferencial en las capas poblacionales de menos ingresos. La distribución y circulación normada de productos básicos para la población, con precios mínimos, se hace necesaria en determinadas circunstancias —como ha demostrado la propia realidad cubana—, pero a la larga se convierte en obstáculo para el desarrollo, por disímiles causas, especialmente por los impactos negativos del igualitarismo.

Otro elemento perturbador, de gran incidencia en la circulación y en todo el proceso reproductivo, tanto en el ámbito empresarial como público, es la existencia de dos monedas (peso y CUC). De hecho, en la esfera de la circulación pueden producirse distorsiones, especialmente cuando se sobredimensiona el papel de las relaciones de mercado y sus mecanismos, que se convierten en importantes obstáculos para el proceso de realización socioeconómica del productor-proprietario socialista.

En el consumo, se materializan definitivamente los intereses de los trabajadores, y la acumulación encierra la posibilidad real de su realización continua y creciente; por tanto, ambos constituyen momentos de especial significación en el proceso de desarrollo de la identidad productor-proprietario socialista. El Estado socialista asume la enorme responsabilidad de emplear los recursos disponibles de tal manera que satisfaga las crecientes necesidades materiales y espirituales del pueblo, las demandas del desarrollo social de conjunto y de cada uno de los ciudadanos en particular, a la vez que invierte en la ampliación y modernización continua de la producción y los servicios. El establecimiento de la proporción necesaria entre consumo y acumulación se convierte en uno de los mecanismos esenciales de la regulación social a niveles macroeconómicos.

De igual modo, en la microeconomía el establecimiento, por un lado, de los niveles de ingresos de los trabajadores como condición básica del consumo real y, por otro, el empleo de los recursos que quedan disponibles en la formación de las reservas para el desarrollo productivo y la atención a los trabajadores y actividades sociales, encierra extraordinaria importancia.

La visión integral del desarrollo económico-social ha de ser el fundamento de las determinaciones a todos los niveles. El hoy y el mañana deben estar asegurados. Ninguno de los polos puede ser excluido. A veces ocurren distorsiones que deforman la unidad y aparecen entonces fenómenos ajenos al sistema que trata de construirse, como el consumismo o el «desarrollismo», con sus enormes cargas negativas. El consumo cierra el ciclo reproductivo como concreción de los objetivos y móviles de la propia producción y la acumulación

marca las perspectivas reales de todo el proceso de reproducción de la empresa como sistema y de la sociedad en su conjunto.

La actividad del hombre —que caracteriza todo el ciclo reproductivo— siempre es ordenada, coordinada, organizada, orientada de alguna forma, puesto que se trata de algo consciente, dirigido a un fin y de profundo contenido social. Las relaciones de dirección, enfocadas en el sentido amplio, como relaciones entre colectividades humanas, establecidas con el fin de lograr la coordinación y la mayor eficacia de la actividad de los hombres, abarcan todas las esferas de la vida social en su interacción constante y, por tanto, se refieren a fenómenos de la base económica y superestructurales. Pero la gestión de la producción social ocupa el lugar central en todo el sistema de relaciones de dirección por el papel determinante de aquella en la existencia de la sociedad. La cuestión reside en que en el proceso de reproducción —quieranlo o no, conozcanlo o no los hombres—, se establecen entre ellos vínculos de cooperación o subordinación exigidos objetivamente por el propio trabajo; es decir, relaciones de dirección que forman parte activa del proceso e inciden en todos y cada uno de sus componentes, con el mismo sentido natural y objetivo que estos.

Las relaciones de dirección son las formas más concretas en que se expresan las relaciones de producción: reflejan las relaciones económico-organizativas y el mecanismo económico que rigen en la economía en su conjunto. En el socialismo, constituyen el medio a través del cual se produce la realización socioeconómica del productor-propietario; en su centro se encuentra la democracia. La dimensión de la brecha entre los modelos ideal y real de funcionamiento de cada entidad depende, en gran medida, de la calidad de la dirección. El papel del dirigente, como modelador de las relaciones económicas más profundas en el seno de las entidades, es decisivo; el liderazgo real se convierte en factor clave. El trabajador no ejerce su condición de propietario de manera directa, sino mediado por los órganos de dirección en todos los niveles. Las relaciones de dirección asumen entonces un papel determinante y el nexo centralismo-democracia aparece como el nudo de todo el sistema de contradicciones. De manera que las deformaciones en esas relaciones, al reflejarse en todo el sistema, se erigen en obstáculo básico del proceso de reproducción normal del productor-propietario socialista.

En resumen, la reproducción de la economía socialista, enfocada en su conjunto, no produce solamente valores de uso, mercancías y utilidades, sino que produce y reproduce a los productores-propietarios conjuntos, el colectivismo, la cooperación y el bienestar.

Atención al hombre como sujeto de la producción y de la dirección

La más plena participación directa de los trabajadores en la dirección de todos los procesos, dada su doble naturaleza de productores y propietarios, aparece como condición básica de su definitiva liberación. Es la médula de la llamada atención al hombre, vista en el plano más general.

Ernesto Che Guevara, refiriéndose a los trabajadores, señaló: «Es preciso acentuar su participación consciente, individual y colectiva, en todos los mecanismos de dirección [...] Así logrará la total conciencia de su ser social, lo que equivale a su realización plena como criatura humana».⁹

Los trabajadores se realizan como productores-propietarios en la medida en que aportan sus conocimientos, ideas, experiencias e iniciativas en la toma de decisiones sobre los problemas cardinales que enfrentan la entidad, la economía y la sociedad, y contribuyen con su esfuerzo a la ejecución de lo acordado. La participación directa de los trabajadores en los asuntos de la construcción socialista, en el ámbito empresarial, se efectúa mediante diferentes formas, entre las cuales se encuentran la asamblea de producción o servicios, la emulación, las comisiones de trabajo y el contacto permanente entre los cuadros y sus subordinados. El comportamiento de estos mecanismos participativos expresa la medida en que los trabajadores actúan como productores y propietarios colectivos. Su perfeccionamiento constituye una de las salidas esenciales a los problemas de funcionamiento de la economía en la actualidad.

Pero la participación de los trabajadores en el proceso de toma de decisiones por las diferentes vías, si bien expresa elementos esenciales, no agota de ningún modo el contenido medular de la democracia socialista, vista en su integralidad. El hombre es la principal fuerza productiva y su bienestar es capital; además, se trata del dueño. Entonces, la atención multilateral al trabajador, en su sentido concreto, es una condición primaria para su consagración al trabajo, y la base objetiva de la toma de conciencia sobre su cualidad de productor-propietario socialista. Aquí resulta decisiva la actividad de todos los sujetos de dirección, en particular la de los ejecutivos empresariales.

La atención a los trabajadores es el proceso complejo y dinámico, diseñado y ejecutado por todos los directivos, que supone la creación de condiciones: 1) técnico-materiales apropiadas (trabajo, alimentación, vivienda, salud, transporte, deporte, cultura, recreación), 2) socioeconómicas (organización, normas, salarios, utilidades, premios) y 3) psicológico-políticas (clima de seguridad y confianza, preocupación por los

La identidad o no-identidad del productor y el propietario signan esencialmente el curso de la historia humana. Así, por ejemplo, la producción y la propiedad comunitarias particularizaron las relaciones en los albores de la humanidad.

problemas personales y familiares, reconocimiento social), que propicien la expresión práctica de todas las potencialidades individuales y colectivas. Se trata, en resumen, de un sistema integral de estímulos que posibilite la materialización de los intereses de los trabajadores, en todos los planos.

Pero los intereses representan un sistema sumamente complejo determinado por la dialéctica de la interrelación entre las fuerzas productivas, las relaciones de producción y la superestructura. Ellos, como las necesidades que expresan, asumen un contenido material o espiritual y se dimensionan en los planos individual, colectivo y social. En la construcción socialista domina la tendencia a la unidad de los intereses, pero debe recordarse que las relaciones sociales que les sirven de fundamento encierran toda una gama de contradicciones.

El contenido, las formas y los medios de realización de los intereses, están dados por la realidad objetiva. Pero una vez que la necesidad se hace conciencia se transforma en fuerza motriz fundamental de la acción recíproca entre los trabajadores, individual y colectivamente, y las condiciones materiales de su existencia, al actuar como motivación e incentivo de la actividad.

Teóricamente, el papel rector en el sistema de intereses corresponde a los sociales, en tanto determinan los objetivos generales de la actividad de los hombres y median entre la necesidad y el accionar de estos. Además, se entiende que los intereses sociales tienen un gran sentido político, pues se vinculan a las clases y sus luchas como fuerzas motrices del desarrollo humano; pero los movimientos políticos no tendrían sentido si no se basaran en razones económicas. De otro lado, lo social no existe sino en lo colectivo y lo individual, tanto en el plano político como en el económico. La construcción socialista depende de la conjugación armoniosa de los intereses en todos los planos. Los destinos de cada individuo, de cada colectivo y del país en general aparecen estrechamente entrelazados. Pero el reflejo exacto de esa interdependencia real, solo resulta de un largo proceso de maduración, en el cual la certera atención al hombre aparece como factor decisivo.

En la práctica, generalmente se manifiesta, en un primer plano, la oposición entre los diferentes niveles del interés material y entre este y el interés espiritual, en los marcos de la individualidad. El trabajador accede a la lucha revolucionaria impulsado especialmente por móviles económicos y sociales. Ahí está la motivación inicial que lo lleva a transformar la sociedad. De otro lado, la conexión económica objetiva de la producción con el consumo se manifiesta, en primer lugar, a través del interés material personal; cada trabajador ha de sentir, realmente, en el consumo individual el resultado de su actividad laboral, en relación directa con la cantidad y calidad del trabajo aportado. Nunca deben olvidarse las ideas de Lenin relativas al trabajo de choque y el papel de los sindicatos, en su conocida polémica con Trotsky: «no se trata de cantar loas a las tesis, sino de dar pan y carne».¹⁰

El interés material personal es punto de partida del proceso de conformación del interés material común, que refleja la necesidad de desarrollar la producción social para garantizar el bienestar general. Pero en la vida real, el interés material proyecta la inclinación de cada trabajador a recibir altos ingresos. Justa aspiración que puede deformarse, como de hecho ocurre, cuando aparece la tendencia a obtener altos ingresos personales sin correspondencia con el trabajo aportado o el ansia de ganar sin trabajar. Ahora bien, el interés individual, como fuerza motriz del desarrollo de la economía socialista, supone la emulación, la ayuda mutua y el afán común por mejorar el trabajo de cada cual, del colectivo y de la sociedad en su conjunto; supone la lucha consciente por generar el mayor excedente económico posible en aras del bienestar personal, colectivo y social. De manera que el interés material individual no se opone al moral, sino que lo presupone. Por tanto, la motivación del hombre pasa por la utilización de estímulos materiales y morales.

Lenin expone con claridad lo inevitable de la utilización del interés personal, mediante la estimulación material.¹¹ Pero de ningún modo niega el papel del entusiasmo revolucionario y de las medidas educativas, dirigidas a la transformación de las formas de ser y pensar del hombre. La absolutización del estímulo material aleja al hombre del gran objetivo estratégico. El socialismo

exige, junto al desarrollo de la producción, la formación del hombre nuevo como fenómeno de conciencia. Entonces la estimulación moral, entendida integralmente como sistema de medidas educativas, de persuasión y reconocimiento, así como el enfoque político en la solución de cada problema económico, tienen carácter decisivo, para, junto al alto resultado productivo, alcanzar un saldo favorable en la conformación de la conciencia socialista del trabajador, factor que, a su vez, influye considerablemente sobre la producción.

Los sujetos de dirección —al nivel de cada eslabón primario de la producción y los servicios, de la economía nacional y de la sociedad en su conjunto— necesitan conocer el sistema de intereses, a fin de utilizar de manera exitosa las formas y medios de realización adecuados, para multiplicar los resultados en todos los sentidos. Un sistema de estímulos verdadero, realista, armónico y dinámico, constituye la vía magistral para el perfeccionamiento de la propiedad social y la plena realización socioeconómica del productor-propietario socialista, porque posibilita la unidad entre el funcionamiento eficiente de la economía y la atención al trabajador como sujeto de la producción y de la dirección. Su resultado final es la conciencia de productor-propietario socialista, convertida, a su vez, en fuerza material transformadora.

La conciencia de productor-propietario socialista

La conciencia de los trabajadores como productores-propietarios socialistas es el resultado del funcionamiento de todas las vías y mecanismos de realización de sus intereses. Se trata de un proceso complejo de surgimiento y desarrollo de sentimientos, concepciones y convicciones, que reflejan acertadamente las relaciones establecidas entre sí, y se concretan en la actitud ante el proceso de producción, distribución, intercambio y consumo de los bienes y servicios. El surgimiento de la nueva conciencia de productor-propietario socialista entre los trabajadores sigue una difícil trayectoria. Lenin enfocó el cambio del siguiente modo: «Se trata de transformar las costumbres mismas [...] Trabajaremos con objeto de desarraigar esa regla maldita de “cada uno para sí y Dios para todos” [...] Trabajaremos para inculcar en la conciencia, en los hábitos y en las costumbres cotidianas de las masas, la regla de “todos para uno y uno para todos”».¹²

Con el solo entusiasmo no se construye el socialismo, pero tampoco sin el entusiasmo consciente y revolucionario. Cada trabajador debe palpar que su perspectiva personal se encuentra indisolublemente ligada a la del colectivo y del país. Cuando los objetivos

coinciden con los motivos que mueven la acción del trabajador, se crean convicciones que conducen a la formación de una jerarquía voluntaria de los motivos rectores de su conducta. La experiencia vital directa de cada trabajador en su entidad constituye el punto de partida en el largo, complejo y contradictorio proceso de formación de la conciencia de propietarios-productores socialistas. La cuestión reside en que cada persona capta, en primer lugar, los fenómenos que permanecen en la superficie de las intrincadas relaciones económicas. La comprensión transita de los intereses materiales personales a los colectivos y sociales. El descubrimiento de las esencias requiere tiempo.

La conciencia de productores-propietarios implica una penetración en la naturaleza de los fenómenos y una actitud práctica de amo hacia los objetos de propiedad común: ahorrar al máximo, velar por la utilización racional y eficiente de los recursos, luchar por su multiplicación en beneficio de todos. En la medida en que cada trabajador asume tal actitud hacia el trabajo y los bienes comunes, la coincidencia entre la manifestación superficial de las relaciones económicas y su esencia intrínseca se hace cada vez mayor. La esencia de la propiedad social puede ser tergiversada en el plano de la representación individual. La construcción de una auténtica colectividad laboral es la forma de asumir la solución a esta contradicción, puesto que solo a través de ella el trabajador aparece como individuo verdaderamente libre.

El desarrollo social es también fruto de la conciencia. Como muestra la práctica histórica, no existe reproducción de relaciones económicas sin producción de ideas, pues siempre media la toma de conciencia. Por su parte, la conciencia política es decisiva porque estructura todo el reflejo consciente. De manera que resulta sumamente importante emplear, junto con los mecanismos económicos, el trabajo ideológico, de modo que se propicie el reflejo más exacto posible de la realidad, la toma de conciencia de los intereses claves y la lucha para materializar las ideas. En Cuba, la problemática referida a la conformación del nuevo productor-propietario y la consolidación de su conciencia económica socialista está muy lejos de haber sido resuelta.

Una conclusión necesaria

La experiencia histórica ha demostrado que la combinación de determinados factores adversos deforma los canales reproductivos, obstaculiza la realización socioeconómica del productor-propietario socialista y el desarrollo de su conciencia, provoca la crisis e incluso el colapso del sistema en general. Entre

los obstáculos fundamentales que puede enfrentar la realización socioeconómica de la propiedad social, deben señalarse:

- El socialismo se construye de forma consciente; las relaciones de dirección son decisivas. Está planteada la necesidad de la máxima participación popular en la toma de decisiones y solución de los problemas. Cuando no ocurre así se desvirtúan las funciones de planificación, organización, mando y control. Esto conduce a deformaciones del mecanismo económico que posibilitan el centralismo burocrático, el acomodamiento, la corrupción y muchos otros fenómenos ajenos al socialismo.
- La deformación de las relaciones de distribución, si se desvinculan de los resultados del trabajo y de los principios revolucionarios, degenera la dialéctica producto necesario—producto excedente, hace que el consumo se oponga a la producción, propicia la indisciplina y la corrupción y provoca la desatención a los segmentos sociales de menos ingresos.
- Las deformaciones de las relaciones de intercambio, cuando se absolutiza su carácter mercantil, hacen que salga a primer plano la oposición entre los valores y los valores de uso. Esto provoca desproporciones que inciden negativamente en los niveles de satisfacción de las necesidades de la propia producción y del trabajador. Por esta vía, la conciencia humanitaria y el colectivismo ceden terreno a favor del mercantilismo, el individualismo y el egoísmo.
- A las limitaciones objetivas propias de la etapa actual, pueden sumarse las resultantes de la falta de integralidad en el desarrollo y la desatención a los servicios primarios destinados a los trabajadores, lo que implica niveles de insatisfacción en el consumo, a veces no justificados. Sobre esta base, pueden generarse diversas deformaciones y sobredimensionarse las diferencias sociales.
- El debilitamiento del trabajo político-ideológico, cuya manifestación más palmaria es la subestimación del papel del hombre y su conciencia en la construcción del socialismo, trae como resultado serias afectaciones en la mentalidad y el accionar de los trabajadores. Puede ocurrir que se dañe la autoridad y el prestigio de los dirigentes, se desvinculen de las masas y pierdan su papel conductor y formador del nuevo espíritu de trabajo y de vida.

Estos y otros elementos, en sus más diversas combinaciones de modalidades y resultados, actúan como freno a la realización socioeconómica de la propiedad social, traban el desarrollo de la conciencia de propietarios y productores socialistas de los

trabajadores, impiden la socialización real de los medios de producción, y reproducen la enajenación del productor. Los resultados de estas deformaciones no se hacen esperar y se expresan con fuerza en todas las esferas de la vida social en general.

La no realización de la propiedad se expresa, en primer lugar, en la ineficiencia de la producción y los servicios, por la subutilización de los activos fijos y circulantes, el desaprovechamiento de la fuerza de trabajo, el desorden, la indisciplina y el descontrol. Todo ello conduce al descenso de la productividad, al aumento de los costos y al deterioro de los niveles de rentabilidad. Este camino lleva inexorablemente al estancamiento de las fuerzas productivas, a la desaceleración del avance y aplicación del progreso científico-técnico y de los ritmos de desarrollo. Por esta vía se produce, necesariamente, la crisis, sobre cuya base se generan nuevas y más profundas deformaciones en las relaciones de producción y se agudizan la indisciplina, el relajamiento moral, el reblandecimiento ideológico y la apatía política.

La vida ha demostrado que las relaciones de producción fundamentadas en la propiedad socialista, cuando se deforman, llegan no solo a entorpecer y trabar el desarrollo de las fuerzas productivas, sino que conducen al colapso del sistema socioeconómico. La solución debe ser el perfeccionamiento en su propio marco natural. Desgraciadamente, en ocasiones no ocurre así, como en el caso del socialismo europeo, cuya enseñanza mayor consiste en haber demostrado la significación que tiene la realización de la propiedad social para la existencia del socialismo.

La situación concreta de Cuba es bien distinta a la de los países ex socialistas, por todo un sistema de rasgos que particularizan la realidad en todos los planos. Aquí resaltan, entre otros, los elementos siguientes: la historia de la nación, cargada de patriotismo y antimperialismo; la gran obra económica y social de la Revolución, alcanzada con enorme esfuerzo colectivo en constante lucha contra las agresiones imperialistas; la estabilidad social, la unidad político-ideológica y la preparación cultural del pueblo; la existencia de un Partido, un Estado y de líderes prestigiosos que conducen los procesos con el apoyo de la gran mayoría. Cuba es un país donde, con independencia de los errores cometidos y las grandes dificultades objetivas de las últimas décadas, se ha mantenido siempre la lucha por el socialismo como única alternativa posible de libertad y desarrollo. No obstante, la realización socioeconómica del productor-propietario socialista enfrenta, en alguna medida, los obstáculos señalados, cuya revelación profunda y superación positiva, plantean a la dirección revolucionaria una tarea de gran envergadura estratégica: se trata de enfocar integralmente el problema y

perfeccionar todos los mecanismos de realización. Su centro es la verdadera democracia socialista.

La solución de la problemática planteada tiene que ver, entre otras cosas, con el desarrollo de la educación económica, que reclama el enriquecimiento de la teoría con la sistematización de la práctica nacional; el desarrollo conceptual respecto al sistema de gestión y el reforzamiento del control sobre su aplicación; la revisión a fondo de los mecanismos selectivos y participativos, de modo que garanticen la democracia socialista y la necesaria movilidad, estabilidad y liderazgo de los cuadros; y la atención priorizada de los órganos estatales y organizaciones políticas a las empresas.

Notas

1. Carlos Marx, *Manuscritos económicos y filosóficos*, Editorial Progreso, Moscú, 1989, p. 58-9.
2. Carlos Marx, *El Capital*, t. I, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1980, p. 516.
3. *Ibidem*, pp. 699-700.
4. Carlos Marx y Federico Engels, *La ideología alemana*, Editora Política, La Habana, 1979, p. 36.
5. Carlos Marx, *El Capital*, ed. cit., p. 700.
6. Véase Carlos Marx, *Contribución a la crítica de la Economía política*, Pueblo y Educación, La Habana, 1973, p. 257.

El proceso de realización del productor-propietario socialista en Cuba

7. Santiago Alemán Santana y Víctor Figueroa Albelo, *El modelo cooperativo campesino en Cuba*, Editora Política, La Habana, 2005, p. 110.
8. Carlos Marx, «Crítica del Programa de Gotha», *Obras escogidas de Marx y Engels* (en tres tomos), t. III, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1964, p. 16.
9. Ernesto Guevara, «El socialismo y el hombre en Cuba», *Escritos y discursos*, t. 8, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1977, pp. 262-3.
10. «Esforzaos por construir, al comienzo, sólidos puentes que lleven al socialismo [...] no basádonos directamente en el entusiasmo, sino en el interés personal, en la ventaja personal, en la autogestión financiera, valiéndonos del entusiasmo engendrado por la gran revolución. De otro modo no os acercaréis al comunismo». Vladimir I. Lenin, «Sobre los sindicatos, el momento actual y los errores del camarada Trotsky», *Obras Escogidas* (en tres tomos), t. 3, Editorial Progreso, Moscú, 1974, pp. 861.
11. Vladimir I. Lenin, «Con motivo del cuarto aniversario de la Revolución de Octubre», *Obras Escogidas*, ed. cit., p. 661.
12. Vladimir I. Lenin, «Del primer sábado comunista en la línea férrea Moscú-Kazán, al sábado comunista del Primero de Mayo en toda Rusia», *Obras escogidas* (en doce tomos), t. XI, Editorial Progreso, Moscú, 1977, pp. 101-3.

© TEMAS, 2008

Cooperación internacional y (medio) ambiente: relatos desde experiencias cubanas

Jacqueline Laguardia Martínez

Profesora e investigadora. Instituto Cubano de Investigación Cultural Juan Marinello (ICIC).

Oscar de Jesús Ochoa González

Profesor e investigador. Universidad de La Habana.

Entre las emergencias que caracterizaron los finales del «corto» siglo xx se destaca la irrupción de la problemática ambiental en el discurso y diseño de políticas a nivel global. Si bien el medio ambiente¹ tardó años en asegurarse su inclusión y protagonismo definitivos —desde la publicación en 1962 de *La primavera silenciosa*² hasta el otorgamiento, a fines de 2007, del Premio Nobel de la Paz al Panel intergubernamental sobre cambio climático (IPCC por sus siglas en inglés) ha transcurrido casi media centuria—, hoy no extraña oír hablar de «los peligros de la contaminación ambiental» o «los efectos devastadores de los aumentos de temperatura» en disímiles foros y circunstancias.

Tales alarmas distan mucho de ser infundadas. El «Informe de síntesis» del *Cuarto informe de evaluación del IPCC*,³ presentado en Valencia el 17 de noviembre de 2007 —documento que fungirá como referencia obligada para científicos, políticos, periodistas y ambientalistas durante los próximos años— expresa que el cambio climático⁴ es inequívoco⁵ y alerta sobre los impactos bruscos o irreversibles que el calentamiento global —en gran medida provocado por acciones antropogénicas— podría ocasionar.⁶

En 1990, año que marcó el inicio de un período de reconfiguraciones, de tránsito al sistema capitalista global, ubicaba en 22 702,5 toneladas la emisión total mundial de CO₂. En 2004, se había elevado a 28 982,7 toneladas, y los países de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE) fueron responsables de 46% de esa cifra.⁷

Tal comportamiento incide en la ocurrencia, cada vez más frecuente, de fenómenos meteorológicos extremos y en la extinción de la biota. La muerte masiva de arrecifes coralinos, sequías más prolongadas, olas de calor más intensas e inundaciones más severas amenazan la continuidad de la vida, tal como la conocemos. Rajendra Pachauri, presidente del IPCC desde 2002, alerta especialmente sobre la creciente escasez de agua en diferentes partes del globo y las amenazas que se ciernen sobre los pequeños Estados insulares y localidades costeras debido al aumento del nivel del mar.⁸ El riesgo común que significa la crisis ambiental es ya ampliamente (re)conocido pero, ¿cómo se traduce semejante peligro en el conjunto de las relaciones internacionales, específicamente en los vínculos que describe la cooperación internacional?

Las preocupaciones alrededor de la protección y mejoramiento ambientales suelen traspasar las artificiosas, pero aún efectivas, fronteras que demarcan los Estados modernos, debido a las dinámicas asociadas a muchos de los procesos de contaminación y degradación que se verifican en la actualidad. Fenómenos como la lluvia ácida y la contaminación de aguas subterráneas, por ejemplo, afectan indistintamente al conjunto de naciones, lo que no significa que en todas las geografías se padezcan los efectos de igual modo, ni que todos los países cuenten con los medios necesarios para curar y proteger «sus» ambientes naturales. Si a esto sumamos los reclamos justos y nobles que hermanan a la especie humana, ante los perjuicios causados por la actual crisis ecológica, tenemos *grosso modo* las razones fundamentales que justifican la presencia creciente de acciones y proyectos ambientales en los múltiples esquemas que adopta la cooperación internacional.

El medio ambiente es un tema seductor que ha logrado nuclear en torno a sí iniciativas nobles y exitosas, pero también funciona como campo de batalla donde se enfrentan intereses múltiples y posiciones antagónicas. Las justas reivindicaciones ambientales podrían traducirse (¿sorpresivamente?) en el enriquecimiento exponencial de aquellas trasnacionales que monopolizan las patentes de tecnologías ambientalmente amigables, en la expulsión de poblaciones rurales de zonas ecológicamente frágiles o en la disolución de comunidades costeras cuyo modo de vida se altera ante la imposibilidad de pescar determinada especie en peligro de extinción. Si consideramos, además, las posiciones francamente reaccionarias opuestas a los esfuerzos de concertación mundial que persiguen la solución de problemas ambientales —como el rechazo continuo de los Estados Unidos al Protocolo de Kyoto—, el panorama adquiere visos de una complejidad cuyo análisis y valoraciones demandan esfuerzos y conocimientos extras a los hacedores y decisores de políticas, en especial a aquellos que actúan en la periferia, el Tercer mundo, los países subdesarrollados, latitudes no solo amenazadas por las catástrofes ambientales que se prevén, sino por la escasez crónica de recursos financieros para enfrentarlas.⁹

Este contexto difícil, lejos de identificarse únicamente con el escenario de lo ambiental, describe también la generalidad de las tensiones en las que se desenvuelve la cooperación internacional hoy. Y es que los vínculos de la cooperación, en tanto partes del conjunto de las relaciones internacionales que dominan la escena global, no escapan, en muchos casos, de funcionar como sostenedores y legitimadores del sistema capitalista mundial, aun cuando parezca que refrendan discursos y prácticas alternativas.¹⁰ Fenómeno similar se manifiesta

en torno al modelo de «desarrollo sostenible» que, vaciado de su contenido más revolucionario, suele emplearse como frase útil a la retórica hegemónica y sirve, por ejemplo, para impulsar estrategias de «lucha» contra la degradación ambiental, inspiradas en la teoría económica neoclásica, sostén de la ideología y prácticas neoliberales.

Es así que hoy tropezamos con diversos esquemas de cooperación internacional susceptibles de funcionar como un factor más de apoyo y consolidación del capitalismo global actual y cuya existencia es, además, consecuencia de las propias necesidades de este último. Son justamente las asimetrías consustanciales al orden internacional las que dotan de sentido a la mayoría de las actuaciones contempladas dentro de dicha cooperación.¹¹ Esta, en sus varias modalidades, logra cubrir una zona de esa esfera «no mercantil», y suele reproducir en ella las vías de dominación que caracterizan las relaciones internacionales. Generalmente «coopera» con el desarrollo del capitalismo global y, más allá de la transferencia de recursos que implica, vehicula ideologías y políticas que coadyuvan a su sostenimiento y perdurabilidad.

Si asumimos tales certezas se vuelve ineludible —sobre todo para Cuba— la formulación de una interrogante: ¿(cómo) podrían contribuir los proyectos de cooperación internacional —insertos en las lógicas del capitalismo global— al mejoramiento y conservación del medio ambiente? Algunas experiencias cubanas de cooperación internacional en temas ambientales ayudan en la comprensión de tan complejo asunto.

Y... ¿qué es «cooperación internacional»?

Entendemos por cooperación internacional¹² el conjunto de acciones que persiguen un fin común y en las que participan actores públicos o privados de nacionalidades diversas —que pueden o no estar agrupados en instancias supranacionales—, los cuales se articulan e integran a través de la movilización de recursos, capacidades, conocimientos y funcionan a partir del establecimiento de negociaciones y la construcción de consensos. Estas actuaciones están mediadas, evidentemente, por intereses múltiples y por las capacidades disímiles para imponerlas e imponerse. La cooperación internacional en medio ambiente estará circunscrita a aquellas acciones encaminadas a la protección y mejoramiento de las condiciones ambientales, y más recientemente a la adaptación a ellas. Estas suelen estructurarse en proyectos de cooperación que demandan una planeación y ejecución cuidadosas, enmarcadas en períodos de tiempo bien determinados y con objetivos y acciones claramente definidos.

El origen de la cooperación internacional, tal como suele entenderse hoy, data del período posterior a la Segunda guerra mundial y se considera incluso rasgo singular de este. El amplio proceso de descolonización que se produjo en el planeta alteró las relaciones internacionales y obligó a las antiguas metrópolis a reconfigurar sus lazos históricos con los Estados recién creados. A su vez, el surgimiento del campo socialista, con la incorporación de varias naciones europeas y otras pocas en latitudes diferentes, provocó una política mundial de bloques que contemplaba, de manera especial, el establecimiento de la cooperación dentro de cada uno. Desde entonces, múltiples fueron los senderos recorridos, y los ropajes lucidos. Destacamos entre estos la cooperación internacional para el desarrollo, la que aún sobresale entre las diferentes modalidades adoptadas. Durante los años 80, la crisis de la deuda externa y, años más tarde, la desaparición del campo socialista, provocaron cambios significativos en los proyectos y esquemas de cooperación, que tuvieron que ajustarse a las nuevas exigencias demandadas por la «globalización». El paisaje se enriquece con una gama amplia de actores —instituciones internacionales, universidades, partidos políticos, sindicatos, asociaciones, gobiernos centrales y locales, organizaciones no gubernamentales (ONG), e incluso empresas privadas— que realizan múltiples funciones —intermediarios financieros, ejecutores de proyectos, supervisores. En una mezcla de objetivos y preocupaciones diferentes, a menudo contrapuestos y que incorporan intereses económicos y políticos, valores, afanes cognoscitivos y motivaciones altruistas que se expresan con intensidades diversas, el escenario de la cooperación internacional registra lógicas de actuación variadísimas que lo hacen heterogéneo y confuso.

A pesar de esa heterogeneidad antes descrita identificaremos algunos rasgos, muy generales, que caracterizan la cooperación internacional en la actualidad, con el propósito de orientarnos mejor en sus enrevesados atajos. Hoy nos tropezamos con el protagonismo creciente de los agentes privados y la consecuente disminución de los fondos públicos, que suelen canalizarse, cada vez más, a través de las ONG; comportamiento que se corresponde con la extensión de las relaciones mercantiles a todos los ámbitos de la vida, con la reducción significativa que experimenta lo público en el capitalismo neoliberal y con el fuerte cuestionamiento que atraviesa la actuación y la propia naturaleza de los más importantes organismos internacionales vinculados con la cooperación, como el sistema de Naciones Unidas y el Banco Mundial, por ejemplo. Otras características apuntan al «marketing solidario» y la «oenegeización», prácticas crecientes entre las empresas privadas que ponen en entredicho los

planteamientos mismos de la cooperación —los que se supondrían alejados de cualquier lógica mercantil y perspectiva empresarial—, así como la incorporación definitiva de la militarización.¹³

No son los temas ambientales, a pesar de su importancia y popularidad, los que más esfuerzos movilizan en los proyectos de cooperación internacional. Los objetivos asociados a la lucha contra la pobreza —propósito que refuerza el carácter asistencialista y la aproximación a la focopolítica que suele asumir la cooperación en la actualidad— son la estrella rutilante de tales programas.¹⁴ Es mediante dicho prisma que suelen insertarse las preocupaciones ambientales en los diferentes esquemas de cooperación, aprovechando las sinergias múltiples que entre pobreza y medio ambiente se registran.¹⁵ El medio ambiente, inscrito como demanda relativamente reciente en las agendas de cooperación, dista bastante de asumir roles protagónicos —posición que podría modificarse en el futuro a raíz de las discusiones crecientes que se suceden alrededor de los agro y/o biocombustibles, los efectos devastadores de eventos naturales, la realización de connotados documentales y la colocación sustantiva de ciertos temas ambientales en la agenda geopolítica internacional. Entre estos últimos destacan los tópicos referidos al calentamiento global, al cambio climático y su Protocolo de Kyoto, y al agotamiento de la capa de ozono y su Protocolo de Montreal —fenómenos asociados al incremento de las concentraciones atmosféricas de GEILV como consecuencia de las actividades humanas.¹⁶

Precisamente es a la participación de Cuba en los mecanismos de cooperación internacional, que se generan en torno a los problemas ambientales globales ya mencionados, que dedicaremos nuestro análisis. La relevancia y notoriedad asociadas a estos justifican el examen de las acciones cubanas insertadas en esquemas diversos de cooperación —actuaciones que datan, además, de años antes que la «moda Al Gore» recorriera el mundo. Veamos cómo Cuba utiliza los esquemas de cooperación internacional creados para la eliminación de las emisiones de sustancias agotadoras de la capa de ozono (SAO) y para mitigar y/o adaptarse a los efectos adversos asociados al calentamiento global y al cambio climático,¹⁷ y así valorar el papel desempeñado por esa cooperación en y desde el país.

Viena, IPCC y Cuba: notas para un balance

Si bien tras el entusiasmo post-Río los temas ambientales en Cuba, como en muchas partes del mundo, ganan un protagonismo particular —la elaboración del Programa Nacional de Medio

Reinventar la relación sociedad-naturaleza sin perder de vista que el hombre es centro —pero no amo— a partir de sus posibilidades reales de modificar conscientemente la realidad que vive, privilegio que no goza ninguna otra especie en el planeta, nos queda aún como tarea pendiente.

Ambiente y Desarrollo, en 1993, como adecuación cubana de la Agenda 21; la creación del Ministerio de Ciencia, Tecnología y Medio Ambiente (CITMA), en 1994, y de la Agencia de Medio Ambiente y sus centros de gestión un año después; la formulación de las Estrategias Ambientales Nacionales, a partir de 1995— puede rastrearse en el país, antes de esa fecha, cierta sensibilidad y actuación ambientales. En el Primer Congreso del Partido Comunista de Cuba, celebrado en 1975, se aprobaron las *Tesis sobre política científica*, en las cuales se subraya la necesidad de crear un órgano para la atención de los problemas del medio ambiente. En diciembre de ese año, se aprueba la nueva Constitución, donde el tema medioambiental resultó contemplado en el Artículo 27. Años después, en 1992, se modificó para enfatizar la idea de integrar la protección ambiental con el desarrollo económico y social sostenible, a tono con los resultados de la Conferencia General de la ONU sobre el Medio Ambiente y el Desarrollo, celebrada en Río de Janeiro.

El reconocimiento de la importancia de la protección del medio ambiente, a partir del marco de la Constitución, se volcó en otros cuerpos legales. Destacamos la Ley 33 *De protección del medio ambiente y del uso racional de los recursos naturales*, en 1981 y luego, en 1997, la 81, *Ley del medio ambiente*.¹⁸ Otra acción importante, anterior a 1992, fue la creación de la Comisión nacional para la protección del medio ambiente y el uso racional de los recursos naturales (COMARNA), en 1976. Esta comisión estaba adscrita al Consejo de Ministros y la integraban los representantes de veintiún organismos de la administración central del Estado y los presidentes de las catorce comisiones provinciales, así como directivos de las organizaciones de masas. Tuvo como objetivo fundamental coordinar, controlar e integrar los esfuerzos de las diversas instituciones relacionadas con la protección del medio ambiente hasta que, en 1994, sus objetivos y funciones fueron asumidos por el CITMA.

La creación de este órgano rector de la política ambiental nacional, fortaleció las gestiones anteriores. Dicho ministerio dedica «especial atención a la necesaria incorporación de la dimensión ambiental en las políticas, planes, proyectos, programas y otras acciones de todos los organismos de la administración central del

Estados».¹⁹ A partir de su surgimiento se elabora la Estrategia ambiental nacional (EAN), que cuenta ya con dos ediciones, una primera de 1997 y otra que indica un nuevo ciclo y que abarca el período 2007-2010.

Gracias a esta labor, la nación cuenta con un marco legal nacional de actuación que reconoce la importancia de los temas ambientales. Este reconocimiento se traduce también en los principios de la política exterior y las relaciones internacionales que Cuba establece. El país es firmante de los principales tratados internacionales sobre el tema y, como Estado miembro, asume compromisos en aras de proteger y mejorar el ambiente global. Por otra parte, la escala de los problemas ambientales impulsa estrategias —nacionales y globales—, que contemplen proyectos de cooperación internacional para su solución. ¿Qué uso ha hecho Cuba de estos?

El caso del ozono estratosférico en Cuba

En mayo de 1985, un equipo de científicos británicos encabezados por el doctor Joe Farman publicó en la revista *Nature* un documento sobre el franco debilitamiento de la capa de ozono, desde la década de los años 50, justo encima de la Antártida.

Aún en esos años se defendía la idea «moderna» de que más ciencia es igual a más tecnología, más riqueza y, por ende, mayor bienestar. El «progreso» se identificaba con el crecimiento de indicadores económicos, deslumbrantes avances técnicos, sin considerar los costos sociales y ambientales asociados. Sin embargo, los resultados científicos cuestionaban esta suposición. A la idea del progreso dependiente del desarrollo científico-tecnológico se le comenzó a cuestionar su racionalidad y legitimidad. En 1987, se añadiría otra gota al caudal crítico tras la presentación del llamado «Informe Brundtland» o *Nuestro futuro común*, por la Comisión mundial para el medio ambiente y el desarrollo, en la Asamblea general de la ONU.

Las primeras señales en materia de gestión política para enfrentar la situación son emitidas en 1985 cuando veinte naciones firman el Convenio de Viena para la Protección de la capa de ozono. En este se acordó adoptar «medidas apropiadas [...] para proteger la salud humana y el medio ambiente contra los efectos adversos

resultantes o que puedan resultar de las actividades humanas que modifiquen o puedan modificar la capa de ozono».²⁰ El Convenio se expresó en términos generales, no emitió medidas específicas ni se mencionaron las sustancias que dañan la capa de ozono. Incluso los clorofluorocarbonos (CFC), sustancias con alto grado de responsabilidad en la destrucción del ozono estratosférico, apenas se mencionan —aparecen hacia el final del anexo del tratado como «productos químicos que se deben vigilar». No obstante, la suscripción del Convenio sentó un precedente significativo en tanto escalón primero en la toma de conciencia de la magnitud y gravedad del problema ambiental, cuya solución compete a la humanidad.

El Protocolo de Montreal relativo a las SAO, en vigor desde 1987, vino a zanjar las limitaciones operativas del Convenio de Viena al ofrecer instrumentos, paquetes de acuerdos y medidas diversas. Si bien en una etapa inicial fue asumido con reservas, estas fueron vencidas al presentarse nuevas evidencias científicas del avance del deterioro de la capa protectora. A partir de entonces los gobiernos y sectores industriales han incrementado paulatinamente los controles sobre las SAO. En 2007, habían ratificado el Protocolo 191 naciones.

Cuba es signataria del Convenio de Viena y el Protocolo de Montreal, documentos que ratificó en 1992, así como todas sus Enmiendas (Londres, Copenhague, Montreal y Beijing), que cumple de forma efectiva. Su apoyo a tales acuerdos se expresa en las altas responsabilidades que Cuba ha desempeñado en su marco: el país es Vicepresidente de la Convención de Viena (2005-2008) y antes actuó como Presidente (2000-2003). Además, es miembro del Comité Ejecutivo del Fondo Multilateral del Protocolo de Montreal (FMPM).

El propósito expreso de reducir y eliminar el consumo de SAO en el país se reconoce en el capítulo VII de la Ley de Medio Ambiente. Para su ejecución efectiva se crea, en 1995, la Oficina Técnica del Ozono (OTOZ), institución que coordina y controla a nivel nacional las acciones encaminadas al cumplimiento de estas metas, recogidas en el Plan nacional de eliminación de SAO, aprobado en 1993. En 1999 se completa la formación de la infraestructura institucional para la protección de la capa de ozono en Cuba con la creación del Sistema provincial de atención a las actividades de ozono en las Delegaciones provinciales del CITMA.

En estos veinte años el país ha disminuido, efectivamente, la liberación a la atmósfera de las SAO —incluso a ritmos más apresurados que los acordados internacionalmente. En 1999 se «congelaron» los CFC y un año más tarde fueron los halones y el bromuro de metilo (BrMe). En 2003 se redujo en 20% la emisión

del metilcloroformo y, en 2005, de los CFC en 50%, así como 85% del tetracloruro de carbono. En 2007 se verificó la reducción, en 85%, de los CFC. Su eliminación total se prevé para 2009 —meta ambiciosa, pero posible. Cuba también ha creado y perfeccionado la legislación necesaria para la protección de la capa de ozono, aplica licencias y cuotas de importación y exportación de SAO, equipos y productos, y cuenta, además, con un sistema de información confiable de las importaciones y consumos por sectores.

En la consecución de estos logros ha sido muy importante la incorporación de Cuba, a través de la OTOZ, a varias iniciativas de cooperación internacional. Entre estas se destacan los proyectos ejecutados con el FMPM, que suma más de treinta proyectos por un monto que supera los doce millones de dólares. En estas acciones han participado agencias implementadoras como el PNUD, el Programa de las Naciones Unidas para el Medio Ambiente (PNUMA), la Organización de Naciones Unidas para el Desarrollo Industrial (ONUDI) y algunas agencias nacionales de países desarrollados. Cuba, al evaluar su intervención en estas, busca la adquisición de tecnologías, equipos y conocimiento especializado, a la vez que cuida de mantener independencia total en las decisiones relativas a la adopción de nuevas tecnologías y equipamiento.

Entre los proyectos destacamos aquellos dirigidos a la capacitación y certificación de técnicos, especialistas, inspectores y trabajadores para cumplir el programa nacional de eliminación, y que ha beneficiado alrededor de 5 000 mecánicos y técnicos en todo el país y a 750 inspectores de aduana, capacitados en técnicas para la detección de SAO en frontera, y la aplicación del sistema de licencias. También han sido capacitados los técnicos y mecánicos involucrados en la reconversión de equipos de refrigeración comercial a tecnologías con alternativas libres de CFC.

Otras acciones de cooperación internacional, aún en curso, dirigidas a la eliminación total de los CFC en Cuba, son la puesta en marcha de una nueva planta de aerosoles libres de CFC y la reconversión de la planta de inhaladores farmacéuticos de Salbutamol —en este último participa el FMPM con una inversión de seis millones de dólares mientras Cuba aportará dos millones. Otros tres esfuerzos de cooperación interesante son el proyecto demostrativo de sustitución de *chillers* de R11 en hospitales, centros científicos y edificios públicos; el proyecto de purificación, separación y uso de hidrocarburos refrigerantes LB-12, que cuenta con la participación de agencias implementadoras de Canadá y Alemania; y el proyecto para la eliminación total del BrMe en el sector del tabaco, con un costo de 1 673 000 dólares, y con la participación de la ONUDI como agencia implementadora.

El Protocolo de Montreal puede calificarse como una exitosa iniciativa de cooperación internacional en medio ambiente. A diferencia de su homólogo de Kyoto, ha conseguido la reducción de GEI —varias de las SAO clasifican como GEILV, entre ellas el CFC-11, el CFC-12. De alguna manera, Montreal ha avanzado lo que Kyoto no ha podido.

Cuba vs. calentamiento global y cambio climático

En la Isla, los estudios sobre cambio climático datan de la década de los años 80. Desde entonces, los científicos cubanos venían realizando investigaciones aisladas sobre el cambio climático y sus efectos en el país. Sin embargo, la verdadera organización de esos esfuerzos llegó en 1991, al crearse la Comisión Nacional de Cambio Climático, compuesta por varias instituciones de la Academia de Ciencias de Cuba. Ese mismo año se realizó una evaluación preliminar de los impactos del cambio climático en el país, la que abarcó los sectores de agricultura, ecosistemas naturales, hidrología y recursos hídricos, aguas costeras, asentamientos poblacionales, salud y turismo.²¹ El país se incorporó, rápidamente, a las investigaciones sobre cambio climático: apenas un año después de que el IPCC presentara su primera evaluación de los impactos del cambio climático, en Cuba se elaboró un documento similar a escala nacional.²²

En 1992, Cuba firma la Convención Marco de las Naciones Unidas sobre Cambio Climático (CMNUCC) durante la Conferencia de Río. La posterior ratificación de este tratado internacional, en 1994, significó que el país, como cualquier otro Estado parte de la Convención, asumiera un conjunto de compromisos que le obligaban a fortalecer estudios y acciones, en aras de

la estabilización de las concentraciones de gases de efecto invernadero en la atmósfera a un nivel que impida interferencias antropógenas peligrosas en el sistema climático. Ese nivel debería lograrse en un plazo suficiente para permitir que los ecosistemas se adapten naturalmente al cambio climático, asegurar que la producción de alimentos no se vea amenazada y permitir que el desarrollo económico prosiga de manera sostenible.²³

A partir de entonces se han registrado avances sustanciales en los estudios y acciones relacionadas con el cambio climático y sus efectos.

Desde 1995, se desarrollan en Cuba varios programas de investigaciones relacionados con el medio ambiente cubano, el desarrollo sostenible de las zonas montañosas, la producción de alimentos por vías sostenibles, la biotecnología agrícola y otros que guardan relación directa o indirecta con el cambio climático. Uno de los programas más directamente relacionados con la ciencia del cambio climático es el Programa Nacional de Ciencia y Técnica «Los

cambios globales y la evolución del medio ambiente cubano». Dentro de este Programa existen dos subprogramas que guardan estrecha relación con las actividades científicas que se realizan en el contexto mundial, ellos son el subprograma de variabilidad y cambio climático y el subprograma de contaminación y química de la atmósfera. [...] Momento importante dentro de este aspecto es el nacimiento del Grupo nacional de cambio climático en el año 1997. Este Grupo, conformado por 18 expertos de diferentes Organismos e instituciones del país ha contribuido notablemente a fortalecer la capacidad nacional para desarrollar diferentes estudios relacionados con el cambio climático.²⁴

La actividad de Cuba alrededor de este asunto ha estado muy vinculada al movimiento mundial que el tema ha despertado. Al participar en las más importantes iniciativas globales acordadas alrededor de este, el país se involucra activamente en acciones de cooperación internacional, las que se traducen en el mejoramiento del medio ambiente nacional y global.

El apoyo recibido de parte del Programa CC:TRAIN²⁵ fue crucial en el desarrollo de las capacidades técnicas para la realización de los diferentes estudios y evaluaciones. Bajo CC:TRAIN se creó el Grupo Nacional de Cambio Climático el cual integra a más de una decena de expertos de diferentes organismos e instituciones. [...] Otros proyectos como el Proyecto PNUMA «Impactos del cambio climático y medidas de adaptación en Cuba» [1997] y el Proyecto GEF/PNUD «Actividad habilitadora para que Cuba prepare su Comunicación Nacional a la CMNUCC» [1998], ampliaron mucho más las capacidades y posibilitaron la realización de complejos estudios integrando a numerosos científicos y técnicos. Estas actividades crearon las potencialidades para que Cuba pudiera contribuir en el desarrollo de los estudios técnicos de otros países de la región de Latino América y el Caribe.²⁶

Además de estos proyectos, existen diferentes iniciativas de programas de investigación relacionados con el cambio climático y temas afines, promovidos por organizaciones internacionales como la Organización Meteorológica Mundial (OMM), el Programa de Naciones Unidas para el Medio Ambiente (PNUMA), la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO) y el Global Environment Facility (GEF), entre otros. De todos, el esfuerzo global más (re)conocido lo es, sin dudas, el trabajo del IPCC donde han participado varios científicos cubanos.²⁷ Aquí asistimos a una modalidad de cooperación internacional que, lejos de contribuir única y específicamente a la obtención de beneficios «nacionales», se asume desde una perspectiva macro que subraya la naturaleza global de la crisis, así como la búsqueda de soluciones.

El IPCC fue establecido por la OMM y el PNUMA en 1988. Se encarga de proporcionar «la política pertinente», pero no «la política preceptiva», y aconseja a los responsables de formular y ejecutar políticas sobre

cuestiones relativas al cambio climático y sus efectos, a partir de la evaluación de la información científica, técnica y socioeconómica disponible en todo el mundo. Es un órgano intergubernamental y su participación está abierta a todos los países miembros del PNUMA y de la OMM, y se reúne normalmente en sesiones plenarias una vez al año.²⁸

El IPCC está dividido en tres grupos de trabajo. El I informa sobre qué sabemos acerca del cambio climático —si está sucediendo o no, por qué ocurre y a qué velocidad—; el II se encarga de valorar cómo impactará el cambio climático y qué acciones pueden ejecutarse para reducir sus impactos; y el III examina qué posibilidades y maneras tenemos para detener, o al menos disminuir, el cambio climático de origen humano. Cada grupo de trabajo tiene dos copresidentes, uno de un país desarrollado y otro de uno «en desarrollo», así como una unidad técnica de apoyo. En la actualidad un especialista cubano se desempeña como vicepresidente del Grupo de trabajo III.

Contrariamente a la creencia común, el IPCC no realiza ninguna investigación científica por sí mismo. Su contribución consiste en revisar millares de publicaciones científicas relativas al cambio climático y resumir el «estado de la cuestión» en los Informes de evaluación.²⁹ El IPCC produce también una variedad de otros informes a petición de los gobiernos interesados, las organizaciones intergubernamentales o los tratados internacionales.

Otro elemento interesante consiste en que todos los científicos y expertos implicados en producir y revisar el trabajo del IPCC lo hacen sobre la base de la voluntariedad. Las actividades del IPCC, incluyendo los costos de viajes para expertos de países «en desarrollo» o «en transición», son financiadas por las contribuciones voluntarias de los gobiernos. Otras instancias supranacionales como OMM, PNUMA y UNFCCC proporcionan un apoyo adicional.

El éxito de la labor del IPCC se asocia, sobre todo, a su capacidad para informar y concientizar acerca de la naturaleza y gravedad del cambio climático —específicamente del antropogénico. Sin embargo, esto no ha sido suficiente para revertir sus efectos o adaptarnos totalmente. El fracaso en la implementación del Protocolo de Kyoto, iniciativa de cooperación internacional igual de célebre, pero menos exitosa, provoca la crítica, incluso de las mismas agencias supranacionales. Los obstáculos erigidos, por los Estados Unidos fundamentalmente, develan los límites de la cooperación internacional en medio ambiente, mostrando cómo su desarrollo no escapa de las circunstancias que determinan el orden global actual.

El Protocolo expira en 2012. Las negociaciones de las que se espera salga el nuevo acuerdo mundial

sobre cambio climático habrían de intentar, bajo la premisa actual de la «responsabilidad común, pero diferenciada», un acuerdo que comprometa efectivamente a todas las partes de la UNFCCC a limitar las emisiones de GEI.

El mundo requiere un acuerdo internacional que obligue a todos a disminuir las emisiones de gases de efecto invernadero a lo largo de un horizonte cronológico extendido [...] La cooperación internacional también debe abordar el problema urgente de la adaptación al cambio climático. Incluso con una mitigación rigurosa, el mundo ya no podrá revertir el calentamiento global sostenido durante la primera mitad del siglo XXI.³⁰

Mientras que, por una parte, los resultados que Cuba exhibe, a partir de su participación en dos esquemas diferentes de cooperación en medio ambiente, muestran cómo es posible obtener éxitos en la gestión ambiental gracias a la concertación de proyectos de cooperación internacional, por otro lado, constatamos que esos avances se revelan insuficientes. ¿Cómo reformar la cooperación internacional y volverla más efectiva en la protección y mejoramiento ambientales? ¿Qué puede enseñar Cuba? ¿Qué más puede hacer?

Rehaciendo el ambiente para la cooperación internacional

El mejoramiento real del estado del medio ambiente nacional y global justifica, *per se*, la necesidad y validez de los esfuerzos concertados. El objetivo común de sobrevivir y salvar el planeta se impone a consideraciones, también relevantes, sobre las mediaciones y meandros que recorren las acciones de cooperación. Conocer los múltiples intereses involucrados, y establecer con justeza cuáles han de ser las prioridades, parece ser una política acertada para evaluar los riesgos y las actitudes nacionales que asumir cuando se trata del estado del medio ambiente global, así como las iniciativas para su mejoramiento y conservación. Este enfoque, que identificamos en la política cubana, puede destacarse como uno de los puntos más sólidos que exhibe la gestión ambiental en el país.

La concepción y práctica diferentes de la cooperación internacional requiere, sobre todo al referirse a temas ambientales, de la reconstrucción de los vínculos entre hombre, sociedad y naturaleza, cuya comprensión integral necesita de la reconfiguración del conjunto de las ciencias naturales y sociales, que suelen avanzar separadas y desarticuladas. Esta vocación multi, inter, y quizás transdisciplinaria, ha de extenderse al diseño de las políticas públicas, la planificación económica y el ordenamiento territorial y, por supuesto, incluirse en el diseño y aplicación de los proyectos de cooperación.

Esta comprensión diferente ha de superar, además, la limitada concepción de *medio ambiente* y comenzar a pensar (en) el *ambiente*, entendiendo este último como un «todo integrado y articulado donde se relacionan e interactúan con su individualidad y mediaciones los elementos naturales y sociales a través de leyes específicas que surgen de los diferentes niveles de organización de la materia».³¹ Hablar de *ambiente* y no de *medio ambiente* significa una incursión en lo social que el discurso hegemónico evita emprender, pues de hacerlo tendría que considerar el deterioro ambiental como resultado de su propia lógica y racionalidad de estructuración y funcionamiento, y no como un fenómeno aislado o fortuito cuya solución dice posible a partir de enfoques reduccionistas y focalizados.

El complejo de relaciones que se traducen en degradación ambiental tiene su origen en procesos cuyas causalidades, hoy reconocidas, ocultan la responsabilidad del sistema capitalista como su causa esencial y determinante. Sin embargo, cada vez es más evidente que son los patrones de producción y consumo, y el uso particular de las tecnologías que el capitalismo asume, los responsables directos de la devastación ambiental. La idea instalada en el imaginario social de «el hombre conquistador de la naturaleza» se ha traducido en una racionalidad depredadora y, a la larga, suicida. El planeta es incapaz de asimilar y compensar los daños que diariamente se le infringen.

Aprovechar el escenario de la cooperación internacional para apuntar razones y culpables dotaría de una intención transformadora más plural a tales iniciativas y podría contribuir a dinamizar modificaciones antihegemónicas en el orden y equilibrio globales; curso de acción que Cuba debería promover y potenciar. Notamos que en el país, si bien mucho se ha avanzado en la formación de una conciencia ambiental, aún persisten sesgos que identifican el discurso y la práctica ambientales con aquellos que se producen desde los centros de la hegemonía capitalista; piénsese en cómo solemos enfocar al «medio ambiente» en los espacios públicos. Reinventar la relación sociedad-naturaleza sin perder de vista que el hombre es centro —pero no amo— a partir de sus posibilidades reales de modificar conscientemente la realidad que vive, privilegio que no goza ninguna otra especie en el planeta, nos queda aún como tarea pendiente.

El camino hacia este objetivo de más largo alcance podría iniciarse desde iniciativas concretas, posibles y deseables en las coyunturas actuales, «procesos de deconstrucción y desmantelamiento que deberán estar acompañados por otros análogos destinados a construir nuevos modos de ver y de actuar».³² De acuerdo con lo anterior, consideramos que la cooperación internacional para el medio ambiente —y por qué no,

la cooperación internacional a secas— habría de distanciarse, en primer lugar, de esa filantropía caritativa o colaboración asistencialista, así como superar los esquemas unidireccionales que suelen describir la transferencia de recursos y que, además de traducirse en un escaso involucramiento e integración en proyectos comunes, dota a los países centrales de un amplio margen de control sobre las relaciones de cooperación. Esta otra concepción de la cooperación, en la que Cuba ha avanzado a partir de su contribución en conocimientos y capacidades profesionales, ha de incluir, además, una actitud activista y crítica respecto a la realidad en la que actúa, sin olvidar que las relaciones que instituye son parte del conjunto de las relaciones internacionales actuales.

Para el caso de la cooperación suscribimos la utilidad de pensar acciones que apunten a una «cooperación para la desconexión», desconexión o desvinculación, tal como la fórmula Samir Amin y que significa, básicamente, la supeditación de las relaciones externas a las necesidades internas, cambiar la lógica de la extraversion por la lógica del autocentramiento y que se traduce, a la postre, en cambios estructurales, externos e internos, que nacen desde posiciones de la periferia subdesarrollada y tercermundista. Esto no significa que abandonemos la visión global y nos refugiemos en consideraciones locales —enfoque por demás imposible sobre todo al tratarse de problemas ambientales— sino que aportemos al análisis de la crisis ambiental y las propuestas de solución enfoques alternativos, antisistémicos, contruidos desde las preocupaciones y circunstancias que caracterizan la situación del Sur mayoritario y marginado —las que podrían violentar las lógicas de reproducción capitalista en dependencia de la relación de fuerzas que dentro de las sociedades se establezcan, de la consolidación de los movimientos sociales y ambientales, del fortalecimiento de los Estados nacionales frente a los monopolios y transnacionales y de las alianzas geopolíticas que logren instituirse.³³

Para pensar el futuro desde hoy

El cambio climático ha de considerarse entre los problemas fundamentales que determinarán el desarrollo social de las generaciones actuales. Más allá de los intereses que subyacen tras tales conclusiones, lo cierto es que los riesgos que aquel significa para la (re)producción de la vida en la Tierra son muchos y grandes.

Las acciones para mitigar sus efectos y adaptarse a las transformaciones ya registradas requieren del concurso de la comunidad internacional. Estamos ante fenómenos de dimensiones que nos exceden y que demandan un accionar globalmente decidido,

coordinado y ejecutado. He aquí el dilema: abocados ante la urgencia de actuar para salvarnos, no vemos, inconscientes algunos y concientemente otros, las otras urgencias que exigen, también, lo mejor de nuestro análisis y capacidad movilizadora y transformadora.

De esos otros cambios dependerá el éxito mayor de la cruzada ambiental. La reorganización del poder y las hegemonías política, económica y militar a escala mundial, la modificación de los patrones de producción y consumo, la reinención del desarrollo y el rescate de culturas y —con mucho esfuerzo y algo de suerte— la superación del sistema global vigente por otro que emancipe y no coarte, que integre y no excluya, que respete y no explote, harán de nuestro planeta no solo ese espacio donde aún podremos vivir, sino el lugar donde querremos hacerlo.

Los desafíos son colosales y, mientras intentamos esta otra gran transformación, no podemos abandonar el —todavía— medio ambiente a su suerte; seríamos tontos o suicidas. Es por ello que reconocemos la validez de las acciones de cooperación internacional para la protección y mejoramiento ambientales, lo que no significa que estemos ajenos al marco en que se desenvuelven ni a los intereses que refrendan. Sumidos en un entorno global, ajeno y hostil las más de las veces, se tratan de encontrar puntos en común que nos permitan avanzar en materia de medio ambiente, rescatando el consenso y asumiendo las discrepancias como espacios de discusión potenciadores de esos cambios mayores. En este sentido, nos apartamos de la posición que condena la cooperación internacional por ineficiente y pasada de moda, y proponemos la discusión en términos de identificar las razones que explican que se la perciba como poco efectiva y ver cómo podría reform(ul)arse.

La experiencia de Cuba en la cooperación internacional en medio ambiente exhibe resultados alentadores. No solo se ha logrado mejorar las condiciones ambientales nacionales, sino avanzar en los procesos de adaptación a los cambios registrados a nivel global. Cuba también ha contribuido a los esfuerzos internacionales para la protección del medio ambiente, retando así la visión que presenta a las naciones menos ricas como meras receptoras de ayuda, sin nada que ofrecer, mientras esperan dádivas y caridades de otros.

Si miramos el decursar de las sociedades en los últimos años vemos que, contrariamente a certezas adquiridas, el futuro no necesariamente ha de ser mejor. El deterioro ambiental —asumiendo esa visión nueva de ambiente que proponemos— está ahí, es innegable. Pero el futuro sí puede ser mejor: más allá de un destino manifiesto. Corresponde a los humanos construirlo y defenderlo. La alianza de todos es imprescindible, la

defensa del ambiente nos dota de un objetivo común. Apostemos a la cooperación internacional como vía para avanzar en tal propósito y, mientras lo hacemos, vayamos transformándola también a ella, a nosotros y al planeta.

Notas

1. En este trabajo entenderemos por *medio ambiente* —siguiendo la terminología más difundida— aquel que: «comprende los seres vivos e inanimados que componen el medio natural y cuya conjunción permite el mantenimiento de la vida en la Tierra». Véase Agencia de Desarrollo del Reino Unido (DFID) *et al.*, *La vinculación entre la reducción de la pobreza y la gestión ambiental. Retos y opciones de política estratégica*, www.unpei.org/PDF/Linking-poverty-red-env-Esp.pdf, p. 7, 2002. Este término se diferencia de *ambiente*, en tanto este suele referirse a una construcción histórico-social, a la naturaleza transformada por la acción humana a través del tiempo. Luego, el *ambiente*, a diferencia de la *naturaleza* o el *medio ambiente*, no solo se refiere al sistema biofísico o a los ecosistemas, sino que incluye además las transformaciones resultantes de las actividades humanas, donde los hombres mismos son un elemento sustantivo. El *ambiente* es *naturaleza* humanizada. Por ende, al referirnos en estas páginas a *medio ambiente*, *naturaleza*, *mundo natural*, *entorno*, nos estamos refiriendo al mundo no humano, el que nosotros no hemos creado en un sentido primario.

2. Curiosamente, fue este texto de Rachel Louise Carson el primer libro publicado por Ediciones Revolucionarias. Véase Rolando Rodríguez, «Génesis y desarrollo del Instituto Cubano del Libro. Memoria y reflexión», *La Letra del Escriba*, n. 41, La Habana, julio de 2005.

3. Véase IPCC, «IPCC Fourth Assessment Report», www.ipcc.ch, 2007.

4. «Cambio de clima atribuido directa o indirectamente a la actividad humana que altera la composición de la atmósfera mundial y que se suma a la variabilidad natural del clima observada durante períodos de tiempo comparables». Convención Marco de las Naciones Unidas sobre el Cambio Climático, Naciones Unidas, Río de Janeiro, 1992, <http://unfccc.int/resource/docs/convkp/convsp.pdf>.

5. Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), *Informe sobre Desarrollo Humano 2007-2008. La lucha contra el cambio climático: solidaridad frente a un mundo dividido*, Nueva York, 2007, http://hdr.undp.org/en/media/hdr_20072008_sp_complete.pdf.

6. Ya en 1985, en una conferencia conjunta de la UNEP/WMO/ICSU en Villach, Austria, para evaluar del papel del dióxido de carbono (CO₂) y otros gases de efecto invernadero (GEI) en las variaciones del clima y sus impactos asociados, se preveía que hacia la primera mitad del siglo XXI se produciría el mayor incremento en las temperaturas registrado en la historia humana. El aumento en las emisiones de CO₂ —el GEI que más contribuye a la elevación de las temperaturas en el planeta al aportar cerca de 63% del incremento del forzamiento radiactivo total de los gases de efecto invernadero de larga vida (GEILV) en la época industrial— es significativo. Véase Luis Raúl Paz Castro, *Cambio climático*, Suplemento especial, parte I, Universidad para Todos, Editorial Academia, La Habana, 2008.

7. PNUD, ob. cit.

8. Pepa Mosquera, «El Panel Intergubernamental sobre el Cambio Climático (IPCC), Premio Nobel de la Paz» (entrevista a Rajendra

- Pachauri, Presidente del IPCC), http://mma.es/secciones/.../revista_ambienta/n71/pdf/06nobel712007.pdf.
9. «Expertos reunidos en esta capital dieron a conocer que cada año, de aquí hasta 2030, se requieren hasta 65 mil millones de dólares para que los países en desarrollo financien programas para afrontar el cambio climático. La cantidad equivale a dos terceras partes de la asistencia oficial al desarrollo, que es la ayuda proporcionada por naciones ricas a las del Sur, y que en el último año fue de 103 mil millones de dólares. Esos fondos no existen y esta semana se buscarán aquí mecanismos para ponerlos a disposición de esos países». Véase Roberto González Amador, «Países en desarrollo tendrán que gastar 65 mil mdd al año por el cambio climático», *La Jornada*, México DF, 20 de febrero de 2008.
10. Este argumento es explorado concienzudamente por Irene Maestro Yarza y Javier Martínez Peinado, «Elementos de discusión sobre la cooperación para el desarrollo en el capitalismo global», Ponencia presentada en la X Jornada de Economía Crítica, Barcelona, marzo de 2006, www.ecoport.net.
11. Para un análisis detallado de la cooperación internacional —específicamente la cooperación internacional para el desarrollo— véase Irene Maestro Yarza, «El papel de la cooperación para el desarrollo en el contexto de la globalización», Ponencia presentada en el Seminario Internacional «El pensamiento económico crítico ante los cambios del sistema mundial», Benemérita Universidad Autónoma de Puebla y REDEM, México, 5 al 7 julio de 2000, www.ecoport.net.
12. Hablaremos en términos de *cooperación* y no de *colaboración*. Preferimos *cooperación* pues algunos identifican la colaboración como un tipo específico de cooperación que se caracteriza por la transferencia unidireccional de recursos —subrayando así desarrollos diferentes entre las partes involucradas, por lo que remite más a ayudas y acciones de tipo asistencialista.
13. Irene Maestro Yarza y Javier Martínez Peinado, ob. cit.
14. Para una idea general de hacia dónde suelen encaminarse, con más frecuencia, las acciones de cooperación internacional, véanse los Objetivos del Milenio (ODM), asumidos por prácticamente la totalidad de la comunidad donante, como los prioritarios de sus programas de cooperación. Banco Mundial, «2007 World Development Indicators», www.worldbank.org.
15. «Debemos concebir la lucha contra la pobreza y contra los efectos del cambio climático como esfuerzos interrelacionados [...] Para triunfar requeriremos de una buena cuota de adaptación, porque el cambio climático afectará de todos modos y fuertemente a los países más pobres, aun si nuestros esfuerzos por reducir las emisiones comenzaran inmediatamente». PNUD, ob. cit.
16. Luis Raúl Paz Castro *et al.*, ob. cit.
17. Véase Convención Marco de las Naciones Unidas sobre el Cambio Climático, ed. cit.
18. En 1990, se había promulgado el Decreto-Ley 118: Estructura, organización y funcionamiento del sistema nacional de protección del medio ambiente, y su órgano rector.
19. CIEM y PNUD, «Investigación sobre desarrollo humano y equidad en Cuba, 1999», www.undp.org/cu/documentos/idh/idh99/Indice.pdf.
20. Véase www.unep.ch/ozone/spanish/vienna-sp.shtml.
21. Lourdes Álvarez e Israel Forrajero, «Entrevista a Abel Centella Artola», *Boletín de SOMETCUBA*, Sociedad de Meteorología de Cuba, v. 7, n. 1, La Habana, enero de 2001.
22. Véase Abel Centella *et al.*, eds., «Primera Comunicación Nacional a la Convención Marco de las Naciones Unidas sobre el Cambio Climático. Resumen ejecutivo», www.medioambiente.cu.
23. Convención Marco de las Naciones Unidas sobre el Cambio Climático, ob. cit.
24. Lourdes Álvarez e Israel Forrajero, ob. cit.
25. Se refiere al Programa CC:TRAIN Fase II (UNITAR) *Implementación de la CMNUCC* en Cuba, de 1996, un proyecto del PNUD financiado por el GEF y donantes bilaterales. Tiene una duración de tres años y lo implementa el Instituto de las Naciones Unidas para la Formación y la Investigación (UNITAR por sus siglas en inglés) en colaboración con la CNUCC y la Unidad de Información para las Convenciones (IUC por sus siglas en inglés) del PNUMA.
26. Abel Centella *et al.*, ob. cit.
27. Para consultar la lista de científicos cubanos participantes en el IPCC —galardonados con el Premio Nobel de la Paz en 2007—, véase www.radiohc.cu/espanol/medioambiente/exclusivas/nobel.htm.
28. Véase al respecto www.ipcc.ch.
29. La importancia de estos informes y su impacto en la elaboración del discurso y política ambientales globales queda manifestada en las conclusiones recogidas en el primero, en 1990, las que impulsaron la preparación de la CMNUCC, mientras que el segundo, de 1995, proporcionó material relevante para las negociaciones del Protocolo de Kyoto. El tercer Informe apareció en 2001, y el cuarto y más reciente fue presentado en 2007, en Valencia, España.
30. PNUD, ob. cit.
31. Héctor Sejenovich, «Economía y medio ambiente» (en prensa). Texto de estudio de CLACSO/CROP, Curso Virtual «Pobreza y ambiente: hacia una nueva relación sociedad-naturaleza», aula 596, 2007.
32. Arturo Escobar, «La invención del Tercer mundo». Texto de estudio de CLACSO/CROP, Curso Virtual «Teoría e historia de la producción de la pobreza en América Latina», aula 589, 2007.
33. «Nótese que, en cualquier caso, esta estrategia de desconexión respira globalización por todos sus poros: no será una vuelta atrás hacia el nacionalismo y la competencia inter-nacional, sino un avance en una globalización solidaria. Porque solo desde una óptica global se puede restituir el valor de la naturaleza y de lo humano». Irene Maestro Yarza y Javier Martínez Peinado, ob. cit.

El ALBA, iniciativa venezolana para el continente

Max Azicri

Profesor. Universidad Edinboro de Pennsylvania, Estados Unidos.

Las fuerzas de izquierda que actualmente gobiernan en Venezuela, y su influencia política en la región, se basan, en gran medida, en su oposición a la política económica de los Estados Unidos. El Área de Libre Comercio de las Américas (ALCA), y el paquete de políticas del Consenso de Washington, generalmente, se consideran beneficiosas para el dominio regional que ejercen las corporaciones norteamericanas.¹ Las políticas neoliberales, incluyendo las fórmulas financieras del Fondo Monetario Internacional (FMI) —impuestas a los países necesitados de préstamos y créditos—, se valoran como programas a favor de las firmas comerciales y de las corporaciones mientras constantemente ignoran las necesidades socioeconómicas de los sectores de la población de bajos y medianos ingresos. Al promover los objetivos económicos y políticos de élites nacionales e internacionales, el Consenso de Washington y el neoliberalismo favorecen la liberalización del libre comercio, la austeridad fiscal (eliminando los déficits presupuestarios provocados en parte por los subsidios para ayudar a los pobres), la privatización, las inversiones extranjeras y la globalización.²

Como se señaló en un fórum que valoró el desempeño de las políticas neoliberales en América Latina, los resultados económicos y sociales de las reformas del mercado y de la liberalización del comercio que se han aplicado en la región durante dos décadas, tuvieron desiguales resultados. Para los críticos, tales reformas funcionan en contra de la equidad y el desarrollo sostenible prometidos cuando se anunciaban las reformas como el sustituto adecuado del obsoleto enfoque económico seguido en períodos anteriores: industrialización basada en sustitución de importaciones (ISI). Una de las críticas a las reformas neoliberales afirma:

Las reformas de mercado aplicadas en América Latina han traído resultados desalentadores en términos de estabilidad y crecimiento económicos y en la calidad de la democracia [...] Los países que pusieron en práctica las reformas más radicales o que dieron pasos particularmente drásticos hacia el cambio, han tenido un peor desempeño que las naciones que procedieron con cautela y gradualmente.³

Continuándose las prácticas de gobierno anteriores, «desde principios de la década de 1980, la seguridad financiera ha sustituido a la seguridad social como

objetivo de las políticas; la desigualdad social ha aumentado; los ingresos se han redistribuido, aumentando en los sectores más altos; y, para reducir los costos de los negocios, se ha privado a los trabajadores pobres de oportunidades económicas y de movilidad social». ⁴ Este paquete de políticas se hizo realidad debido a

la apertura de las economías de América Latina a las inversiones extranjeras y el comercio exterior por la vía de la privatización de la actividad pública, la desregularización de la actividad privada, y la producción fundamentalmente para la exportación, así como por la austeridad fiscal —en una palabra, neoliberalismo. ⁵

Todavía subsiste un fuerte resentimiento en Venezuela y en otros países que adoptaron políticas neoliberales en un pasado reciente. Antes de que Washington propusiera el ALCA a principios de los años 90 del siglo pasado, en Venezuela una gran protesta popular había señalado la dirección que iban a tomar los acontecimientos políticos internos en el futuro. La revuelta contra las políticas indicadas por el Consenso de Washington y el FMI que tuvo lugar en febrero 27-28 de 1989, terminó en motines en Caracas. El llamado Caracazo fue una revuelta popular espontánea en contra de las políticas neoliberales del presidente Carlos Andrés Pérez. El 100% de aumento en el precio del petróleo, que elevó el costo de los pasajes en el transporte público y desató el alza, era parte del paquete de medidas económicas recomendadas al gobierno de Pérez por el FMI. ⁶ El Caracazo tuvo consecuencias políticas de largo alcance —la represión oficial había causado aproximadamente 3 000 muertes de civiles, lo que reforzó la determinación de Hugo Chávez y sus compañeros oficiales de involucrarse en la lucha por transformar el orden político y socioeconómico existente.

La fuerte reacción contra la concepción reinante de la democracia representativa, entendida como «los negocios siguen como siempre» (favoreciendo a los ricos y a los poderosos y desentendiéndose de los pobres carentes de derechos), es sintomática de una desilusión mayor con las prácticas políticas e instituciones que aún existen en todo el continente. Esto se aprecia incluso después de la restauración, en las décadas de 1980 y 1990, de los gobiernos democráticos representativos encabezados por civiles:

[La] forma en que amplios sectores de la población de América Latina conciben la democracia no se reflejó en la actuación de estos regímenes representativos reconstruidos. Las valoraciones que hacía la gente de los regímenes políticos, y no solo de las democracias, tendían a estar muy influenciadas por el contenido efectivo de las decisiones tomadas dentro del marco de estos procedimientos e instituciones.
[...]

[L]as transiciones democráticas en la mayor parte de los países de América Latina a partir de mediados de la década de los 80, resultaron en regímenes políticos que de una u otra forma adaptaban los procedimientos e instituciones de la democracia representativa a los objetivos y a la lógica del llamado Consenso de Washington —lo que el ex presidente Bill Clinton llamaba «democracias de mercado»: sistemas políticos representativos cuyo compromiso principal era impulsar el capitalismo según la receta particular del neoliberalismo. ⁷

Desde la década perdida de los años 80 hasta las fórmulas neoliberales financieras de los 90, la distribución asimétrica de la riqueza en la región significó años de penuria para grandes sectores de la población, creando altos niveles de desigualdad económica: «En 1998, 5% de la población con más riqueza recibió una parte del ingreso equivalente al doble de lo que recibía el grupo comparable de los países de la Organización para la Cooperación Económica y el Desarrollo (OECD)»; mientras tanto, en el otro extremo, 30% más pobre subsistía con 7,5% del total. Según informa la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CELA), 200 millones de latinoamericanos estaban viviendo en la pobreza en el año 2000 (de 136 millones en 1980), y tres años más tarde se estimaban en 225 millones. Chile, elogiado por su éxito económico durante las políticas neoliberales, ha terminado con uno de los mayores niveles de desigualdad social del continente.

En Venezuela, el Caracazo sirvió de fondo a la carrera política del presidente Hugo Chávez. Al asumir la total responsabilidad por el fracasado golpe militar bajo su liderazgo en 1992, en un breve discurso televisado a la nación, Chávez se convirtió en un símbolo popular de la oposición. Un estudioso de la política venezolana afirma:

El impacto de esta revuelta urbana [el Caracazo], tanto en la población en general como en los soldados involucrados, iba a tener un efecto dramático en los acontecimientos políticos de la siguiente década. En verdad la historia contemporánea de Venezuela comienza con este acontecimiento cardinal, ya que el mismo persuadió a los oficiales bolivarianos [los seguidores de Chávez] a acelerar sus planes [políticos]. ⁸

Mientras el Caracazo permanecía en la memoria colectiva de los venezolanos, la reacción negativa a las políticas forzadas del FMI y el Consenso de Washington tenían un impacto igualmente amplio. Las políticas internas se confundían, como nunca antes, con las fórmulas económicas internacionales. El pueblo esperaba por una alternativa política nacionalista que pudiera apoyar. Responder hábilmente a ese anhelo nacional le permitió a Chávez ser electo presidente antes de que pasaran cinco años de haber salido de prisión.

El Polo Patriótico (PP), una combinación de fuerzas políticas de izquierda, obtuvo la victoria en las elecciones

de 1998 con 56,2% de los votos. El apoyo a Chávez aumentó hasta 59,5% en las elecciones de 2000, ganó el referéndum con 59%, y fue reelecto en 2006 con 62,87%.⁹ Los venezolanos de bajos ingresos que han llegado a tener acceso al poder político han sido su sostén principal, mientras que restarle atención a la oposición militante de distintos sectores lo ha mantenido en una conflictiva trayectoria política.

Afectados por los efectos socioeconómicos negativos del capitalismo de mercado y las políticas de liberalización comercial preferidas por Washington y el FMI, los sectores desposeídos recibieron con beneplácito las políticas anti-institucionales; así se constituyeron en una base popular de apoyo al proceso bolivariano (el actual proceso de transformaciones política, económicas y sociales que está teniendo lugar en todo el país). Al sobrevivir Chávez a la incesante oposición interna y externa que se lanzó contra su presidencia, hizo crecer el impacto del proceso bolivariano en los países de la región.

La sostenida habilidad del presidente Hugo Chávez para llevar a cabo reformas significativas enfrentándose a la hostilidad de los Estados Unidos y a una agresiva oposición interna apoyada por los Estados Unidos, tiene importantes implicaciones para las luchas progresistas en América Latina. El éxito de Chávez hace que se ponga en duda la idea de que en el mundo de capitalismo global de hoy ya no es posible para los países de América Latina y el Caribe resistir eficazmente el orden neoliberal del «libre mercado».¹⁰

La iniciativa continental del ALBA

La lógica de los programas de reforma social interna por la vía de mejorar el nivel de vida de los venezolanos de bajos ingresos, se ha proyectado a una escala continental a través de intercambios multilaterales que operan como parte de la iniciativa del ALBA. El ministerio venezolano de Integración y Comercio Exterior caracterizó al ALBA como «basada, fundamentalmente, en un modelo de integración social, económica y política de los países, como los del Caribe y América Latina, que comparten espacios geográficos, vínculos históricos y culturales, necesidades y potencial común».¹¹ Los avances en la integración logrados a partir de ese momento por las alianzas políticas representadas por el ALBA han enfurecido a los opositores internos y externos, pero han sido recibidos con beneplácito por diferentes figuras progresistas del hemisferio.

El novedoso programa regional de Venezuela está inspirado por Simón Bolívar, el libertador y visionario político del siglo XIX cuyo legado histórico incluía liberar a Venezuela, Colombia, Ecuador, Perú y Bolivia del dominio español. Actualizando los ideales de Bolívar

de un hemisferio unido, el ALBA persigue la integración y la unidad de América Latina, buscando promover un eficaz desarrollo económico y social equitativo.

Inicialmente el ALBA se propuso en 2001. Planeada por Venezuela conjuntamente con Cuba, poco después se le unió Bolivia, y luego Nicaragua. La primera declaración oficial y acuerdo fueron firmados por Venezuela y Cuba el 14 de diciembre de 2004. Posteriormente, ambos países aprobaron un nuevo plan estratégico para su puesta en práctica, persiguiendo «garantizar la complementación productiva más beneficiosa sobre las bases de la racionalidad, ahorrando recursos, extendiendo el empleo útil y el acceso a los mercados». Todo esto estaría «sustentado en una genuina solidaridad que coadyuvara al fortalecimiento de ambos países».¹²

Bajo el mandato del presidente Evo Morales, Bolivia se convirtió en el tercer miembro del ALBA en 2006, y Nicaragua en el cuarto en 2007, poco después de la elección de Daniel Ortega a la presidencia. El presidente de Haití, René Preval, firmó un acuerdo de cooperación con Cuba y Venezuela durante la V Cumbre del ALBA en Barquisimeto, Venezuela, 2007. A partir de su elección como presidente de Ecuador ese mismo año, Rafael Correa ha mostrado interés en formar parte de la organización hemisférica.

El ALBA es visionaria, aspira a la unificación de los recursos y objetivos continentales de América Latina. Busca convertir a la región en una fuente de energía donde los productores de bienes vendan a precios ventajosos, y tiene el potencial de conducir al hemisferio hacia un futuro más prometedor. Se basa en la cooperación y la solidaridad, y persigue el desarrollo humano conjuntamente con la sustentabilidad económica. Además, considera el comercio y las inversiones como instrumentos para alcanzar un desarrollo económico-social justo y sostenible.¹³

Esta alternativa fue diseñada con el propósito de enfrentarse al Área de Libre Comercio de las Américas, que Venezuela denuncia como el plan comercial de Washington para la región cuyo beneficiario es él mismo. También se opone al neoliberalismo, acusándolo de promover las injustas prácticas que persiguen ganancias que benefician a las multinacionales, prácticas que son parte de las políticas de liberalización del comercio y de la globalización. El ALBA aspira a «forjar una nueva vía lejos de la competencia multinacional y del libre comercio neoliberal, de manera que cada país [latinoamericano] conserve su propia soberanía y sea capaz de desarrollarse según sus propias necesidades y deseos»,¹⁴ ofreciendo su propia alternativa de desarrollo que busca «romper con la colonización económica que arrasó toda América Latina en la década de los años 90 (por medio de una ola de privatizaciones, acuerdos

de libre comercio y políticas de ajustes estructurales que endeudaron aún más a América Latina y aumentaron la ya desproporcionada tasa de desigualdad).¹⁵

Las interacciones bilaterales y multilaterales promovidas por el ALBA se basan en cuatro principios de integración:¹⁶

Intercambios complementarios: similares a los acordados por Argentina y Venezuela, canjeando productos argentinos por petróleo venezolano.

Cooperación: acuerdo petrolero entre Brasil y Venezuela que combina la experiencia de personal altamente calificado en perforación mar adentro, y la experiencia de este tipo en tierra firme. El ALBA apoya la propuesta de Chávez de organizar PetroAmérica: uniendo los recursos de las empresas de Venezuela (PDVSA), Argentina (ENARSA), Brasil (PETROBRAS), Colombia (COPEPETROL), Ecuador (PETROECUADOR), México (PEMEX), Perú (PETROPERU), Trinidad (PETROTRIN), y el gas natural de Bolivia, en un cártel Latinoamericano de petróleo y gas. Esto aún no es un proyecto de integración realizado, aunque controlaría aproximadamente 11,5% de las reservas petroleras del mundo.

Solidaridad: el programa de PetroCaribe (ALBA-Caribe) ofrece a diez países insulares del Caribe y a Guyana, Surinam y Belice, petróleo venezolano a precios inferiores a los del mercado, así como ayuda financiera (el programa inicial fue concebido conjuntamente por Hugo Chávez y Fidel Castro).

Protección de la soberanía nacional: los acuerdos tienen que respetar la independencia nacional y los derechos de autodeterminación.¹⁷

Originalmente, la declaración conjunta que establecía las bases del ALBA planteaba como principios cardinales:

- El comercio y las inversiones no deben constituir fines en sí mismos, sino instrumentos para alcanzar un desarrollo justo y sostenible.
- El tratamiento especial y diferenciado que toma en cuenta el nivel de desarrollo de los distintos países y las dimensiones de sus economías.
- La cooperación y la solidaridad deben manifestarse en planes especiales para los países menos desarrollados de la región.
- La creación de un Fondo para emergencias sociales.
- La integración del desarrollo en las comunicaciones y la transportación entre los países de América Latina y el Caribe.
- La protección del medioambiente mientras se promueve un desarrollo sostenible.

- El aseguramiento de una fuente estable de energía en beneficio de las sociedades latinoamericanas y caribeñas, en concordancia con las políticas de integración energética.
- La reducción de la dependencia regional de las inversiones extranjeras por medio de la promoción de la inversión de capital latinoamericano en América Latina y el Caribe.
- El respeto y la promoción de las culturas indígenas y autónomas, incluyendo la creación de una televisora de alcance continental: Telesur.¹⁸

El impacto del ALBA en las Américas

La iniciativa del ALBA se ha beneficiado del rápido ascenso de Chávez al liderazgo continental, pero su poderosa figura también ha provocado una fuerte reacción de resentimiento entre los conservadores, reforzada por su abierta cercanía con Cuba. La exitosa lucha de los candidatos presidenciales de centro-izquierda, y de izquierda en Argentina, Brasil, Chile, Bolivia, Ecuador, Nicaragua, Uruguay y Venezuela en los últimos años, se revirtió en Perú y México. Colombia sigue siendo un aliado muy cercano de la administración Bush.

El ALBA está marcando una dirección muy particular para América Latina. Los dirigentes regionales que buscan apoyo popular para sus propias políticas orientadas al cambio, utilizan un lenguaje reformista similar. Los líderes reformistas apoyan la idea de que «los instrumentos del Estado necesitan ser arrebatados a la élite social que busca su propio beneficio, y deben utilizarse para el beneficio y el progreso del pueblo en su conjunto». Esta idea central prevalece en América Latina desde hace algún tiempo. «Los latinoamericanos se han ido frustrando progresivamente con las recetas económicas respaldadas por Washington como el comercio sin restricciones y la liberalización». Dedicado a lograr su propia realización, el continente se empeña hoy en que sus aspiraciones, tanto tiempo postergadas, puedan ser finalmente posibles.¹⁹

EL ALBA y La Habana-Caracas

En conmemoración del décimo aniversario de la primera visita de Hugo Chávez a Cuba, el presidente venezolano y Fidel Castro firmaron la declaración conjunta de 2004 con vistas a la creación del ALBA, que propugnaba la integración de ambos países bajo el nuevo programa, formalizando así un amplio intercambio de colaboración que iba a crecer rápidamente en pocos años. Se creaba así un escenario propicio para futuros proyectos del ALBA en la región.

Están creando una nueva realidad socioeconómica tangible (materializando los sueños de Bolívar de una América Latina unida), que pudiera sorprender a los más escépticos entre los estudiosos de los asuntos del hemisferio.

Al promover principios comunes de solidaridad, el acuerdo cubre un intercambio de bienes y servicios que beneficia a ambos países. Este incluye disponer cerca de treinta mil médicos para la Misión Barrio Adentro y la Universidad Bolivariana, la preparación de nuevos médicos y científicos, y el apoyo a los participantes en la Misión Sucre, que aspiran a estudiar medicina; así como trabajar conjuntamente con otros países en la eliminación del analfabetismo en el hemisferio. Establece intercambios de tecnologías, programas culturales, educacionales y becas; el incremento del comercio, la concesión de créditos, y su financiamiento y pagos.²⁰ También acuerda fijar las importaciones cubanas de petróleo venezolano (90 000 barriles diarios a partir de 2006) según los precios internacionales;²¹ así como otros intercambios bilaterales beneficiosos para ambos países (para Venezuela política y socialmente y para Cuba, económicamente).

Esta colaboración Cuba-Venezuela es un ejemplo del objetivo declarado por Chávez de prescindir del uso del dólar estadounidense en el comercio regional y en las relaciones de solidaridad. Venezuela ha dejado de lado al dólar al establecer negocios de trueque no monetarios con más de una docena de países de América Latina y el Caribe. Uno de estos es el de petróleo venezolano a cambio de la presencia de médicos cubanos que trabajan gratuitamente en áreas pobres de toda la nación.²²

Otro ejemplo es el Convenio Integral de Cooperación de Salud Cuba-Venezuela del año 2000, que ha mejorado la salud de muchos venezolanos que padecían enfermedades graves. Además de hacer accesible la ayuda médica de primera clase a los barrios más pobres, el personal y las instalaciones médicas en Cuba también reciben venezolanos que viajan para tener un tratamiento médico especializado. Venezuela costea el viaje semanal hacia y desde la Isla para aproximadamente 75 pacientes, y a los cuatro médicos cubanos que trabajan con el Convenio en Caracas. Cuba proporciona el tratamiento, los hoteles, los hospitales, la alimentación, los médicos, la enfermería y transportación dentro del país. La parte del Convenio que contempla el envío de pacientes necesitados de cuidados especializados para ser atendidos en Cuba fue separada del resto del acuerdo.²³

La Operación Milagro está ofreciendo cirugía oftalmológica gratuita para cataratas, glaucoma, diabetes y otras afecciones de la vista a personas sin medios para sufragarla. Comenzó en 2004 como un esfuerzo conjunto cubano-venezolano de traer venezolanos a Cuba sin costo alguno para ser operados. Al cabo de dos años, estaban participando 28 países de América Latina y el Caribe, y las operaciones llegaban a 485 000. A principios de 2007 se estaban construyendo en Venezuela trece modernas clínicas oftalmológicas y varias habían realizado ya miles de operaciones. En Bolivia, Ecuador, Guatemala, Honduras y Haití se estaban estableciendo otras clínicas utilizando planes y personal cubanos. La meta a alcanzar en diez años por la Operación Milagro es devolver la vista a seis millones de personas de América Latina y el Caribe, además como los programas de solidaridad y asistencia del ALBA han ido incrementándose bajo el liderazgo conjunto de Cuba y Venezuela, no solo se proporcionan servicios médicos altamente especializados a otros países de la región, sino que ahora también se extienden a naciones del continente africano.

El ALBA y Evo Morales en Bolivia

La victoria de Evo Morales en 2005 constituyó una historia de éxito. Ex dirigente sindical de los cultivadores de coca, Morales fue el primer líder indígena elegido presidente del país en más de un siglo. En un viaje a La Habana y Caracas para celebrar la victoria, Morales firmó acuerdos y disposiciones de cooperación con las dos naciones.

Un año después de haber sido firmado por Hugo Chávez y Fidel Castro el acuerdo del ALBA, Morales se reunió con ambos en La Habana para celebrar la entrada de Bolivia en el ALBA. El presidente boliviano había optado por este, rechazando el ALCA apoyado por Washington. «En Cuba y en Venezuela encontramos solidaridad incondicional. Son los mejores aliados para cambiar a Bolivia», declaraba. «Ahora somos tres para defender a los pueblos de América Latina».²⁴

Por otra parte, el acuerdo entre Caracas y La Paz en 2007 sobre energía y el financiamiento de los programas económicos incluyó incrementar la producción interna

de coca.²⁵ Respondiendo a la reacción negativa por parte de la oposición interna y externa a los cambios que estaban teniendo lugar con el apoyo del ALBA, el gobierno llamó a los campesinos y otros grupos indígenas a prepararse para defender el régimen con las armas si fuera necesario.²⁶

Mercosur

En la Cumbre de las Américas en Mar del Plata, en 2005, Brasil, Uruguay y Paraguay cerraron filas con Venezuela impidiendo la reanimación del ALCA. El grupo Venezuela-Mercosur se opuso a celebrar más reuniones para «examinar las dificultades del proceso del ALCA» y solucionarlas.²⁷ Por su parte, Chávez tenía planes para Mercosur buscando expandir el mensaje del ALBA en la región. Luego de adherirse como miembro en 2006, en trabajo conjunto con Bolivia, Venezuela intentó transformar Mercosur. Mientras el presidente Morales pedía «profundas reformas estructurales en la organización», Chávez buscaba «descontaminar» a Mercosur del liberalismo, al afirmar: «necesitamos un Mercosur que priorice las cuestiones sociales [...] que se aleje más de los viejos modelos elitistas de integración que olvidan a los trabajadores, a los niños, a la vida y a la dignidad humana».²⁸

Banco del Sur

Chávez propuso el proyecto del Banco del Sur —un banco para el desarrollo con fondos y administración provenientes de los países latinoamericanos para beneficio de ellos mismos. El plan incluye colocar una parte de sus propias reservas en moneda fuerte en un fondo de capital común, lo cual permitiría hacer préstamos para el desarrollo a países de la región, sin las condicionantes tradicionales. También ayudaría a los latinoamericanos a pagar sus deudas al FMI y a otros prestamistas internacionales. La idea comenzó como una iniciativa venezolano-argentina y se basa en la experiencia de Buenos Aires para liberarse de su deuda con el FMI.²⁹ La confirmación de la unión de Brasil le dio un peso considerable al plan. Para Chávez, el objetivo del Banco del Sur es la independencia financiera y política de las instituciones internacionales de créditos dominadas por los Estados Unidos.³⁰

El ALBA y Buenos Aires-Caracas

Mientras se recuperaba de la crisis económica de 2001-2002, el presidente argentino Néstor Kirchner rechazaba las directivas aprobadas por el FMI y el

Consenso de Washington y liquidaba su deuda de 9,8 millones de millones de dólares estadounidenses —el arreglo pudo realizarse luego de que Venezuela adquiriera 1,5 millones de millones en bonos argentinos. Argentina terminó sus relaciones con el Fondo dándole al presidente Bush la cifra más baja de aprobación de toda la región (6% en 2006), después de acusar al FMI de haberla abandonado durante la crisis.³¹

Chávez ha caracterizado su relación con Kirchner (y ahora con la presidenta Cristina Fernández de Kirchner), como un positivo «eje Caracas-Buenos Aires», dando así muestras de un compromiso que contrastaba con la conducta hacia la región del FMI y los Estados Unidos.³²

El ALBA, Ecuador y Nicaragua

Según el Banco Central de Venezuela, el crecimiento económico del país alcanzó 9,4%, con 28,9 millones de millones de dólares de reserva de moneda fuerte en 2006. Sumado a los ingresos por concepto del petróleo, calculados entre 50 y 60 millones de millones anualmente, le permitía a Chávez desempeñar un papel crucial en la ayuda a otros países de la región. Al recién electo presidente de Ecuador, Rafael Correa, le ofreció una ayuda financiera de 500 millones que contribuiría a reestructurar la deuda externa del país, así como un intercambio energético que le ahorraría a Ecuador millones de dólares en moneda fuerte.³³

Los nuevos programas de ayuda firmados con el presidente Daniel Ortega en Caracas, ampliaron la oferta de condonar la deuda nicaragüense que ascendía a 30 millones de dólares. Una nueva oficina del banco para el desarrollo brindará préstamos a pequeños negocios, y más de dos decenas de plantas generadoras aliviarán la crisis energética de Nicaragua.

El ALBA y los pobres de los Estados Unidos

El ALBA también llegó a los Estados Unidos para ayudar a familias de bajos ingresos en un momento crítico. Gracias a Chávez, en varias ciudades de siete estados los norteamericanos pobres pudieron adquirir más de 17 millones de galones de petróleo y combustible para la calefacción a bajos precios durante el invierno de 2006. La decisión la tomó durante su visita a Naciones Unidas en 2005. A través de las gasolineras de Citgo (14 000), que pertenecen a Venezuela, el programa social de Chávez en los Estados Unidos se hizo realidad. Con su atrevido gesto, Chávez estaba enviándole un mensaje a Bush: Washington debe remediar las desigualdades sociales internas.³⁴ En el invierno de 2007 la ventajosa iniciativa se expandió, y probablemente continuará durante otros inviernos más.

Las misiones sociales nacionales de Chávez

El proceso bolivariano había permitido a los venezolanos más necesitados beneficiarse de programas nacionales por medio de misiones socioeconómicas. El ex presidente Jimmy Carter fue testigo de estos beneficios. Un venezolano le dijo que «había 200 000 personas viviendo en su barriada y que antes nunca habían visto a un médico».³⁵ Se refería a la Misión Barrio Adentro, un programa de salud que extiende la labor de 59 médicos cubanos que habían llegado a Caracas. Más de 30 000 médicos y personal de la salud cubanos están participando en la misión que beneficia a diecisiete millones de venezolanos aproximadamente.³⁶ Cuba incluso ha rehusado aceptar pagos por concepto de embarque de medicinas destinadas a la Misión Barrio Adentro.

Las distintas misiones sociales que ha desarrollado la Revolución bolivariana en solo unos años, incluyen a Barrio Adentro (salud), Robinson (campana de alfabetización), Ribas (educación para adultos jóvenes que han abandonado la escuela), Sucre (educación complementaria preparatoria para ingresar a la universidad), Vuelvan Caras (ayuda a los desempleados), Identidad (registro de votantes para ampliar la participación política), Zamora (protección para la seguridad social de los campesinos), Piar (ayuda a las comunidades mineras), Guacaipuro (ayuda a la población indígena), y Mercal (construcción y administración de supermercados).³⁷ La Misión Madres del Barrio se anunció en 2006. Sus objetivos sociales abarcaban tres áreas que exigían atención especial: disminuir el uso de las drogas entre los jóvenes, luchar contra los embarazos no deseados entre las jóvenes, y ofrecer ayuda a las madres que viven en extrema pobreza.³⁸ Los beneficios de seguridad social continúan.

La oposición a Chávez y al proceso bolivariano

El presidente Hugo Chávez ha estado enfrentando un antagonismo político interno y externo en contra de su mandato y del proceso bolivariano, incluyendo al ALBA. Internamente, la oposición abarcaba una coalición compuesta por corporaciones de negocios e industriales (representadas por FEDECAMERAS), oficiales en activo o retirados, sindicatos conservadores, partidos políticos tradicionales, y la administración, dirigencia sindical y los trabajadores del gigante económico petrolero Petróleos de Venezuela Sociedad Anónima, PDVSA (reorganizado en 2003). También incluía a descontentos de la clase media y especialmente de las clases altas, los medios privados (televisión y prensa), y nuevos grupos políticos como Súmate.

Sus oponentes han rechazado sistemáticamente las propuestas de Chávez, incluyendo la nueva Constitución aprobada en 1999. Con el apoyo de Washington, ha intentado sacar a Chávez por medios legales e ilegales: organizó un golpe en 2002, forzó una huelga general y el cierre de la industria petrolera desde diciembre de ese año hasta febrero de 2003, y finalmente organizó un referendo revocatorio en 2004. Luego de perder dos elecciones consecutivas, la oposición decidió boicotear las elecciones legislativas de 2005, lo que dio a Chávez un control total de la Asamblea Nacional. Después de perder el referendo revocatorio, el apoyo político de la oposición decayó significativamente, de 30-40% hasta aproximadamente 15%. En las elecciones de 2006 su candidato fue derrotado nuevamente por Chávez.

La oposición al presidente Chávez ha sido motivada por discrepancias ideológicas y diferencias socioeconómicas. Los programas bolivarianos, al revertir las desigualdades sociales con medidas que redistribuyen la riqueza; la llegada de los médicos cubanos después de las inundaciones que devastaron los barrios más pobres; las cuarenta y nueve leyes que fueron aprobadas en 2001 creando muchas de las misiones sociales, y las discrepancias ideológicas, aceleraron el crecimiento de las fuerzas opositoras y las impulsaron a la acción. No obstante, estas fueron paralizadas en gran parte por la «sociedad protagonista» establecida en la Constitución de 1999, que contribuyó a la participación política popular.

Aunque algunos países como Perú, México y Costa Rica han acusado a Chávez de intervenir en sus asuntos internos o se han quejado de sus medidas políticas o postura ideológica, la oposición más importante proviene de Washington. La Casa Blanca hizo pública su desaprobación hacia Chávez. El antichavismo de los Estados Unidos combina acciones abiertas y encubiertas, que incluyeron el supuesto respaldo al golpe de 2002 que lo derrocó por breve tiempo, así como la promoción y apoyo de distintas maneras a grupos opositores, además del ataque sistemático a Caracas en distintos foros, y otras acciones.³⁹

Chávez y el socialismo del siglo XXI

El estrecho vínculo entre La Habana y Caracas se señala como prueba de que el presidente venezolano quiere convertir a su país en otra Cuba. Aunque la asociación es cierta, su verdadero significado se tergiversa. El llamado de Chávez para construir un socialismo del siglo XXI no es una repetición del socialismo cubano. Su visión prevé vagamente un sistema basado en la solidaridad, la fraternidad, el amor, la justicia, en

libertad e igualdad. Para este mandatario, no sería un socialismo definido de antemano, ni el de tipo estatal que se practicó en Europa, en China bajo Mao Zedong, o actualmente en Cuba.

Venezuela no era una gran democracia después de 1958 (luego del acuerdo de Punto Fijo). Se ocultaba una perversa existencia socioeconómica y política que Chávez y el proceso bolivariano están reemplazando con un orden social equitativo y democrático. Con el ALBA se persigue construir una estructura social continental que efectivamente, mejore las economías de los países. El ALBA y «el efecto Chávez» se han sentido en la región y el péndulo político se ha movido hacia la izquierda.

A pesar de que se ha institucionalizado con consejos presidenciales y ministeriales, un secretariado, y sesiones cumbres ejecutivas, todavía depende mucho de las decisiones del líder venezolano. Pero sus logros son asombrosos. La envergadura de las asociaciones que están funcionando exitosamente habrían parecido irreales unos años atrás. El ALBA ha reportado catorce acuerdos firmados entre 2004-2007 que involucran a varios países de América Central, Sur y naciones insulares del Caribe; convenios bilaterales con cuatro países; y acuerdos adicionales que involucran a Venezuela con otras once naciones y con Mercosur. Además de los proyectos que la nación bolivariana ha acometido, incluyendo múltiples intercambios con Cuba y otros seis países: Petrocaribe, Telesur, Banco del Sur y Mercosur.⁴⁰ En conjunto, abarcan un impresionante número de acuerdos de integración regional.

Aún no está claro qué vendrá después del Consenso de Washington y el neoliberalismo. En la región, algunos países prestan más atención a las necesidades del pueblo, mientras otros continúan poniendo en práctica medidas neoliberales. Comprometido con una democracia social, al distribuir los ingresos y recursos nacionales y favorecer a las capas más bajas de la población, Chávez ha establecido misiones sociales cubriendo un amplio espectro de necesidades de la sociedad, enmendando así años de desatención y abuso de los desposeídos y marginados de Venezuela. Sin embargo, el destino de llevar el socialismo del siglo XXI a su patria —que debe ser humanista, democrático, y no centralizado ni controlado por el Estado—, está en duda tras el resultado adverso del referéndum de diciembre 2007. Pero el objetivo del ALBA continúa: liberar a un continente de su sometimiento a las fuentes financieras controladas por los Estados Unidos y sus políticas comerciales e inversionistas. La campaña contra el ALCA sigue firme y los proyectos integracionistas del ALBA son ya más que una promesa. Están creando una nueva realidad socioeconómica tangible (materializando los sueños de Bolívar de una América

Latina unida), que pudiera sorprender a los más escépticos entre los estudiosos de los asuntos del hemisferio.

Traducción: Silvia Santa María.

Notas

1. El Tratado de Libre Comercio para las Américas (TLCA) fue discutido en México, en 2003, por catorce naciones, buscando eliminar o reducir las barreras comerciales entre los países de América, excluyendo a Cuba. La propuesta era una prolongación del Tratado de Libre Comercio para América del Norte (TLCNA) entre Canadá, México y los Estados Unidos. En la cumbre de Mar del Plata, en 2005, no se arribó a ningún acuerdo. Véase Área de Libre Comercio de las Américas, www.wikipedia.org; «Whither the FTAA?», *Guyana Chronicle Newspaper*, Georgetown, diciembre de 2005. El Consenso de Washington describe diez recomendaciones, hechas en 1987-88 por el economista John Williamson, sobre política económica, como disciplina fiscal, reforma tributaria, liberalización del comercio, privatización de empresas estatales, abolición de regulaciones que impiden el acceso al mercado o que restringen la competencia, y seguridad legal para los derechos de propiedad. Instituciones como el FMI, el Banco Mundial, o el Departamento del Tesoro, recomiendan esas medidas a los países devastados por la crisis económica. Con la expansión del mercado y la limitación del Estado, el Consenso de Washington ha adquirido una segunda connotación que lo describe como neoliberalista. Véase Consenso de Washington, www.wikipedia.org.
2. Para una crítica del FMI y la globalización, véase Joseph E. Stiglitz, *La globalización y los descontentos*, W.W. Norton, Nueva York 2002.
3. Kurt Weyland, «Valorando el neoliberalismo latinoamericano: introducción a un debate», y Evelyne Huber y Frederick Solt, «Éxitos y fracasos del neoliberalismo», *Latin American Research Review*, v. 39, n. 3, Pittsburgh, 2004, pp. 143-149, 150-164, respectivamente.
4. Eric Hershberg y Fred Rosen, «¿Revirtiendo el curso de los acontecimientos?», en Eric Hershberg y Fred Rosen, eds., *América Latina después del neoliberalismo*, The New Press, Nueva York, 2000, p. 7.
5. Ídem.
6. Las políticas económicas neoliberales aprobadas por el gobierno de Pérez como programa de ajuste estructural.
7. Carlos M. Vilas, «La izquierda en América del Sur y el resurgir de los regímenes nacionales-populares», en Eric Hershberg y Fred Rosen, eds., ob. cit., p. 238.
8. Richard Gott, *Bajo la sombra del Libertador. Hugo Chávez y la transformación de Venezuela*, Verso, Londres, 2001, pp. 144-5.
9. Gregory Wilpert, «La concesión histórica de la oposición y el camino futuro de Venezuela», en Gregory Wilpert, ed., *Venezuela's Bolivarian Process*, www.venezuelanalysis.com, 10 de diciembre de 2005.
10. Steve Ellner, «Venezuela: desafiando la lógica de la globalización», *NACLA Report on the Americas*, v. 39, n. 2, Nueva York, septiembre-octubre de 2005, p. 20.
11. Ministerio de Estado para la Integración y Comercio Exterior, *Index*, Caracas, p. 2, www.alternativabolivariana.org.

12. Richard Gott, ob. cit., p. 61.
13. Michael Fox, «Definiendo la Alternativa Bolivariana para las Américas, ALBA», en Gregory Wilpert, ed., ob. cit., pp. 61-5.
14. *Ibidem*, p. 61.
15. *Ibidem*, p. 62 y ss.
16. «Según Jaqueline Giménez Tellería, presidenta del Consejo de gobierno del ALBA, el ALBA incluye todo, desde acuerdos bilaterales entre Venezuela y Uruguay o Argentina, hasta fondos para Haití, e incluso el programa de petróleo para calefacción destinado a las comunidades de bajos ingresos en los Estados Unidos. Algunos de estos acuerdos no son en sí ni entre ellos el ALBA, sino más bien acuerdos firmados dentro del marco del ALBA». Michael Fox, «Definiendo la Alternativa Bolivariana para las Américas», ob. cit., p. 62.
17. Fernando Ramón Bossi, «Construyendo el ALBA desde los pueblos», www.portalalba.org, 2005.
18. Michael Fox, ob. cit., pp. 64-5.
19. Juan Forero, «Los movimientos populistas le arrebatan gran parte de América Latina a los viejos partidos», *The New York Times*, Nueva York, 20 de abril de 2006, p. A8.
20. «Acuerdo entre el Presidente de la República Bolivariana de Venezuela y el Presidente del Consejo de Estado de Cuba para la aplicación de la Alternativa Bolivariana para las Américas», *Cuba Socialista*, www.cubasocialista.cu, diciembre de 2004.
21. *Ibidem*. Véase también «Preparan en La Habana audiencia sobre el ALBA», *Cuba Socialista*, www.cubasocialista.cu, enero de 2006.
22. Steve Ellner, ob. cit., p. 22.
23. Michael Fox, «El milagro de Félix y el convenio Cuba-Venezuela», en Gregory Wilpert, ed., ob. cit., pp. 222-3.
24. «Bolivia consolida los vínculos con Cuba y Venezuela», *Associated Press*, 1 de mayo de 2006, www.ap.org.
25. Simón Romero, «Venezuela rivaliza con Estados Unidos en ayuda a Bolivia», *The New York Times*, Nueva York, 13 de febrero de 2007.
26. «Llamado a defensa popular armada centra la atención en Bolivia», *Granma*, www.granma.cubaweb.cu, La Habana, 22 de septiembre de 2006.
27. Laura Carlsen, «Oportuno fallecimiento del Libre Comercio de las Américas», en Vijay Prashad y Teo Ballvé, eds., *Dispatches from Latin America*, South End Press, Cambridge, 2006, pp. 68-70.
28. Jason Tockman, *Znet*, www.znet.com, 22 de enero de 2007.
29. Stuart Munckton, «Venezuela y Argentina se disponen a establecer el Banco del Sur», *Green Left Weekly*, New South Wales, 3 de marzo de 2007.
30. Chris Carlson, «Brasil se apresta a unirse al Banco del Sur», www.venezuelanalysis.com, 16 de abril de 2007.
31. Larry Rother, «A medida que la deuda de la Argentina disminuya, crece sin detenerse el poder del presidente», *The New York Times*, Nueva York, 3 de enero de 2006, pp. A1, A9.
32. Juan Forero, «Chávez a la búsqueda de aliados en el extranjero», *The New York Times*, Nueva York, 2007, pp. A1, A6.
33. Simón Romero, «Chávez concluye una semana de trabajo en la ayuda a los vecinos latinoamericanos de Venezuela», *The New York Times*, Nueva York, 24 de febrero de 2007.
34. David Leonhardt, «Creció la tasa de pobreza en Estados Unidos el año pasado», *The New York Times*, Nueva York, 31 de agosto de 2005.
35. Aleida Guevara, *Chávez, Venezuela y la Nueva América Latina (Entrevista con Hugo Chávez realizada por Aleida Guevara)* (Melbourne: Ocean Press, 2005), 52.
36. Ralph T. Niemeyer, *Bajo ataque. Amanecer en Venezuela*, Universe, Nueva York, 2004, pp. 17-21.
37. Richard Gott, *Hugo Chávez y la Revolución bolivariana*, Verso, Londres, 2005, pp. 256-9.
38. Simone Baribeau, «Venezuela anuncia una nueva misión: Madres del Barrio», www.venezuelanalysis.com, 25 de marzo de 2006.
39. Otto J. Reich, «Los dos terribles de América Latina: Fidel Castro y Hugo Chávez, constituyen un eje del mal», *National Review*, Nueva York, 11 de abril de 2005, pp. 290-6.
40. www.portalalba.org.

La cooperación en MERCOSUR: el caso de las universidades

Daniela Perrotta

Investigadora. Programa de Instituciones Económicas Internacionales, FLACSO, Argentina.

El siguiente artículo se propone evaluar el papel de la cooperación en MERCOSUR tomando como eje la educación superior (ES), particularmente la universitaria. La selección de este sector se fundamenta en que en él es posible visualizar acepciones de la cooperación operando de manera conjunta: la asistencia técnica (al comercio) y la cooperación (para el desarrollo); la cooperación *per se* entre las instituciones de educación superior.

Respecto a los dos primeros ejes, cobra relevancia analizar el papel de la Unión Europea (UE) en la consolidación de MERCOSUR, objetivo íntimamente relacionado con la meta última de concretar una zona de libre comercio entre ambas regiones. La UE ha destinado recursos materiales y humanos a su fortalecimiento institucional y con ellos ha difundido su visión del mundo y su regionalismo. Igualmente, no debemos menospreciar los contactos ni las redes inter-universitarias entre ambas regiones, siempre que estos encuentros permitan compartir conocimientos para resolver problemas sociales de manera conjunta y no una mera imposición de saberes y visiones.

Por otro lado, si bien las casas de estudios superiores han mantenido contactos entre sí y muchas veces trabajado a la par, desde fines de los años 90 ha venido creciendo en intensidad un movimiento de encuentros, la firma de convenios y la formación de redes en la región. Ello ha surgido de manera reactiva frente a las presiones mercantiles multilaterales que abogan por la liberalización del mercado de servicios en educación superior, desde el año 1998.

En este escenario, se conjuga en MERCOSUR, para el caso de las universidades, la tensión mercado *versus* sociedad, con el Estado tambaleante entre ambos polos, cuestión que se observa a partir de dos modelos en juego: la cooperación para el desarrollo, muchas veces asumiendo la forma de asistencia técnica al comercio, y la cooperación basada en la solidaridad. Esta última es la que se está llevando adelante entre las instituciones de educación superior en América Latina y el Caribe, y hace referencia a las relaciones de reciprocidad, respeto a la diversidad cultural y modelos —propuestas diversas, pero todas ellas aglutinadas bajo la creencia en el concepto de una educación socialmente diferenciada. En palabras de Ana Lucia Almeida

Gazzola, presidenta del Instituto de Educación Superior de América Latina y el Caribe (IESALC-UNESCO):

Defendemos la educación como proceso liberador, basado en valores humanistas, propiciando en los individuos una ciudadanía plena y defendiendo la soberanía de cada país. La cooperación entre las universidades y la movilidad propiciada por ella, deben ser vistas como instrumentos basados en una perspectiva ética y volcados a una cultura de paz. La cooperación internacional que defendemos supera las diferencias y los desequilibrios, y apuesta al respeto de la diversidad. Parte del reconocimiento de los valores y las necesidades de cada institución y de la sociedad en la que está inmersa, ya que, al hablar de universidades, estamos, inevitablemente, hablando de un proyecto de nación.¹

Frente a ella, la cooperación entendida como asistencia técnica solo plantea la solución de problemas «técnicos», léase: los obstáculos al comercio. No renegamos de este tipo de cooperación, al contrario, puede ser útil, siempre y cuando estemos al tanto de los objetivos últimos de esta ayuda y podamos hacer uso de ella, a nuestro parecer.

Iniciaremos nuestras reflexiones con una introducción contextual sobre la creación del Mercado Común del Sur en un escenario internacional signado por la implantación del neoliberalismo —el consecuente proceso de reforma estructural—, y la creación de una organización para regular el comercio multilateral. Luego se presentará MERCOSUR en clave de la tensión siempre presente entre la mera integración económica, por un lado, y la integración profunda que abarque aspectos sociales y culturales, por el otro. Sobre ambas bases se dará paso al análisis específico de este trabajo: el sector de la educación superior como caso de estudio para evaluar la confluencia de diferentes tipos de cooperación, cada cual con metas contrapuestas: hacer frente o favorecer la desregularización del sector. Decidimos omitir las actividades de cooperación científica y tecnológica, estrechamente relacionadas con la cooperación en la ES, ya que requerirían un análisis más exhaustivo que excede el propósito de este trabajo. Finalmente, concluiremos con algunas reflexiones personales.

El escenario internacional: liberalizar, el objetivo principal

En los años 90, en el cono sur —al igual que en el resto de América Latina y el Caribe (ALC)— se inicia el proceso de reforma estructural neoliberal, es decir, la aplicación de las medidas del Consenso de Washington en cada Estado nacional, cuyo núcleo central se basó en la privatización, la desregularización y la liberalización. De todo este proceso, y a los fines del presente artículo, destacaremos dos aspectos: la apertura

al comercio internacional y su injerencia en los sistemas educativos.

En primer lugar, dentro de ese contexto se presencia la creación de un organismo internacional para regular el flujo comercial multilateral: la Organización Mundial de Comercio (OMC). Hasta ese momento, el comercio internacional de bienes estaba regulado por un tratado, al que los países se adherían de manera voluntaria. Nos estamos refiriendo al Acuerdo General sobre Aranceles y Comercio —conocido como GATT, por sus siglas en inglés—, en su versión del año 1947. En 1994, concluyen las negociaciones de la Ronda Uruguay (la cual tuvo una duración de ocho años) y se firma en Marruecos —Acuerdos de Marrakech—, una serie de acuerdos multilaterales para timonear el rumbo del comercio internacional, no ya de bienes únicamente, sino también de servicios, propiedad intelectual, compras gubernamentales, además de instaurar un mecanismo de solución de disputas. La última novedad radica, como mencionamos, en la cristalización institucional de todo ello en la OMC.

A partir de los cambios operados, un nuevo tipo de relacionamiento a nivel regional y sub-regional entra en escena. Refiriéndonos particularmente al caso de ALC, el regionalismo surgido en los años 60 pasará a ser tildado de «viejo» por la literatura académica, ya que, en el marco descrito, el tipo de integración de esta época se denominará «nuevo regionalismo». Otras adjetivaciones plantean la contraposición «regionalismo cerrado» *versus* «regionalismo abierto» para marcar la diferencia entre ambos respecto de la relación del bloque de países que se integran con el exterior. La experiencia previa de integración de los países de América Latina se construyó sobre la base de abrir sus economías al bloque, no hacia fuera; es decir, tenía un tinte más proteccionista que se relacionaba, además, con una concepción de la integración en términos no exclusivamente económicos. La novedad que introduce el «nuevo regionalismo» es su complementariedad con el sistema multilateral de comercio y, por lo tanto, no interesa arribar a formas más avanzadas de integración —como es el caso de un mercado común—, sino al establecimiento de una zona de libre comercio.²

Por otro lado, la reforma estructural neoliberal se inmiscuyó en áreas de tradicional injerencia del Estado-nación. Con el lema de achicarlo porque era ineficaz, ineficiente, «elefantiásico», despilfarrador de recursos, las políticas de privatización y/o desregularización se dirigieron a la administración gubernamental y a la provisión de los servicios públicos como agua, electricidad, gas, teléfonos, transporte, salud y educación. Respecto a esta última, si bien dentro de cada país las políticas de reforma asumieron distintas modalidades, en función de las especificidades de cada uno, en

América Latina el sector de la educación fue modificado con los siguientes rasgos compartidos: cambios en la organización de los sistemas educativos —responsabilidades de administración, gestión y financiamiento del sistema—; en las posiciones relativas de los diferentes actores; en los principios y valores alrededor de los cuales se organizan los sistemas; y modificaciones en las estrategias de selección y diferenciación de la población.³ La educación primaria o básica fue la que sufrió la mayoría de las modificaciones, entre otras cosas porque, desde los organismos internacionales, este segmento contaba con una mayor «tasa de retorno a la inversión», tal como muestran los informes del Banco Mundial de aquel entonces.⁴

En tanto capítulo de la reforma del Estado, las políticas destinadas a la ES combinaron el retiro de aquel y la privatización de determinadas áreas, por un lado, con una mayor regulación en ámbitos que tradicionalmente habían carecido de este control, por el otro. Para el caso argentino, por ejemplo, en la reforma de los años 90 se destacan «la sanción de una ley universitaria, la racionalización de la administración universitaria, la diversificación de las fuentes de financiamiento (con especial énfasis en el establecimiento del arancel), las limitaciones al ingreso a la universidad pública, la evaluación de la calidad y la expansión del sistema universitario», tanto desde el sector público como del privado.⁵ Por supuesto, reconocemos que los sistemas de educación superior en América Latina no son homogéneos. En el mismo cono sur podemos observar una tradición pública de educación universitaria en Argentina y Uruguay, mientras que Chile y Brasil cuentan con una fuerte presencia del sector privado en ella.

Pese a ello, existen características comunes o generalidades que permiten hablar de patrones regionales. En este sentido, consideramos vital el aporte de Claudio Rama, quien realiza un ordenamiento histórico de las reformas de la educación superior, señalando tres cambios: *autonomía, mercantilización e internacionalización*. La primera reforma se produce con el movimiento de Córdoba (Argentina), en 1918, el cual permite el paso de una educación de élites a una de masas, al ampliar la cobertura hacia los sectores medios de la sociedad y la expansión de la ES pública, gratuita y monopólica. La segunda reforma se produce debido a problemas financieros y al agotamiento de los modelos de sustitución de importaciones. Con la crisis de la educación pública se propicia el surgimiento de la ES privada, conformando un modelo dual de provisión. Finalmente, llegamos al momento actual de internacionalización de la ES en la región: 1) se expande la educación internacional y nace un modelo

de tres vértices (público, privado nacional, privado internacional); 2) surge la educación virtual; 3) se crean sistemas de aseguramiento de la calidad; 4) se establecen alianzas internacionales en el marco de una mercantilización global de las instituciones de ES; 5) el mercado y la calidad orientan las acciones de cada casa de estudio.⁶ En este contexto de transformaciones se inscribe el proceso de integración regional del cono sur.

MERCOSUR: ¿solo un acuerdo de integración comercial?

En el año 1991 se firmó el Tratado de Asunción entre Argentina, Brasil, Paraguay y Uruguay, el cual creó el Mercado Común del Sur, más comúnmente denominado MERCOSUR. Sin menospreciar a los socios menores, es menester señalar que este es resultado, entre otros factores, del acercamiento entre Argentina y Brasil, tras la pérdida de relevancia de la hipótesis de conflicto que había signado las relaciones entre ambos países. Con el advenimiento de la democracia se inician los pasos hacia una integración regional; el antecedente de MERCOSUR, por tanto, lo constituye la firma del Protocolo de Integración y Cooperación Económica (PICE), en 1986, entre los presidentes Raúl Alfonsín, por Argentina, y José Sarney, por Brasil. El PICE

enfaticó el uso de mecanismos graduales, flexibles y selectivos para promover una expansión equilibrada del comercio intra-industrial. En los primeros tres años de vigencia del acuerdo se concluyeron veinticuatro protocolos destinados a expandir el comercio, estimular los flujos de inversión, alentar la cooperación tecnológica y facilitar el transporte.⁷

Más adelante, y con una lógica diferente —de signo neoliberal—, Carlos Menem y Fernando Collor de Melo (presidentes de Argentina y Brasil respectivamente) pondrían en marcha las negociaciones para un acuerdo de integración que propiciara el libre cambio entre ambos. A esta iniciativa —que se plasmaría el 26 de marzo de 1991— serían invitados Uruguay y Paraguay.

El Tratado de Asunción (TA) estipulaba la consecución de un mercado común, con libertad plena de todos los factores económicos para el año 1995, un objetivo ambicioso e ilusorio si se toma en consideración que el acuerdo solo brindó los instrumentos para crear la zona de libre comercio por medio de un Programa de Liberalización Comercial que, a diferencia de la experiencia previa del PICE, estipuló reducciones automáticas, lineales y progresivas en los aranceles (comercio de bienes). A su vez, también se brindaron algunos indicios de la instalación de una unión aduanera, por medio del establecimiento de un Arancel Externo

Común (AEC). Finalmente, la estructura institucional acordada otorgó preeminencia a los poderes ejecutivos nacionales, con la figura presidencial a la cabeza, secundada por los ministerios de Economía y Relaciones Exteriores. En suma, el objetivo que prevaleció fue la integración económico-comercial, y no una verdadera integración, que involucrara aspectos culturales y sociales.⁸

La exclusividad otorgada al intercambio comercial ha sido tal, que la periodización del Mercado Común del Sur se realiza en términos económico-comerciales donde se distinguen tres etapas: la primera se denomina «de transición», en referencia a los pasos y acciones que se fueron tomando para llegar a la unión aduanera. Este período abarca desde la firma del TA, en 1991, hasta el Protocolo de Ouro Preto (POP), en 1994, que es complementario al fundacional y decisivo en cuanto termina de definir la estructura institucional de MERCOSUR, otorga personalidad jurídica y establece el arancel que la región impondrá a sus terceros. El AEC entra en vigencia el 1 de enero de 1995, y con ello se inicia la segunda etapa: «de oro» o «de mercado», caracterizada por el éxito económico de la región. El flujo comercial entre los socios aumentó considerablemente, y la relación con terceros se incrementó, al atraer cuantiosas inversiones. Sin embargo, el éxito se produjo gracias a un contexto internacional favorable y, por ejemplo, en el caso particular de las inversiones extranjeras, el flujo respondió principalmente al proceso privatizador argentino, y no a una atracción específica en MERCOSUR. A medida que la década va finalizando, y el contexto internacional ya no es el mismo, comienzan las disputas entre los miembros y el flujo de comercio descende. La tercera etapa, de «crisis», se inicia con la devaluación del real en Brasil y se potencia con la profunda crisis (económica, política y social) argentina de finales de 2001.⁹

Tras estos años, los actores, gubernamentales y sociales toman conciencia de que el comercio en sí mismo puede motorizar la integración, pero que requiere de otras dimensiones para sostenerla. Así, la situación comienza a mejorar a partir del año 2003, y se produce el «relanzamiento» de MERCOSUR.¹⁰ La salida de la crisis fue lenta, pero, a nuestro parecer, ha permitido replantear los objetivos de MERCOSUR y buscar una integración sobre bases más sólidas e inclusivas. Para ello se conjugaron diversos factores: por un lado, la comprobación, como mencionamos, de que la liberalización no resuelve problemas sociales más graves, como la pobreza; que sin una coordinación de políticas macroeconómicas, en los momentos de crisis primarán los particularismos nacionales en detrimento de los compromisos regionales; la imperiosa necesidad

de que se cumplan las reglas definidas en la esfera regional; la necesidad de contar con un consenso ciudadano a favor de la región, que lo dote de legitimidad, entre otros factores. Por otro lado, se produce la conjunción de figuras políticas más progresistas y con voluntad política para llevar adelante la integración social. Nos estamos refiriendo, en el caso particular de MERCOSUR, a la asunción de los presidentes Luis Inácio Lula Da Silva (enero de 2003) en Brasil; Néstor Kirchner (mayo de 2003) en Argentina; Nicanor Duarte (agosto de 2003) en Paraguay, y Tabaré Vázquez (marzo de 2005) en Uruguay. A los que se sumarían Evo Morales (enero de 2006) en Bolivia, y Michelle Bachelet (marzo de 2006) en Chile, ambos miembros asociados; y Hugo Chávez (abril de 2002) en Venezuela, país en proceso de adhesión como miembro pleno de MERCOSUR.

Llegamos, entonces, a un actual «MERCOSUR productivo y con inclusión social», lema de la sub-región desde el año 2006 (con la Cumbre de Córdoba), y que cuenta con diferentes iniciativas sociales como el portal «Somos MERCOSUR», la red de municipios e intendencias (Mercociudades), la red de pequeñas y medianas empresas, la de cooperativas y economía social, y la Reunión Especializada de la Mujer, entre otras. Solo el tiempo dirá si estas acciones lograrán cristalizar compromisos más profundos en la región; reconocemos, sin embargo, su enorme importancia.¹¹

Por último, una referencia sucinta sobre el papel de la Unión Europea en el proceso de formación y consolidación de MERCOSUR, ya que ello nos servirá para entrever cómo, entre las dos regiones, cooperación y comercio se imbrican mutuamente. Indudablemente, la UE es «el modelo» para las demás estrategias de integración.¹² En el caso de MERCOSUR, ha brindado su apoyo desde su creación. Destacamos dos razones de este interés: por un lado, los tradicionales lazos de los países europeos con los países del cono sur y, por el otro, una estrategia para contrabalancear la hegemonía de los Estados Unidos en la región. Sobre esto último, no resulta nada casual que el Acuerdo Marco entre ambas regiones se haya firmado a la par que acontecía el proceso de la Iniciativa de las Américas (ALCA). A su vez, la UE tiene un interés puramente económico en conseguir el ingreso al mercado de servicios y de compras gubernamentales, particularmente en Brasil. Finalmente, los esfuerzos de la cooperación europea han sido destinados, sobre todo, al fortalecimiento jurídico e institucional de MERCOSUR.¹³ Incluso, que esta experiencia regional cuente con personería jurídica, y por lo tanto sea un «sujeto» del Derecho internacional, ha estado motivado (y hasta presionado) por el afán de iniciar las negociaciones para un acuerdo inter-regional, el primero en su tipo.¹⁴

Sobre este paso, cabe preguntarse: ¿la cooperación y el comercio transitan por carriles separados o se trata de dos procesos mutuamente relacionados? Esto lo veremos a partir del caso de la educación superior en MERCOSUR, meollo de nuestro trabajo.

¿Cooperación y comercio o cooperación vs. comercio? El caso de la ES en MERCOSUR

A pesar de la preponderancia de lo económico, la educación es un sector relevante desde el primer momento de la integración sudamericana.¹⁵ El Tratado de Asunción fundacional se refiere a ella de manera indirecta cuando se proponía que, para la formación de un mercado común, los países se «comprometían a la libre circulación de bienes, servicios y factores productivos»,¹⁶ lo cual incluye capitales y personas, y entre las últimas, mano de obra y profesionales.¹⁷ En ese mismo año se inician reuniones y contactos con diversos grados de institucionalidad, hasta que en diciembre, los ministros de Educación de los cuatro países suscriben un Protocolo de Intenciones que da origen al Sector Educativo de MERCOSUR (SEM). El texto fijaba tres áreas importantes: 1) la formación de una conciencia ciudadana favorable al proceso de integración; 2) la capacitación de los recursos humanos para contribuir al desarrollo; 3) la armonización de los sistemas educativos. Esta iniciativa fue acogida por el Grupo del Mercado Común y elevada al Consejo del Mercado Común, órgano decisor en última instancia. En la Cumbre de Brasilia se aprueba la creación del SEM y la institucionalización de la Reunión Especializada de Ministros de Educación. Esta no surgió exclusivamente por el sector gubernamental, al contrario, actores de la sociedad civil han acompañado el proceso, muchas veces proveyendo insumos al gobierno.¹⁸

Gracias a ello, podemos decir que la educación ha estado presente en MERCOSUR a pesar de la importancia de la dimensión comercial;¹⁹ y se trata de un sector que ha avanzado sostenidamente, a diferencia del económico, en el cual, como vimos, cuando las variables macroeconómicas nacionales no eran favorables se procedía en función del interés nacional —en especial del interés de los sectores económicos de mayor peso—, en desmedro del regional. Por el contrario, a nivel educativo se comenzó con el conocimiento de las realidades nacionales de cada miembro para, sobre estas bases, iniciar el trabajo en conjunto hacia la integración en la educación: un aspecto clave, en tanto el SEM incluye elementos de integración educativa y cultural que motorizarían un sentido de pertenencia con la región, algo así como una «mercosurianidad».²⁰

El SEM se divide en tres áreas prioritarias: educación básica, educación superior y educación tecnológica. A los propósitos de este artículo nos centraremos en la ES, cuya meta es la conformación de un espacio académico regional, el mejoramiento de su calidad y la formación de recursos humanos, los cuales constituyen elementos sustanciales para estimular el proceso de integración. Para ello, las actividades se dividen en tres agendas: acreditación, movilidad y cooperación internacional. Dentro de esta última, los actores centrales del proceso de integración regional en materia de educación superior son las propias instituciones universitarias, con énfasis en actividades de colaboración en grado y postgrado, programas de investigaciones conjuntas, y constitución de redes con los otros niveles educativos referentes a la formación docente.²¹

Entre los avances importantes, por etapas, podemos citar:

- I. 1991-98. Creación del SEM e institucionalización de la Reunión de Ministros de Educación; aprobación del Primer Plan Trienal; firma del Protocolo de Integración Educativa y Reconocimiento de Certificados, Títulos y Estudios de Nivel Primario y Medio no técnico (1994); firma del Protocolo de Integración Educativa, Revalidación de Diplomas, Certificados, Títulos de Reconocimiento de Estudios de nivel medio técnico (1995); extensión del plan trienal por otro período de igual duración; firma del documento MERCOSUR 2000, cuyos desafíos se refieren a temas de identidad cultural, transformación productiva y fortalecimiento de la democracia; aprobación dentro del área de Cooperación Universitaria de: 1) Protocolo de Integración Educativa para el seguimiento de estudios de posgrado en las universidades de los países miembros, en 1996; y 2) Memorando de Entendimiento, 1998. Avances modestos, limitados a aprobar protocolos (ratificados y puestos en marcha en ciclo siguiente).
- II. 1998-actualidad. Tercer Plan Estratégico 2001-2005 (quinquenal): conformación de la actual estructura institucional (decisión 15/01 del Grupo del Mercado Común); se asume el compromiso de garantizar el «derecho a la educación». En educación superior se decide la creación del espacio académico regional, mejoramiento de la calidad y formación de recursos humanos.

La periodización propuesta tiene como punto de corte 1998, por ser el año en que se desarrollan los eventos internacionales a favor y en contra del comercio de servicios en educación: la declaración de la Secretaría de la OMC y la Conferencia Mundial de la Educación Superior de la UNESCO. Uno de los mayores logros ha sido la puesta en marcha de un

Mecanismo Experimental de Acreditación de carreras de grado de MERCOSUR, Chile y Bolivia (más comúnmente denominado MEXA) para los casos de medicina, agronomía e ingeniería. Al mismo tiempo, el acercamiento entre las instituciones de la ES se evidencia en el incremento de los acuerdos y convenios de colaboración firmados en el marco del acuerdo regional y/o bilaterales entre los socios y con el resto de los países de América Latina y el Caribe. Estas prácticas de trabajo conjunto entre las instituciones de educación superior (universidades, centros de estudio, centros de investigación) han estado motivadas por las presiones mercantiles a la que se ve sometida la ES. Al respecto, observamos un aumento de las actividades de cooperación inter-universitaria para hacer frente al Acuerdo General sobre el Comercio de Servicios (AGCS).

A la par de este proceso surge una red universitaria en el cono sur, un cabal ejemplo de integración universitaria regional que busca contribuir no solo al avance del conocimiento sino a la defensa de la educación superior pública. Nos estamos refiriendo a la Asociación de Universidades Grupo Montevideo (AUGM), una organización civil no gubernamental sin fines de lucro con el objetivo explícito de impulsar la integración a través de un espacio académico común ampliado, basado en la cooperación científica, tecnológica, educativa y cultural.²² Cuenta con «núcleos disciplinares» para áreas de interés común donde cada miembro puede desarrollar sus labores (por ejemplo, Ingeniería de los materiales). A su vez, los programas de movilidad académica de alumnos, profesores e investigadores son dos: Escala y Escala PIMA,²³ con apoyo de la Organización de Estados Americanos para llevarlos a cabo. Finalmente, uno de los eventos más importantes corresponde a las Jornadas de Jóvenes Investigadores.

Este accionar entre las casas de estudio, sumado a lo que presentamos respecto del apoyo de la UE a MERCOSUR, abre camino a nuestra hipótesis de trabajo, la cual sostiene que, de manera general, el comercio impulsó, en sentido amplio, dos variantes de la cooperación: entre las universidades, para hacerle frente; y la relacionada con el comercio, para facilitar la liberalización. Presentamos el marco general de incorporación de la ES al comercio internacional (en la OMC) y cómo se tradujo a nivel regional, para luego dar paso a las negociaciones interregionales.

El AGCS y el Protocolo de Montevideo

Consideramos clave para motorizar la cooperación, tanto interuniversitaria como de «asistencia técnica», la inclusión de la educación superior en la agenda

comercial, a modo de servicio, regulado por el Acuerdo General sobre el Comercio de Servicios (AGCS), en 1998. Este acontecimiento, sin lugar a dudas, generó la reacción de la comunidad académica y las universidades en la región, lo que favoreció la organización de encuentros, talleres y tomas de posición conjuntas para la defensa del bien público y del derecho humano de la educación.

El AGCS se firma en 1994 con la culminación de la Ronda Uruguay, pero será en 1998 cuando los servicios educativos sean incluidos en la regulación multilateral del comercio de servicios. La falacia que permitió esta incorporación, por parte de la Secretaría de la OMC, afirmaba que mientras cada Estado admite en su interior la provisión privada de educación, entonces es un servicio; por lo tanto, debe ser regulado por la OMC.²⁴ Si bien, de acuerdo a sus características, la educación no constituye un bien público puro (y aún más si consideramos que la educación nace «privada»); sin embargo, para la economía, la provisión pública se justifica de acuerdo con las externalidades positivas que la educación genera.²⁵ Este hecho, sumado a que constituye un derecho humano fundamental, ha permitido el repudio al AGCS y la defensa del carácter público de la educación. A nivel internacional, la decisión de 1998 ha sido respondida por la Conferencia Mundial de Educación Superior celebrada en París, donde se firman dos documentos que avalan las posturas. Esta reunión fue el fruto del trabajo conjunto (en encuentros preparatorios) de rectores de universidades y de expertos/académicos en el tema. Desde entonces, el trabajo conjunto se ha ido incrementando y dos tópicos se han vuelto prioritarios: cooperación y responsabilidad social.²⁶

Por lo tanto, en América Latina y el Caribe este tema ha permitido aglutinar a las universidades e instalar un proceso de reflexión interno y externo; es decir, de las universidades en sí mismas —¿qué universidad se busca?, ¿de qué manera las afecta el nuevo escenario global?, ¿qué pueden hacer frente a este?— y de las universidades con su comunidad de pertenencia —¿cuál es su rol en la sociedad?, ¿qué responsabilidad o compromiso tienen para con su comunidad local?, ¿cómo ayudar a los más desfavorecidos del sistema económico imperante?, ¿qué precisa de ellas una sociedad tan signada por la desigualdad como la latinoamericana? De esta manera, no solo las universidades comienzan a cooperar entre sí para hacer frente a las crisis «de mercado», sino que, a su vez y estrechamente relacionado con su razón de ser, refuerzan sus lazos con la sociedad local, nacional, regional de la que son parte, cooperando con organizaciones de la sociedad civil, movimientos sociales, grupos vulnerables, y, por supuesto, con

empresas, aunque en este caso la mayoría de las veces la cooperación se transforma en «servicios de consultoría». A los fines de la discusión planteada con este artículo, nos interesa la cooperación entre universidades.

A partir de lo acontecido en el escenario multilateral, el rubro «servicios» comenzará a formar parte de la agenda comercial de MERCOSUR desde el año 1997, con la firma del Protocolo de Montevideo sobre el Comercio de Servicios, el cual entra en vigencia en 2005, momento en que se inician las rondas de negociaciones para ir acordando compromisos y consolidando los sectores y subsectores que desregular. Hasta la fecha, no se han producido avances; tras un intenso proceso de conocimiento de las regulaciones nacionales, se pasó a definir qué y cómo se desregularía. Al respecto, una investigación sobre el papel del conocimiento en la formulación-adopción-implementación de la política comercial ha revelado la existencia de dos visiones contrapuestas en estas negociaciones para el caso argentino.²⁷ Por un lado, las agencias gubernamentales de Economía y Cancillería, sumadas a un Consejo de Rectores de Universidades Privadas, estarían a favor de la liberalización del mercado de servicios de educación superior, pero solo en el ámbito de MERCOSUR, donde son competitivos, ya que con universidades de la UE, los Estados Unidos, Japón, Nueva Zelanda y Australia estarían en desventaja. Por el otro, el Ministerio de Educación, las universidades públicas y los sindicatos docentes más importantes del país, junto a otras organizaciones no gubernamentales (ONG), rechazan cualquier incorporación de la educación en los mercados de servicios. Uno de los peligros que resalta la investigación referida versa sobre el riesgo de que la educación se vuelva una «moneda de cambio»; es decir, por ejemplo, que en el hipotético caso de un acuerdo con la UE, se «cambie» el acceso al mercado agrícola europeo por el de servicios educativos en el país o en el ámbito regional.

Como mencionamos en el acápite anterior, la red AUGM ha tomado posición ante el tema, rechazando la liberalización, proceso que, en palabras de sus actores, «por encima de diferencias y disparidades, sirvió para que las Universidades miembros confirmaran, más que descubrieran, señas de identidad comunes, analogías, definiciones y vocaciones compartidas; pero sobre todo, una problemática que se reeditaba con los mismos caracteres en los países de la región».²⁸ Entre sus objetivos se encuentran la contribución al fortalecimiento y consolidación de:

- Una masa crítica de recursos humanos de alto nivel, aprovechando las ventajas comparativas que ofrecen las capacidades instaladas en la región.

- La investigación científica y tecnológica, incluidos los procesos de innovación, adaptación y transferencia tecnológica, en áreas estratégicas.
- La formación continua, inscrita en el desarrollo integral de las poblaciones de la sub-región.
- Las estructuras de gestión de las universidades que integran la Asociación.
- La interacción de sus miembros con la sociedad en su conjunto, difundiendo los avances del conocimiento que propendan a su modernización.

Esta red ha trabajado con ahínco durante las reuniones preparatorias a la Conferencia Mundial de ES de la UNESCO, así como en el ámbito regional; siempre a favor de la idea de «bien público» de la educación, pues para integrar la red es requisito que la universidad sea pública.²⁹

Las negociaciones con la UE

El otro eje clave para entender el accionar conjunto del sector de educación superior lo constituye la firma del Acuerdo Marco Interregional de Cooperación, en 1995, y en vigencia completa desde el 1 de julio de 1999. Si bien la meta era llegar a un Acuerdo de Asociación entre dos regiones (el primero en su tipo), abarcaba aspectos de cooperación entre MERCOSUR y la UE. A partir de ese momento, se inician rondas de negociaciones basadas en tres pilares: comercio, cooperación y diálogo político. Los sectores prioritarios para la asistencia técnica lo constituían las instituciones de MERCOSUR —el desarrollo de las estructuras económicas y comerciales y el apoyo a la sociedad civil.³⁰ En este Acuerdo, se incluyen diferentes aspectos, tanto variables comerciales como no comerciales. La educación superior es un claro ejemplo de cómo estas dos vetas pueden entrecruzarse: por un lado, un mercado de servicios en ES —aún «cerrado» y con potencial importante—, traería, de ser liberalizado, cuantiosos beneficios para la UE, así como para otros países, particularmente, los Estados Unidos, Nueva Zelanda y Japón; por el otro, a nivel no comercial, MERCOSUR, así como América Latina en general, han iniciado un proceso de convergencia de sus sistemas de ES: existen numerosos intercambios y actividades académicas conjuntas —todo en el marco de la cooperación universitaria— y en ambas regiones hay instituciones y organizaciones que militan por la defensa del derecho a la educación y su atributo de bien público.

Esta imbricación de agendas ha llevado a algunos autores a hablar de la existencia de un «nexo» entre cooperación y comercio.³¹ No negamos la presencia de ese nexo, al contrario, consideramos que debe investigarse más y con mayor profundidad. Nuestro argumento afirma que en MERCOSUR se produce

La educación ha estado presente en MERCOSUR a pesar de la importancia de la dimensión comercial; y se trata de un sector que ha avanzado sostenidamente, a diferencia del económico.

esa relación en materia de educación superior, ya que tanto quienes avalan la liberalización de este sector como quienes están en contra —y por lo mismo reafirman la no apertura del mercado y la consecuente presencia del Estado en la reglamentación, provisión y financiamiento—, llevan adelante «acciones cooperativas» para hacer prevalecer su posición. Como expresa el apartado educativo sobre MERCOSUR, las universidades han decidido actuar colaborando entre ellas para hacer frente al fenómeno de la globalización económica, y la imposición de las reglas de la OMC, mientras que las privadas buscan la apertura regional, donde son competitivas. De ambos lados del debate, es indudable el incremento de la actividad de la cooperación internacional. A ello se suma, en la esfera estrictamente comercial, la llamada cooperación técnica o asistencia técnica al comercio. La UE se ha vuelto el paladín en la región. En el caso de MERCOSUR, específicamente, la Secretaría Administrativa debe su funcionamiento, casi de manera exclusiva, a los fondos de la UE para consolidar su institucionalidad y su labor diaria. Esta última ha destinado tres millones de euros como «Apoyo a un espacio de movilidad en educación superior».³² Claramente, la cooperación no es inocua y el que recibe debe tener plena conciencia de ello, contando con la mayor cantidad de información posible para no quedar librado a la voluntad del donante. No creemos en versiones maniqueístas: ni se debe entender la cooperación de la UE como benevolencia ni tampoco como pura imposición. Al contrario, apostamos al trabajo conjunto de las dos regiones, así como de las redes a cada lado del Atlántico, donde ninguna quede subordinada.

En suma, el acuerdo con la UE ha incrementado la cooperación entre las universidades del Sur, así como entre estas y las del Norte; a su vez, la misma cooperación de la UE nos acerca, nuevamente, al tema de la vinculación cooperación y comercio, y, por tanto, a la diferenciación de tipos de cooperación. En el fondo, lo que está en juego es identificar cuestiones como: ¿por qué se decide cooperar? ¿Cooperar para qué? ¿Cooperar para mejorar la educación, para el avance del conocimiento, para acercar la universidad a la sociedad o para obtener acceso al mercado? ¿Cooperar para ser más competitivos? El meollo es reflexionar sobre la universidad que queremos en una sociedad como

la latinoamericana y en un contexto de globalización neoliberal brutal.

De «Montevideo» a «Montevideo»

Brevemente, hemos presentado el contexto de surgimiento de MERCOSUR, un proceso con un énfasis marcado en lo comercial, pero con agendas sociales que se instalaron con vistas a profundizarse. Una de ellas es la educativa y, particularmente, la de la educación superior. Este sector ha visto incrementar sus actividades de cooperación como respuesta al contexto internacional, en primer lugar con la firma del AGCS; luego, con la puesta en marcha del Protocolo de Servicios de MERCOSUR; finalmente, con el inicio de las negociaciones para una asociación con la UE. En suma, el comercio atraviesa los tres puntos, y así también la cooperación, como respuesta a la mercantilización, o para facilitarla. Este último es el caso especial de la asistencia técnica al comercio.

El escenario, sin embargo, es alentador, pues nos permite reflexionar sobre el tipo de universidad que sociedades tan atravesadas por la desigualdad como las nuestras precisan; sociedades con sectores desfavorecidos, hacia los cuales la universidad tiene un compromiso; sociedades donde el derecho a la educación es cada vez más menoscabado. La cooperación universitaria a secas permite el trabajo conjunto, y con ello la generación de redes que se fortalecen y pueden apuntar al cambio.

Hemos visto que la cooperación no es neutral ni altruista, siempre se busca algo a cambio. En función de esas metas, muchas veces ocultas, puede ser beneficiosa para la región. Estamos a favor de la cooperación solidaria y miramos con reticencia la entendida como asistencia técnica. Sin embargo, no la rechazamos porque puede ser un vector para promover mejoras en las universidades de ALC, siempre que cada cual esté consciente de lo que «cede» en la negociación por esta cooperación descentralizada.

Finalmente, para hablar de la tensión comercio-cooperación en MERCOSUR, un juego de palabras nos invita al debate: ¿qué integración plantea el cono sur? ¿Una integración comercial (Montevideo, Protocolo) o una social y cultural (Montevideo, red)? La pelea «Montevideo vs. Montevideo» continúa; hasta

el momento, ninguno ha noqueado a su contrario; pero quizás no se trate de noquear, sino de encontrar un equilibrio entre lo que debe desregularizarse para promover una verdadera cooperación universitaria, solidaria, pero lo suficientemente «cerrada» para evitar mercantilizar un sector prioritario.

Notas

1. Ana Lucia Almeida Gazzola y Sandra Goulart, orgs., *Universidade: cooperação internacional e diversidade*, Editora UEMG, Belo Horizonte, 2006, p. 10.

2. BID, *Más allá de las fronteras: el nuevo regionalismo en América Latina*, Informe del Banco Interamericano de Desarrollo, Washington, DC, 2002. Se presentó la contraposición entre viejo y nuevo regionalismo de manera sucinta a los fines de esta exposición, para destacar la relación entre el bloque de países y el exterior.

3. Guillermina Tiramonti y Claudio Suasnábar, «La reforma educativa nacional. En busca de una interpretación», *El dilema de educar. Revista Aportes*, Asociación de Administradores Gubernamentales, n.15, Buenos Aires, 2000.

4. Alejandro Morduchowicz, *Discusiones de economía de la educación*, Losada, Buenos Aires, 2004.

5. Adriana Chiroleu y Osvaldo Iazzetta, «La reforma de la educación superior como capítulo de la reforma del Estado. Peculiaridades y trazos comunes», en Eduardo Rinesi, Germán Soprano y Claudio Suasnábar, *Universidad: reformas y desafíos. Dilemas de la educación superior en la Argentina y el Brasil*, Prometeo, Buenos Aires, 2005, p. 19. A su vez, los ejes de la Reforma de Estado (descentralización, desregularización, privatización, achicamiento de las dotaciones de personal y tercerización) se encuentran presentes en la política de reforma de ES.

6. Claudio Rama, *La tercera reforma de la educación superior en América Latina*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2006.

7. Roberto Bouzas, «Apertura comercial e integración en el cono sur», *Nueva Sociedad*, n. 125, Caracas, mayo-junio de 1993.

8. Roberto Bouzas, «El MERCOSUR diez años después ¿proceso de aprendizaje o deja vú?», *Desarrollo Económico*, v. 41, n. 162, Buenos Aires, julio-septiembre de 2001; Diana Tussie, Mercedes Botto y Valentina Delich, *El MERCOSUR en el nuevo escenario político regional*, Mimeo, FLACSO-Argentina, 2004.

9. Roberto Bouzas, «El MERCOSUR diez años después...», ob. cit.

10. Tussie, Botto y Delich (ob. cit.), continuando con la periodización de Bouzas, proponen denominar a la etapa que se inicia en el año 2003 como de «relanzamiento». Coincidimos con las autoras en parte pues, definitivamente se trata de un nuevo empezar, pero lo siguen pensando en términos económico-comerciales (ya que retoman las iniciativas en pos de una mayor convergencia macroeconómica, los foros de competitividad, etc.), cuando hay sectores, como el de la educación, que ha venido profundizando su integración de manera sostenida desde los inicios del regionalismo. Igualmente, este «relanzamiento» es un buen paso en pos de la mayor inclusión de la sociedad civil y de agendas no comerciales en el MERCOSUR.

11. Daniel García Delgado y Luciano Noseto, *El desarrollo en un contexto posneoliberal. Hacia una sociedad para todos*, CICCUS, Buenos Aires, 2006.

12. No es casual que la teoría de la integración haya surgido a la par del proceso europeo. Sobre este tema, véase James A. Caporaso y John T. Keeler, «The European Union and Regional Integration Theory», en Carolyn Rhodes y Sonia Mazey, eds., *The State of the European Union*, Lynne Rienner, Boulder, 1995; Donald Puchala, «Institutionalism, Intergovernmentalism and European Integration: A Review Article», *Journal of Common Market Studies*, v. 37, n. 2., Londres, 1999; Andreas Dur y Gemma Mateo Gonzalez, «¿Más hombres ciegos y más elefantes? Una revisión de la literatura más reciente sobre la integración europea», *Documento de Trabajo*, n. 233, Institut de Ciénces Politiques i Socials, Universidad Autónoma de Barcelona, 2004.

13. Deisy Ventura, a cargo de la Secretaría Técnica y Administrativa de MERCOSUR, destaca que el aporte de la UE ha hecho que dicha Secretaría pudiera, prácticamente, funcionar (Seminario «Metodologías de la integración en Europa y América del Sur: lecciones y experiencias», Auditorio del BID-INTAL, Buenos Aires, 13 de noviembre de 2007.)

14. Jörg Faust, «The European Union's Trade Policy towards MERCOSUR», *Working Paper PEIF*, n. 7, Philadelphia, 2002; y Ramón Torrent, «Las relaciones Unión Europea-América Latina en los últimos diez años: el resultado de la inexistencia de una política. Un análisis empírico y esperanzado», Contribución a la Conferencia inaugural del Observatorio de las relaciones Unión Europea-América Latina, Barcelona, 3-4 de febrero de 2005.

15. El primer antecedente de integración educativa fue entre Argentina y Brasil, específicamente entre algunas provincias argentinas y algunos estados brasileños (Protocolo N° 23 regional fronterizo): firmado a finales de los años 80 entre las provincias argentinas de Formosa, Chaco, Corrientes, Misiones, Entre Ríos y Santa Fe (en conjunto) y los estados brasileños de Matto Grosso do Sul, Rio Grande do Sul, Paraná y Santa Catarina (en conjunto). Planteaba la construcción de una comisión cultural regional con el objetivo de promover/facilitar el intercambio de profesores en la región y la creación de la Asociación de Integración Regional (ADIRU).

16. Tratado de Asunción Constitutivo de MERCOSUR, 1991. Disponible en www.mercosur.int.

17. Lincoln Bizzozero, *La educación superior en las negociaciones de comercio internacional. Opciones planteadas al espacio regional de MERCOSUR*, CLACSO, Buenos Aires, 2005.

18. Mercedes Botto y Juliana Peixoto, «Las negociaciones de servicios educativos y de salud en Argentina: desafíos y oportunidades para la academia», en Mercedes Botto, org., *Saber y poder en América Latina. El uso del conocimiento en las negociaciones comerciales internacionales*, Prometeo, Buenos Aires, 2008.

19. Es interesante notar que también el sector académico ha prestado más atención a los temas económicos y comerciales que a las problemáticas socio-culturales. Véase Mercedes Botto y Cintia Quiliconi, «La influencia de la academia en la política arancelaria del MERCOSUR», en Mercedes Botto, ob. cit.

20. Alejandro Grimson, «Cultura y política. Dilemas sociales y simbólicos en la crisis», *Síntesis*, a. 8, n. 18, Buenos Aires, diciembre de 2000.

21. Para información sobre la estructura y actividad de este sector, véase Portal de MERCOSUR Educativo, www.sic.inec.gov.br.

Daniela Perrotta

22. Los datos han sido obtenidos de Hugo Vela («A associação de universidades Grupo Montevideo. Vetor de conhecimento e cooperação universitária no Mercosul», en Ana Lucia Gazzola y Sandra Goulart, ob. cit.), quien también brinda algunos números significativos del potencial de esta red. En sus palabras, «la AUGM representa una expresiva y significativa experiencia de cooperación e intercambio universitario que no solo está respaldada por el potencial de su masa crítica y los instrumentos de cooperación utilizados, sino que, además, por el porcentaje estadístico que representa en conjunto el complejo de universidades de América Latina [...] los 50 mil profesores que forman parte de la AUGM representan 16% del total de la región, la mayoría de ellos con título de Doctor. Este potencial [...] permite decir que dicha asociación representa un verdadero vector de conocimiento e integración para la cooperación y el intercambio científico en el MERCOSUR, dentro de las actividades de internacionalización de la universidad» (pp. 145-6).

23. El Programa de Intercambio y Movilidad Académica (PIMA), auspiciado por la Organización Interamericana de Educación, intercambia estudiantes de grado entre universidades.

24. Lincoln Bizzozzero, ob. cit.

25. Alejandro Morduchowicz, ob. cit.

26. El eje de «responsabilidad social» universitaria lo desarrollamos en Daniela Perrotta, «Comercio, pobreza e integración regional: desafíos y oportunidades para las universidades latinoamericanas»,

Ponencia en el Seminario internacional «Comercio, pobreza e integración», de CLACSO-CROP, realizado en la Universidad Andina Simón Bolívar, Quito, Ecuador, 27-29 de noviembre de 2007.

27. Mercedes Botto y Juliana Peixoto, ob. cit.

28. Véase www.grupomontevideo.edu.uy.

29. Seminario «Metodologías de la integración en Europa y América del Sur: lecciones y experiencias», Auditorio del BID-INTAL, 13 de noviembre de 2007, Buenos Aires.

30. Robert Devlin, Antoni Esteveordal y Ekaterina Krivonos, «The Trade and Cooperation Nexus: How Does the MERCOSUR-EU Process Measure Up?», *INTAL Occasional Paper*, n. 22, Buenos Aires, agosto de 2003.

31. Ídem.

32. Obtenido del Ministerio de Relaciones Exteriores, Comercio Internacional y Culto, República Argentina, www.mrecic.gov.ar.

© TEMAS, 2008

Cooperación cultural en el espacio iberoamericano. Diálogo con Fernando Rueda

Lázaro Israel Rodríguez Oliva

Investigador. Instituto Cubano de Investigación Cultural Juan Marinello (ICIC).

*D*urante el verano de 2007, el entonces Coordinador del Programa de Cultura de la Organización de Estados Iberoamericanos (OEI), el politólogo y sociólogo Fernando Rueda, Director del Centro Cultural de España en Santo Domingo, República Dominicana, comentó algunas particularidades sobre los espacios prioritarios de concertación, diálogo e intercambio en el plano de las políticas culturales de hoy en Iberoamérica.¹

A partir de su experiencia como organizador de las Conferencias Iberoamericanas de Ministros de Cultura, preparatorias de las Cumbres de Jefes de Estado y de Gobierno, como coordinador del área de cooperación cultural y editor de la revista Pensar Iberoamérica, abordó este campo desde la arista de su institucionalidad en la región, a través de la práctica de su organización multilateral. Temas como la diversidad, los derechos culturales y la cooperación horizontal atraviesan sus respuestas a algunas de las problemáticas de un campo que, cada vez más, parece salirse de la diplomacia cultural y colocarse en ámbitos sociales y políticos más amplios, de profunda incidencia hoy en los problemas del desarrollo.

Lázaro Israel Rodríguez Oliva: *Se habla de que la recién suscrita Carta Cultural Iberoamericana es «un ambicioso proyecto político que sienta las bases para la estructuración del espacio cultural iberoamericano»; que es «una herramienta común*

para que los países iberoamericanos puedan expresarse sobre los asuntos culturales con una voz propia y coordinada en los ámbitos internacionales, especialmente en aquellos temas vinculados a los derechos culturales», y «una plataforma innovadora de cooperación cultural internacional».² ¿Qué aporta la Carta al panorama de las políticas y la cooperación culturales en la región y cuáles son los puntos en los que pudiera superar cualquier iniciativa precedente?

Fernando Rueda: Lo primero es que la Carta supera lo anterior porque es un compromiso suscrito por los presidentes, los jefes de Estado, la Cumbre Iberoamericana, y aglutina las iniciativas de cooperación cultural. Es un documento de intenciones, de compromiso político abierto, sin tener que ser necesariamente un texto jurídico internacional. De cierta manera, expresa algunas pautas de comportamiento común de todos los países iberoamericanos, a distintos ritmos, atendiendo en primer lugar a políticas nacionales; siempre teniendo en cuenta el aspecto de la soberanía de las naciones de cada uno de los Estados. También se trata del primer texto regional, de carácter global, que enmarca la cultura de manera integral, con todas sus aristas, incluidos las industrias culturales, el patrimonio, el medio ambiente, la comunicación, etc.

Es como una guía de referencia para actuar en cooperación iberoamericana. Es innovador también porque a la luz de aquella Convención sobre la Protección y Promoción de la Diversidad de las Expresiones Culturales,³ cita textualmente los aspectos que esta trata a fin de promocionar la diversidad no solo en América Latina, sino en la otra América y parte de Europa, que se construyen en un espacio cultural común con un marco grande de definición.

La pregunta podría ser al revés; ¿si no estuviera la Carta, seguiría la cooperación cultural funcionando como está? En principio, ¿por qué no? Siempre se trata de la voluntad de los Estados de cooperar, pero por lo menos ahora hay un marco de referencia. Los Estados ya tienen una guía sobre qué ámbitos cooperar y con qué finalidades e intenciones. La Carta tiene un formato de texto jurídico, aunque no lo sea, ni comprometa a los países internacionalmente, pero incorpora sus argumentos, sus fines, sus principios y sus ámbitos de aplicación.

L.I.R.O.: *En el ámbito de la cooperación, tanto expertos como estudiosos se quejan de la falta de instrumentos que sirvan para establecer metodologías más allá de la existencia de principios, fines, ámbitos definidos. La Carta clarifica aspectos y principios comunes, como has dicho. ¿Se tiene previsto un segundo momento donde se establezcan metodologías, normativas que regulen los modos y las prácticas de la cooperación cultural?*

F.R.: Hay que tener en cuenta que hay varios modos de hacer cooperación, según la finalidad, los actores implicados, los instrumentos que manejen. Aquí estamos intentando siempre hablar de cooperación multilateral, no necesariamente de una cooperación para el desarrollo, sino simplemente para la promoción cultural. En la reunión de Ministros de Cultura de Valparaíso, uno de los puntos del orden del día es el plan de acción de desarrollo de la Carta Cultural.⁴ Ya hay un esquema que se trabajó previamente, en una reunión preparatoria. Los ministerios están viendo ahora qué pasos damos para concretar la Carta. ¿Cómo seguir trabajando en el desarrollo al amparo de la Carta? Hay iniciativas concretas de cooperación a nivel multilateral. Nacen programas cumbres específicos. Seguramente se genere uno iberoamericano de museos, con un fondo común que se ampare en la Convención de la UNESCO, y en la Carta Cultural. El plan de acción en concreto tiene un eje de difusión y comunicación, y uno de investigación y diagnóstico para abordar metodologías afines, temas de interés común, para proyectos. Se están promoviendo distintos encuentros en medios, reuniones, organizados en algunos casos por universidades, otros por grupos de la sociedad civil, en otros casos de organismos multilaterales y ministerios que trabajan sectorialmente los aspectos de la Carta.

Estos son temas que están sucediendo ahora. Como ¿ahora qué hacemos con esto? Se está traduciendo la Carta a lenguas internacionales, para que se conozca fuera de las fronteras y también a las lenguas de Iberoamérica. En España ya se ha traducido al vasco, al catalán y al gallego, y está en proceso su versión al guaraní, al quechua, al aymará y al maya. La OEI está trabajando el tema de los vínculos que establece la Carta entre comunicación y cultura para acercar el patrimonio de la diversidad cultural de los ciudadanos a través de la formación en la escuela. Se está trabajando en un plan muy amplio, más allá de lo específico y concreto. Hay otras iniciativas como la figura de los embajadores de la Carta, personajes que puedan apoyar la difusión de programas específicos. Son distintas iniciativas que aún hay que ordenar.

L.I.R.O.: *¿Cuáles son los mecanismos existentes hoy en la comunidad iberoamericana para la promoción del diálogo intercultural? Tú habías mencionado que no necesariamente la Carta Cultural focalizaba los aspectos de cooperación para el desarrollo. Teniendo en cuenta el apogeo, en la arena internacional, del cumplimiento de las Metas de Desarrollo del Milenio,⁵ ¿cuánto de innovación supuso realmente la elaboración de la Carta Cultural Iberoamericana para la dignificación humana y la superación de la pobreza? ¿Cuáles son las estrategias y metodologías de concertación que se están empleando hoy?*

F.R.: Con todo lo que tiene que ver con el desarrollo, con la cultura, con las metas del milenio, hay un campo específico de derechos culturales contemplados en la Carta, hay otro relacionado con el desarrollo sostenible en algunos aspectos de la economía. El esquema de cooperación multilateral iberoamericano es de solidaridad, o de comprensión mutua, o de voluntad política. Hay algunos instrumentos como la OEI, la Secretaría General Iberoamericana, el Convenio Andrés Bello, que están trabajando en la integración y la cooperación. También es verdad que en el campo de la cultura las estructuras culturales latinoamericanas e iberoamericanas siguen siendo muy débiles. Aquí en España, por ejemplo, el Ministerio de Cultura aparece y desaparece. Está de pronto, o no está. Sin embargo, las instituciones clásicas de la cultura son potentes: las bibliotecas y los museos nacionales; las que tienen que ver con las bellas artes, las vinculadas con el patrimonio son más o menos sólidas. Las de administración y gestión de la cultura, a pesar de que siguen siendo débiles, se han ido consolidando y creciendo en los distintos países. Desde hace diez años, la situación institucional cultural iberoamericana ha cambiado bastante: más solidez, más terrenos de acción, mayores responsabilidades de gestión, en distintos países. Te hablo de Chile, de España, de algunos países de Centroamérica, de Paraguay, que está empezando

ahora. En cada país hay una consolidación de las estructuras y una educación de cooperación internacional en cada una de ellas. Todas miran al entorno propio. Se consolidan otros instrumentos como el MERCOSUR y la Coordinación Educativa y Cultural Centroamericana. ¿Mecanismos? Pasan mucho por la voluntad, por la necesidad de entendimiento y por apuntalar proyectos sólidos que van teniendo cada vez más peso.

L.I.R.O.: *¿Cuál es el papel de la OEI en facilitar esos mecanismos?*

F.R.: La OEI funciona en el marco multilateral. El compromiso es tratar de dar seguimiento a un espacio —la Conferencia Iberoamericana de Cultura—, en el que todos los países, una vez al año, hablan de cooperación cultural y dan seguimiento a los temas que llevan.⁶ En la medida de lo posible, si deciden aprobar una línea de trabajo, un proyecto, una iniciativa, un compromiso de trabajar en un determinado campo, la OEI apoya, organiza o colabora. Es un espacio difícil, de muchos altibajos. A veces hay temas importantes, a veces son reuniones que dan seguimiento a programas que se han establecido; siempre hay muy pocos recursos humanos y materiales para llevar a cabo los proyectos. En ocasiones se aprueban cosas sin tener el respaldo de los recursos y luego hay que ponerse a buscarlos para hacerlas; pero, por lo menos, la OEI trata de garantizar esa instancia de diálogo. Sirve para construir una voz común, para generar proyectos de cooperación. También para que algunos países apliquen políticas, normas, relaciones, con unos referentes cercanos y, a su vez, internacionales. Así no está tan aislado cada país en el diseño de sus políticas. Es un espacio de concertación. No quiere decir que el que genera la OEI sea el único. Hay otros en América Latina; muchos nacen en el campo de la cultura como el Foro de Ministros de Cultura de América Latina y el Caribe en el que, por supuesto, no están España y Portugal; o la OEA, donde participan todos los países latinoamericanos, excepto Cuba. O los grupos subregionales, como MERCOSUR, el Convenio Andrés Bello o la Comunidad Andina de Naciones. Hay espacios que tienen sus altibajos, siempre la construcción es difícil, pero sirve para avanzar. Lo importante es que esta Carta Cultural Iberoamericana funciona como referente también en estos espacios —y me consta que así es. Por ejemplo, MERCOSUR la toma como referencia para sus actuaciones, el Parlamento Latinoamericano ha declarado su interés en ella, para acordar legislaciones nacionales, y el Parlamento Cultural de MERCOSUR (PARCUM), también tomó las directrices que marca la Carta.

L.I.R.O.: *¿Cómo las políticas culturales —que en la mayoría de sus espacios institucionales parten de criterios estéticos y trabajan con un concepto de cultura que la restringe a lo artístico y literario— pueden potenciar en la ciudadanía el sentido de «elemento básico de cohesión e inclusión social», como lo expresa la Carta Cultural Iberoamericana?*

F.R.: Hace poco me comentaba un amigo, experto en temas de desarrollo y cultura, que las políticas culturales estaban empezando a ser demasiado importantes como para dejarlas en manos de las instituciones culturales. Efectivamente, es un campo necesario el tema de la promoción, la preservación del patrimonio, la creación, los creadores y el cuidado de las bellas artes. Luego, hay otra parte que son las políticas de desarrollo, tanto a nivel nacional como internacional donde la cultura comienza a ser un factor importante, en dos sentidos. Como pasaba hace algunos años en el campo de la ecología, los impactos en la sociedad, o en el medio ambiente natural, en las políticas de desarrollo no ha estado incluido el aporte o el impacto que estas generan en la cultura, las identidades, el patrimonio. Fue en años recientes, con el informe del PNUD de 2004, cuando se empezaron a tener en cuenta aspectos culturales concretos y toda la línea que viene trabajando, por ejemplo, Amartya Sen, el desarrollo humano, el factor cultural como central en la visión del desarrollo, de las políticas. La Carta, en concreto, promueve ese lugar común en primer término, pero también apunta a esas actuaciones para el desarrollo sostenible, para cumplir los objetivos del milenio. Lo hace más claramente la Convención de la UNESCO a nivel internacional, a través de fondos de cooperación al desarrollo, de las agencias como los bancos internacionales; o países del sur que tienen agencias de desarrollo en el norte. Se intenta que se generen proyectos de desarrollo cultural para que exista la constatación simple de que a mayor educación, mayor capacidad de un país o sociedad y, por tanto, mejores condiciones para el desarrollo, más programas de cultura, más bibliotecas, mejor acceso a los bienes y servicios culturales de la población, mayor capacidad de esa sociedad y mejores condiciones de desarrollo.

L.I.R.O.: *En este sentido, ¿cómo tú evaluarías el estado de esta relación de cultura y desarrollo en las actuales políticas iberoamericanas?*

F.R.: De momento, se está construyendo un discurso con algunas contradicciones. Se está empezando a investigar, a buscar datos que corroboren lo que se dice; se lleva a cabo una especie de apostolado en ese sentido. Pero yo haría un balance no necesariamente positivo, porque no en todos los países se tiene en cuenta en el diseño de la política nacional, de la política de

Estado. En el caso de España, hace tres años no había Ministerio de Cultura —antes sí existía—; los recursos que se destinan a ese ministerio llegan apenas a 0,6% del presupuesto; se dedican, en su gran mayoría, a la conservación y protección del patrimonio. En 2007, 80% del presupuesto del Ministerio de Cultura se dedicó al Museo del Prado; o sea, que no hay potencialidad para el desarrollo cultural. Entonces, ya depende de otros recursos. En España, por ejemplo, están los recursos de las autonomías, municipalidades y ayuntamientos; en Argentina, de las provincias y las ciudades. Hay otras instituciones que sí tienen compromisos de desarrollar políticas nacionales y sí están invirtiendo. Como políticas de Estado no haría un balance positivo. En estos años, se han hecho estudios sobre el peso que tiene la cultura en la economía, en el empleo, en la generación de riqueza a partir de las industrias culturales y el empleo vinculado al sector cultural en general. Se están facilitando datos en los que llama la atención que, en algunos países, el sector de la cultura va de segundo o tercero en el producto interno bruto, como en México y Brasil. En España está entre los cinco primeros lugares. Eso no quiere decir que sean las instituciones culturales quienes deban administrar y generar políticas para esa gestión. Si son industrias, deben ser políticas para la industria; pero se debe tener en cuenta el peso específico que tiene ese perfil de industrias para revertir, para generar mejores y mayores recursos en ese gestión.

L.I.R.O.: *¿Cuáles acciones han sido previstas para fomentar la OEI, para enriquecer los canales y posibilidades de cooperación cultural en Iberoamérica, y de integración de las políticas culturales con otras políticas?*

F.R.: A través de proyectos específicos, según la demanda de cada uno de los países, en función de las necesidades y capacidades de la Organización y de esos países. Existen proyectos concretos, como programas de alfabetización acompañados del fomento de la lectura, o de procesos de inserción laboral. Ahí tienes un componente de política social grande, y se está trabajando con el objetivo del Desarrollo del Milenio: erradicar el analfabetismo; se lleva adelante junto con una finalidad instrumental y social, eliminarlo para generar capacidades y empleo; alfabetización no solo para que las personas aprendan a leer, sino para que tengan una mejor incorporación al mercado laboral. Ello va acompañado de políticas culturales, como aprovechar toda la riqueza que da la cultura a través de la lectura, del acercamiento a las artes, a los procesos culturales en general. Este es un proyecto donde están interviniendo el sector educativo, el socio-productivo y el cultural. Por ejemplo, hay un proyecto de la OEI en Centroamérica, que se llama Rotacajas de lectura,

que precisamente es acompañar a los chicos, en el gusto, en el aprendizaje, en el fomento de la lectura, generando círculos de lectores, trayendo libros, incorporando a los padres de esos alumnos para que se sumen, tratando de crear ambientes, en el entorno familiar, favorables a la absorción, al acceso a la cultura, a través del libro, de la literatura.

Nosotros trabajamos mucho en capacitar al gestor cultural, que es un poco el responsable de hacer de enlace, de nexos, entre esas políticas sociales y las culturales; apoyamos una red de centros y unidades de formación en América Latina, España y Portugal que se llama Iberformat; creamos investigaciones, facilitamos que los especialistas se concienticen en la figura del gestor cultural, qué necesidades de formación tiene, para qué sirven sus desempeños; ponemos en red diferentes recursos de formación. La importancia de esto es que se trata de provocar un efecto multiplicador; de tener una gran cantidad de agentes culturales con una profesión, como es la gestión cultural, con unos instrumentos internacionales que les sirven para diseñar políticas a nivel regional, nacional, local, a nivel de proyecto. Es un campo en el que llevamos trabajando años, y creo que es importante todo lo que tiene que ver con crear capacidades, con los espacios de concertación que te comentaba al principio: reuniones de ministros, reuniones intergubernamentales para programas específicos, buscando que exista un nivel de consenso entre los países.

L.I.R.O.: *Dentro de lo que se define como el «espacio cultural iberoamericano» cohabita un cúmulo de países que tienen excelentes relaciones con los Estados Unidos, Europa y Asia, mientras que otros no. ¿Cómo está previsto, dentro del campo de las políticas culturales, la mediación de la comunidad con otros bloques geopolíticos como los mencionados, e incluso entre bloques geopolíticos regionales dentro de la comunidad iberoamericana?*

F.R.: Efectivamente, la construcción del espacio común iberoamericano es un proceso cuya finalidad no creo que sea la integración, en el sentido del proceso de la Unión Europea, o de MERCOSUR. No es la finalidad conformar una región geopolítica de bloque, sino que hay unos referentes comunes: las relaciones históricas, los conflictos de idas y venidas, de conquista o descubrimientos, según como se quiera interpretar, que son como la excusa, desde mi punto de vista. Esa construcción común es una voluntad política que sube y baja en función de las relaciones entre los países, y se construye sobre la base de la voluntad, no de la imposición ni de ningún proceso definido. Hay que generar condiciones de mercado común; hay que proyectar esas voces comunes hacia el exterior, que permitan conocer, en los espacios internacionales claves —Naciones Unidas, la Unión Europea, o el

Hay varios modos de hacer cooperación, según la finalidad, los actores implicados, los instrumentos que manejen. Aquí estamos intentando siempre hablar de cooperación multilateral, no necesariamente de una cooperación para el desarrollo, sino simplemente para la promoción cultural.

mundo asiático—, que cuando América Latina habla hay, con todas las diferencias, un aspecto que se comparte. Tenemos muchos elementos que nos sirven para hacer un espacio común: compartimos dos lenguas, el portugués y el español.

Siempre se piensa que estas instituciones, la OEI, la OEA, MERCOSUR, son el instrumento político de algunos de esos países. La OEI suele identificarse más como un instrumento político de la parte ibérica de Iberoamérica —un organismo multilateral que utiliza España para tener cierta capacidad de influencia en el resto de los países—, o que los Estados Unidos utilizan la OEA para lo mismo. También se habla de que el Convenio Andrés Bello tiene una influencia mayor de países como Venezuela y Cuba. Nosotros, como funcionarios de redes, somos muy cuidadosos con ese tema: habrá más recursos españoles y su sede estará en Madrid, pero se trata de una organización multilateral iberoamericana. No se puede priorizar lo que quiere un país con respecto a otro. Es una cuestión de pactos. Hay que tener en cuenta que España tiene su propia cooperación bilateral con otros países y es inmensamente mayor que a través de organismos multilaterales. Otro caso, por ejemplo, es la cooperación que presta Venezuela a países de América Latina, que quintuplica la ayuda que dan conjuntamente los Estados Unidos, España y los países asiáticos a los propios países de la región. Estos son elementos importantes a la hora de trabajar lo multilateral. Creo que hay que saber exactamente cuál es el límite y cuál la utilidad de cada uno de los instrumentos.

L.I.R.O.: *¿Cómo puede plantearse una cooperación horizontal cuando las condiciones de partida de nuestros países son tan diferentes? ¿Cómo garantizar la reciprocidad sin desventajas?*

F.R.: En el terreno de la cooperación cultural es mucho más fácil porque, en algún sentido, las políticas de promoción o de cooperación no tienen el criterio de que una cultura es superior a otra, sino de que todas aportan riquezas. ¿Cómo garantizar que no haya superioridad de un país con respecto al otro? Esto es complicado, porque algunos tienen capacidad económica y política, y una influencia mayor que otros. No me refiero solo al caso de España con respecto a América Latina, sino también a México con respecto

a Centroamérica; Brasil a Paraguay, Chile a Bolivia. Quiero decir que las relaciones multilaterales son complicadas en todos estos sentidos.

El problema en lo multilateral, de España con respecto a América Latina, hoy en día está muy superado en el sentido de que ahora mismo España tiene unas condiciones de desarrollo que no ha tenido a lo largo de toda su historia; y ello es tan reciente que no llega ni a treinta años. Lo que intenta es hacer de puente con respecto a las relaciones con otros países; y ser un país miembro más en la cooperación horizontal. Es lo que pretenden las políticas, no los empresarios españoles, cuya intención es otra. Y eso es más difícil de controlar en un mercado global, donde las normas de comercio internacional muchas veces rigen por encima de las políticas de Estado. No se trata tanto de las relaciones de cooperación horizontal entre los países desde la perspectiva de los Estados, sino que, efectivamente, estamos en un mercado distinto, en una composición distinta, donde hay empresas españolas como podrían ser norteamericanas, suecas, japonesas. ¿Que las empresas españolas han entrado con mayor facilidad en los mercados latinoamericanos?; bueno, quizás tenga mucho que ver con las afinidades. Ahí es donde yo creo que sí es importante que funcione bien la cooperación en la región: hacer de contrapesos, que la cooperación horizontal no sirva para desembarcar empresarios españoles en los países, sino para compensar.

L.I.R.O.: *Dentro de los mecanismos de distribución de los bienes y servicios culturales, se enfatiza el sector cinematográfico y audiovisual, la música y el libro. ¿Qué papel tienen los servicios de investigación cultural (desde los estadísticos hasta la politología cultural en estos circuitos)? ¿Qué hace la OIE en este sentido?*

F.R.: La reunión que tuvimos en junio de 2007 en La Habana estaba concertada por la conferencia de Ministros. Los países presentes acordaron hacer investigaciones sobre indicadores comunes, para conseguir datos comparables. No tiene sentido comparar algunos datos porque las realidades son muy distintas, pero las metodologías y algunos de los resultados sí. Quedaron en trabajar en tres aspectos concretos: financiamiento público de la cultura, impacto de la cultura en la economía, e indicadores de consumo,

hábitos y participación culturales. Este es un acuerdo, un consenso, en el que cada uno de los países, desde sus propios centros de investigación e instancias nacionales, ha decidido trabajar, compartir sus metodologías. No es que tal país aplique la metodología del otro, sino que todos han llevado a esa reunión sus propios procesos de investigación: qué están haciendo, cómo lo están haciendo, y han empezado a compartir esa información, a intercambiarla. Eso, de alguna manera, da respuesta a una realidad iberoamericana: se está construyendo ya a partir de un referente común; antes no se hacía. También está la función de las universidades, de los observatorios especializados en conseguir algunos datos en cinematografía, de hábitos de lectura, o análisis más cualitativos sobre acceso y derechos culturales. Esos datos son fundamentales en cooperación. Lo que es importante, desde los instrumentos con los que contamos, es conseguir que llegue, dar difusión, comunicar, que tengan una utilidad, dirigirlos a los sectores claves. Y por otra parte, intentamos establecer diagnósticos acertados que sirvan para establecer o diseñar políticas internacionales contrastadas.

Notas

1. Agradezco a Manolo Guedán y a Miguel Barroso la ayuda para contactar a Fernando Rueda durante mi estancia en el Centro de Iniciativas para la Cooperación y el Desarrollo, de la Universidad de Alcalá de Henares, y la Casa de América, de Madrid.

2. La Carta Cultural Iberoamericana se ha denominado «instrumento de integración» a partir de los recursos culturales para la cooperación tanto bilateral como multilateral en la región. Es un documento que parte de una concepción amplia de cultura, enfatizando sus dimensiones políticas y su papel en la sociedad. Una parte importante de su fortaleza es la relación de la cultura con el campo del derecho cultural y el respeto a la diversidad de cara a superar la desigualdad y discriminación de cualquier índole. Se concibe como derivación de otros instrumentos jurídicos —sin serlo ella misma—, como la

Declaración sobre la Diversidad Cultural del año 2001 y la Convención sobre la Protección y Promoción de la Diversidad y las Expresiones Culturales del año 2005. Para consultar el contenido de la Carta Cultural Iberoamericana, véase la página web de la OEI, www.oei.es/cultura/carta_cultural_iberamericana.htm.

3. La Convención sobre la Protección y Promoción de la Diversidad y las Expresiones Culturales fue suscrita en París, en 2005, como un instrumento jurídico para el compromiso de los estados miembros de la UNESCO en el cumplimiento de los derechos culturales en estrecha conexión con los derechos humanos. Un eje fundamental en su formulación es el que relaciona cultura, desarrollo y diálogo, que sirve a la vez como un escenario para las relaciones internacionales con base en la cooperación. La libertad de expresión, información y comunicación, el diálogo intercultural y el potencial creativo de toda forma cultural, por citar algunos ejemplos, son constitutivos de esta formulación regulatoria internacional. El texto íntegro puede consultarse en UNESCO, «Convención sobre la Protección y Promoción de la Diversidad de las Expresiones Culturales», <http://unesdoc.unesco.org/images/0014/001429/142919s.pdf>.

4. La X Conferencia Iberoamericana de Cultura, celebrada en Valparaíso, Chile, entre los días 26 y 27 de julio de 2007, acordó entre otros temas la difusión de la Carta Cultural Iberoamericana «como un instrumento dinamizador de la diversidad cultural y marco referencial para las acciones de cooperación existentes y futuras en Iberoamérica». Véase OEI, «Declaración de Valparaíso», www.oei.es/xcic.htm, 2007.

5. Los objetivos de desarrollo del milenio son erradicar la pobreza extrema y el hambre; lograr la enseñanza primaria universal; promover la igualdad de géneros y la autonomía de la mujer; reducir la mortalidad infantil y mejorar la salud materna; combatir el VIH-SIDA, la malaria y otras enfermedades; garantizar la sostenibilidad del medio ambiente, y fomentar una asociación mundial para el desarrollo. Para mayor información, véase la página web de Naciones Unidas, www.un.org/spanish/millenniumgoals/index.html.

6. Para mayor información sobre la evolución y temáticas de estas conferencias, véase la página web de la OEI, <http://oei.es/oeivirt/cumbresyconfcu.htm>.

© TEMAS, 2008

Controversia

La radio como espacio de debate

Ilse Bult
María de la Caridad Duranza
Luis Sexto
Giselle Vázquez Gil
Rafael Hernández

Rafael Hernández (moderador): El objetivo de esta sesión es tratar de profundizar en algunos problemas que afectan en general a los medios de difusión, y en particular a la radio como un instrumento de comunicación y retroalimentación con los radioyentes ¿En qué medida la radio ha ofrecido históricamente un espacio para la expresión de la opinión pública y el desarrollo de una conciencia ciudadana en Cuba, una conciencia cívica? ¿Cómo se compara con otros medios de difusión, en particular con la prensa escrita y con la televisión?

Luis Sexto: Históricamente, la radio ha servido como un vehículo de primer orden para el debate de las ideas y la expresión de la opinión pública. Se inauguró en Cuba en 1922, y ya en los años 30 desempeñaba un papel básico en la expresión de la cultura. En esos años, Jorge Mañach crea *La Universidad del aire*. Cuando uno escucha el primer programa, se percata de cómo aquellos intelectuales defensores del progreso —y para mí Jorge Mañach lo era— advirtieron todas las posibilidades que la radio podía ofrecer. Si pudiéramos hablar de una antología del ejercicio de la opinión en la radio, podríamos recordar, por las referencias históricas, a Guido García Inclán en la emisora COCO, que desde su editorial de *El periódico del aire* influía notablemente en la opinión pública, sobre todo de la capital. *La hora de José Pardo Llada*, en el periódico *La Palabra*, muy célebre en los años 50 e incluso en los primeros dos años de la Revolución, cuando ya yo lo escuchaba, era un espacio sumamente atractivo, no solo por lo que Pardo Llada podía decir, sino por la forma en que lo hacía. Podríamos recordar, quizás, el ejercicio que hizo el juez Waldo

Panel de *Último Jueves*, realizado el día 31 de mayo de 2007 en el Centro Cultural Cinematográfico ICAIC.

Medina con sus campañas moralizadoras anti-corrupción; a Eduardo Chibás, con su hora de la Ortodoxia en el circuito CMQ. La radio ha sido el vehículo fundamental para la expresión de la opinión en este país, al menos en los primeros treinta años después de su creación. A pesar del papel informativo del circuito CMQ, del programa *Ante la prensa* fundado por Mañach, la televisión nunca ha podido superar a la radio en este papel de vocero de la opinión, del ejercicio del debate en nuestro país. Sigo pensando que hoy es el vehículo más importante en Cuba, más aun que el periódico y la televisión, aunque esté en una situación subordinada.

Ise Bulit: Coincido totalmente con lo planteado por el colega Luis. La radio propiciaba la libertad de opinión, incluso aquella radio romántica, hecha por hombres que no sabían hacerla y que aprendieron sobre la marcha, y que en los años 40 se fortaleció como radio comercial, cuando empezó la gran competencia de firmas de todo tipo. Este interés comercial provocó la libertad de opinión en la radio, que llegaba a dirigirse contra el gobierno, y entonces cerraban las emisoras o propinaban palizas; mientras, por otra parte, resurgía esa libertad de opinión, que considero muy válida.

Giselle Vázquez Gil: Últimamente, existen también estos llamados *programas de opinión* de forma aislada; sin embargo, el concepto no se agota si no hay una participación real de los oyentes; hay un gran público que se sirve de la radio como compañía, mientras otro quiere estar de voz propia en la radio, y en ese sentido son muchas las limitaciones. Es un logro que existan programas como el de Luis Sexto, que funcionan como mediadores de la opinión pública, pero es necesario considerar otro tipo de ejercicio de la opinión, y es la posibilidad de que el oyente se exprese directamente. Actualmente, en muchos países la radio vive por la función participativa; en Cuba debe haber una mayor abertura en emisoras nacionales, no tienen que ser estrictamente locales. En los últimos veinte años, yo siento que han aumentado los espacios de *bien público*: secciones de compra y venta, permutas, buzón del amor y la amistad, cosas que se habían perdido y que es bueno que se estén recuperando, porque hay personas que sienten que participan de la radio de esa manera, que desean hacerlo solo de ese modo, pero otras insisten en participar con un ejercicio más centrado en la opinión. Llevo veinte años investigando público-recepción, y una de las demandas más sostenidas por la audiencia es la creación de espacios para poder expresarse al micrófono, la gente quiere escucharse, entiéndase que puede ser para discutir un problema social serio, o simplemente para debatir la calidad de un programa. Hacemos juntos la radio, pero no hay una participación real de los oyentes.

Rafael Hernández: ¿Cómo comparas la radio con los otros medios? ¿Coincides con lo que ha dicho Luis?

Giselle Vázquez Gil: Estoy muy de acuerdo, simplemente quería agregar esta visión de los últimos tiempos. La radio tiene —en eso coincido con Luis— más posibilidades que la propia televisión en Cuba, porque en nuestro país la radio como medio ha ganado más prestigio profesional, y porque se ha probado más en el terreno de la opinión. Está por ejemplo Julio Batista, y su programa *Punto de vista*. Podemos, en ocasiones, estar de acuerdo con él, otras en desacuerdo, pero cada noche, por Radio Progreso, se escucha una opinión argumentada, no hay modo de ignorarla, y la audiencia se lo agradece, le escriben, aunque el timbre de Julio ahora sea imperfecto, aunque él ya no tenga la voz hermosa que antes tenía, porque la gente lo que busca es lo que dice la voz, encontrar alguna respuesta a sus problemas. Por eso son tan escuchados estos llamados programas de opinión.

Rafael Hernández: Cary, ¿tú opinas también que la radio es el medio más influyente que existe en Cuba?

María de la Caridad Duranza: Es el que tiene mayores posibilidades, sobre todo en lo referente al debate, porque no existe la misma presión de tiempo que en la televisión. La radio permite la inmediatez y el hecho de que una persona pueda estar escuchándola y haciendo un sinnúmero de actividades, propicia un público mayor del que puede tener la televisión. Por eso es necesario sacar partido de estos altos niveles de recepción para mover opiniones, y no solamente las que vienen de las autoridades estatales, especialistas, y/o expertos, sino también, las que proceden del público oyente. El público tiene opiniones, y existen vías para hacerlas llegar a la radio. Así pueden retomarse estos mismos temas, con nuevos enfoques, que permitirían enriquecerlos mucho más. Por otra parte, no existe un mecanismo estable que permita que la opinión del público —sobre los temas que quiere escuchar, el tipo de programa que quiere oír y la forma en que lo quiere recibir—, llegue a los que deciden sobre la programación y la realización radiales. Un programa en particular, como el de Luis o el nuestro, puede recibir una opinión, procesarla, pero de forma independiente, aislada, y esto no responde a un público mayoritario; son pequeños ensayos y no se ha hecho lo que la radio demanda: que el público sea una parte activa en la preparación y el diseño de la programación.

Ilse Bulit: La radio que existe en Cuba y la que se hace en La Habana son dos mundos completamente diferentes. Nos fijamos sobre todo en lo que ocurre en La Habana, pero hay muchas emisoras municipales que sí están experimentando una relación más directa con el público. Quiero utilizar un ejemplo que puede servir para demostrar las posibilidades que tiene este medio de reflejar la realidad. En los años 90, cuando el Período especial estaba en su punto más culminante, fueron las radionovelas hechas por Ernesto Daranas y emitidas por Radio Rebelde las que mostraron la realidad cubana de aquellos años.

Rafael Hernández: ¿Hasta qué punto la radio responde a los intereses, los problemas y los planteamientos de los que la escuchan? ¿En qué medida lo logra teniendo en cuenta esta dimensión que menciona Ilse, y que incluye no solo la radio nacional, sino también la local?

Luis Sexto: Me falta el instrumento para llegar a una opinión científicamente avalada, estamos aquí hablando de impresiones. En la radio deben existir programas como *Hablando claro*, en el que yo participo, y también otros, pero a veces la mezcla de programas de opinión con la participación de la gente frustra ambas cosas. No es necesario hibridar, sino particularizar cada espacio, persiguiendo intenciones determinadas. Nuestro programa recibe una enorme cantidad de correspondencia, que tratamos de contestar a partir del tratamiento de un problema particular, interactuando en el espacio con los oyentes; el programa no responde a una persona, sino a todo el que nos oye. Empezó en 1993, el peor momento del Período especial, para ayudar a entender lo que estaba pasando. Recuerdo que el primero que salió al aire lo conduje yo, y me tuve que enfrentar a una experiencia que no había tenido antes. El primer tema fueron las inversiones extranjeras. El problema para el conductor era convencer al oyente de que las inversiones extranjeras no eran tan malas como habíamos creído durante treinta y cinco años.

Respondiendo a tu pregunta anterior, la radio fue el medio más importante de este país históricamente. Hace cincuenta o sesenta años, los periódicos de mayor tirada hacían cinco mil ejemplares. En el pueblo de Limonar, por ejemplo, se recibían tres: *El Diario de la Marina*, *El Mundo* y *Hoy*. La situación, en este sentido, no ha cambiado mucho. Mi experiencia de casi treinta y siete años como periodista, me

dice que a pesar de todo, incluso de la Feria del Libro, en este país se lee muy poco. Recuerdo un reportaje que hice sobre las bibliotecas de los ingenios azucareros, publicado en los años 80 en el periódico *Trabajadores*. Visité varios centrales en diversas provincias, y en todas había una biblioteca en cada central. La institución estaba creada, pero no funcionaba, porque la gente no tenía hábito de leer, y las bibliotecarias tenían —y creo que aún es así— el criterio de ser «simples custodios de los libros», de manera que la promoción de la lectura no existía. Entonces me percaté de que la gente se enteraba, y se sigue enterando, de todo mediante la radio, que continúa siendo el medio más popular de este país. Por eso lamento que no se reconozca así por las instituciones que deben proporcionarle mayores recursos e importancia.

Si comparamos la radio y la televisión, advertiremos una tendencia a la banalización en esta última. La primera, en cambio, mantiene un nivel cualitativo que la televisión no logra establecer ni regular. Existen muy buenos espacios en las emisoras nacionales y provinciales. En Santa Clara hay un programa formidable de crítica, debate, y contacto con los oyentes, dirigido por Yoel Falcón. En Radio Ciudad del Mar, en Cienfuegos, hay otro que se llama *Triángulo de la confianza*, al que el Canal Habana de la televisión le copió el nombre.

Ilse Bulit: Por desgracia, la banalización también está tomando la radio. En este momento, esta se escucha mayoritariamente por personas de la tercera edad. Actualmente, la juventud no ve ni siquiera la televisión, y lo que escuchan en la radio son los programas musicales, precisamente los más banales. Mis compañeros de la tercera edad son los que están llamando a los programas, y los que emiten opiniones directamente. La radio es su compañía; y esto hay que tomarlo muy en cuenta.

Rafael Hernández: ¿Es posible demostrar que la radio es un vehículo preferido por la población para plantear sus problemas?

María de la Caridad Duranza: La televisión no le da mucho espacio a las personas para plantear problemas. En realidad, ese espacio en este medio casi no existe. En la prensa está muy localizado, como en la revista *Bohemia*, que tiene un buzón para preguntas de los lectores y algunos periódicos que también lo tienen. Ilse se refería a que el diálogo en las provincias a veces es más directo, pero no por eso es siempre más fluido. Luis Sexto mencionaba el *Triángulo de la confianza*. Fabio Bosch, su conductor, nos explicaba cómo, en una ocasión, hubo una situación que atañía a todo el mundo con respecto a un policlínico, y cuando el problema se planteó en la dimensión que tenía, las autoridades se sintieron agredidas, y se decidió que el programa no podía seguir al aire. Lo que ocurre es que no hay cultura del debate, porque en este caso, nadie estaba agrediendo al Estado, ni mucho menos a la Revolución. Las personas estaban planteando un problema de mal funcionamiento. Sin embargo, eso se asumió como una agresión, y la decisión fue suspender el programa. En febrero, Fabio nos contó que se había repuesto, pero con ciertas limitaciones: sin participación del público y con los temas grabados. Cuando nosotros, en el programa *A esta hora*, tratamos el tema de la homosexualidad, en la década de los 90, prácticamente nos confiscaron las cintas del programa, y hubo personas que no entendieron que se hubiera tratado el tema, a pesar del prestigio de los especialistas y las personas que estaban allí. Este es uno de los problemas de la cultura del debate: a veces la lastran ciertas personas que tienen la autoridad para limitar, y que carecen de amplitud para entender que la diversidad de opinión no es un ataque a nadie en particular, sino que en ella está la riqueza y la retroalimentación. Si hay muchas personas confundidas sobre un tema, hay algo que no funciona bien, y justo es aprovechar el medio para aclararlo.

Giselle Vázquez Gil: Quiero comentar dos o tres resultados de investigación. No todas las emisoras tienen un equipo de estudios sociales. Hay quienes sobredimensionan sus resultados, algunos los subestiman. Yo los veo como una herramienta para medir, evaluar, y pensar, que por tanto puede ser útil también para insertar el proceso de la participación, que es tan complejo.

Resultados puntuales: Radio Progreso sigue siendo la emisora de mayor audiencia en todo el país, y, para conciliar con Ilse, se incrementa más el número de mujeres mayores, siempre por encima de los 60 años. Otro de los resultados es el siguiente: en el año 2000, nuestro grupo de investigaciones hizo un estudio en Ciudad de La Habana, con quinientos oyentes de radio y televidentes. La investigación reveló que a los capitalinos les gusta la radio tanto como la televisión; sin embargo, estaban muchos más satisfechos con la oferta radial que con la televisiva. La razón fundamental para esa preferencia es la mayor diversidad de la radio. Por último, vuelvo al otro tema que comentaba Ilse, a ese otro tipo de participación y debate que puede generar el dramatizado. Radio Progreso tiene una producción novelística muy fuerte, ha logrado consolidar un modelo de radionovela, algo que no ha sucedido todavía en la televisión con la telenovela nacional. Diez años atrás, la gente planteaba: «yo quiero novelas que transcurran en el pasado». Actualmente, se está revirtiendo el proceso, y ahora la demanda es narrar el presente. Radio Arte tiene un modelo de narrar diferente al de Radio Progreso, más centrado en el presente; escritores como Cary Cruz y Freddy Domínguez cuestionan temas vigentes en el debate público. A estos espacios seriados los oyentes vuelven una y otra vez, esto los hace más interesantes como espacios de cuestionamiento. Hace algunos años, Joaquín Cuartas, un gran escritor de Progreso al que admiro, se arriesgó a presentar en una novela de época, como protagonista, por primera vez, a un homosexual no caricaturesco, defensor de su paternidad; incluso en la estructura formal de la novela se planteaban rompimientos. Al principio, los oyentes no aceptaban mucho el estilo de narración, poco a poco se fue imponiendo y terminaron aplaudiendo la novela, hablo de *Crónica social*. De modo que cuando el tema interesa, la gente se involucra, sea la época narrativa presente o pasada. Lo que se necesita es vigencia y fuerza de cuestionamiento del tema.

Rafael Hernández: ¿Esa demanda de los radioyentes realmente es tan intensa? ¿Hay más gente que quiere hablar y más problemas por plantear que los que se canalizan?

Luis Sexto: Tú has planteado un tema que, en estos momentos, al menos para mí, resulta una causa de angustia ética. Recientemente, yo escribía en *Juventud Rebelde* que en este país nadie sentía compasión por el periodista, que tiene que ser fiel a muchas cosas, y en ocasiones, es muy difícil conciliar la fidelidad a tantas cosas, sin quebrantar ninguna de ellas: fidelidad a la ética, a la Revolución. Soy un hombre público, puedo tener posiciones críticas y expresarlas en los periódicos, en la radio, pero mi fidelidad a la Revolución nadie la puede cuestionar. Sin embargo, la gente nos hace pensar cuando nos plantean en sus cartas lo siguiente: «ustedes son lo último en lo que creo, he tocado miles de puertas y ustedes son la última, y como los escucho, y sé que de verdad tratan de hablar claro, les escribo y les planteo mi problema». Ese tipo de carta a mí me presiona en mi compromiso con la Revolución, que va más allá de los hombres, son las grandes aspiraciones sociales, los principios. Si un oyente expone que esas aspiraciones en él no se están concretando, me siento obligado a tratar el tema, a enjuiciar al que esté impidiendo que esto suceda, independientemente de las condiciones objetivas. En cada programa, nos percatamos de que estamos siendo arrastrados por los oyentes; los problemas crecen, porque los vamos descubriendo. Si teníamos la impresión de que eran cuatro, al día siguiente

percibimos que son ocho, es una progresión geométrica. Hasta cierto punto, conozco los problemas que sufro directamente; pero cuando leo esas cartas, me doy cuenta de que hay personas pasando por situaciones que yo ni siquiera hubiera imaginado. Eso me compromete éticamente. No puedo decirme: «yo no trato ese tema porque es muy complicado». Sabemos que la prensa, la comunicación, los medios, están llamados inexorablemente a ejercer un papel en la sociedad, pero a veces lo vamos descubriendo con el propio ejercicio de la profesión. Nuestro papel es imprescindible.

Cuando escuchaba a Giselle, recordaba los ensayos de *Psicología tropical* de Fernando Ortiz, donde expone que el cubano que él conoció a principios del siglo XX, y que es casi el mismo de hoy, tenía entre sus características fundamentales la intolerancia a la crítica. No es solo un problema de estructura social o política, sino caracterológica. Somos intolerantes a la crítica, y sin embargo, diariamente estamos enalteciendo su papel, hasta que esta aparece. Es un fantasma, al que todo el mundo teme.

Cuando me encargaron en *Bohemia*, en los años 90, la famosa sección «En Cuba», recibía entre quince y veinte cartas semanales de lectores. La gente pedía más. Pero como algunos no querían que hiciera más, entre ellas recibí seis amenazas de muerte en cartas anónimas.

Rafael Hernández: Quiero pedirle al panel que medite sobre la siguiente pregunta: ¿qué no se logra hacer en la radio que sería imprescindible para que esta pudiera cumplir con su papel? ¿Qué sería necesario para que la radio pudiera seguir desarrollando consecuentemente ese papel en relación con el fomento de una cultura ciudadana, de debate y participación? Y mientras el panel medita, les paso la palabra a los asistentes para sus preguntas y comentarios.

Mario Masvidal: La radio es un lugar privilegiado, que tiene más debate que la televisión y otros medios, pero se trata de un debate institucional. La opinión pública no suele tener voz en la radio cubana hoy. Esta se limita a ser receptora de la opinión de las personalidades que discursan verticalmente hacia ella, de manera que no hay una radio realmente participativa. En tantos años de Revolución, no hemos desarrollado una radio comunitaria, donde sea la comunidad quien decida qué se oye, se ve, o se discute; es como si estuviera divorciada de nuestra política. No se trata de preguntarle a la gente qué quiere escuchar, sino que ellos participen de la programación, de las decisiones editoriales. No estoy diciendo que hay que quitar los programas institucionales o las radios estatales, sino hacerlas menos verticales, horizontalizarlas más, buscar otras simetrías en las relaciones del debate, para poder mover ideas. ¿Por qué los que trabajamos, dirigimos u orientamos la radio, tenemos que saber lo que la gente quiere? ¿Por qué no se le pregunta a la gente? ¿Por qué no participan más? Pocos programas de la radio lo logran; la televisión, ni soñarlo.

En el Período especial, efectivamente, hubo un *boom* de los programas de debate radial; pero en la medida que se ha logrado estabilidad en el país, han ido reduciéndose y desapareciendo, porque existen personas e instancias que tienen miedo al debate. Se fue del aire el programa de Fabio Bosch; otro igual de Trinidad; y el último, que dirigía Giselle en Radio Progreso. Hace falta cultura del debate y cultura general en los directivos, aquellos que tienen la realización de la radio en sus manos, para lograr menos verticalidad. Ignacio Ramonet decía en la televisión cubana en noviembre pasado: «cuando se discursa verticalmente y no interesa, o no se sabe retroalimentar, se impulsa un ambiente, una atmósfera de silencio, y la reacción del público es el humor y el rumor».

Rolando Rivero: Yo tengo una opinión diametralmente opuesta. Se ha dicho que las novelas de Balzac exponían la sociedad de su tiempo, y me pregunto: ¿la nuestra

ahora se puede exponer así? ¿La radio puede estar abierta a todo, darle chance a todo el mundo? No, tiene que haber ciertas limitaciones, y mucho cuidado en lo que se dice.

Rubén David Orrio: Para mí, que estuve once años en la Seguridad del Estado, la importancia de la radio es indiscutible. Lo primero que hicieron en este país nuestros vecinos de la Sección de Intereses de los Estados Unidos, en la primera oportunidad que tuvieron, fue distribuir de forma gratuita diez mil radios. Si ellos le están dando esa importancia a la radio, huelga decir que nosotros también se la debemos dar.

Segundo punto: le tengo mucho temor a las palabras, y aquí se habla mucho. Estoy escuchando el concepto de *cultura de debate*. Yo los invito a cambiarlo por el de *cultura de respeto a la ley*, y de respeto a la libertad de palabra y prensa reconocidas por nuestra Constitución, nuestras leyes y nuestro Código de ética de la Unión de Periodistas de Cuba, los códigos de ética de las emisoras de radio, de los órganos de prensa. Montones de historias acerca de censuras, que se entienden como incomprendiones o falta de cultura del debate, lo que tienen detrás es una simple violación de la ley. El que la viola debe ser tratado como tal.

Le he preguntado a más de un periodista: «¿tú sabes qué es el Decreto Ley 191?». Me responden que no. Este es el Decreto Ley que actualmente rige la protección de la información oficial. Si el periodista no sabe cuál es el marco de derecho que tiene para proteger su país desde su posición partidista, estamos muy mal.

Antonietta César: Debemos procurar que la gente sea capaz de discutir y analizar. La radio tiene como enemigo su propia inmediatez, y la dificultad de que el servicio informativo se interrumpa en un momento determinado. Es un elemento informador y formador; pero a veces no da el mensaje completo, porque el servicio se interrumpe, y los que redactaron la información no se dan cuenta de que deben reiterar, para que los oyentes puedan entender de qué se trata cuando no han escuchado el parte noticioso completo. Así podríamos lograr que la radio tuviera más calidad. Es necesario hacer un poquito más cercano lo que transmitimos. La gente necesita que la ayuden a entender, porque para poder debatir, primero se tienen que enterar, con un material que esté bien hecho y bien cercano. La radio debe ser elegante para que se pueda imitar, porque es un medio para educar y crecer.

Enrique López Oliva: Yo soy corresponsal en La Habana de un medio extranjero, *El Monitor*, de México. Un debate similar a este se está produciendo en América Latina, donde la radio continúa siendo el principal medio de audiencia. En México, hay dos radios por cada ciudadano, más de 210 millones de aparatos, porque es el medio de mayor recepción, por encima de la televisión y la prensa escrita. Muchos estudiosos consideran que es el que tiene más credibilidad. Ahora la discusión se ha centrado en el tema de la participación. En otros países de América Latina existe un fenómeno que no se encuentra en Cuba: las emisoras privadas, y la tensión que se deriva de los monopolios dueños de los grandes medios. Estos hacen cadenas satelitales con programas, cápsulas que se repiten y están estableciendo una hegemonía en el campo de la radio, limitando las otras expresiones. También han surgido emisoras sindicales, por ejemplo, en Bolivia, donde casos como la Radio Minera y campesina tienen una gran tradición, desde la revolución del Movimiento Nacional Revolucionario (MNR) en 1952. Pero, ¿qué sucede con muchos de estos espacios? Que tienen un campo muy reducido, muy pocos recursos, y no se oyen más allá del perímetro donde radican; por lo tanto, su mensaje no llega al resto de los medios.

Por otro lado, tenemos las presiones de los distintos gobiernos sobre la radio. Nuestra emisora mexicana en estos momentos está enfrentada al gobierno de

Calderón, perteneciente al Partido de Acción Nacional y nos están hostigando constantemente; nos han obligado a reducir los anunciantes y eso nos afecta económicamente, porque en América Latina la publicidad es clave para sostenerse.

Me gustaría, por otra parte, que los panelistas se refirieran a la radio de onda corta, así como a la radio e Internet, un fenómeno que se está debatiendo mucho. Actualmente existen servicios de radio en Internet, que están ayudando a las pequeñas emisoras, transmitiéndoles programas, lo que enriquece las posibilidades de estas, que ahora cuentan con más recursos que antes.

Miguel Arencibia: En «El socialismo y el hombre en Cuba», el Che habló del pensamiento oficial, un cuerpo de ideas no es privativo de ningún país ni de ningún régimen, al que no le es simpático exponerse al debate. Felizmente, ese parásito del pensamiento se está eliminando de todas las corrientes filosóficas, porque se entiende que si no hay debate, no hay autorregulación del pensamiento. No me siento satisfecho del nivel de debate que existe en nuestro país, pero empiezo a tener un poco de esperanza.

Orlando Contreras: Yo no he tenido serios problemas con ese tipo de censura. He hecho cosas sin consultar, porque, si eres periodista, tienes que tener cierta personalidad; si no, dedícate a ujier. He dicho malas palabras en la radio, porque las malas palabras tienen determinada carga semántica y emocional. *Nuestra opinión* era un espacio internacional que yo hacía, y del que estuve separado un tiempo por determinadas causas. Para entonces, nadie quería hacer cosas nacionales, y yo me brindé. Llevo ya varios años haciéndolo. Ahora bien, ¿cómo se hace un comentario nacional? Igual que como un pitcher juega: tira rectas, *slides*, curvas, porque si no, pierde el juego. Yo he criticado a todo el mundo. Una vez dije en mi programa que las licencias de conducción se estaban vendiendo. Se formó un corre-corre tremendo. Pero a mí no me pasó nada.

Rafael Hernández: ¿Y la gente te escribe?

Orlando Contreras: Me escriben, cómo no, y me llaman por teléfono.

Rafael Hernández: ¿Te amenazan de muerte también?

Orlando Contreras: No, a mí nadie me ha amenazado de muerte, al contrario. He hablado de diversos temas, y nunca nadie me ha censurado.

Tamara Montes de Oca: La participación requiere de un comunicador preparado para asumir las inquietudes del otro lado. Le quiero formular al panel la siguiente pregunta: ¿nuestros radialistas se preparan, tienen perspectivas e interés en hacerlo, no solo en el dominio del medio radial, para así proponer una participación diferente a los que nos escuchan? ¿Realmente existen las vías para prepararse y asumir una actitud de diálogo, de debate, no de las maneras convencionales, sino inteligentemente? Se trata de romper con la conducta habitual que la gente tiene de reaccionar cuando existe la posibilidad de llamar a un número de teléfono, o escribir contando una anécdota. ¿Esas son las maneras de participación que queremos promover, esa es la participación a la que nos referimos en los medios de comunicación? ¿Hasta qué punto la radio puede proponer una participación diferente, un ejercicio de debate, de diálogo de otro modo? ¿Hasta qué punto los comunicadores que tenemos acceso al micrófono estamos preparados para hacer silencio en determinado momento, o promover que quien escucha se sienta motivado a ser parte de ese proceso?

Giorgis Ferrer: Los que trabajan en la radio deben decir la verdad. Nuestra nación está viviendo momentos que proyectan temas interesantes, para que abordándolos

crezca también la sociedad cubana. ¿Por qué no se dedica una emisión a la marginalidad en los barrios, a pesar de que resulta un problema social bien evidente? Una segunda pregunta: ¿cómo los que escuchamos la radio y nos interesa el tema que se está tratando podemos lograr hablar por teléfono o que se lean las cartas que escribimos?

María Matienzo: Compartiendo la inquietud de mi colega Tamara, me pregunto si, además del que tiene acceso directo al micrófono, los directivos de la radio están preparados para asumir ese debate.

Mario Masvidal: El debate radial es un programa de opinión, aunque no todos los programas de opinión son un debate radial. Los programas de opinión deben continuar, pero tiene que haber un espacio para la formación de la condición cívica del sujeto social, que yo siento ausente, a pesar de que decimos y pensamos que somos un pueblo instruido, de una alta cultura política. La radio no puede sustituir otros espacios de debate personal, interno, territorial, pero se suma a ellos, los potencia. Los directivos, los realizadores y los decisores tienen que ser cultos, para que el debate radial no se torne irresponsable, festinado, facilista.

Giselle Vázquez Gil: Programas como el de Luis Sexto, Orlando Contreras, Mario Masvidal, Ilse Bulit, Cary Duranza, son excelentes. Se trata de agregar ese otro tipo de participación y debate. Insisto: muchas personas no se contentan con ser representadas por los medios, porque quieren *estar* en ellos.

Anteriormente alguien se refería a la necesidad de ser cuidadosos con lo que genera este tipo de programas; sin embargo, creo que podría ser muy provechoso probar estos espacios de participación, de confrontación, porque la verticalidad, el discurso monolítico, lo que genera es apatía, una tolerancia mala. Claro que para que sean serios, no deben ser muchos, porque faltaría rigor, no se trata de llenar la parrilla de espacios de debate público. Desgraciadamente —le respondo a la primera periodista que habló— sí hay falta de conocimiento, sí se producen errores penosos. Hay que trabajar más, ganar más conocimiento puro y más cultura del debate específicamente, y ganarla todos: locutores, periodistas, investigadores, escritores, artistas, y especialmente quienes deciden. Los oyentes tienen capacidad de juicio; por tanto, debemos trabajar como moderadores inteligentes, preparados, también en el trato personal, en el mundo de las relaciones; entonces sí es posible. No se debe olvidar, en medio de toda esta teorización, el abandono material que tienen muchas de nuestras emisoras. Porque se necesita garantizar ciertas condiciones, para luego exigir motivación y preparación.

Ilse Bulit: A las dos jóvenes periodistas —Tamara y María— les digo que me ha dado mucha tristeza lo que han preguntado, porque hace veinticinco años, yo tuve la misma inquietud, la expresé y creo que nos debemos sentir muy tristes de que sigamos preguntando lo mismo y que la historia se siga repitiendo.

Luis Sexto: Soy profesor de la Facultad de Comunicación Social, y estoy afrontando un problema que me estresa: la falta de interés de la mayoría de mis cuarenta alumnos. El periodismo tiene un componente individual, relacionado con las aptitudes, el talento, y la valentía personal. El hecho de que yo aborde temas más escabrosos que otros colegas míos tiene que ver con todas esas cosas, y también con que soy un socializador público de un mensaje oficial. Trabajamos en un medio que es una institución, y que responde, en última instancia, al Estado. Tengo un dueño con el que no he firmado ningún contrato, aunque existe un contrato tácito, con las convicciones y la ideología. Somos socializadores de la opinión, y la opinión pública no se genera espontáneamente, porque si esto sucediera entonces es *doxa* y no

epísteme—como diría Platón. Nosotros, los especialistas, hacemos un poco de *epísteme*, es decir, propiciamos que la opinión pública trascienda su nivel de conciencia cotidiana para convertirse en algo más; esa es la importancia de los programas de opinión, de debates. Ahora bien, ¿qué le hace falta a los medios de nuestro país para desempeñar su función cabalmente dentro de los límites de nuestra sociedad y de las circunstancias? Necesitan ganar una autonomía que les permita autorregularse.

María de la Caridad Duranza: Después de la frase lapidaria de Sexto, quiero hacer referencia al encuentro de locutores que recientemente tuvo lugar en Ciego de Ávila. El planteamiento que primó allí por parte de todas las personas que hacen radio fue que carecemos de cultura general a todos los niveles, desde la persona que, en cierta medida, nos controla y dirige, hasta el último de los locutores. De manera general, esto es lo que más incide en los problemas que estamos teniendo, y por supuesto, afecta al público, que no es una masa sin rostro. Cuando hacemos un programa de debate y recibimos las llamadas de aquellos que nos escuchan, percibimos que no son personas superficiales o ingenuas, sino capaces de interpretar críticamente la realidad en que viven. Entonces, el debate se enriquece muchísimo con esas opiniones y reflexiones que comparten con nosotros. Por ello, hay que aumentar el nivel cultural del personal que trabaja en los medios, porque el beneficio es colectivo. Una persona más culta no solamente tiene un mayor nivel de información sobre determinados temas, sino también puede interpretar mejor las leyes a que hacía referencia el compañero Orrio, así como encontrar el mejor momento y la forma de plantear un problema para que nos ayude a todos. ¿Los que trabajamos en la radio tenemos el perfil cultural ideal? Evidentemente no. La forma de lograrlo estará dada por la intención personal de cada cual, y las normas que se establezcan en busca de un producto de mayor calidad. En la medida en que aumentemos nuestra cultura y que demostremos más respeto a las personas que nos escuchan, ayudaremos a la cultura del debate, que requiere de la opinión de otros que piensan distinto de ti.

Rafael Hernández: El propósito de nuestros paneles es la reflexión, conseguir que haya discusión, no uniformidad, ni coincidencia mecánica, y que la discrepancia no sea considerada como una especie de ofensa personal; poder escuchar al otro, porque eso forma parte de un proceso de enriquecimiento, aun cuando uno piense que el otro no tiene la razón. Este panel ha respondido exactamente a ese propósito. Gracias a todos.

Participantes:

Ilse Bulit. Periodista y asesora de radio.

María de la Caridad Duranza. Profesora y conductora de programas. Radio Metropolitana.

Luis Sexto. Periodista. *Juventud Rebelde*.

Giselle Vázquez Gil. Psicóloga e investigadora. Radio Rebelde.

Rafael Hernández. Politólogo. Director de la revista *Temas*.

Representación del sujeto femenino en la novela hispanoamericana contemporánea

Mariana Libertad Suárez

Profesora. Universidad Simón Bolívar, Venezuela.

Desde finales del siglo XIX y hasta la primera mitad del XX, en Hispanoamérica la producción literaria de mujeres fue relegada a un segundo plano. En esos años, no solo fueron publicadas muchas menos obras de escritoras que de escritores, sino que además la crítica literaria avalada por la Academia, se negó —casi en su totalidad— a asumir como objeto de estudio las pocas creaciones que salían a la luz pública. Ello desembocó en que, posteriormente, la Historia de la literatura las dejara al margen del proceso de sistematización.

En la década de los 60 comenzaron a surgir, dentro de la crítica literaria latinoamericana, algunos intentos por recuperar las obras escritas por mujeres, incluirlas en antologías y tratar de explicar su construcción desde el entorno social, político y económico en el que se produjeron. De hecho, a partir de los años 80, aparecieron libros eventualmente publicados en editoriales de gran tiraje y un sistema de distribución nada despreciable, y artículos como «Escritura femenina», de Laura Antillano,¹ «Feminismo y escritura

feminista en Puerto Rico», de Matilde Albert Robatto,² el clásico de Helena Araújo, *La Sberhezada criolla*³ o incluso monográficos de algunas revistas académicas dedicados, de manera casi exclusiva, a apoyar, explorar y estudiar la producción literaria de mujeres latinoamericanas.

En estos estudios se puede apreciar que, dentro del discurso literario latinoamericano de las últimas tres décadas, han surgido una serie de variantes en el proceso de representación de la mujer. Hay algunas miradas críticas que hablan de una nueva tipología dentro de esta escritura, y el personaje, que hasta los años 30 tenía como rasgo definidor el sufrimiento, ahora no solo dejará de sufrir, sino que se encargará de que también dejen de hacerlo quienes sufrían a su lado. Muchas veces se ha afirmado que aunque desde el comienzo mismo del siglo XX la participación femenina en el espacio público aumentaba progresivamente y, en consecuencia, la frustración, la soledad, el miedo al abandono y muchas otras constantes en la vida de cierto tipo de mujeres comenzaban a desaparecer, la representación literaria no dio cuenta de ese fenómeno —al menos de manera recurrente— sino a partir de los años 70.

Mención en el Premio *Temas* de Ensayo 2006, en la modalidad de Estudios sobre arte y literatura.

A este respecto se debe tener en cuenta que al hablar de «participación femenina» se emplean términos excesivamente abarcadores. Los cambios sociales de los que dan cuenta las novelas del siglo xx, afectan, en la mayoría de los casos, a mujeres privilegiadas étnica, social o económicamente, mientras que, aún en la actualidad, siguen sin escucharse otras voces. A pesar de lo antes descrito, algunas especialistas como Margara Russotto o Helena Araújo aducen que la escritura femenina latinoamericana de los últimos años es eminentemente reivindicativa y que, en lugar de mostrar los cambios sociales que se han llevado a cabo a lo largo de la historia, busca promoverlos e incluir en sus narraciones mecanismos de persuasión.

De igual forma, algunos estudiosos como Eleonora Cróquer⁴ o Willy Muñoz⁵ se atreven a afirmar que el auge de la narrativa femenina que dio origen a la escritura de todos estos artículos y demás textos críticos fue —y sigue siendo en la actualidad— un fenómeno fundamentalmente comercial, cuya vida se sustenta, entre otros elementos, en la necesidad, por parte de la intelectualidad europea, de demostrar cierta apertura de sus espacios para las subjetividades marginales, y al auge del feminismo como corriente política de pensamiento, en la segunda mitad del siglo xx. Contingencias que habrían convertido estas novelas en productos fácilmente consumibles por el público masivo, en el contexto de las caídas de las grandes ideologías. A partir de estas contradicciones surge el primer grupo de interrogantes: ¿Se puede asegurar la integración de la escritura femenina hispanoamericana a la estética dominante? ¿Las escritoras que reciben todo el apoyo editorial y publicitario son representantes de una minoría social? ¿Cuáles son los intereses ideológicos que se satisfacen con estas representaciones?

Para responderlas, proponemos una lectura sociocrítica de un grupo de novelas latinoamericanas publicadas en los últimos veinte años del siglo xx. Se trata de obras literarias muy estudiadas por la crítica, con un gran apoyo publicitario y editorial. El criterio principal para escoger estas y no otras novelas, es que la mayoría ha sido asumida por discursos oficiales como el de la crítica literaria o la Academia, como representativas de la escritura femenina latinoamericana. Se trata de los siguientes textos: de Chile, *La casa de los espíritus*, de Isabel Allende⁶ y *Muñeca brava*, de Lucía Guerra;⁷ de Cuba, *Café Nostalgia*, de Zoé Valdés;⁸ de México, *Como agua para chocolate*, de Laura Esquivel⁹ y *Mal de amores*, de Ángeles Mastretta;¹⁰ y de Puerto Rico, *La casa de la laguna*, de Rosario Ferré.¹¹ Este proceso posibilitará determinar la relación del sujeto femenino enunciador con los sujetos femeninos enunciados; es decir, permitirá reflexionar acerca del proceso de simbolización o lectura ideológica de la mujer burguesa,

mestiza o letrada sobre la otredad inscrita en su discurso, sobre los sujetos/objetos femeninos que interactúan dentro de sus ficciones.

Surge entonces una particularidad: no es posible aproximarse a esta narrativa sin tomar en cuenta su carácter dialógico con los discursos precedentes, que bien pudieran estar encarnados en la literatura escrita por mujeres en décadas anteriores, en la tradición imaginaria latinoamericana y, de manera mucho más directa, en las representaciones de género llevadas a cabo por el grupo de escritores conocido como el *boom* latinoamericano. Respecto a esto, es importante recordar que uno de los factores que determinó el agotamiento de los aportes estéticos de esa generación de novelistas fue su marcado elitismo. Basta con recordar a autores como Mario Benedetti cuando afirmaba que los autores del *boom* solían «escribir como si estuviesen alojados en cámaras herméticas, a prueba de sonidos y revoluciones».¹²

Ciertamente, no todas las obras de Carlos Fuentes, Mario Vargas Llosa, Gabriel García Márquez o Juan Rulfo estuvieron marcadas por ese signo; no obstante, es obvio que aquellas escrituras que determinaron el ingreso de estos autores al canon literario occidental —como *La casa verde*, *Cien años de soledad* o *Pedro Páramo*— fundamentaron su reconocimiento tanto en la experimentación formal, como en la formulación de grandes metáforas continentales, nacionales o culturales. Características que alejaban su consumo de las masas lectoras menos documentadas y/o menos familiarizadas con el discurso literario.

Partiendo de esta premisa, algunos críticos como Donald Shaw establecen que tras el agotado intento de edificar el esencialismo latinoamericano desde un discurso barroco, los novelistas del post-*boom* intentaron abrir sus horizontes hacia escrituras más sencillas como el testimonio, los discursos «periféricos» o la oralidad.¹³ Por eso, la crítica tradicional ha entendido la novela hispanoamericana escrita por mujeres en los últimos veinte años como una respuesta histórica a lo que fue la novela del *boom* y su corte pretendidamente totalizante. Basta recordar algunos artículos como «Llevando la contraria: el contracanto de Rosario Ferré»,¹⁴ «Como agua para chocolate de Laura Esquivel como lectura del manual de urbanidad de Manuel Antonio Carreño»,¹⁵ «El reciclaje del melodrama y sus repercusiones en la estratificación de la cultura»¹⁶ o el libro *La parodia en la nueva novela hispanoamericana*,¹⁷ donde se presenta esta novela en general, y la escrita por mujer en particular, como perlaboraciones¹⁸ de la literatura inmediatamente anterior. De aquí que no sea descabellado pensar que los sociogramas tejidos sobre los sujetos femeninos representados contengan, en sí, la mirada de los

escritores anteriores, junto con la réplica que han ido constituyendo estas escritoras.

Este discurso, además, estará atravesado por la nueva subjetividad dentro del campo cultural latinoamericano, que encarnaban las escritoras de llamado *boom* femenino. De aquí que, para el estudio de los sociogramas presentes en las obras que componen nuestro objeto de estudio, resulte primordial partir de los rasgos comunes de las escritoras que los formulan o, en otros términos, tomar en cuenta el lugar de enunciación: la clase social, el sexo, la ubicación geográfica y la fecha de enunciación, entre otros rasgos; junto con las particularidades del auditorio a quien va dirigida la ficción. Cruce que permitirá determinar si se trata de un proceso de autorización o desestabilización del discurso dominante.

Por otra parte, no debe dejarse de lado que el *corpus* de escritoras escogidas para nuestro estudio —muy homogéneo en cuanto a las variables sociales señaladas anteriormente— representa, además de la necesidad de exponer sus sociogramas en tanto resultados del diálogo de su escritura con la de sus predecesores, la oportunidad de encauzar el pensamiento colectivo y exponer una alternativa para el curso de la historia. Si bien es cierto que este grupo de escritoras ingresó al mercado avaladas por la máquina editorial, su presencia dentro del espacio público todavía se asumía como inestable, con lo cual una de las finalidades que debía perseguir su discurso era fundar un espacio de pertenencia para la nueva mujer escritora e intervenir el discurso histórico desde su perspectiva.

Esta posición ambigua, que les permite ser, al mismo tiempo, productoras y producto del discurso que enuncian, propicia de alguna manera que se adscriban —por medio de su narrativa— a ciertas categorías del pensamiento occidental y, al mismo tiempo, empleen otras tantas para designar a los sujetos femeninos que circulan por sus ficciones. De ahí que, para facilitar la aprehensión del imaginario de las escritoras que componen nuestro *corpus*, orientemos nuestro análisis hacia la construcción sociogramática de los arquetipos femeninos tradicionalmente representados: la madre, la virgen y la prostituta. De igual forma, dadas las especificidades de las obras aquí estudiadas, consideramos imprescindible añadir a la heroína épica o trágica, junto con su derivación andrógina. Cabe recordar que, en estas novelas, las voces narrativas asumen una de las máscaras tradicionales de la feminidad como lugar de enunciación, y la justifican por medio de la especularización de los otros arquetipos.

Al respecto, es importante recordar que en el libro *La diosa*, Susana Husain plantea que la visión religiosa —hegemónica— de la feminidad en las culturas occidentales se encargó de separar, dentro de la misma

representación, el universo espiritual y el carnal o sexual.¹⁹ De hecho, en algunas representaciones la diosa contenía un lado masculino ligado con la espiritualidad, y uno femenino relacionado con los placeres de la carne. Apunta el autor que el fin de la concepción de una divinidad femenina se debió, precisamente, a la necesidad de atribuir a las mujeres ese poder de seducción y de goce, negado por completo a los hombres. Las prostitutas, que hasta entonces habían sido concebidas como encarnaciones de las diosas, pasaron a ser demonizadas y condenadas por los textos sagrados. Añade que, en lo adelante, la divinidad femenina fue expulsada de los templos. Como elemento ilustrador, menciona el mito de Lilith.

Esta representación simbólica, que ha sido reivindicada en ocasiones por escritoras contemporáneas, fue en principio concebida como compañera de Adán, el primer hombre según la Biblia; no obstante, según cuentan otros textos sagrados que absorbieron la representación, esta figura femenina chocó con Yahvé porque quiso ponerse encima del hombre durante el acto sexual. Después de haber cometido tal irreverencia, Lilith vuela y se esconde en una cueva cerca del mar, se convierte en la amante de Asmodeo —un monstruo marino— y comienza a colarse en las camas bien de los amantes, a quienes lleva a cometer perversiones durante el acto sexual, bien de los hombres, quienes eyaculan sin haber tenido contacto con ninguna mujer. Este semen, no empleado para la procreación, era parcialmente utilizado por Lilith con la finalidad de embarazarse y parir miles de demonios. Tal satanización de la prostituta dentro del imaginario occidental resultó sumamente útil en la sociedad burguesa del siglo XIX, pues

[l]a prostitución era así responsabilidad exclusiva de la propia prostituta, de forma que era fácil que el hombre de clase media se viera a sí mismo como la víctima desamparada de estas sirenas y vampiros tentadores que poblaban las calles, estas voluptuosas criaturas de la clase obrera que no parecían sentir ninguna de las reticencias de la mujer burguesa hacia el sexo.²⁰

A pesar de ello, el paso de los años hizo que la mirada sobre estas mujeres cambiara y, después de la concepción romántica que dio origen a las vampiresas y mujeres fatales, a lo largo del siglo XX el poder que el miedo a lo desconocido implica fue sustituido por la compasión. Desde los años 60, el discurso cultural de occidente se encargó de juzgar moralmente a las prostitutas e incluso en ocasiones llegó a convertirlas en víctimas. Un ejemplo claro de ello es la visión que se presenta de la prostituta como *otredad* en las novelas latinoamericanas del *boom*, textos con los que dialogan constantemente las autoras de nuestro *corpus* en su construcción sociogramática de la prostituta.

Para comprenderlo, resulta necesario partir de algunas de las representaciones en las obras de los autores del *boom*. De manera si se quiere arbitraria, hemos seleccionado a tres de los escritores más emblemáticos: Mario Vargas Llosa, Gabriel García Márquez y Juan Rulfo. En la novela del peruano *La casa verde*, por ejemplo, la prostitución como fenómeno es asumida casi como un sino trágico. Las indígenas, por haber sido sacadas de su entorno, no encuentran ninguna otra posibilidad de integración al espacio público, ni de reconocimiento social; en consecuencia, se ven obligadas a aceptar las exigencias del mercado y a vender su cuerpo. Aunque la voz narrativa no presenta una visión del todo condenatoria, las prostitutas de esta novela siempre aceptan su destino, nunca intentan fabricarse uno. Aún más, dada la visión esencialista que se presenta a lo largo de toda la novela, pudiera entenderse que la prostitución viene a ser una suerte de castigo para las indígenas que han abandonado su pueblo.

Una visión un tanto menos compasiva, pero igualmente reduccionista, es la que presenta este escritor en *Pantaleón y las visitadoras*. Donde, las prostitutas son también víctimas del destino, padecen y reaccionan ante las circunstancias; no obstante, aunque solo sea en calidad de objeto, tienen el poder de alterar el *status quo* e interferir en la vida de quienes las rodean. Dentro de este texto, no son parte del sistema, pero sí utilizadas como arma para desacreditar un régimen. Su actitud no es evaluada por la voz narrativa, solo se juzga el comportamiento masculino frente a esa actitud.

Gabriel García Márquez, por su parte, asume un enfoque mucho menos determinista que Vargas Llosa; no obstante, en ciertos casos la victimización también se hace presente. Si bien es cierto que en *Cien años de soledad*, la prostituta es de los pocos personajes femeninos que presentan alguna complejidad y, además, es merecedora de admiración, en alguno de sus cuentos, como *La cándida Eréndira y su abuela desalmada*, la mirada de este autor sobre la prostitución varía un poco. Eréndira —la niña que quema las pertenencias de su abuela y es obligada a prostituirse para poder remediar el daño causado— es también una víctima de las circunstancias y del resto de los personajes que la rodean; todos ellos se encargan de maltratarla y abusar de su indefensión a lo largo de la historia.

En cuanto a la visión de Rulfo, vale la pena recordar los comentarios de Carol Wasserman:

La pobreza conduce a la desesperación y la desesperación a tragedias como la prostitución de las niñas. Desde la primera oración del cuento [«Es que somos muy pobres», de Juan Rulfo] el tono deprimente se fija: «Aquí todo va de mal en peor [...] La que sufre más es Tacha, cuya vaca fue «tachada» de su vida, llevada por el río. Así también fue «tachada» la vida honrada y

feliz de un buen matrimonio, si solo fuera por esa dote del animal».²¹

Una vez más se presenta la prostitución como una consecuencia de la pobreza, el abandono y las presiones del destino. El tejido sociogramático construido por Rulfo se emparenta con la mirada de Vargas Llosa y de García Márquez; los tres se encargan de dar cuenta de una visión del mundo androcéntrica y burguesa. Como el posicionamiento narrativo lo permite, muestran una supuesta apertura hacia la marginación, entonces incluyen en sus textos prostitutas que, desde esa mirada caritativa, no tuvieron otra opción que serlo.

Dentro del cuerpo de novelas analizadas esta mirada está presente y en diálogo constante con la postura de las autoras. Las dos obras donde se elabora más detenidamente el sociograma de la prostituta son *La casa de los espíritus* y *Muñeca brava*. En este último texto no solo se erige un burdel como principal centro de las acciones, sino que hay una referencia directa a la figura de Lilith y su descendencia. En ambas, la primera mirada que se presenta sobre las prostitutas es la tradicional y recurrente en la escritura hispanoamericana masculina de los años 60. Las prostitutas son víctimas de su destino; basta con recordar el diálogo que se entabla dentro de la cárcel en *Muñeca brava*, donde todas explican ante cuáles circunstancias reaccionaron para convertirse en prostitutas. Lo mismo ocurre en la obra de Allende, cuando la voz narrativa de Alba construye la figura de Tránsito Soto como parte del espacio otro; no pertenece a su saga familiar, en consecuencia, tiene pocas posibilidades de enfrentar el destino.

Ciertamente, en la novela de Lucía Guerra se evidencia el claro propósito de acabar con el problema de la negación de la sexualidad femenina; no obstante, de toda la muestra, este es el texto que presenta más contradicciones al respecto. En principio, la autora deja clara su apuesta por negar la convención de la novela rosa que establece como irrenunciable la dupla mujer/objeto sexual. De hecho, las prostitutas —el objeto sexual por antonomasia, dentro del discurso patriarcal— representadas en el discurso, sienten y expresan sus deseos por cuerpos específicos, al tiempo que se involucran afectivamente con hombres determinados; sin embargo, esta conducta mostrada en un primer momento como innovadora por la voz femenina que narra, es descalificada más adelante.

En otras palabras, en el marco de estas dos novelas, si las prostitutas deciden adoptar la conducta de los héroes épicos fundacionales, tendrán la oportunidad de construir su destino y alejarse así de las circunstancias que las han convertido en víctimas. Por eso, los personajes de *Muñeca brava* se convierten en heroínas trágicas que esperan ansiosas, desde la muerte, la llegada de las redentoras que vengarán su honra y la de su

A partir de los años 80, aparecieron libros —eventualmente publicados en editoriales de gran tiraje y un sistema de distribución nada despreciable—, artículos, e incluso monográficos de algunas revistas académicas dedicados, de manera casi exclusiva, a apoyar, explorar y estudiar la producción literaria de mujeres latinoamericanas.

pueblo; al igual que cuando Tránsito Soto, en *La casa de los espíritus*, decide colaborar en la liberación de Alba, se convierte en sujeto productor; es decir, cumpliendo con todas las exigencias demandadas a los sujetos sociales del capitalismo, crea su propio prostíbulo, produce un bien de consumo, lo comercializa y, con ello, recobra la dignidad a los ojos de Esteban Trueba y, por extensión, ante la voz narrativa.

También es importante tener en cuenta que dentro de la obra de Isabel Allende, Tránsito Soto logra su desarrollo económico y la integración al espacio público gracias a una ayuda económica que le ofrece Esteban Trueba. Un día, tal como lo expresa este personaje masculino «se sintió generoso después de hacer el amor», entonces, desde su sentido de la caridad, contribuyó a la integración a la sociedad de este sujeto marginado. Dado el tono totalizante del texto, no resulta particularmente llamativo que ella haya tenido la oportunidad de devolverle el favor y saldar la deuda.

Con respecto a la construcción sociogramática de la prostituta en estas dos novelas, se podrían establecer dos conclusiones. En primer lugar, la intención evidente de las autoras de contestar a los escritores del *boom* se alcanza de alguna manera, dado que si bien se produce cierto proceso de aceptación de la condición de víctimas que les ha sido atribuida a las prostitutas, también hay un replanteamiento de su capacidad de reacción. Incluso no sería descabellado hablar de un proceso de redención que, a diferencia de lo que ocurre en el marco de la moral cristiana, ya no depende de su arrepentimiento, sino del empleo de las capacidades de esta tipología femenina para ascender en el esquema de dominación. En segundo lugar, al tomar el símbolo de la prostituta —mujer/objeto/víctima por excelencia— como uno de los constructos femeninos más importantes dentro de sus respectivas narraciones, estas autoras buscan, de alguna manera, acumular ciertos ideologemas presentes en la literatura de todos los tiempos, y así negarles cualquier posibilidad de valoración. O, lo que es lo mismo, si las prostitutas son, al mismo tiempo, pecadoras y víctimas, objetos sexuales y sujetos del placer, sujeto y objeto del amor, cualquier valoración moral que se quiera hacer sobre ellas perderá por completo el sentido.

A pesar de ello, sería ingenuo considerar que las voces narrativas de estos textos no realizan ninguna evaluación ideológica sobre esta o cualquier otra tipología femenina. Tanto en *Muñeca brava* como en *La casa de los espíritus* hay una intención de desdejar los ideologemas previos y dar lugar al diálogo; sin embargo, la prostitución sigue siendo considerada una condena que, solo cuando es empleada para satisfacer los intereses neofundacionales de los sujetos femeninos burgueses y letrados, toma los matices de una estrategia de sacrificio digna de admiración. Tendencia que se verá reforzada en la novela mexicana *Como agua para chocolate*. En esta obra, la prostituta encarnada en el personaje de Gertrudis, además de trabajar en un burdel durante varios meses, se une a la Revolución mexicana y comanda un batallón. Aquí también la prostitución es vista como una práctica pasajera, y Gertrudis, más que ningún otro constructo, llega a ejercerla como una reacción ante un estímulo externo. Dada «su sangre mulata y la ingesta de codornices con pétalos de rosas», se marcha e intenta agotar la pasión que lleva dentro; después de hacerlo, ya se ha liberado de muchas presiones y solo entonces puede construir el futuro de la nación, al igual que los sujetos masculinos.

Paradójicamente, la obra de Esquivel —sin duda, una de las más esencialistas de la muestra— expresa una valoración menos compasiva de la prostituta. Al entrar a trabajar en el burdel, Gertrudis recibe la reprobación de Mamá Elena, símbolo de la tradición, y el apoyo incondicional de su hermana Tita. Se inicia así un enfrentamiento de ideologemas que en ningún caso desemboca en una construcción caritativa. A pesar de ello, también hay cierta evaluación positiva de la voz narrativa en el hecho de que Gertrudis abandone la prostitución y se una a la revolución. En la construcción sociogramática de la prostituta presentada por Esquivel es fácil percibir el discurso de los autores consagrados del *boom*, que pretende ser desdicho por la voz de la mujer. La masculinización de Gertrudis, y el hecho de que obligue a los hombres de su batallón a cocinar para ella —es decir, la feminización de los militares—, devela la visión ideológica de la autora, quien al igual que el resto de las escritoras que componen la muestra, presenta un *telos* de conducta femenina irrenunciable

para los personajes. Aunque decidan asumir otras máscaras arquetípicas, su destino debe ser el de heroínas que representen y redignifiquen al resto de los sujetos femeninos.

Aunque sea evidente la relectura del ideograma de la prostituta en estas obras, la diferencia entre las construcciones de las novelas de nuestra muestra y la de las obras del *boom* no es tan marcada como, por ejemplo, en el caso de la imagen de la madre. Cabe recordar que uno de los elementos atribuidos a la identidad de género femenina y despreciado por aquellos discursos que pretenden insertar a la mujer en la parte alta del esquema de dominación es, precisamente, la función reproductora. No por casualidad en la mayoría de los textos de la muestra las heroínas serán necesariamente huérfanas, hijas de madres abandonantes o simplemente habrán construido su *imago* materna en un personaje femenino diferente a la madre biológica.

Como punto de partida para el análisis de la construcción del símbolo de la madre en estas obras resulta imprescindible volver sobre las teorías jungianas del arquetipo. El autor afirma en *Arquetipos e inconsciente colectivo*:

El arquetipo de la madre tiene, como todo arquetipo, una cantidad casi imprevisible de aspectos [...] Las características de este son: lo «materno», la autoridad mágica de lo femenino, la sabiduría y la altura espiritual que está más allá del entendimiento; lo bondadoso, protector, sustentador, dispensador de crecimiento, fertilidad y alimento; los sitios de la transformación mágica, del renacimiento; el impulso o instinto benéficos; lo secreto, lo oculto, lo sombrío, el abismo, el mundo de los muertos, lo que devora, seduce y envenena, lo que provoca miedo y no permite evasión.²²

La madre entonces, al igual que la prostituta y el resto de las representaciones universales, se moverá entre dos polaridades: la maldad extrema y la bondad absoluta. En occidente, al menos dentro de las representaciones religiosas que se sucedieron a partir de la Edad Media, la imagen materna estuvo más cercana a la pureza, la espiritualidad y el amor. De hecho, la deificación de la mujer, su construcción como divinidad intocable y esencialmente sobrehumana viene dada, en gran medida, por la relación mujer-virgen-maternidad.

La madre buena y dadora, representada por Deméter, Isis, Astarté, Cibele, Atagartis y María, es por definición un constructo relacional. Todas son madres de un Mesías o de un Dios, y su importancia dentro del sistema de creencias radica en el hecho de renunciar a su individualidad para entregarse a la vida de un dios. Llama la atención que —tal como señala Husain— en el caso particular de los relatos bíblicos, la Virgen María sea dejada de lado por completo a lo largo de la historia, y solo se le hagan referencias en el

episodio del nacimiento de Jesús y en el de la muerte. A pesar de ello, dentro de la cultura occidental en general, y de la latinoamericana en particular, se desarrolló a lo largo de los años una suerte de adoración por la figura de la madre virgen y virtuosa. Aún más, en su artículo «Factores estructurales asociados a la identidad de género femenina. La no-inocencia de una construcción socio-cultural», Almudena Hernando señala:

Obsérvese lo que sucedió en el siglo XII en relación a estas últimas: para frenar el proceso de individualización en las mujeres que era inherente a las transformaciones sociales que se estaban viviendo, la iglesia dio inicio al culto de la Virgen María [...] que como bien sabemos, constituye la idealización de la mujer no individualizada, de la madre generosa que renuncia a los deseos personales, incluido el más natural —por biológico— de ellos: el sexual.²³

Según estas afirmaciones, para el momento en que se llevó a cabo la conquista de América y su apresurada occidentalización, el culto a la Virgen María ya se había consolidado, por lo que podemos inferir que dentro del imaginario que se impuso en el continente, la madre dadora se erigió como uno de los centros. A este respecto, también es importante recordar algunos cultos particulares como el de la Virgen de Guadalupe, en México o la Virgen de Coromoto, en Venezuela, que cargan consigo la adoración, entronización y deshumanización de la mujer madura o de la matriarca.

En las obras del *boom* mencionadas anteriormente, esto se hace muy notorio. Por ejemplo, en *Cien años de soledad*, de Gabriel García Márquez, toda la saga de los Buendía gira en torno a Úrsula Iguarán, la matriarca encargada de proteger a la familia de su destino. No puede ser casual que la stirpe se extinga justo después del fallecimiento de Úrsula, cuando ella y su memoria se han desvanecido. Sin Úrsula, no se puede evitar el incesto, ni la desaparición total de la stirpe. Además, este personaje femenino se construye como la principal fuente de cobijo dentro de la obra. En la casa —espacio que, coherentemente con su construcción arquetípica, se encuentra bajo el dominio de Úrsula— la matriarca hospeda a cualquier desamparado, desde su hija adoptiva, Rebeca, hasta el gitano Melquíades; cuida de que no se pierdan los nexos afectivos, recibe señales de los muertos de la familia cuando acaban de fallecer. Úrsula es, sin duda, uno de los personajes femeninos más complejos del texto; pero, tal vez por eso mismo, su carácter dador y protector la acerca solo a la representación simbólica de la madre, no de la virgen.

En esta misma novela, el autor construye a Remedios la bella, personaje femenino que al contrario de la construcción arquetípica de la virgen, no se sacrifica ni renuncia a los placeres, simplemente se comporta según sus deseos (o su abulia), y por su pureza asciende

al cielo en cuerpo y alma. Remedios la bella, al igual que Úrsula, son construcciones sociogramáticas que tienen dentro de sí una confluencia de ideologemas occidentales acerca de la participación de la mujer en el espacio público y privado, y sus funciones dentro de la sociedad. Por medio de estos dos personajes, García Márquez desdice muchos de los atributos tradicionales de las imágenes de la mujer y, al mismo tiempo, reivindica la maternidad. Plasma en estos constructos la adoración a las madres y las vírgenes, propias del imaginario social y cultural latinoamericano; aunque cuestiona —por medio del diálogo de ideologemas que supone el sociograma— la incompatibilidad de la madre con la expresión del deseo sexual.

Esta exaltación al arquetipo materno es mucho más vistosa en *Pedro Páramo*, la novela de Juan Rulfo. Dentro de esta obra, la madre no solo representa uno de los constructos iniciadores del héroe épico, sino que es la encauzadora del viaje fundacional. El protagonista de la novela viaja para cumplir los deseos maternos y rescribir la historia común, y aunque —dada su condición de héroe neoeépico— represente a un colectivo que debe ser dignificado, la respetabilidad de la madre es el principal bien que recuperar. Llama la atención que dentro de esta novela, al igual que en la mayoría de las obras latinoamericanas del *boom* donde se hace referencia a la maternidad, las figuras de la madre y el padre sean antagónicas y, como consecuencia, el amor por una de las figuras de autoridad supone el enfrentamiento con la otra.

Curiosamente, en ninguna de las novelas de Vargas Llosa publicadas en esos años, la figura de la madre tiene una importancia capital. Este arquetipo no forma parte de su imaginario salvo en contadas excepciones, como en el caso de *La señorita Tacna*, obra reseñada por Carol Wasserman:

Belisario y la perpetua búsqueda de Vargas Llosa por saber por qué y cómo se escribe no eran inseparables de la vida de la vieja Mamaé y todo lo que le dio al sobrino para que él pudiera ser escritor y no abogado. (La Mamaé, la mujer que no fue madre nunca pero que funcionaba como una segunda madre/ abuela para los hijos/ nietos de Carmen y Pedro; de aquí el nombre, la mamá é de Elvira, creado por aquellos hijos).²⁴

Más adelante, la autora menciona el referente de la realidad tomado por Vargas Llosa para la elaboración de este personaje: una tía solterona, prima de su bisabuela, que representaba una institución dentro del grupo familiar. Al leer a Mamaé como una construcción imaginaria, habría que comprenderla al margen del referente; no obstante, también podría asumirse este personaje como la lectura ideológica de esa proyección simbólica —consciente o inconsciente— que, en caso de que fueran ciertas sus declaraciones, representó la

tía solterona en el imaginario personal del escritor. Por ello llama la atención que, aunque de los tres autores sea quien menos importancia da al arquetipo materno dentro de su obra, Vargas Llosa presente una figura materna virginal, ajena a sus propios deseos, y construida desde y para el otro. También resulta significativo que para este autor, al igual que para las escritoras que componen nuestra muestra, la función reproductora no necesariamente está relacionada con la del cuidado y la protección.

A pesar de la particularidad que, al respecto, supone la novelística del escritor peruano, la figura de la gran matriarca, propia del imaginario cultural latinoamericano, atraviesa las obras del *boom*. Tal vez por ello las escritoras del *corpus* se encargan de llevar ese arquetipo hasta el plano de la conciencia, cuestionarlo desde la racionalidad y, a partir del manejo de símbolos recodificados, edificar paralelamente una nueva definición de la maternidad como fenómeno y de la madre como imagen. Según Carol Wasserman;

a partir de las autoras de los años ochenta, «la feminidad» de la mujer ha comenzado a ser interrogada, cuestionada y redefinida y lo que resalta más son las relaciones entre las madres y sus hijas además de cuál será en el futuro el rol de la madre: la tradicional o la moderna, la que trabaja exclusivamente en casa o la que sale a trabajar, la que ve la satisfacción en todos los aspectos de la vida o la que sigue sirviendo al hombre.²⁵

A este respecto, es importante recordar la topicalización de todos estos temas dentro de las obras de la muestra, y también —a la par de un discurso si se quiere rupturista— la presencia recurrente de los símbolos más tradicionales dentro de las construcciones sociogramáticas contenidas en estas novelas; por ejemplo, las relaciones madre-tierra, madre-casa, o protección-virtud. No obstante, el primer elemento que se cuestiona —siguiendo la tradición de los escritores del *boom*— es la relación entre la madre dadora y la virginidad. De hecho, una tendencia dentro de estas escrituras es el enfrentamiento con el discurso prescriptivo tradicional de las novelas rosa y los cuentos de hadas y, por extensión, con los constructos maternos allí contenidos.

Hay ejemplos de ello en casi todas las obras del *corpus*. Doña Martina —en *Muñeca brava*— encarna, al mismo tiempo, la figura materna y una ex prostituta; Mamá Elena, la de *Como agua para chocolate*, a pesar de su rigidez y de su apego a la moral cristiana, había tenido un romance extramatrimonial con un mulato; y la voz narrativa de *Mal de amores* aclara que el cuerpo de Josefa Veytia, junto con el de su marido, se volvían más briosos a medida que hacían el amor con más frecuencia. Estos tres constructos son, sin duda, sujetos sexuales ajenos a la designación de la madre virgen; sin embargo, los tres

conservan la relación simbólica con la casa, con la memoria y con lo metafísico, propios de la visión arquetípica de la madre. Se estaría produciendo entonces una representación imaginaria particular que, al parecer, fue recurrente en Europa a finales del siglo XIX y comienzos del XX. Según Dijkstra,

[u]na vez que los científicos de la década de 1860 habían redescubierto la naturaleza sexual de la mujer —de manera que esta ya no podía continuar siendo la virginal salvaguarda del alma—, los artistas y escritores resucitaron las antiguas asociaciones mitológicas que la relacionaban con la fertilidad [...] el concepto de mujer como virgen entronizada se veía fácilmente alterado y la convertía, ahora, en la naturaleza entronizada. Su forma de concepción cuasi inmaculada pasaba a ser una fertilidad indiscriminada, su caridad de corazón se convertía en un reglo de pechos rebosantes de leche.²⁶

Por eso no es de extrañar que dentro de *Muñeca brava* —aparentemente la novela más contestataria de este grupo—, al tiempo que la representación de la madre se aleja del arquetipo de la virgen y se acerca al de la prostituta, se hagan referencias directas y constantes a la *Madre Patria*. Dada su condición de heroínas trágicas, las prostitutas de dicha historia deben sacrificarse por su madre simbólica: la nación. Aunque esta sea la novela en la que se acentúa más la naturalización y consecuente objetivización de la madre, no es el único texto de la muestra donde esto ocurre. Otro tanto se puede leer en la novela *La casa de la laguna*, de Rosario Ferré. En ella, la imagen que se construye de la madre —aunque, al igual que en el caso de los novelistas del *boom*, es completamente asexuada— presenta una relación directa, y plenamente justificada, con la figura del *ángel del hogar*; al tiempo que se propone una relación consciente y expresa de la matriarca con la isla de Puerto Rico.

Como oposición a esta construcción sociogramática, aparece la mirada de la madre y de la maternidad en *Café Nostalgia*, de Zoe Valdés. En este texto, las madres físicas de los héroes o heroínas que emprenden el viaje épico están completamente ausentes, son omitidas o, en el mejor de los casos, construidas solo como parte de un pasado remoto. A pesar de ello, la intención de encontrar o crear una identidad estática, un lugar de pertenencia y un territorio propio, recrea en este discurso, una vez más, la figura de la madre-naturaleza que es, a un tiempo, la madre-patria. Los embarazos son mencionados dentro de esta novela como una condición vergonzante que debe ser —y de hecho es, a lo largo del texto— evitada a toda costa o interrumpida. Resultan imposibles de obviar, a este respecto, los comentarios de Rosario Castellanos, expresados en «La mujer y su imagen»:

La preñez es una enfermedad cuyo desenlace es siempre catastrófico para quien la padece.

Parirás con dolor, sentencia la Biblia. Y si el dolor no surge espontáneamente, hay que reforzarlo. Repitiendo las consejas tradicionales, rememorando ejemplos, preparando el ánimo para dar mayor cabida al sufrimiento, incitando al gemido; a la queja [...] ¿El precio está pagado? No por completo aún. Ahora el hijo va a ser acreedor implacable.²⁷

Llama la atención que en *Café Nostalgia* —tal como lo describió Castellanos años antes—, aunque el sacrificio sea uno de los valores destacados por la voz narrativa en la actitud de la heroína, el sufrimiento doméstico no tenga el mismo matiz que aquel que se presenta como consecuencia de la participación en los grandes acontecimientos de la historia. El sufrimiento durante el parto, o el dolor de parir, no son dignos de estos personajes que están rescribiendo la tradición y la historia de la humanidad. Por eso, no sorprende que en busca de la presentación de un nuevo sujeto femenino latinoamericano, capaz de integrarse por completo al sistema productivo y, consecuentemente, a la lucha por el poder en el espacio público, las autoras de esta muestra les dieran un tinte épico a sus novelas. Ellas requerían una nueva heroína que, aunque incluyera en su perfil sociogramático el arquetipo de Artemisa, no dejara de presentar sus propias particularidades. Dice María de Jesús Salinero:

Durante las primeras décadas del siglo XX, y a medida que la mujer va progresando en sus reivindicaciones de igualdad e independencia, su imagen se va transformando adaptándose a la imagen masculina en clara mimesis; es decir, adquiere los hábitos del hombre, se adueña de su indumentaria, y su cuerpo abandona las curvas para ir adquiriendo una imagen «efébrica».²⁸

A pesar del esencialismo de este planteamiento, es innegable que dentro de muchas de las creaciones literarias de mujeres se ha intentado repetir discursos —más allá de que pudieran ser calificados como masculinos o femeninos— reproductores de una concepción dicotómica de la realidad; imágenes que aparecen como constantes dentro de la historia de la literatura occidental y que, en el caso específico de las representaciones imaginarias dentro del discurso novelesco, se fundamentan en una concepción maniquea del mundo. Las figuras efébricas de las que habla María de Jesús Salinero vienen a ser reproducciones de arquetipos masculinos que ahora sirven como referente a personajes femeninos y que, en la mayoría de las novelas que componen esta muestra, son evaluados de manera muy positiva por parte de la voz narrativa; mientras que los arquetipos tradicionalmente empleados para la construcción y comprensión de los sujetos femeninos son descalificados y reescritos constantemente.

Con esto no pretendemos negar que dentro del imaginario occidental la figura de la mujer guerrera no haya sido representada recurrentemente; no obstante,

las representaciones del siglo xx de las que habla la especialista antes mencionada —y que pudimos detectar dentro de las novelas que componen nuestra muestra— no son precisamente derivaciones de Artemisa, Diana o Minerva, más bien parecen descendientes de Apolo o Patroclo. Para explicar mejor nuestras consideraciones en torno a esta estructura imaginaria, es importante partir de la figura arquetípica de la guerrera:

Cuando se destaca su aspecto letal y se excluyen otras manifestaciones más vitales, nos encontramos con diosas guerreras como Kali, Sejmet y Anat. En tanto guerrera, se le representa como feroz luchadora y defensora del universo [...] La diosa suele manifestar su aspecto más feroz cuando protege los misterios femeninos, como sintetiza su propia virginidad: el poder concentrado de su sexualidad intacta la convierte en una enemiga invencible.²⁹

Si se parte de la visión occidental más apegada a la tradición, no debería resultar extraño que una imagen femenina tomara parte en un conflicto bélico para proteger o defender al otro; incluso el hecho de que las diosas guerreras occidentales sean, en su mayoría, mujeres vírgenes resulta particularmente esclarecedor ya que al serles negada la maternidad física, optan por apadrinar a todos los miembros de su colectivo, por cuidarlos y defenderlos de las fuerzas externas. En su calidad de heroínas, las protagonistas de estas novelas tienen esa función representativa; sin embargo, su deber no es la defensa del misterio femenino, sino su erradicación o al menos su develación parcial.

Uno de los primeros tópicos reformulados dentro de la construcción sociogramática de la heroína es su calidad de sujeto sexual. La virginidad ya no es símbolo de virtud sino, al contrario, las protagonistas de estas novelas son todas sujetos deseantes. Aunque a simple vista este rasgo pudiera acercarlas a la tipología de la vampiresa, todas y cada una de las autoras se encargan de topicalizar y evaluar favorablemente la relación entre la sexualidad y el amor. A pesar de haber separado el sexo de la función reproductora, la concepción de la pareja —heterosexual en once de los doce casos— sigue siendo parte de los atributos femeninos. Cabe recordar una vez más a la mexicana Rosario Castellanos:

¿Qué connotación tiene la pureza en este caso? Desde luego es sinónimo de ignorancia. Una ignorancia radical, absoluta de todo lo que sucede en el mundo, pero en particular de los asuntos que se relacionan con «los hechos de la vida» como tan eufemísticamente se alude a los procesos de acoplamiento, reproducción y perpetuación de las especies sexuadas, entre ellas la humana. Pero más que nada, ignorancia de lo que es la mujer misma.³⁰

Este hecho aleja a las heroínas presentes en el texto de la animalidad propia de las mujeres sexuadas dentro del imaginario del siglo xix, al tiempo que las acerca a los códigos de honor que regían la conducta masculina dentro de la moral cristiana y burguesa. Por otra parte,

el valor para desafiar las leyes, presente en textos como *Mal de amores*, *Muñeca brava* o *Como agua para chocolate*; para contar la «verdadera» historia, dentro de *La casa de la laguna* o *La casa de los espíritus*; o para hacer un nuevo recorrido épico, en *Café Nostalgia*, tiene como punto de partida la necesidad de modificar la imagen femenina dentro del universo referido en los textos, más que de su protección, como en el caso de las diosas guerreras. Desde este punto de vista, el tipo femenino en torno al cual se construyen dichas obras presenta, entre otros, los siguientes elementos propios del ideograma del héroe: por una parte, la inadecuación al entorno social da pie a la mayoría de las acciones políticas y personales de estos personajes, el universo que los rodea no los satisface, por eso, se ven en la necesidad de tomar las armas y modificarlo; por la otra, al menos en la mayoría de las novelas, la ascendencia de las heroínas y su linaje quedan claramente especificados para el lector. Un narrador omnisciente, o bien la voz narrativa de la heroína presenta sus guías, construye los sujetos femeninos de los que la protagonista es consecuencia, cada uno de estos personajes bien puede ser considerado defensor de una «craza de antaño». A este respecto es importante recordar otro arquetipo, el de la diosa de la búsqueda:

La diosa tiene muchas implicaciones en las búsquedas de los héroes. Puede estar presente al principio, en tanto iniciadora del recorrido, o aparecer en una fase posterior y ayudar, guiar u obstaculizar el recorrido del héroe a fin de someterlo a prueba. A veces la diosa es el último obstáculo.³¹

Sin duda, tal constructo también se adscribe a la construcción sociogramática de estas heroínas, aún más, tiene una importancia capital para comprender el proceso de ficcionalización del *otro* que se lleva a cabo en estas obras. Tal como afirma Husain, dentro de la epopeya tradicional la figura femenina acompañaba al héroe, lo guiaba, lo iniciaba, lo ayudaba o se le enfrentaba, mientras que en las novelas que componen nuestro *corpus*, el sujeto femenino es el eje del discurso y las relaciones de ayuda, oposición o iniciación son ejecutadas por otros en función de él y de su recorrido fundacional. De aquí que el hecho de aliarse con la heroína les permita a los constructos femeninos relegados a la periferia una valoración positiva dentro del espacio ficcional. En otras palabras, aunque en el proceso de construcción de las heroínas exista una innegable condición dialógica otorgada por su carácter sociogramático, los sujetos femeninos en torno a los cuales se construyen estas novelas no dependen, en ningún momento, de la conducta de un héroe, al contrario, su imagen se erige, en gran medida, desde esta construcción arquetípica, al tiempo que el resto de los sujetos femeninos representados en la historia

—madres, vírgenes y prostitutas— se encargan de complementarlas. A pesar de ello, existe un elemento fundamental dentro de la estructura de los héroes épicos y trágicos que no se cumple en la construcción de estas imágenes femeninas: la distancia temporal entre el enunciado y la enunciación. Por tanto, sobre estas obras no puede hablarse de discursos legitimadores de la realidad circundante, sino de la representación de la cotidianidad de las escritoras y de sus enfrentamientos con un mundo en crisis.

Notas

1. Laura Antillano, «Escritura femenina», *Imagen*, n. 100, Caracas, febrero de 1988, p. 38.
2. Matilde Albert Robatto, «Feminismo y escritura femenina en Puerto Rico», *Educación*, n. 51-52, San Juan, 1983, pp. 88-97.
3. Helena Araújo, *La Scherezada criolla: ensayos sobre escritura femenina latinoamericana*, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, 1989.
4. Eleonora Cróquer, *El gesto de Antígona. La escritura como responsabilidad*, Cuarto Propio, Santiago de Chile, 2000.
5. Willy Muñoz, *El personaje femenino en la narrativa de escritoras hispanoamericanas*, Editorial Pliegos, Madrid, 1992.
6. Isabel Allende, *La casa de los espíritus*, Plaza & Janés S.A., Barcelona, 1998.
7. Lucía Guerra, *Muñeca brava*, Monte Ávila Editores Latinoamericana, Caracas, 1993.
8. Zoe Valdés, *Café Nostalgia*, Planeta Colombiana Editorial, S.A., Bogotá, 1998.
9. Laura Esquivel, *Como agua para chocolate*, Grijalbo S.A., Caracas, 1993.
10. Ángeles Mastretta, *Mal de amores*, Alfaguara, Madrid, 1997.
11. Rosario Ferré, *La casa de la laguna*, Emecé Editores, Barcelona, 1996.
12. Mario Benedetti, «El escritor y la crítica en el contexto del subdesarrollo», *Casa de las Américas*, n. 107, La Habana, 1978, p. 7.
13. Donald Shaw, *Nueva narrativa hispanoamericana*, Ediciones Cátedra, Madrid, 1999.
14. Susana Cavallo, «Llevando la contraria: el contracanto de Rosario Ferré», *Monographic Review/Revista Monográfica*, n. 8, Lubbock, TX, 1992, pp. 107-204.
15. Salvador Oropesa, «Como agua para chocolate de Laura Esquivel como lectura del manual de urbanidad y buenas costumbres de Manuel Antonio Carreño», *Monographic Review/Revista Monográfica*, n. 8, Lubbock, TX, 1992, pp. 252-9.
16. Gastón Lillo, «El reciclaje del melodrama y sus repercusiones en la estratificación de la cultura», *Archivos de la Filmoteca*, n. 16, Valencia, 1994, pp. 65-74.
17. Elzbieta Sklodowska, *La parodia en la nueva novela hispanoamericana*, John Benjamins Publishing Company, Amsterdam-Philadelphia, 1991.
18. Perlaboración: repetición o rememoración modificada levemente por un proceso interpretativo. Las autoras del *boom* femenino reproducen esquemas, personajes, escenas, o tipos del *wboom* latinoamericano, pero con modificaciones leves.
19. Shahrugh Husain, *La diosa. Creación, fertilidad y abundancia. Mitos arquetipos femeninos*, Editorial Debate, Barcelona, 1997.
20. Bram Dijkstra, *Ídolos de perversidad: la imagen de la mujer en la cultura de fin de siglo*, Editorial Debate, Barcelona, 1994, p. 357.
21. Carol Wasserman, *La mujer y su circunstancia en la literatura latinoamericana actual*, Editorial Pliegos, Madrid, 2000, p. 18.
22. Carl G. Jung, *Arquetipos e inconsciente colectivo*, Paidós, Barcelona, 1970, pp. 74-5.
23. Almudena Hernando, ed., *Construcción de la subjetividad femenina*, Instituto de Investigaciones Feministas, Universidad Complutense de Madrid, Madrid, 2000, p. 127.
24. Carol Wasserman, ob. cit., p. 207.
25. *Ibidem*, p. 169.
26. Bram Dijkstra, ob. cit., p. 84.
27. Rosario Castellanos, «La mujer y su imagen», *Mujer que sabe latín*, Fondo de Cultura Económica, México, DF, 1995, p. 17.
28. María de Jesús Salinero, «El cuerpo femenino y su representación en la ficción literaria», en Marta Azpetita, María José Barral et al., eds., *Piel que habla. Viaje a través de los cuerpos femeninos*, Editorial Icaria, Barcelona, 2001, p. 71.
29. Shahrugh Husain, ob. cit., p. 136.
30. Rosario Castellanos, ob. cit., p. 14.
31. Shahrugh Husain, ob. cit., p. 142.

El catolicismo latinoamericano y la crisis de la modernidad occidental

Gustavo Morello

Investigador. Universidad Católica de Córdoba, Argentina.

Charles Taylor entiende la modernidad como una cultura con sus propios valores, lo cual permite hablar de diferentes modernidades en diferentes culturas; esto es, nos deja la posibilidad de plantear una modernidad latinoamericana. Por otra parte, su perspectiva enfatiza las notas positivas de la cultura moderna y mantiene vigente las promesas que le hizo a la humanidad, sin negar los riesgos que ella implica.

Siguiendo esta doble mirada de Taylor, expondré el papel de la religión en la conformación de la modernidad occidental, como una cultura con una cosmovisión particular y un determinado esquema valorativo. Luego estableceré cómo esos valores transformaron las prácticas sociales y religiosas; finalmente, expondré las características que, desde esta perspectiva de análisis, debería tener el catolicismo latinoamericano.

Parte de este trabajo fue realizado durante una estancia de investigación (2005-2006) en el Jesuit Institute at Boston College, a quienes agradezco su ayuda (N. del A.).

La modernidad es una nueva cultura

Existe una tendencia a explicar la modernidad como la negación de la cultura previa. Se la considera como «la pérdida de horizontes sagrados» o el «desencantamiento del mundo» y se la caracteriza por las creencias que dejó de lado. Si bien para algunos ese cambio ha sido liberador, para otros significó una pérdida de sentido. En todo caso, ambas formas de describirla nos hacen pensar en la modernidad como la sociedad tradicional «menos algo», más allá de que consideremos esa pérdida como un dato positivo o negativo.¹

La concepción de Taylor intenta resaltar la originalidad de la modernidad, al mostrarla como un cambio en la comprensión de lo humano, de la sociedad, de Dios y del mundo. La modernidad es, fundamentalmente, la afirmación de la vida común, una amalgama de prácticas y formas institucionales nuevas —en lo científico, lo tecnológico, lo productivo y lo urbano—, de nuevas formas sociales —individualismo, secularización y comunidades originadas en acuerdos—,

y también de nuevas problemáticas —alienación, pérdida de sentido, y la sensación de una inminente disolución social.²

La modernidad es, finalmente, una nueva concepción del orden moral comunitario; una nueva cultura con diferente valoración del comercio, una nueva comprensión del matrimonio, la familia y los sentimientos; un cambio en la concepción de la vida comunitaria (de la sociedad jerárquica a un modelo de sociedad horizontal) y lo subjetivo (difusión de principios de autonomía de los sujetos y prácticas personalizadas de lo religioso).³ Así entendida, no es el resultado bueno o malo de la lucha de nuestros antepasados contra el oscurantismo y la sin razón religiosa. Se trata de una cultura original y diferente, con valores propios y una nueva concepción del mundo, con su propio lenguaje y con un conjunto de prácticas que muestran una forma específica de comprender lo humano, las relaciones sociales, y el orden moral.⁴

Cada aspecto de nuestra vida y cada institución de nuestro mundo —incluidas la religión y las iglesias— han sido influenciados por la modernidad. Por constituir un orden moral nuevo, esta no es una cosmovisión neutral. Y como estamos dentro de ella, se nos hace difícil verla como *una* variante cultural. Podemos tomarla no como *una* forma posible de lo humano, sino como *el* resultado del desarrollo de la naturaleza humana. Pero si la modernidad occidental implica un imaginario social específico, tendremos que diferentes modernidades implicarán diferentes imaginarios.⁵

Una cultura de la vida común y el secularismo radical

La vida común

En la perspectiva de Taylor, la clave de la cultura moderna es la afirmación de la vida común. Por vida común entiende los aspectos de la vida humana vinculados a la producción y la reproducción. La valoración positiva del trabajo y la familia es una característica de la concepción moderna. Para esta cosmovisión, una parte importante y significativa de nuestra vida es cómo vivimos en tanto personas, miembros de una familia y trabajadores.⁶

Al privilegiar la vida del trabajo y la familia, esta perspectiva destronó las que hasta entonces eran consideradas «actividades superiores» (la consagración religiosa, la contemplación filosófica, el arte de la guerra). El cambio transformó el ideal de justicia: del requisito de mantener el orden jerárquico, se pasó a la búsqueda de la igualdad en el trato cotidiano. La transición hacia la modernidad desplazó el *locus* de lo

que se consideraba la vida perfecta: de las actividades más «nobles» hacia la vida misma. El énfasis en la vida común revalorizó las relaciones entre las personas, y por eso implicó la preocupación del reconocimiento, por otros, de nuestra identidad.⁷ Además, animó a evitar el sufrimiento y aumentar la prosperidad, antes entendidos como un pago en esta vida a cambio de la eterna, considerada la verdadera.⁸

Taylor ubica las raíces de esta concepción en la tradición judeo-cristiana: la idea de la felicidad, el ágape eterno en el cristianismo, se reinterpreta como algo que todos pueden lograr viviendo con propiedad la vida que les toca. La vida común, en la vocación que Dios nos da, es la forma privilegiada de cumplir con su plan. Seguir la vocación profesional es participar en el don divino de la vida. Al rechazar la distinción entre modos más o menos perfectos de ser cristianos, la Reforma rechazó también cualquier idea de mediación más allá del mismo Cristo. Los reformadores terminaron con la distinción medieval entre lo sagrado y lo profano. Al poner al hombre caído en el mundo profano y suprimir la mediación, la Reforma estableció que el acceso a lo sagrado no está más en las manos del hombre; por eso el lugar de lo humano es la vida común.⁹

Secularismo

Lo que los reformadores hicieron al oponerse a la «vida de perfección» de los monasterios, fue continuado y profundizado por el secularismo. Como la vida importante es la común, no tiene sentido perseguir el bienestar en la «otra vida» a cambio de sufrimiento y frustración en esta. Nuestro mundo, concluye Taylor, es el resultado de la afirmación de la vida común y su secularización.¹⁰ Ello significa que esta vida no está supeditada a la celestial, e implicó, según algunos, la muerte de Dios.¹¹ Sin embargo, en la obra de Taylor secularización no implica negación religiosa, sino afirmación del tiempo común, del *saeculum*. Como la antigüedad pensaba que los seres humanos vivían entre un tiempo profano y otro sagrado, había actividades dirigidas a un tiempo u otro. «Secular» nombra al tiempo profano, aquel en el que transcurre la vida común, que existe en relación con el tiempo sagrado, el tiempo de Dios.¹²

La secularización moderna postula que la vida humana existe en una sola dimensión; no hay una dimensión divina de la historia. La modernidad es la concepción de un tiempo secular sin su contraparte sagrada. Esta homogeneización del tiempo implica un cambio del imaginario social, un nuevo orden moral que cambia nuestra comprensión del cosmos y la trascendencia.¹³

La concepción arcaica de la sociedad postulaba que nacíamos dentro de un tiempo y espacio prefijados y estructurados, con un lugar ya asignado en el orden inmemorial de las cosas. El orden del mundo lo establecía Dios de una vez y para siempre. El cambio hacia el modelo de «vida común» implicó desvincular al mundo de lo trascendental, de cualquier realidad más allá de esta vida. Vivimos como si Dios no existiese. Nuestras decisiones se suponen autónomas, fundamentadas en nuestras convicciones (aun si son religiosas, deben funcionar como *mis* convicciones personales), sin referencia a ninguna autoridad del más allá. La comunidad no se concibe fundada en un tiempo mítico, sino como el fruto de un acuerdo mutuo en un momento dado.¹⁴

Este sentido secular del tiempo confina lo sagrado a lo privado. El tiempo público y profano es el lugar de la vida social. La economía, la política y la vida en común se reivindican autónomas de cualquier fin religioso. El imaginario social moderno se funda en la creencia de que la sociedad existe con el objetivo de alcanzar el bienestar de sus miembros mediante la protección de las libertades personales. La idea de ordenar la comunidad según la «voluntad de Dios», y no según la de quienes la integran, amenaza la libertad. El orden divino no es algo aceptado unánimemente, ni está determinado de antemano; como la gente piensa distinto sobre Dios, el orden del mundo está abierto a la discusión.¹⁵

Una comunidad «desencantada»

Otra de las características de la moral antigua, basada en la idea del origen comunitario como algo establecido en un tiempo primordial, es la diferenciación jerárquica de los seres humanos como algo natural. Cualquier violación de estas disposiciones trascendía el ámbito humano y repercutía en el mundo sagrado. En ese mundo «encantado» y jerárquico, la divinidad constituía la fuente de toda autoridad. El rey estaba cerca de lo sagrado porque los estamentos superiores de la jerarquía social estaban en contacto con los planos superiores de la realidad. Por consiguiente, la monarquía era un ordenamiento social imprescindible para mantener el orden cósmico y los designios de Dios en la tierra. La vida religiosa estaba atada a la vida cívica.¹⁶

Cuando el cristianismo del siglo XVI animó a las personas a ser fieles a Dios siguiendo un llamado que podía llevarlas a dejar las comunidades naturales para formar otras nuevas, abrió las puertas a una transformación radical de los fundamentos de la vida en común. Seguir la propia vocación implicó que la comunidad con la que uno se identifica es aquella de la que quiere ser parte, a la que lo lleva la vocación, y no aquella de la

cual uno proviene. La modernidad fue más allá. Entendió la conformación de una comunidad como una acción secular en un tiempo secular. Es la decisión de vivir juntos, y no el deseo divino, lo que origina la sociedad. Tanto las teorías del contrato social como las de la «voluntad popular» muestran que la conformación de una comunidad se debe a la determinación personal y al mutuo acuerdo. Como la sociedad moderna «horizontal» recibe su estructura política de una acción colectiva, es la misma gente la que se transforma en fuente de legitimidad de cualquier gobierno.¹⁷

La idea de que debo ser fiel a mi vocación, de que el llamado personal está por encima de la imposición grupal, se seculariza en la idea de derechos humanos anteriores a cualquier estructura política. La ley fundamental de la comunidad moderna establece que hay un orden moral, diferente al político, que debe ser respetado por cualquier sistema social porque es anterior a todos.¹⁸ Más aún: la comunidad se conforma para lograr el beneficio mutuo a través del respeto de los derechos de cada uno. Las estructuras sociales y políticas se establecen con este propósito y se evalúan según este criterio. Si estas estructuras fallan en proteger estas metas, el consentimiento que las sostiene se puede quebrar.¹⁹

Una cultura que ha transformado la religión

La afirmación de la vida común y el tiempo secular implicó no solo un cambio en el modo de concebir el mundo, sino también transformó lo religioso. Como el orden social no se funda más en un dios, existen diferentes formas de entender el mundo, que compiten entre sí. Cualquier intento de imponer, dogmáticamente, una perspectiva implica la destrucción de la modernidad.²⁰ En ese sentido, la secularización es un fenómeno irreversible.

Si bien la modernidad es la primera cultura en la historia humana sin una estructura religiosa dando forma y sentido al mundo,²¹ la secularización (tal como la entiende Taylor) no supone la desaparición de la religión institucionalizada, ni la incompatibilidad con las creencias religiosas. El proceso de secularización reordena nuestra relación con Dios y la comunidad, pero no necesariamente la niega. Significa que el Estado pone distancias con las religiones establecidas y se considera neutral entre ellas. Neutralidad no quiere decir que fije las creencias de los ciudadanos, ni que está fundado en otro nivel de la realidad. Si así fuera, se trataría de una nueva forma religiosa: la divinización del Estado o la imposición de una fe laica. No hemos sido ajenos a estos intentos que, durante el siglo XX, fueron tan desastrosos como los puramente religiosos.²²

Esta variedad de perspectivas para explicar el mundo hace imposible creer sin dudas. La incertidumbre afecta también a quienes no creen. La secularización implica que, en la modernidad, todos creemos sin certezas.²³

Un compromiso personal

La secularización desplazó lo religioso a la esfera privada. Mientras que en el mundo premoderno las cosas tenían sentido en función de los designios de una autoridad supra mundana, en nuestra cultura de la interioridad la realidad cobra sentido en función de nuestras elecciones personales. El énfasis en la religión como una decisión personal es paralelo al proceso de interiorización del cristianismo latino. Durante los últimos siglos, la religión se fue entendiendo cada vez más como un compromiso personal. Al declarar que la salvación viene solo de la fe, la Reforma devaluó la práctica externa ritual. El surgimiento y expansión de los movimientos devocionales dentro del catolicismo constituyen un fenómeno similar: la Iglesia católica le pidió a sus fieles una fe más comprometida, más personalmente asumida. Las prácticas rituales se devaluaron frente a la confesión auricular, porque no requerían el mismo grado de compromiso.²⁴ El énfasis en la vida interior y el compromiso personal dieron lugar a la idea de que el feligrés debe ser crítico con una creencia que impone sus dogmas, a pesar de la conciencia individual. La religión interiorizada —tanto en su versión católica como reformada— es central en la modernidad occidental.

Esta perspectiva, a la que Taylor llama «expresivista», ha modificado nuestra religión. Lo valioso es la intuición espiritual; cada uno debe seguir su propia inspiración. Para mucha gente, dejar a un lado sus propias intuiciones para adecuarse a las exigencias de una autoridad religiosa externa, resulta incompatible con la demanda de autenticidad que caracteriza a una vida espiritual verdadera. La experiencia personal es la norma utilizada para decidir el camino espiritual. En definitiva, la gente hace lo que puede con su experiencia religiosa, sin mucha preocupación por lo que los agentes institucionales dicen.²⁵

Hacia una nueva relación entre la religión y la modernidad

Debido a que el mundo occidental vive aún el largo proceso de transición de la cristiandad a la modernidad, el nuestro es extremadamente sensible ante cualquier propuesta o actitud que identifiquemos en alguna forma con la cristiandad. Las creencias religiosas aparecen enfrentadas a la valoración moderna de la vida común.

Aun los creyentes redefinen su fe de acuerdo con esta valoración positiva de la vida cotidiana.

Mientras la modernidad ha sido hostil a lo religioso en algunos ámbitos, en lo referido a los derechos personales asumió los valores evangélicos de un modo más decidido que la cristiandad. La afirmación de los derechos universales para todas las personas como algo incondicional fue posible gracias a la quiebra del régimen de la cristiandad.²⁶ Entonces, no toda dinámica moderna va contra lo religioso. Al haberse inspirado la modernidad en ideas cristianas, y al haber influido la práctica religiosa hay oportunidades de una interacción positiva y de mutuo fortalecimiento entre la religión y la cultura moderna. Para eso es necesario que, desde lo religioso, se acepte un «tiempo secular», a la vez que se mantienen vivos los reclamos de trascendencia.

Una religión que acepte el secularismo

Cuando Taylor explora las fuentes de la modernidad, está tratando de resaltar los valores que la han conformado, para mantenerlos vigentes. Entre ellos, la secularización es central. En su perspectiva, la religión puede fortalecer los beneficios de la modernidad, aunque lo paradójico es que el secularismo constituye un valor moderno ineludible, un nuevo fundamento moral.²⁷

Mucha gente se vuelca a la religión cuando debe enfrentar cuestiones sobre el sentido de la vida o cuando quiere resaltar momentos importantes de su vida personal: el nacimiento, la unión con una pareja, la muerte. Sin embargo, en la vida diaria esas mismas personas viven como no creyentes, y toman la religión como una mercancía.²⁸ Es que la perspectiva moderna de aproximación a lo religioso sigue el modelo comercial, más allá de las disposiciones de las religiones establecidas. Ni la convicción ni la práctica religiosa decaen porque lo haga la filiación a las iglesias. La «deconfesionalización», o el proceso de debilitamiento de las iglesias, no significa in-creencia.²⁹ Al contrario, es un fenómeno de «multi-creencias». Las iglesias cristianas deberían asumir esta realidad para poder dialogar con la experiencia cotidiana de mucha gente: porque hoy se cree de forma diferente a como se hacía antes; la práctica religiosa es distinta. Los creyentes continúan participando en ceremonias religiosas, creen en algunas cosas, pero no necesariamente en la totalidad de dogmas que les presenta una religión. Para dialogar con la modernidad, una religión debe tener en cuenta esta pluralidad de creencias. Aceptar este pluralismo significa aceptar la secularidad: este no es el tiempo definitivo, no podemos pretender la instauración aquí y ahora del Reino de los cielos. Lo definitivo es propio del tiempo

El proceso de secularización reordena nuestra relación con Dios y la comunidad, pero no necesariamente la niega. Significa que el Estado pone distancias con las religiones establecidas y se considera neutral entre ellas. Neutralidad no quiere decir que fije las creencias de los ciudadanos, ni que está fundado en otro nivel de la realidad.

sagrado, no del secular. Después del modelo de cristiandad o del sistema de «iglesias nacionales», el ecumenismo podría ser la expresión religiosa de la modernidad occidental.

Manteniendo la trascendencia

Secularismo también implica, en Taylor, la desvinculación de la sociedad humana de los tiempos míticos de los orígenes. En el mundo antiguo, el pasado era el tiempo privilegiado. Esto ha cambiado. En nuestra cultura, el futuro es *el* tiempo.³⁰ Si el secularismo liberó a las sociedades humanas de cualquier atadura a unos orígenes ubicados fuera de la historia, la sociedad humana debería ser liberada también de cualquier atadura a un futuro mitológico, ubicado más allá de la acción histórica de la comunidad. «Secularizar» podría significar también independizar el futuro de la sociedad de cualquier poder que trascienda el acuerdo de los ciudadanos, la liberación de cualquier poder, externo a la comunidad, que prometa futuros míticos. El futuro está abierto, es una dimensión indeterminada no solo para la religión, sino también para los dogmas políticos y económicos. Nadie puede prometer el cielo en la tierra.

La lectura de algunas de las obras políticas de Taylor podrían concluir en una reducción de lo religioso a un modo de disciplinamiento social. Sin lugar a los reclamos de trascendencia, la modernidad manipularía los sentimientos religiosos con el objetivo de generar el consenso social indispensable para la vida de las sociedades democráticas. Sin embargo, Taylor rechaza la reducción de lo religioso a una «variable dependiente de la política». La religión debe ser entendida como algo relacionado con una realidad que va más allá de nosotros.³¹

Si bien Taylor no precisa mucho sobre lo que entiende por trascendencia,³² en sus escritos hay notas que ayudan a aclarar este concepto. La preocupación por un bien después de esta vida ha sido modificada por la modernidad. Lo que la mayoría de la gente entiende hoy por espiritualidad es una preocupación por mejorar la vida común. Al enfatizar unilateralmente la valoración de la vida terrena, la espiritualidad actual es más

autoayuda que preocupación por el más allá. Al contrario, los primeros movimientos de devoción moderna tenían la idea de que la genuina práctica religiosa debía sacar a las personas de sí mismas y llevarlas hacia otra vida. Taylor recupera este sentido de trascendencia como la tendencia a ir más allá de nuestra propia vida, una invitación a pensar que la verdad de las cosas no puede ser completamente aprehendida por la vida personal. Este punto de vista nos desafía a salir de nosotros mismos. Recuperar esta idea de trascendencia es recuperar una de las fuentes de la modernidad.

Trascendencia no es cualquier cosa que esté más allá de la vida; significa abrirse a una transformación de lo que somos, un llamado a desafiar nuestra identidad, una invitación a un radical descentramiento del yo, un llamado a desafiar la identidad como algo estable y fijo.³³ Significa, por último, que todo nuestro conocimiento de Dios resulta inadecuado, aunque no tenemos otra manera de dirigirnos a él que estas herramientas «encarnadas» e inadecuadas que son las palabras.³⁴ En el ámbito social, ello implica que deberíamos dejar abiertos los debates sobre la vida, y no pedir soluciones definitivas. Nuestra comprensión de la realidad es siempre provisional.³⁵

Una experiencia personal y comunitaria

El énfasis moderno en la interioridad y el compromiso determinan que la creencia personal deba no solo ser respetada por otros, sino que principalmente debe decirle algo al creyente, darle sentido a la propia historia y proveerle una explicación del mundo. La lógica de la subjetivación moderna privilegia lo genuino de los sentimientos, más que la naturaleza del objeto querido. Los asuntos doctrinales no son tan importantes como el hecho de que se sienta lo que Dios dice.

Un modo moderno de explicar lo religioso es dar cuenta de la creencia religiosa en tanto resultado de una experiencia propia que otorga sentido a nuestra vida personal. Y esto no es solo por el respeto a la pluralidad religiosa implícita en esta actitud, sino también porque reconocemos la importancia de la experiencia personal. El lugar de la religión en la modernidad es la experiencia

sentimental personal. Ya que la religión es una elección en la que se supone se gana o se pierde algo vital, no podemos dejar a nuestros sentimientos más profundos fuera de esa decisión. Este hecho nos recuerda que hay otros aspectos de lo humano que no podemos experimentar si no ejercemos parte de esos sentimientos, como nuestra capacidad de amar y de salir de nosotros mismos.³⁶ Sin embargo, la demanda de reconocimiento del sentimiento personal supone que hay otro que valora. En este sentido, si bien es personal, la experiencia religiosa moderna participa también de la demanda de «derecho a la identidad». Lo religioso es un elemento que, al demandar ser reconocido por otros, nos pone frente a la realidad de la vida comunitaria.

Esta dinámica supone explicar a otros la experiencia íntima, articular de algún modo la experiencia religiosa personal. Y es justamente en esta articulación en donde descubrimos que creemos más allá de nosotros mismos, trascendiéndonos. Taylor recupera la vigencia de lo comunitario en la religión moderna. No hay experiencia si no puede ser formulada de algún modo. Más aún: las palabras que usamos para decir nuestra experiencia íntima han sido formadas por la comunidad. El lenguaje es una creación colectiva. Esto nos muestra que hay experiencias que deben ser tenidas en comunidad, trascendiendo lo subjetivo, porque de no ser así, no podrían ser experimentadas.³⁷

La cultura moderna

La modernidad occidental hunde sus raíces en el cristianismo. Más aún, lo que Taylor considera la quintaesencia de la modernidad, la preocupación por la vida común, tiene su origen en la religión. A su vez, la modernidad transformó la religión, la interiorizó fortaleciendo los valores de libertad de conciencia, autenticidad y tolerancia. Esas características religiosas, a pesar de ser bíblicas, habían sido ocultadas por la cristiandad. El fortalecimiento de estos valores fue un logro del proceso de secularización.

El cristianismo en general y el catolicismo en particular, han tenido muchos problemas a la hora de habérselas con la modernidad occidental. Uno de los puntos conflictivos ha sido la secularización, en tanto que laicización de la vida pública y privatización de lo religioso. Pero en América Latina se plantea otro escenario. El proceso de secularización impuesto y asumido por los países latinoamericanos fue el europeo. El «paquete de la Ilustración», que se pretendió crítico de la realidad conocida, se aplicó, sin ningún tipo de crítica o adaptación, a realidades distintas a las que le dieron origen.

Si la modernidad es una cultura con sus propios valores y productos, el subproducto «Estado nacional» no debería ser impuesto sin ningún diálogo con los fines y objetivos de los ciudadanos latinoamericanos. Algo similar ha pasado con el modelo eclesial. Podríamos afirmar que el conflicto por la secularización fue, en cierta forma, ajeno, ya que la lucha entre un modelo estatal y otro eclesial, foráneos ambos, ignoró la vida cotidiana de los latinoamericanos.

La modernidad, tal como la conocemos, es el resultado de una cultura determinada; por eso otras culturas pueden generar modernidades alternativas. Toda manifestación religiosa constituye un fruto cultural y, por lo tanto, se ha visto influida por la modernidad de un modo determinado. Así tenemos variaciones de una misma religión en la medida en que lo religioso haya sido influido o expresado por distintas modernidades. La europea modificó la concepción de la familia, la economía y la ciencia; no debería sorprendernos, entonces, que gran parte de la preocupación del cristianismo europeo haya girado en torno a la moral de la producción, la reproducción y el reconocimiento a la autonomía científica. Solo cuando el cristianismo se pensó desde América Latina, se instalaron como temas la pobreza y la opresión. La «vida común» de América Latina está amenazada por la pobreza social y sus consecuencias sobre el sistema político, sobre la forma en la que nos organizamos para vivir juntos. Un catolicismo preocupado por la vida en América Latina no pudo eludir este asunto.

La humanidad no es una realidad fuera del tiempo. Es un hecho concreto aquí y ahora. La preocupación por la vida común es un criterio que la modernidad debería atender entre sus pasos venideros. El catolicismo latinoamericano puede recordarle a la modernidad el valor de cada vida común. La defensa de toda vida humana, el reclamo de condiciones justas de desarrollo para todos, es un punto clave en la construcción de una modernidad latinoamericana.

Si el Estado y las instituciones latinoamericanas se han construido según el modelo de la Ilustración, sin ninguna crítica ni adaptación, las instituciones que tenemos responden a necesidades que no son las nuestras, a preguntas que no son «latinas». Por ejemplo, nuestra normativa e institucionalización presuponen que los ciudadanos son, primero, propietarios. La organización política toma como excepcional la carencia de propiedad y tiende a atender la pobreza como un asunto marginal, a través de programas de asistencia. Pero la mayoría de los ciudadanos latinoamericanos están privados de propiedad, y carecen de condiciones dignas que les garanticen el derecho a la vida común. Nuestras instituciones, concretamente el Estado, deberían reorientarse hacia los problemas de nuestras

comunidades. De otra forma, la gente podría retirar su consentimiento al pacto que sostiene la vida común.

El problema institucional no es una cuestión religiosa, no es el papel de la religión en la modernidad intervenir en la arquitectura política. De todos modos, una religión que defienda el valor de cada vida humana podría recordarle al mundo político y jurídico las promesas de la modernidad. La opción del catolicismo latinoamericano por los pobres podría ser un reclamo ultramoderno en la esfera pública regional, una invitación a los ciudadanos para que, como miembros de una comunidad que asume lo público, vayan más allá de sus intereses privados.

El cristianismo podría contribuir a que la modernidad en América Latina tenga presente los valores originales, enfatizando y fortaleciendo la afirmación de que la vida cotidiana es valiosa en sí misma. Cuando las ideologías, en nombre de la modernización, proponen el «sacrificio» de una generación o de un grupo de personas; cuando la modernidad occidental impone su cultura sobre otros grupos; o cuando el desarrollo económico amenaza el futuro de la vida en nuestro mundo, el cristianismo podría ser la memoria de la preocupación moderna por cada vida humana. La insistencia en la vida ordinaria podría achatar los reclamos religiosos: una religión sin trascendencia ni voz profética se transformaría en sentido común, en mera opinión pública. Un cristianismo vaciado de sus aspiraciones trascendentales perdería también su capacidad de crítica social.

Las religiones ofrecen a las personas palabras para expresar sus luchas y sus sufrimientos, tanto personales como grupales. Palabras que, muchas veces, los pueblos no encuentran en otros ámbitos. La historia de América Latina muestra, en varias oportunidades, cómo las ideas políticas toman formas religiosas para expresarse y ser compartidas. Manteniendo los conceptos como algo «secular» que refieren una realidad que los trasciende, la religión ayudaría a evitar la mezcla de fanatismo o la manipulación: las palabras son, a la vez, inevitables e imperfectas. Si Dios está más allá de nuestros conceptos teológicos, está mucho más lejos del uso político de estos. Una religión que reconoce un valor en la tolerancia será capaz de lidiar con la secularización de conceptos teológicos manteniendo a Dios más allá de ellos. Con el proceso de secularización, los cristianos empezaron a entender que cualquier categoría resulta inadecuada cuando se aplica a Dios. Esta conciencia de los límites del lenguaje para nombrar y conocer la realidad podría ser otra línea de aportes de la religión y del cristianismo en particular, a la modernidad latinoamericana.

Un cristianismo latinoamericano podría recordarles a la política y la economía, por ejemplo, que tanto los conceptos que emplean como los planes que diseñan

no son la realidad; que la vida no puede ser aprehendida completamente por una perspectiva económica o política. Pero esto implica, para las iglesias, que la respuesta religiosa debería reconocer su parcialidad: Dios está más allá de los conceptos, de la forma en que una religión se expresa. Por esa razón, uno debería mantener abierta las respuestas. Creemos, sin certezas, en las articulaciones de la fe, la política o la economía.

Una religión que haya atravesado la modernidad respeta la autonomía y la dignidad de los otros ámbitos de la vida humana: la ciencia, la política, la economía. Esta clase de vivencia religiosa podría recordarles a esas esferas de la vida que no tienen la última palabra sobre nuestro mundo, que puede haber parte de la realidad que se escape a la mirada de la política, la economía o la ciencia. Una religión moderna podría secularizar las pretensiones holísticas y las reivindicaciones dogmáticas de los actores sociales. Si la modernidad secularizó el pasado, las religiones pueden secularizar el futuro, en una paradójica afirmación de la absoluta trascendencia del tiempo por venir. Desatado del pasado y la comunidad, nuestra relación con lo espiritual podrá anclarse en el futuro, un tiempo abierto, no poseído definitivamente por nadie.

Una comunidad creyente contemporánea debería tener presente que toda forma religiosa ha sido elaborada dentro de un marco cultural determinado. Si bien las palabras y las prácticas concretas resultan inevitables a la hora de transmitir creencias religiosas (no hay una forma neutral de hacerlo), no podemos postular una variante como la única versión verdadera y, por lo tanto, el canon de la religión. Porque la modernidad occidental ha sido conformada por lo religioso; las expresiones religiosas occidentales están atadas a valores culturales occidentales.

Diferentes modernidades implicarían diferentes expresiones religiosas. La permeabilidad de lo religioso —es decir, los modos concretos de creer dentro de una cultura— hace que no exista una creencia «pura» que, abstraída de toda influencia cultural, pueda tomarse como un patrón de conocimientos neutrales que se puedan imponer como forma verdadera de conceptualizar la realidad.

Si la modernidad latinoamericana ha sido distinta que la europea y la norteamericana, es posible encontrar otras formas religiosas diferentes que estas. La religiosidad popular en América Latina es, en ámbitos católicos, una expresión de ello.

Conclusión

En definitiva, el papel del catolicismo en una modernidad latinoamericana es el de reclamar por un

secularismo *kata bolós*: cualquier compromiso con cualquier fetiche que esté más allá del libre y explícito consentimiento de las personas debería ser purificado. Manteniendo la saludable distinción entre la Iglesia y el Estado, el catolicismo latinoamericano debería exigir un auténtico y completo secularismo que permita la libre expresión de los ciudadanos en temas como la organización política y económica de sus países.

Las religiones que aceptan este secularismo pueden ayudar a que la modernidad mantenga viva la tensión entre secularidad y trascendencia. Si la modernidad pretende ser secular, las religiones tienen un papel que cumplir recordándole a la cultura moderna su fundamental libertad frente a cualquier entidad más allá de la historia; esto es, su libertad ante la pretensión de haber alcanzado el final de la historia, la definitiva y única respuesta. En una comunidad secular, nadie tiene respuestas definitivas. En la medida en que nos desvinculamos de los condicionamientos pasados, el futuro es abierto.

Durante la modernidad, las sociedades se independizaron de una autoridad externa a ellas mismas, en concreto de la Iglesia. El proceso de secularización implicó que existen ámbitos de la vida humana, personal y social ubicados fuera del ámbito de poder de cualquier autoridad religiosa. Si la modernidad le puso límites a la religión distinguiéndola del Estado, una religión que acepte el secularismo estaría en condiciones de decirle a este que no es una iglesia, ni sus proyectos una religión. La política no puede ser una cuasi-religión que distinga entre santos y pecadores, fieles y traidores. Una religión que acepte la modernidad secular está en condiciones de reclamarle a esa modernidad que las creencias «pseudo-metafísicas» deben quedar en lo privado. La religión podría ayudarnos a afirmar que hay aspectos de la vida humana que no pueden ser regidos por los impersonales poderes económicos; que secularismo significa la autonomía de la política y lo político es una construcción libre y voluntaria de ciudadanos autónomos.

En la perspectiva tayloriana, el individualismo moderno implica una forma de concebir las relaciones sociales: la sociedad del acuerdo común. En este tipo de sociedades son las gentes, no las iglesias, quienes legitiman al gobierno. La religión, por su parte, puede fortalecer la idea de que es el pueblo reunido para lograr el bien común, y no otro grupo, el que legitima la organización social. Este no es solo un reclamo de índole moral, sino una forma de alejar el riesgo de la anomia social: si los ciudadanos no se sienten reconocidos o representados por las decisiones gubernamentales, podrían retirar su acuerdo y desvincularse de esa comunidad. Con esto no quiero decir que reclamen su independencia —lo que llegado

el caso podría ocurrir—, sino peor: un rechazo profundo y tácito a las instituciones de esa comunidad (leyes, gobierno, iglesias, prácticas).

La secularidad indica el hecho de vivir en un mundo de miradas diferentes y que, por eso mismo, es un mundo sin certezas. Manteniendo abiertas las posibilidades de creencias diferentes, de la existencia de múltiples identidades culturales, las religiones ayudarían a evitar gobiernos totalitarios. Pero para lograrlo, deberían primero aceptar que ellas son una posibilidad entre otras de una vida verdaderamente humana.

Una religión moderna puede fortalecer la «vida ordinaria» y el «tiempo secular» manteniendo vivos sus reclamos de trascendencia. Si el catolicismo acepta la secularidad como la desvinculación de la comunidad política de lo sagrado, así como la pluralidad de religiones y creencias, el papel de la Iglesia latinoamericana será el de enfatizar la trascendencia del futuro y el valor de la vida ordinaria, amenazados por la pobreza y la desintegración social.

Notas

1. Charles Taylor, «The Modern Identity», en Markate Daly, ed., *Communitarianism. A New Public Ethics*, Wadsworth Publishing Company, Belmont, 1994, p. 57.
2. Charles Taylor, «On Identity, Alienation and the Consequences of September 11th», *Acta Philosophica Fennica*, v. 71, Helsinki, 2002, pp. 175, 181.
3. Charles Taylor, *Sources of the Self. The Making of the Modern Identity*, Harvard University Press, Cambridge, 1989, p. 285.
4. Charles Taylor, «Inwardness and the Culture of Modernity», en Axel Honneth et al., *Philosophical Interventions in the Unfinished Project of Enlightenment*, The MIT Press, Cambridge-Londres, 1992, p. 88.
5. Charles Taylor, «Two Theories of Modernity», *Hastings Center Report*, a. 25, n. 2, Garrison, NY, marzo-abril de 1995, pp. 27.
6. Charles Taylor, «Federations and Nations: Living Among Others», en Richard Kearney, *States of Mind. Dialogues with Contemporary Thinkers*, New York University Press, Nueva York, 1995, p. 31.
7. Charles Taylor, *Sources of the Self...*, ed. cit., pp. 211-4.
8. Charles Taylor, *A Catholic Modernity? Marianist Award Lecture 1996*, The University of Dayton, Ohio, 1996, pp. 19-21.
9. Charles Taylor, *Sources of the Self...*, ed. cit., p. 215.
10. Charles Taylor, «Spirituality of Life and Its Shadow», *Compass*, v. 14, n. 2, Kensington, NSW, 1996.
11. Mark Redhead, «Charles Taylor's Nietzschean Predicament. A Dilemma More Self-revealing than Foreboding», *Philosophy and Social Criticism*, v. 27, n. 6, Londres, 2001, p. 94.
12. Charles Taylor, «Modernity and the Rise of the Public Sphere», en *The Tanner Lectures on Human Values*, Stanford University, Stanford, febrero de 1992, p. 239.

13. Ibídem, pp. 240-3.
14. Charles Taylor, «Modern Social Imaginaries», *Public Culture*, a. 14, n. 1, Durham, invierno de 2002, p. 117.
15. Bruce Ellis Benson, «What It Means to Be Secular» (entrevista a Charles Taylor), *Books and Culture*, n. 4, Carol Stream, IL, julio-agosto de 2002, p. 36.
16. Charles Taylor, *Varieties of Religion Today. William James Revisited*, Harvard University Press, Cambridge, 2002, pp. 64-5.
17. Charles Taylor, *Sources of the Self...*, ed. cit., p. 217.
18. Charles Taylor, *A Catholic Modernity?...*, ed. cit., p. 13.
19. Charles Taylor, «Modern Social Imaginaries», ed. cit., pp. 96, 124.
20. Bruce Ellis Benson, ob. cit., p. 36.
21. Francisco Lombo de León y Bart van Leeuwen, «Charles Taylor on Secularization. Introduction and Interview», *Ethical Perspectives*, v. 10, n. 1, Leuven, Bélgica, 2003, p. 84.
22. Charles Taylor, *A Catholic Modernity?...*, ed. cit., p. 12.
23. Philippe de Lara, «From Philosophical Anthropology to the Politics of Recognition: An Interview with Charles Taylor», *Thesis Eleven*, n. 52, Londres, febrero de 1998, pp. 111; Alexandra Klaushofer, «Faith Beyond Nihilism: The Retrieval of Theism in Milbank and Taylor», *The Heythrop Journal*, v. 40, n. 2, Boston, junio de 2007, pp. 143-4.
24. Charles Taylor, *Varieties of Religion...*, ed. cit., pp. 9-14.
25. Ibídem, pp. 104-7.
26. Charles Taylor, *A Catholic Modernity?...*, ed. cit., pp. 11, 20.
27. Francisco Lombo de León y Bart van Leeuwen, ob. cit., p. 79.
28. José Casanova, *Public Religions in the Modern World*, The University of Chicago Press, Chicago-Londres, 1994, p. 63.
29. Charles Taylor, «Religion in a Free Society», en James D. Hunter y Os Guinness, eds., *Articles of Faith, Articles of Peace. The Religious Liberty Clauses and the American Public Philosophy*, The Brookings Institution, Washington DC, 1990, pp. 105-6.
30. Charles Taylor, «Foreword», en Marcel Gauchet, *The Disenchantment of the World. A Political History of Religion*, Princeton University Press, Princeton, NJ, 1997, pp. XI-XIII.
31. Ibídem, pp. xv.
32. Ian Fraser, «Charles Taylor's Catholicism», en *Contemporary Political Theory*, v. 4, n. 3, Hampshire, agosto de 2005, p. 236.
33. Charles Taylor, «Spirituality of Life...», ed. cit.
34. Francisco Lombo de León y Bart van Leeuwen, ob. cit., p. 84.
35. Gustavo Morello, «Charles Taylor's "Imaginary" and "Best Account" in Latin America», *Philosophy and Social Criticism*, v. 33, Londres, 2007.
36. Charles Taylor, *Varieties of Religion...*, ed. cit., pp. 94, 99.
37. Ibídem, pp. 24-28, 46-58.

© TEMAS, 2008

La economía de la cultura y el desarrollo: creación y mercado

Tania García Lorenzo

Investigadora. Instituto Cubano de Investigación Cultural Juan Marinello (ICIC).

Ser bueno es el único modo de ser dichoso.
Ser culto es el único modo de ser libre. Pero,
en lo común de la naturaleza humana, se
necesita ser próspero para ser bueno.

José Martí.

Apreciar la relación entre la cultura y el desarrollo económico obliga a su abordaje desde distintos planos analíticos y dimensiones. En primer lugar, cuando se describe el *desarrollo* nos referimos a una dimensión de la cual no siempre existe la misma interpretación, pero que generalmente se identifica con el bienestar del ser humano, a través de una aproximación multidimensional e integral de prosperidad física, mental y social, y que comprende lo material y lo espiritual, lo presente y lo futuro, su vida y la del medio que lo rodea, todo ello propiciado por su dignificación.

Cuando se habla de *desarrollo económico*, por lo general se refiere a un progreso económico que tenga sustentabilidad y sostenibilidad, pero su definición siempre se enfrenta a una disyuntiva entre la perspectiva social y humanística y la que prioriza los requerimientos de la revalorización del capital. No hablamos solo del

crecimiento económico, en tanto cuantificación de la sumatoria de valores añadidos de la producción total de bienes y servicios, medido a precios de mercado, durante un período determinado en un país o grupo de países.

Resulta evidente que si no se ocasiona un crecimiento de la producción de bienes y servicios no será posible la reproducción y satisfacción de necesidades de toda la sociedad. A tenor con este criterio, durante mucho tiempo se consagró una correlación entre crecimiento económico —medido en términos del Producto Interno Bruto (PIB) a precios corrientes y constantes— y el bienestar social. Sin embargo, el patrón de acumulación predominante en el mundo contemporáneo y, especialmente en América Latina y el Caribe, que tiene al mercado externo y no al interno como eje de reproducción y ha ido produciendo una enorme concentración de la propiedad y el excedente, ha generado una enorme polarización del ingreso y, consecuentemente, el crecimiento económico ha ido dejando de ser expresión de bienestar a escala de toda la población. Por ello, cuando nos referimos a desarrollo económico hablamos de una evolución ascendente en

los niveles de gestión y modernidad estructural de las economías y del ser humano como actor y beneficiario de esa evolución.

Al hablar de *la cultura*, según la definición más elemental, se engloban los conocimientos que permiten desarrollar un juicio crítico; es aquello que distingue en un ser humano la capacidad de pensar en sí mismo y en la humanidad, en *su* futuro y en el que trasciende su propia existencia. La cultura es la realización humana en todas sus formas y plenitud y remite al conjunto de modos de vida y costumbres, conocimientos y grado de desarrollo artístico, científico, industrial, en una época dada, de un grupo social determinado. Es, además, el conjunto de conocimientos que permite el pleno desarrollo de las facultades corporales; pero también, las manifestaciones artísticas y literarias que expresan la vida y los múltiples y contradictorios sentimientos de la naturaleza humana.

Desde todos los puntos de vista, el vínculo de la cultura y el desarrollo económico resulta de importancia capital y no es una correspondencia sin tensiones, en tanto ambos constituyen polos analíticos de mutua atracción y subordinación. Esto cobra mayor interés cuando se percibe que la cultura no puede ser considerada sin el desarrollo económico y este no puede ser considerado sin apreciar la evolución cultural de la sociedad. Sin embargo, una concepción cultural del desarrollo económico constituye un objetivo no alcanzado por la civilización. Evidentemente, la cultura, en su acepción más laxa, es el sostén del desarrollo económico, pero solo se produce si el proyecto de desarrollo, en general, y el económico, en particular, tienen al ser humano y no al capital como centro de sus propósitos; o sea, cuando el ser humano es sujeto y objeto del desarrollo, y la acumulación de capital como un medio y no un fin.

En esa relación se reflejan un ser y un deber ser determinados por si el enfoque se realiza desde el compromiso con el ser humano o con el capital; e inclinará la balanza en dependencia del componente ético y la capacidad de pensamiento de quien lo realice. El escenario donde evolucionan todos esos valores y categorías no puede apreciarse sin considerar las condiciones particulares del subdesarrollo en que viven millones de seres humanos, donde la sobrevivencia diaria demanda alta creatividad. El atraso, la miseria y el subdesarrollo se han consagrado a partir de la incapacidad y la inacción para superarlos. Por esa razón, salvar a la civilización humana de vivir en tales condiciones es, por su esencia, un cometido cultural.

La cultura como fuente creadora de pensamiento

La cultura eleva la especie humana a estratos superiores y permite idear una humanidad con mayores

niveles de acumulación de saberes; es la base sobre la que se asienta la creatividad —en términos de desarrollo económico— porque propicia la competitividad y los incrementos de la productividad creativa del trabajo, que no proviene de la sobrexplotación de los trabajadores, sino del desarrollo multidimensional de su intelecto. Cómo medir esa energía innovadora que la cultura propicia en la dimensión económica, ha sido fruto de múltiples discusiones, determinadas porque en algunos casos se ha asumido, acriticamente, que en economía todo debe comportarse en virtud de regularidades modeladas en los ámbitos matemático-geométricos, y que todo es medible.

¿Cómo medir el impacto que sobre el individuo tiene un medio social que lo reta para la sobrevivencia y los sueños de realización personal y colectiva? ¿Cómo medir el impacto de la transformación del sistema de valores, de individuales a sociales, cuando se considera el desarrollo no como el incremento del consumo material individual de quienes tienen capacidad adquisitiva, sino como la satisfacción de las necesidades materiales y espirituales de una sociedad en su conjunto?

Sin embargo, no se debe obviar que la cultura, como sistema de valores, es un ámbito de amplio conflicto y, como reflejo de identidades, evidencia distintas aproximaciones a la identidad, individual, social, colectiva y establece competencias de cooperación o supremacía. Y es que determinados patrones de consumo que se imponen manipulando el predominio de la producción simbólica para establecer relaciones de dominación cultural, pueden inducir procesos de naturaleza opresiva y regresiva.

Incluso la hegemonía es un proceso de construcción cultural que establece olvidos y memorias entre dominadores y dominados, los cuales no están exentos de mediarse para producir deconstrucciones culturales. El control de las libertades y la supeditación de su voluntad es, sin lugar a dudas, el ejercicio de dominación más eficaz, a través del rediseño cultural del dominado. El patrón cultural de dominación que se ha implantado con el predominio de la teoría neoclásica, impulsa los conceptos y matrices sobre los cuales se ha afianzado la dinámica excluyente de la acumulación capitalista, constatado en la búsqueda de la homologación de hábitos, costumbres, formas de apreciar la vida y la pérdida de valores comunes, sociales y colectivos que forman parte de ese diseño cultural.

La cultura como expresión de valores

La cultura se hace presente en la identidad, sentido de pertenencia y compromiso con un concepto de desarrollo determinado. Esa identidad evoluciona y se

transforma con el impacto del propio desarrollo económico y el cambio generacional. Es, por tanto, un concepto dinámico y no estático. El reconocimiento de la diversidad creativa pasa por aprehender los modos de estar en la vida económica, de relacionarse con la producción y la forma en que se produce el desarrollo económico. No se puede dejar, por consiguiente, de considerar la llamada «cultura productiva» que, interpretándose desde diversas aristas, enjuicia la creatividad que lleva implícita la innovación permanente a que se someten los procesos económicos propiamente dichos.

Particular fuerza tiene, en este análisis, cómo impactan las distintas nociones de participación en el esfuerzo del desarrollo que ha tenido y tiene cada colectivo social. Cada época histórica se caracteriza por un modo de producción correspondiente con un sistema de poder establecido; pero, sobre todo, por un desarrollo cultural y, consecuentemente, de valores que propicia esa evolución. Según Marshall Sahlins, «desde el punto de vista antropológico, la expresión “relación entre cultura y economía” carece de sentido, puesto que la economía forma parte de la cultura de un pueblo».¹ Esto es cierto; sin embargo, en cada fenómeno formado por componentes, estos han de relacionarse entre sí, y esa interrelación, y el peso que cada uno tiene, determinarán su perfil, inclinación y papel.

En la concepción del trabajo como fuente de riqueza, en las particularidades de cada zona geográfica, en el papel asignado a la tierra en cada pueblo —componentes del desarrollo económico, en tanto factores productivos de inobjetable importancia—, se aprecia una diferenciación cultural.

En la actualidad se ha producido una asimilación acrítica de los patrones analíticos y ciertos conceptos del modelo neoclásico que se puede apreciar al generalizarse en «el mercado» lo referido a las correlaciones de poder que en él se enfrentan, cobrando su precio en la construcción de pensamientos alternativos. No es inocente esa mitificación que nos lleva de la mano a considerar la «inevitabilidad de las reglas del mercado», y la aceptación de que es «libre», y su equilibrio se alcanza sin intervención de los actores que en él participan. Este es tal vez uno de los axiomas a los cuales, convertidos en convicción, debe mayor agradecimiento la expansión de la filosofía e ideología neoclásica.

Cuando en el pensamiento alternativo predomina una satanización del mercado, en la práctica estamos produciendo una complicidad con el pensamiento neoclásico, que quiere que confundamos lo esencial con su expresión, lo cual genera la fetichización que Marx describió en el primer tomo de su obra cumbre, al escudriñar la mercancía como la célula fundamental del

capital. El mercado es una relación social que antecedió al capitalismo, y mucho más a las fases superiores del desarrollo del capitalismo, manifiestas en el imperialismo y la transnacionalización de la economía mundo que hoy predomina.

No es el mercado ni el comercio como actividades económicas en sí los que motivan las grandes polarizaciones que hoy se producen en el mercado internacional de bienes, servicios y capitales. En tanto relación social, el mercado pone de manifiesto una correlación de poder entre los actores, agudizada en la misma medida en que el modo capitalista de producción y el modelo económico imperante ha ido produciendo una polarización de la propiedad y, consecuentemente, del proceso de producción y apropiación que le sirve como mecanismo de revalorización.

En nombre de la «liberalización del comercio internacional», los grandes grupos financieros han promovido y asegurado, a través de la representación de los gobiernos que responden a sus intereses, un proceso de desprotección a las industrias nacionales de los países incapaces hasta ahora de producir una capitalización competitiva en términos tecnológicos, similar a la alcanzada por ellos. Esa acumulación tuvo sus raíces históricas en la colonización y la independencia dependiente que ha caracterizado a las economías subdesarrolladas durante siglos.

Cuando se considera la *creación artística y literaria* como entretenimiento, desconociendo su valor como reflejo y expresión sintética del sentimiento y valores de la sociedad, y a la economía como el mecanismo reproductor del bienestar material, se está disminuyendo en la naturaleza humana lo más valioso de su creación: el pensamiento generador de prosperidad y espiritualidad.

La cultura como sector económico no siempre visible

Para muchos, la cultura es un valor superestructural y la creación artística y literaria su expresión; sin embargo, es poco reconocida su existencia como un sector de la economía sometido a las mismas contradicciones que hoy enfrenta cualquier sector económico, si bien con particularidades que complejizan su comprensión.

Cuando se subordina el quehacer artístico y literario a los intereses del capital se daña el acto de creación y, consecuentemente, a la humanidad; al supeditarlo al destino y realización eminentemente mercantil del producto o servicio, se está destruyendo el significado de las artes, eliminando su espiritualidad, la historia y el valor de la creación misma. Pero cuando se ignoran y satanizan las potencialidades que, como sector de la

economía, tiene esta, se daña a los autores y al impacto que pueden tener en la generación de la riqueza nacional. No hay dicotomía entre el mercado y la cultura, porque el primero es una relación social susceptible de ser regulada y controlada; pero sí se produce entre quienes se apropian de la riqueza material y espiritual de los creadores y, con ello, de su pueblo y de la humanidad. La verdadera dicotomía está entre crear para comercializar o comercializar lo que se ha creado.

La unicidad del proceso creativo, en su ciclo integral, implica la necesidad de confrontar la creación, reflejada en un soporte determinado o en un servicio específico, con un *consumo cultural* donde se reconozca su valor como hecho cultural. El mecanismo de acceso a esa fase fundamental de la creación —la del consumo donde se cristaliza y se retroalimenta el proceso creativo— puede ser libre y pública o privada por la vía del mercado. Como relación social, el mercado es un mecanismo difusor, pero no el único o el mejor. Como toda relación social, implica relaciones de poder donde se enfrentan compradores y vendedores; o sea, la difusión y recepción de la cultura por esa vía únicamente llega a los que puedan tener acceso a tal confrontación, y eso solo es posible con capacidad adquisitiva. Si un pueblo tiene bajos salarios, alto desempleo, pobre acceso a las instalaciones o lugares de manifestación cultural, no podrá beneficiarse de esa difusión.

No son el mercado ni el comercio, por sí mismos, los que pueden neutralizar la función social de la cultura, sino los intereses del capital mediático y los grandes grupos financieros que los respaldan. Estos han diseñado, impulsado —y ahora consagrándolo en las negociaciones económicas internacionales, tanto comerciales como financieras— un sistema de dominación que asegura la revalorización internacional del capital, en detrimento del mercado, el Estado y la sociedad como instituciones equilibradoras del devenir histórico.

La cultura, como sector económico, refleja un «valor cultural» y un «valor económico». Muchos autores identifican su valor de uso con el disfrute y consumo y su valor de cambio con su precio de mercado en tanto mercancía. Ambos enfoques y contenidos tienen marcadas diferencias con el sistema categorial consagrado, tanto desde la óptica neoclásica como desde la marxista.

Para Adam Smith o David Ricardo, el gasto en las artes no contribuía a la riqueza de la nación. Smith veía la cultura como el dominio por esencia del trabajo no productivo, aunque no dejaba de reconocer, implícitamente, los efectos externos del gasto de la cultura. En su obra *Una investigación sobre la naturaleza y causa de las riquezas de las naciones*, señala: «La obra de

todos ellos (los trabajadores no productivos), tal como la declamación del actor, el discurso del orador o los acordes del músico, desaparece en el mismo momento en que se produce».² Subraya, sin embargo las características especiales de los trabajos artísticos, una tarea que necesita grandes y costosas inversiones: «En el caso de las artes que exigen habilidades especiales, la educación es un proceso aún mucho más largo y dispendioso [...] La distribución pecuniaria de los pintores, los escultores, la gente de Ley y los médicos debe ser por lo tanto mucho mayor»;³ en consecuencia, la remuneración del artista refleja el costo de inversión que ha exigido su trabajo. Además, reconoce los efectos externos de este tipo de gasto:

Si el Estado alentara, es decir, si permitiera gozar de una total libertad a todos aquellos que, por su propio interés, quieren tratar de distraer y divertir al pueblo, sin escándalo y sin incidencia, a través de la pintura, la poesía, la música y la danza o a través de cualquier tipo de espectáculo y de representaciones dramáticas, lograría dominar fácilmente ese humor sombrío y esa disposición a la melancolía que son, en muchos casos, alimento para la superstición y el entusiasmo.⁴

A finales del siglo XIX, Alfred Marshall escribe en su obra *Principios de Economía*: «La Ley según la cual el gusto por la música aumenta proporcionalmente al tiempo en que un individuo dedica a escuchar música», abriendo la vía para el análisis de los consumos artísticos «que constituyen una excepción a la teoría del decrecimiento de la utilidad marginal». En 1890 observa:

Es imposible evaluar objetos tales como los cuadros de los grandes maestros o las monedas extrañas, puesto que son únicos en su especie y no tienen equivalente y competidor [...] El precio de equilibrio en las ventas (de dichos objetos) se fija muchas veces al azar; sin embargo, un espíritu curioso podría obtener cierto grado de satisfacción realizando un minucioso estudio de este fenómeno.⁵

Sin embargo, el fundamento de un enfoque económico de la cultura no es tomado en cuenta por John Maynard Keynes, a pesar de ser un hábil coleccionista de obras de arte y haber logrado convencer a grandes mecenas, como Samuel Courtauld, para que participaran en el financiamiento de una caja de garantía de retribuciones para aquellos artistas cuyo reconocimiento, aún incipiente, no les permitía vivir dignamente.⁶ En tiempos modernos se identificaría como una inversión en Investigación y Desarrollo (I&D), que en la cultura se realiza como experimentación para capitalizar en el futuro.

Según interpretaciones de la teoría neoclásica, la demanda tiene una tendencia decreciente en la medida en que se satisfacen los requerimientos del consumo; sin embargo, en la cultura, a más consumo más se quiere consumir, por lo que su tendencia no es decreciente.

No hay dicotomía entre el mercado y la cultura, porque el primero es una relación social susceptible de ser regulada y controlada; pero sí se produce entre quienes se apropian de la riqueza material y espiritual de los creadores y, con ello, de su pueblo y de la humanidad.

Ello descoloca a la cultura de su esquema teórico; no obstante, ese mismo comportamiento acrecienta su interés, lo cual se demuestra en la práctica mercantil de los países desarrollados, que diferencia la demanda real de la efectiva, de forma abrumadora. La dicotomía valor-precio, hoy típica del mercado mundial capitalista, existe también de forma tiránica en lo relacionado con los bienes y servicios culturales gracias a la estructura oligopólica y al altísimo nivel de concentración de ese mercado en todas las manifestaciones artísticas.

Para quienes compartimos la óptica marxista, donde existe una marcada inclinación a identificar los sectores agrícola e industrial como las actividades productivas fundamentales susceptibles de revalorizar el capital, ha sido necesario avanzar en la identificación de las condicionantes del proceso de revalorización en una economía de servicios, que es la estructura sectorial predominante en muchos de los países centrales. Esto es particularmente complejo porque el proceso de captación del excedente generado concierne al conjunto del ciclo productivo que se revaloriza, de forma mayoritaria, a escala internacional y donde los rendimientos se distribuyen mayoritariamente en el proceso de creación-diseño y en las fases de la realización o circulación, conformada por las cadenas distribuidoras y promocionales del consumo.

Es el proceso de subordinar la creatividad a la lógica de la acumulación capitalista lo que determina el cambio sustancial de «mercado del arte» a «mercantilización del arte». Según Marco Schneider, el problema de la creación artística no es la industria cultural en sí misma, sino el modo de producción capitalista.

La relevancia del problema de la alienación de valor y del fetiche de la mercancía, de la mercantilización de la cultura y el vector económico dominante de la industria cultural está en el modo de producción y no en el mercado que le sirve de contraposición a oferentes y demandantes.⁷

Esta aseveración, que se puede apreciar con mayor fuerza en el modelo neoliberal, identifica y contribuye a desatanizar el papel de las industrias culturales en un pensamiento alternativo. Más de una vez se ha manifestado que esas industrias significan la invasión del campo cultural por el modo de producción capitalista, desconociendo que todos los componentes involucrados en estas han tenido cursos, presencias,

causas y consecuencias diferentes en el tiempo y el espacio.

Para los marxistas, el valor de un producto está determinado por el trabajo humano y ello se manifiesta plenamente en la cultura, dando fe de esta validación el consumo que reconoce el bien o servicio como una creación artística o literaria; por otra parte, la teoría valor-trabajo está determinada por el tiempo de trabajo socialmente necesario para su producción y en la cultura dependerá de la *creatividad*, que no se mide en similares tiempos horarios, sino en destrezas, habilidades e imaginación. Estas, por supuesto, necesitan tiempo y espacio para su formación, pero influyen componentes de aptitudes innatas al creador. Las dificultades para medir de forma transparente el valor económico de una producción cultural, debido a su unicidad y los factores que la determinan, han traído aparejadas dificultades de significación y, especialmente, han beneficiado a los procesos de concentración y control de los mercados.

La reflexión académica del sector económico de la cultura y el arte aún no ha alcanzado el lugar que le corresponde en el debate internacional de las ciencias. A ello ha contribuido no solo la discrecionalidad en la toma de decisiones y la ausencia de un sistema estadístico que la evidencie, sino también la incompreensión alrededor de su interpretación como generador de ingresos. Mientras las autoridades académicas de la economía, la sociología, la antropología y los representantes de los ámbitos de la política en todas sus dimensiones debaten sobre si la cultura es o no un sector económico, los grandes capitales llamados mediáticos obtienen las altas tasas de rentabilidad que se derivan del control oligopólico del mercado.

Múltiples datos de información dispersa contribuyen a tener una idea, pero no a determinar una tendencia totalmente clara. Según Luis Stolovich, en los Estados Unidos, las industrias del *copyright* alcanzaron en 2000, un valor de producción de 680 mil millones de dólares estadounidenses, equivalentes a 7,5% del PIB y emplearon a 7,6 millones de personas. Su participación en el PIB se duplicó en las últimas dos décadas.⁸ De acuerdo con otros autores, el peso del sector cultural alcanzaba cifras entre 3 y 5% en los principales países desarrollados, superando en importancia a industrias

como las del automóvil o la química. Tal sería el caso de Francia, en el que, según algunos autores, el complejo cultural alcanzaba, en 1992, 3,7% del PIB, o del Reino Unido y Suecia, donde ascendía a 3,2%.⁹

Sin embargo, la ausencia de estadísticas sistemáticas y sistémicas provoca que existan distintos cálculos sobre un mismo país y lo registrado como sector cultural no sea similar en todos los países, lo cual ha traído como consecuencia dificultades para establecer comparaciones entre unos y otros, e identificar tendencias. Pero lo incuestionable es que las creaciones que registran los grandes capitales transnacionales no provienen siempre de nacionales donde está enclavada la casa matriz. Resulta significativa la captación de ingresos provenientes de obras de creadores nacidos en otros países, particularmente en los subdesarrollados, que acuden a los circuitos comerciales centrales ante la imposibilidad de realizar sus producciones en sus mercados locales, en la escala de precios que se les atribuye. Ello implica un traspaso de propiedad sobre la obra y, consecuentemente, una pérdida de ingresos moralmente legítimos, pero legalmente cedidos por el autor, y una pérdida del patrimonio cultural para las naciones.

Tanto los datos captados de forma esporádica como los sistematizados por Stolovich muestran un cuadro significativo. Mientras el mundo desarrollado capta y centraliza los recursos fundamentales provenientes de la producción de bienes y servicios culturales, el peso que tienen en los países subdesarrollados, generadores de la creación que les transfiere valor, es mínimo, está pobremente identificado y todavía subvalorado.

Según Ramón Zallo:

reequilibrar el mercado en el sentido de que estén en todos los mercados todas las ofertas de calidad viable, significa que sean accesibles libros de todas las culturas, música del mundo, y no solo aquellas que, siendo captadas por multinacionales del inmenso vivero que son las culturas del mundo, y con una pátina de poco valor añadido, se vendan como propias de los países centrales, protegidos además por rigurosos derechos de propiedad intelectual registrados [...] en la medida en que los patrimonios son el sedimento de las expresiones artísticas de cada tiempo, ya se trate de artes visuales, escénicas, musicales o de industrias culturales, el flujo máximo de estas expresiones artísticas es sustancial para la riqueza del patrimonio colectivo como base para la generación de nuevos valores añadidos. Y al revés la sustitución de las expresiones propias e internacionales por las de unas pocas empresas mundiales son destructivas tanto de recursos humanos como de potencialidades creativas.¹⁰

Los ámbitos de la economía de la cultura son múltiples. Ha de considerarse desde el *sector público* que abarca el Estado y las organizaciones sin fines de lucro, y desde el *sector privado* que se canaliza vía mercado.

Desde el primero, la economía aplicada a la cultura abarca las dinámicas y regulaciones que se relacionan con el desarrollo de la cultura nacional y que se constituyen en instrumentos para propiciar el pensamiento innovador, generador de bienestar y prosperidad. Para el desarrollo de las artes y la literatura, la economía contempla el financiamiento de los ámbitos de la creación, el consumo y la práctica cultural nacional, así como la formación artística. En ese espacio, en las naciones que tienen a la cultura como medio y fin del desarrollo, el Estado se constituye en gestor principal y encarga a las instituciones culturales nacionales las funciones de administración de los fondos asignados. Con ese fin, provee el aseguramiento financiero, material y tecnológico para el desarrollo y promoción de la creación artística y literaria y el consumo cultural social a través de distintos canales. En este marco se insertan las actividades relacionadas con la cultura comunitaria, la enseñanza artística, el patrimonio tangible e intangible, manifestaciones cuya promoción y preservación no deben estar sometidas a la lógica del mercado.

Ello trae aparejadas algunas distinciones. Para la política económica del arte y la literatura, el consumo cultural masivo es un objetivo pero no una condición; o sea, el consumo es una constatación del desarrollo cultural y la asignación de recursos estará concebida como una inversión económica que se reeditará en valores culturales, no como renta financiera.

Esto constituye un punto esencial, porque la función económica de las instituciones públicas, o sin fines de lucro, está determinada por las prioridades que le otorgue la creación misma y debe estar reflejada en la política cultural en su ejercicio de promover la cultura e impulsar su desarrollo, preservando la diversidad de las expresiones culturales y el patrimonio de la nación. La función económica de la política cultural en este ámbito es, por su esencia, de respaldo a la creación artística y al desarrollo cultural de la nación.

Sin embargo, esta deberá incluir todas las fases del ciclo. Construir una política económica de la cultura que fortalezca el consumo cultural como objetivo implica, por lo tanto, incidir sobre la formación de los creadores en la fase inicial del ciclo y en el desarrollo tecnológico del proceso productivo, así como en la previsión de los canales de distribución. Pero un factor de suma importancia es su impacto sobre la formación de públicos, en tanto debe contemplar la promoción, la información y la exhibición para que pueda contribuir a la prevalencia de las jerarquías culturales en un mundo donde la banalidad se impone por la vía de la acción monopólica sobre los mercados.

Como sector económico, la creación artística y literaria genera ingresos, ganancias y riquezas, propicia empleos, canaliza ingresos fiscales, mueve inversiones

de capital y demanda tecnología, además de constituir fondos exportables no tradicionales que irrumpen en la estructura mercantil contemporánea con una fuerza tal que desplaza a productos de amplia demanda, pero cuyos movimientos de recursos y tasas de ganancia son muy inferiores.

¿Qué tipifica hoy el sector económico de las artes y la literatura?

- Combina la creación, producción y comercialización de contenidos intangibles de naturaleza cultural; convoca ideas, símbolos y modos de vida protegidos por el derecho de autor. Estas actividades culturales con contenido económico abarcan bienes y servicios. Entre ellas se encuentran la *industria editorial* (libros, revistas, periódicos y demás publicaciones periódicas), la *industria audiovisual* (transmisión y difusión de radio y televisión) y la *industria fonográfica*. Lugar relevante ocupa el mercado de las *artes visuales* (plástica, artesanía, diseño, fotografía) y las *artes escénicas* (dramáticas, musicales y dancísticas, así como el espectáculo).
- La interrelación entre las distintas manifestaciones ratifica el *signo combinado* del mercado del arte, dado su carácter pluridisciplinario, demostrado —por ejemplo, en el caso de la música—, por la dependencia recíproca de la discografía con las presentaciones en vivo que, según el punto de vista económico, clasifican de forma diferenciada en procesos industriales y de servicios, pero responden a una sola lógica de comportamiento. El ciclo económico productivo de la cultura, y de cada manifestación artística, ha de compaginar la particularidad de cada manifestación con la integralidad de la creación. Esa intervencionalidad de las distintas manifestaciones en el acto creativo y su expresión en soportes materiales o en representación, complejiza altamente su valorización en términos de inversiones de capital y márgenes de rentabilidad.
- Son actividades económicas pro-cíclicas, o sea, crecen en entornos favorables de las economías y de distensiones políticas, ya que muchas de ellas se consideran parte de las actividades de entretenimiento¹¹ y tienen comportamientos contractivos en momentos de crisis. Por tanto, pueden contribuir a la generación de ingresos, en una economía en fase recuperativa o expansiva, pero nunca en fase contractiva, y ello está determinado por la forma como se comporta la demanda de productos que no forman parte de la sobrevivencia en la media de la sociedad.
- Reclama altos niveles de inversión de alto riesgo. La valorización de la inversión en términos de Valor Actual Neto (VAN), Tasa Interna de Retorno (TIR) y Período de Recuperación de la Inversión (PRI),¹²

no resulta fácilmente identificable por la alta carga subjetiva que tiene el comportamiento a futuro de los ingresos que genera, de tal suerte que su volatilidad es muy alta. Sin embargo, en correspondencia con eso, es de altas tasas de rentabilidad por peso de inversión en los segmentos triunfadores, los cuales, generalmente, compensan las inversiones no rentables, hecho típico en determinadas manifestaciones artísticas. La incapacidad de previsión de los ingresos futuros de las industrias culturales se ha visto reflejada en la multifuncionalidad y heterogeneidad de sus empresas, uno de los mecanismos habituales para la cobertura de riesgo en el sector.

- El cambio ocurrido en los hábitos de consumo, con el traslado a domicilio de determinadas manifestaciones, ha desencadenado una demanda complementaria de bienes y servicios que tiene un movimiento económico propio.
- El sistema de precios adquiere características particulares donde se vincula el costo y gasto material con la valorización, en términos de mercado, del acto creativo y donde intervienen componentes económicos de distinta naturaleza, especialmente de reconocimiento del creador, pero que se reflejan en la economía de forma diferenciada según las distintas manifestaciones artísticas. La aprehensión de este componente cualitativo en la inclinación de la demanda, ha inducido a las transnacionales de la música y el disco a la «construcción de la fama» de un creador o intérprete a partir de la promoción, que no siempre implica calidad o jerarquía cultural adecuada y descoloca a quienes no tienen un respaldo de esa naturaleza, especialmente los procedentes de países subdesarrollados.
- Su producción es extensiva y se manifiesta en todas las zonas y territorios, de acuerdo con la proliferación de hábitos, costumbres y tradiciones. En este sentido, es necesario destacar que al tener altos costos de producción, sobre todo de distribución, y estar forzados a aplicar economía de escala, resulta indispensable el desarrollo de otros mecanismos de ingreso alegóricos a ese resultado cultural, lo que provoca un entramado de consumo con una vida útil independiente, y contribuye al resultado integral de la rentabilidad de la empresa o entidad productora.
- Los circuitos internacionales tienen una gran influencia e intervencionalidad, tanto para la comercialización como para los espacios de creación.

Para el sector de la economía que se encarga de la creación, producción y comercialización de los bienes y servicios culturales, la demanda efectiva es un objetivo y, al propio tiempo, una condición básica de su existencia y desarrollo. Quiere ello decir que si el Estado

promueve la cultura y genera un consumo cultural estable y creciente, evidentemente como sector económico también tendrá asegurada la demanda para la realización del ciclo productivo; pero para que sea posible, la economía nacional, y dentro de ella su población, deberán tener una capacidad adquisitiva. Si ese ciclo no se reproduce a escala de la nación, los bienes irán allí donde puedan realizarse, porque en ausencia de mercados domésticos de la cultura, la emigración o contratación con promotores foráneos ha sido un mecanismo de salida de los creadores en muchos lugares del mundo subdesarrollado.

El carácter artístico de la creación tiene ante todo presente la dimensión cultural y el carácter mercantil del producto o servicios que se comercializa jerarquiza la dimensión económica; ambos se vinculan y entrelazan en el ciclo de reproducción. Para el sector público, la cultura es un gasto y no una inversión económica, por lo que el valor cultural prepondera sobre el económico. Por otra parte, para el sector privado, formado por las empresas tipificadas según las distintas manifestaciones artísticas, la cultura es una inversión y no un gasto, por lo que el valor económico se jerarquiza sobre el valor cultural. Ignorar la impronta generada por estas dicotomías o imponer políticas que las desconozcan, trae aparejado que la rentabilidad de la creatividad se fugue y vaya quedando fuera del ámbito nacional y regional; eso se refleja en la importancia que la industria cultural, y el mercado del arte en general, reciben en un grupo importante de países.

El cuadro que estamos presenciando muestra que, frente a la incapacidad manifiesta de los países subdesarrollados para retener y redistribuir el excedente que generan, las transnacionales del capital mediático están canalizando esa creación cultural y logrando una altísima concentración de los ingresos de la cultura y, lo que es peor, se está produciendo una pérdida del patrimonio cultural. Se hacen análisis de consumo y no de la demanda cultural, ni se pondera la diferencia entre aquello que no debiera transitar únicamente por los circuitos del mercado, porque constituye un derecho y una necesidad de toda la sociedad y lo que —utilizando el mercado como mecanismo de promoción y distribución— está en posibilidad de competir, desde el Estado o las empresas nacionales privadas, pero respaldadas por este, para alcanzar y preservar los altos niveles de ingreso, contrarrestar la acción del capital mediático y evitar así la pérdida del patrimonio cultural.

En América Latina, el estudio de la economía de la cultura recién comienza a ser reclamado, expuesto y sistematizado, con la fuerza que demanda el instituirse como uno de los sectores más dinámicos de la economía del continente y del mundo. En ello ha tenido un particular protagonismo el Convenio Intergubernamental

Andrés Bello, cuyo proyecto de Economía y Cultura ha desplegado una ardua labor al respecto. También se destacan los estudios realizados en el MERCOSUR Cultural. Al propio tiempo, han comenzado a proliferar los Observatorios de políticas e industrias culturales como los de Argentina, Colombia, España, Portugal, y Uruguay. Recientemente, al amparo de otros organismos internacionales, se ha comenzado a impulsar la identificación del aporte de la producción de bienes y servicios culturales al PIB de los países, lo que puede contribuir a un abordaje diferenciado de esos contenidos.

En el complejo proceso de la creación cultural, cada vez son más estrechas las relaciones —económicas, industriales y tecnológicas— con otros sectores de la economía que, directa o indirectamente, intervienen en el desarrollo de cualquier actividad cultural. El balance de las relaciones intersectoriales de la cultura con otras ramas de la economía constituye un eslabón fundamental del análisis de la economía de la cultura, porque permite apreciar los encadenamientos productivos que pueden establecerse y que, de no existir o no ser establecidos en los países, se convierten en motivos de importaciones o evasión de los procesos de creación hacia el lugar y medios donde se faciliten los insumos necesarios.

Por otra parte, este proceso económico tiene particulares comportamientos en cada una de las manifestaciones artísticas; es decir, el ciclo económico del libro, del producto audiovisual, de la música, además de las particularidades de los procesos tecnológicos y culturales presentes en cada manifestación artística, no siguen las mismas regularidades como rama económica. Sin embargo, como un rasgo común se manifiesta la necesidad de otorgar un tratamiento integrado y articulado a todas las fases del ciclo, en tanto su particular cualidad: *la unicidad del acto de creación* no le permite separar ninguna de las fases del proceso creativo. El proceso económico no puede verse separado del acto cultural bajo peligro de distorsionar su realización.

El mercado internacional editorial contradice el espejismo de que, con el acceso a Internet, se ha entrado en una fase contractiva de esa industria. Según estadísticas de Trademap, del Centro de Comercio Internacional, constituye una de las de mayor auge dentro de las industrias culturales. Datos curiosos, demostrativos de estas tendencias, indican que solo en álbumes y libros de estampas para niños y cuadernos infantiles para dibujar y colorear, en el año 2005 se gestaron ingresos por exportaciones por valor de 568 millones de dólares estadounidenses. Abarcaron ese mercado, con 63% de participación Hong Kong y China.¹³ Solo por diccionarios y enciclopedias se gestaron, en el mismo año, por exportaciones,

262 millones de dólares, ese mercado lo abarcaron, con 58%, Reino Unido, Italia, Francia y Colombia.¹⁴

De los ingresos por exportaciones de productos editoriales, 73% se concentra en diez países, lo cual resulta claramente abrumador. Las debilidades de la industria editorial latinoamericana y caribeña provocan que, a pesar de tener una creación intelectual con una presencia universal de alta significación, los ingresos por esas creaciones estén recibiendo en los países centrales porque las editoriales de dichos países están en capacidad de proveer mayores beneficios a los autores, lo que implícitamente provoca una cesión de derechos de estos a sus editoriales respectivas y la pérdida del patrimonio.

Tradicionalmente, la producción de bienes esenciales (o suntuarios pero relevantes) para el desarrollo y la vida de la humanidad, ha tenido asociados bienes complementarios que contribuyen a su consumo. Ello ha generado una cadena productiva que ha coadyuvado históricamente a la formación de conglomerados multiformes y multidimensionales. La informática y las telecomunicaciones han invertido la relación de bienes primarios y complementarios en el caso de algunas manifestaciones artísticas. Se está condicionando, en algunos casos, la creación artística a las nuevas tecnologías, tanto en el cine como en el disco, y otras, monopolizando la creación.

En el caso de la cadena productiva del disco, los medios de reproducción y de circulación no pueden ser enfrentados sin grandes y constantes inversiones que se verán recompensadas solo si el nivel de ventas permite una recuperación rápida y el VAN considerablemente alto. Todo ello demanda amplios mercados y de alta capacidad adquisitiva.

Desde el lado de la demanda, el patrón analítico del modelo neoclásico admite solo el establecimiento del precio de equilibrio a partir de la demanda efectiva y no de la real. Si comparamos los segmentos de mercado consagrados a partir de la transformación tecnológica que está teniendo lugar en los soportes de la creación artística mediante equipos cada vez más sofisticados, con la capacidad de recepción de las masas populares del continente latinoamericano y el Caribe, podremos apreciar una profunda polarización del consumo cultural, que tiene en la piratería el mecanismo de salida por excelencia. Ello entra en total contradicción con la función de la cultura en la sociedad. Esto no significa que todos los mercados desaparezcan, porque el consumo cultural vía mercado reconoce todos los espacios abarcables en los distintos niveles de capacidades adquisitivas; por ejemplo, las exportaciones de los discos grabados para tocadiscos generaron 220 millones de dólares estadounidenses en el año 2005, de los cuales 38% se concentró en el Reino Unido.

Las *majors* transnacionales piden a las *indies* PYMES de la música que hagan el trabajo más costoso de buscar las nuevas estrellas para después firmarles contratos de exclusividad en las fases del ciclo que más reditúa. En múltiples ocasiones, los creadores se ven obligados a firmar contratos, pagados en moneda fuerte, mientras los organismos financieros internacionales recomiendan a los gobiernos devaluar sus monedas con el pretexto de hacerlos más competitivos. Esa devaluación provoca una propensión a la exportación en detrimento del mercado interno.

Lo anterior demuestra que en las manifestaciones artísticas de mayor tasa de rentabilidad se presenta un alto nivel de control monopólico y subordinación a los grandes centros de poder. Y para realizar un proceso económico de alta rentabilidad, dichos grupos necesitan subordinar *la cualidad de la unicidad de la creación* al acto de aplicar economías de escala que permita elevar los rendimientos por peso de inversión. En la naturaleza misma de la creación y del capital está la contradicción y tensión fundamental del binomio economía y cultura.

A diferencia de otros bienes y servicios, y a pesar de ser un sector pro cíclico, la demanda real —determinada por las necesidades del conjunto de la población— está garantizada. Pero se deberá convertir en demanda efectiva con la capacidad para participar en el mercado para que sea funcional al patrón de acumulación planteado y cumpla con los requerimientos de obtención de altas tasas de ganancia. O sea, la demanda real es una condición necesaria, pero no suficiente.

Para el mercado cultural, la distribución del ingreso es un factor determinante porque establece la persistencia de la demanda, y en un continente que tiene una de las peores distribuciones del ingreso, el consumo cultural ha terminado estratificado de una manera peculiar. Según algunos expertos, se pudieran identificar tres grandes estratificaciones: una creación y consumo de cultura erudita, realizada principalmente en un reducido segmento elitista; uno cultural industrial, que depende de la capacidad adquisitiva y busca segmentos de mercado con gustos homogeneizados; y una cultura popular masificada que no vende y, por lo tanto, no es objeto de inversión desde el capital mediático, a pesar de ser, como se demuestra en estudios especializados, factores de dinamización económica en los territorios.

La obtención de altas tasas de ganancia oligopólicas dependerá, por lo tanto, de la medida en que se generalice el consumo con capacidad adquisitiva y ello solo se asegurará domesticando u homogeneizando el consumo cultural, y entregando una oferta cultural que se produzca a grandes escalas y propicie mayores niveles de rendimiento. La homogeneización de las preferencias culturales tiene un objetivo claramente ideológico: la domesticación mental; pero, además, un objetivo

claramente económico: la obtención de altas tasas de ganancias vía economías de escala.

Los filmes de las *majors* dirigidos a los niños suelen ocupar alrededor de los siete primeros lugares entre los más taquilleros de cada año, congregando un promedio de más de dos millones hasta algo menos de un millón de espectadores. Quince títulos supusieron una facturación de alrededor de 30,5 millones de dólares. De ellos, 17,9 millones correspondieron a las películas extranjeras para niños y adolescentes.¹⁵

Según esta experta, la venta de los llamados *merchandisings* se ha transformado en una fuente de facturación tan o más importante que la taquilla de los cines y la venta de sus derechos a todos los circuitos electrónicos sumados. Se trata de muñecos, disfraces, mochilas, lapiceros, remeras, figuritas, carpetas escolares, y objetos de toda especie que pueblan, por sucesivas oleadas según los estrenos, el mundo cotidiano de los niños pertenecientes a todas las clases sociales.¹⁶

La cultura como un sector de la economía no es, ni será, un proceso exento de complejidades y conflictos, y transcurre con tensiones entre el acto creativo y sus requerimientos de libre expresión, experimentación y promoción, y su conversión en mercancía, que deberá verse sometida a las dinámicas de rentabilidad y eficiencia, intrínsecas a ese proceso. Identificar la cultura como un capital trae aparejado innumerables complejidades, incluidas las causas y motivaciones de su dinámica como sector de la economía. Es vital tipificar cuáles de esas causas son propias de la cultura y la ideología que sustenta y cuáles están determinadas por el modo de producción imperante —que tiene sobre este sector implicaciones particulares—, tanto si es analizada desde el lado de la oferta o desde el de la demanda; y es necesario también reconocer que esa identificación causal de las tensiones no siempre resulta consensuada entre los actores sociales participantes.

De la misma forma que la transición de economías con mercado a economías que entregan al mercado la función asignadora, ha provocado la inhibición de las funciones reguladoras de los Estados nacionales, la mercantilización del producto cultural inhibe la efectividad de las políticas culturales y todos los esfuerzos que se realizan desde la propia sociedad civil, con el propósito de impulsar una concepción cultural del desarrollo. Es necesario, por tanto, contraponer la voluntad política de los Estados nacionales y su capacidad para conducir la política cultural de la nación a las intermediaciones del capital mediático y los grupos financieros que operan en el sector. Eusebio Leal plantea:

Quando hablamos de desarrollo, es necesario centrarlo a partir del crecimiento cultural, porque es la identidad lo que nos distingue y nos da valía y ese concepto está indisolublemente ligado a la cultura de un pueblo; son las

tradiciones, el comportamiento diferente ante situaciones similares, las cosas propias del sitio que no pueden ser repetidas miméticamente; las respuestas materiales e inmateriales a determinado clima. Las estructuras familiares, como el germen de la estructura de la comunidad. Por eso planteamos que todo desarrollo que se produzca ajeno a estos fundamentos generará decadencia.¹⁷

Las políticas públicas deben abordar la producción y difusión cultural como un bien o servicio público que llegue a todo el sujeto popular. Estamos hablando de la preservación del patrimonio tangible e intangible, los teatros sostenidos por el Estado, la música que debe ser protegida —para que no desaparezca ante los vaivenes de las preferencias que se mueven, en ocasiones manipuladas por los efectos de un mercado controlado por el capital mediático—, la enseñanza artística como parte del proceso de formación del ser humano culto, etcétera.

También es responsabilidad del Estado, en cumplimiento de las políticas públicas, respaldar la actividad empresarial —estatal o privada— con suficiente flexibilidad de modo que permita mantener en los marcos nacionales la propiedad sobre la creación de los hijos de cada tierra. La creación puede promoverse, pero no administrarse.

En última instancia, lo que determina la diferencia entre un sistema socioeconómico y otro es su patrón de acumulación y, en ese sentido, quién produce, cómo se produce y qué se hace con el excedente que genera la sociedad tiene que ser regulado por el Estado, al propio tiempo este tiene la responsabilidad de respetar la diversidad del sujeto popular, entender la validez y limitaciones de todos los instrumentos a su alcance y justipreciar la eficacia y eficiencia de las distintas vías y medios para alcanzar la prosperidad de la nación, sabiendo que es el conjunto de los actores sociales los que están en capacidad de construir y reconstruir una concepción cultural del desarrollo.

A decir de Stuart Mill, «no hay mejor prueba del progreso de la civilización que el progreso del poder de la cooperación». Resulta imprescindible, en aras de salvar el patrimonio histórico, cultural, popular y tradicional y la creación novedosa, impulsar un programa de cooperación que se proponga el establecimiento de concertaciones entre las instituciones gubernamentales y los empresarios nacionales. Múltiples son las acciones que pueden ser desarrolladas, tanto en plataformas conjuntas para ser aplicadas en cada país, como acciones concretas en los planos bi y multilateral.

Es imprescindible fortalecer la industria cultural latinoamericana y caribeña, y uno de los mecanismos para ello sería la concertación de sus gobiernos y autoridades encargados del desarrollo cultural, así como los empresarios, para actuar de forma sistemática y sistémica en esta dirección. A todo esto pudiera

contribuir de forma relevante una acción convenida con el Fondo Cultural del ALBA, así como con otras instituciones y mecanismos del sistema de Naciones Unidas que tengan la voluntad y posibilidad de actuar en esta dirección como la UNESCO, la Organización de Estados Iberoamericanos (OEI), el Sistema Económico Latinoamericano y del Caribe (SELA), la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), etc. También en el ámbito empresarial pudieran utilizarse los mecanismos de promoción y concertación como las Ferias de arte en las distintas manifestaciones. Porque la cultura enaltece la civilización humanista, y debe otorgar una visión dinámica y no estática de la creación, y junto a ello de la promoción y de su financiación.

Notas

1. Marshall Sahlins, «A Brief Cultural History of “Culture”», citado en «Nuestra diversidad creativa», Informe de la Comisión Mundial de Cultura y Desarrollo, Ediciones UNESCO, México, DF, 1996, p. 27.
2. Margarita Caballero, «Bases conceptuales y teóricas de la economía de la cultura y el patrimonio», material mimeografiado.
3. Ídem.
4. Ídem.
5. Alfred Marshall, *Principios de Economía*, Aguilar, Madrid, 1963, p. 275.
6. Ídem.
7. Marco Schneider, «La sociogénesis del capital mediático a través de la música», en *Pensar a contracorriente*, v. 1, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2005, pp. 93-129.
8. Luis Stolovich, «Guía metodológica para la realización de estudios sobre la economía de las industrias del derecho de autor en América Latina y el Caribe», material mimeografiado, p. 2. El dato incluye las industrias culturales y la del software.
9. Ídem.
10. Ramón Zallo, «Una justificación ortodoxa para una economía de la diversidad cultural», *Observatorio*, n. 4, Buenos Aires, noviembre de 2006, p. 5.
11. Algunas de las llamadas actividades culturales se consideran, en ocasiones, formas de entretenimiento para tiempos de ocio, en lugar de ser consideradas para el enriquecimiento espiritual y la formación del ser humano integral.
12. Indicadores considerados para la toma de decisión de cualquier inversión financiera.
13. Cuenta 490300, www.trademap.com.
14. Cuenta 490191, www.trademap.com.
15. Susana Velleggia, «Diversidad cultural y sistemas audiovisuales: ¿cuál es el espacio de los niños?», *Observatorio*, n. 4, Buenos Aires, noviembre de 2006, p. 13.
16. Ídem.
17. Eusebio Leal Spengler, «El desarrollo de la cultura, única certeza para un proyecto sostenible legítimo», *Pensar Iberoamérica*, n. 1, Madrid, junio-septiembre de 2002.

El trabajo del científico social en la cultura

Ana Vera Estrada

Investigadora. Instituto Cubano de Investigación Cultural Juan Marinello (ICIC).

Recientemente buscaba una lectura complementaria que sugerir a mis alumnos para explicarles la conexión entre el relato oral, la historia como proceso y la necesidad de reescribir los testimonios antes de ofrecerlos al lector, cuando un título atrajo mi atención: «Las Ciencias sociales y la vida real».¹ De inmediato recordé mi último trabajo, por aquellos días entregado a un amigo para que valorara la presencia en él de un fragmento que titulé «Las vivencias como datos», donde intentaba demostrar cómo cuando falta información, es posible encontrarla donde menos se espera, si se tienen ojos para ver.

El artículo citado criticaba manquedades de la sociología mexicana desde un punto de la geografía de su país localizado fuera de la capital. (Pronto se verá la pertinencia de este detalle.) En él se partía de la supuesta indefinición de un oficio —el de científico social— sometido a tres vasallajes: el servicio a la sociedad, la obediencia a la política institucional y los parámetros de excelencia dentro de la disciplina, que lo hacen diferente de otros profesionales, en tanto está potencialmente «entrenado en una esfera del saber que lo habilita para descifrar y hacer comprensibles los mecanismos mediante los cuales se reproducen y

cambian las comunidades, las instituciones sociales, las organizaciones, los grupos, las movilizaciones, la vida cotidiana de los colectivos humanos».² De ello se desprende la responsabilidad del científico social ante la eficacia del conocimiento construido, capaz de convertir su trabajo en acción social sin sacrificar el aspecto lúdico de la creación científica.

Por tales caminos discurría el pensamiento cuando buscaba en la antropología, la historia y la sociología un modo de escapar a las fronteras de una formación académica demasiado rígida para asumir con responsabilidad la investigación científica en el ámbito de la cultura, donde por los años 80 se comenzaba a explorar funciones y contenidos y se confiaba ingenuamente en una inmediata y directa aplicación de los resultados científicos en la práctica social. Ellas conformaron lo que luego he llamado una «perspectiva antropológica», imprescindible para encontrar espacio en la «interdisciplina» desde donde retornar a la caja de herramientas fundacional, con perspectiva enriquecida. El término «interdisciplina» forma parte de los discursos de la ciencia desde mediados del siglo xx, y Norbert Elias lo consideraba

una necesidad para el desarrollo de la investigación social:

Para dar respuesta a los problemas que han ido apareciendo a lo largo de la investigación, será necesaria la reflexión de muchas personas y la cooperación de diversas ramas del saber que hoy se encuentran separadas por barreras artificiales; entre estas deben contarse la psicología, la etnología o la antropología, no menos que la sociología o las distintas ramas especializadas en la investigación histórica.³

La interdisciplina es un recurso metodológico de los científicos sociales para una comprensión sistémica de la vida en las sociedades contemporáneas. En esta perspectiva, el trabajo de campo se considera «crisol de disciplinas» centrado en el sujeto, según la expresión de Juan José Castillo,⁴ el lugar donde las ciencias sociales confluyen y escapan de sus marcos académicos respectivos, aunque no haya que absolutizar su importancia.⁵ Y en ese mundo donde el sujeto que conoce, reclama y ocupa un espacio de reflexividad para exponer su experiencia, la historia de vida es una técnica indispensable. Luis J. Galindo Cáceres define su atractivo de la siguiente manera:

Lo que acontece en el interior de un indagador cuando decide practicar en la historia de vida puede ser muy variado; existen formas más generales, también actitudes particulares. Todo proviene de alguna parte, se configura en cierto marco que dispone e impulsa a una opción en una valoración respecto a otras. Ese marco es amplio y abarca la complejidad configurada del sujeto, sobre esto puede avanzarse mucho aprendiendo inmensidades sobre la condición humana contemporánea, sobre todo la del científico social. Visto de este modo, las proposiciones de un proyecto de comprensión social no pueden ser más atractivas.⁶

Sobre la expresión

Hace varios años comencé a trabajar con relatos orales. La recepción de testimonios y la creación de documentos históricos a partir de vivencias de testigos comunes que hablan sobre procesos de la esfera cotidiana, donde falta la documentación escrita, es parte importante de la base empírica sobre la que se sustenta este ensayo, donde me propongo argumentar sobre el significado de la reflexión del investigador en tanto sujeto que investiga y sufre transformaciones durante la práctica investigativa, las cuales contribuyen a prepararlo para elegir la forma de presentación de los resultados.

En un artículo científico, el tono coloquial puede prestarse a confusión. Sin embargo, está estrechamente conectado con el «desde dónde» se escribe. La reflexión de Pierre Bourdieu acerca de la importancia del lugar del sujeto en su campo científico permite una asociación de ideas:

Solo comprendemos verdaderamente lo que dice o hace un agente comprometido en un campo si estamos en condiciones de referirnos a la posición que ocupa en ese campo, si sabemos «desde dónde habla» [...] en vez de conformarnos con remitirnos al lugar que supuestamente ocupa en el espacio social, a lo que la tradición marxista llama su condición de clase.⁷

Volviendo al tono testimonial, la exposición de experiencias de la vida personal en un contexto de construcción social desde la dimensión cultural⁸ es un tema que justifica cualquier empeño de esta clase, y hacerlo desde la ciencia social es hartamente comprometido, como de hecho muestran ejemplos recientes en la literatura feminista cubana.⁹ En un contexto científico mundial en que se habla del «retorno del sujeto»¹⁰ como rasgo distintivo de la ciencia social reclamada por el mundo contemporáneo, llama la atención su escasez en la bibliografía cubana, caracterizada muchas veces por una impersonalidad que tributa a lo menos creativo de la tradición marxista y de la sociología occidental. El comentario del filósofo Fernando Martínez Heredia en un libro de título emblemático, *En el horno de los noventa*, podría contribuir a un primer ensayo de explicación:

En la situación de 1994 tenemos demasiadas desventajas en cuanto al marxismo. Me veo obligado a repetir que existe un profundo desgaste, incluso moral, del marxismo, y no solo una crisis, lo que dificulta cualquier recuperación crítica y facilita la tendencia a, simplemente, abandonarlo. Tres circunstancias agravantes: el viejo aparato productor de ideología del tipo «marxista-leninista» sobrevive aún; los que están llamados a renovar y a producir pensamiento social tienen debilidades en su formación teórica y dificultades en establecer su pertenencia ideológica; la grave insuficiencia de las respuestas políticas y culturales que se han dado a la profunda crisis y la transición económica del país, abiertas desde 1992, y a las constelaciones sociales y culturales que las nuevas relaciones económicas están difundiendo.¹¹

El estilo de escritura es otro gran tema para un científico social, no solo el qué, cuándo y dónde decir, sino sobre todo el cómo. La crítica a los prejuicios contra ciertos modos de expresión es el motivo subyacente en el siguiente fragmento del ensayista Rafael Hernández:

El discurso «políticamente correcto» —curioso término que traspasa las fronteras ideológicas— suele acompañarse de un léxico, una semántica y hasta una sintaxis, que se fijan como códigos no escritos, pero estrictamente diferenciables. Las normas en este campo pueden tener vocaciones tan inflexibles como las reglas de la gramática. El uso de términos ajenos al código promueve el mismo acto reflejo que una falta de ortografía o un error de puntuación. Esta reacción no se reduce forzosamente, sin embargo, a un razonamiento ideológico o político: en el fondo, consiste en una predisposición cultural, que identifica la norma con una contraseña, indicadora del tránsito por un terreno conocido y seguro. En cambio,

la desviación viene a resultar ignota, ajena, insegura, equívoca —o sea, sospechosa y poco confiable.¹²

Por otra parte, lo que escribe quien se apoya en testimonios orales puede parecer más cercano a la literatura que a la ciencia. Galindo Cáceres se refiere al valor de este tipo de escritura científica cuando expresa:

La heurística es abierta, busca indagar de un modo más libre (que el positivismo). En cierto sentido es la base de la ciencia y su continuación. Es menos evidente en todas sus operaciones, respeta la intuición. Supone un ejercicio de creatividad semejante al arte. Es la que ensaya los nuevos caminos. Es un explorador constante [...] El reto básico es la creatividad [...] La investigación es un proceso de creatividad reflexivo [...] El investigador es un [...] observador que nunca pierde detalle de lo que le sucede a su interior y de lo que acontece en su exterior.¹³

El novelista Honorato de Balzac recomendaba a sus discípulos nunca tomarse a sí mismos como objeto de observación, lo cual no equivalía a renunciar a sus observaciones como fuente de información, pues de hecho con la vocación realista que lo caracterizó, hizo uso sistemático de su experiencia vital para lograr —como reconoció el propio Marx en su momento— el más impactante retrato de la sociedad francesa de mediados del siglo XIX, antes incluso de que apareciera la Sociología como ciencia.

Es esta visión reflexiva, más que subjetiva, la que se expone en el ejemplo tratado a continuación, ya que para estudiar la cultura azucarera desde la dimensión familiar, no abundan las fuentes escritas, de modo que las vivencias colectadas en el trabajo de terreno y tratadas como datos objetivables han sido incorporadas y analizadas. Los datos fundamentales provienen de veintinueve testimonios recogidos en un pequeño central de una de las provincias occidentales de la Isla, del cuaderno de notas de campo y de conversaciones informales con varios pobladores del central. La información para construir el contexto proviene de obras y artículos especializados en temas de historia de la industria azucarera, economía, producción cooperativa y otros materiales publicados en el periódico *Granma* entre enero de 2002 y diciembre de 2005, así como de notas tomadas en debates desarrollados en diferentes espacios académicos.

La ética del investigador, el problema universal del azúcar y la restructuración

Los problemas que enfrenta un investigador social en Cuba están acotados por las demandas que plantea el desarrollo, las atribuciones admitidas y los límites impuestos a la libertad de expresión individual por las responsabilidades y los ámbitos asignados a los campos; por esa razón, el trabajo profesional reviste complejidades

y requiere la búsqueda de matices expresivos adecuados para que una visión crítica, expresada desde una posición de compromiso, no se transforme en detonador que atente contra el diálogo razonado al cual se propone contribuir.

En un debate de la revista *Temas*, Rolando González Patricio señalaba:

Desde Cuba se ha podido estudiar cualquier rincón del mundo más fácilmente que Cuba misma. La información disponible para el quehacer académico ha sido mucho mayor sobre otros temas que la que se ha solido encontrar para la investigación sobre nuestro país. Creo que ir a fondo en nuestra propia realidad es un servicio mayor en el proyecto socialista cubano, que no pueden dejar de prestar las ciencias sociales.¹⁴

En tal sentido, las interrogantes de carácter ético que gravitan sobre la definición del posicionamiento en el debate académico público acerca de la restructuración azucarera y su impacto en los trabajadores vinculados al sector podrían resumirse en varias interrogantes:

- ¿Dónde radica el límite entre lo que se considera un tema apto para ser investigado desde la cultura y lo que la capacidad de observación detecta como necesitado de análisis, más allá de la cultura artística y literaria?
- ¿Cuáles son las atribuciones concedidas a los científicos de la cultura para abordar los más complejos procesos de transformación sociocultural?
- ¿Cómo estar seguros de que una experiencia empírica personal registra suficiente validez generacional y justifica tomarla como base para fundamentar la investigación en este campo desacostumbrado?
- ¿Cuál es el lenguaje más apropiado para referir esta experiencia, de modo tal que no se confunda con el uso indebido del espacio de una publicación académica para exhibir opiniones personales?

En el ejemplo particular que nos ocupa, el compromiso social conscientemente asumido y el ajuste a la escala de la dimensión familiar como nivel de observación para comprender la problemática azucarera explican la discrepancia entre ciertos puntos de vista y una obediencia civil mal entendida, si hubiese aceptado como único válido el discurso de la prensa nacional y renunciado a expresar, en términos respetuosos, un cuestionamiento avalado por la experiencia divergente de actores invisibilizados en el discurso homologador que llega al espacio público a través de la prensa.

En la medida en que una investigación basada en relatos de vida requiere de la cooperación consciente de los sujetos elegidos para ser entrevistados, cuyo juicio

se asume como criterio de autoridad, dado que es su experiencia la que se solicita por parte del investigador, me apoyo en sus valoraciones, pero he adoptado estrategias de enmascaramiento de su identidad para no traicionar la confianza depositada en mí durante el transcurso de esos actos que son las entrevistas, donde va implícito un nivel de comunicación, propiciador del acceso al mundo de lo privado y de lo íntimo.

Seguidamente expongo cómo, sin sacrificar el diálogo con las partes implicadas, se ha ido elaborando un modo de conectar realidades que parecían desarticuladas al comenzar la investigación. Para ello he utilizado el sistema en tres niveles propuesto por Galindo Cáceres, basado en las dimensiones social, cultural y ecológica, el cual explica la necesidad de conocer en profundidad los problemas de la estructura económica y social del mundo azucarero para alcanzar el registro de la dimensión cultural y ensayar una interpretación. Como se trata de un proceso reciente en el ámbito de las investigaciones culturales, antes haré un resumen de la problemática universal del azúcar.

El antropólogo norteamericano Sydney Mintz estudió los aportes de la economía azucarera al surgimiento y desarrollo del capitalismo mundial y se refirió al valor bursátil que este producto reviste en tanto bien de consumo sujeto a las fluctuaciones del mercado.¹⁵

El cierre de centrales está asociado a las leyes de la oferta y la demanda y suele estar motivado por las necesidades que impone la concentración de capitales en la industria para ajustarse a las condiciones del mercado. Manuel Moreno Friginals indicó:

El crecimiento azucarero cubano, además de estar asentado en las excepcionales condiciones productivas de la Isla, pudo ser posible gracias a una coyuntura internacional altamente favorable. Desde el siglo xvii el azúcar pasó a ser el primer producto básico mundial: es decir, la mercancía que ocupaba el primer lugar en importancia sobre la base del valor total de las transacciones del comercio internacional.¹⁶

La crisis azucarera tucumana,¹⁷ la desaparición del mayor de los centrales de Puerto Rico,¹⁸ la crisis de los pequeños productores o el problema de la tierra en Barbados,¹⁹ son ejemplos de procesos ocurridos durante el siglo xx, cuando los reajustes periódicos del mercado obligaron a esos países a reestructurar la propiedad sobre la tierra y cerrar industrias para adaptarse a los ritmos marcados por la concentración de capitales.²⁰

En el caso cubano, el cierre de 70 de los 152 centrales existentes en 2002, constituye solo la más reciente etapa de los procesos de reajuste por las que ha transitado la economía azucarera, iniciados al desaparecer el bloque socialista. De acuerdo con el criterio de los especialistas, era un cierre esperado y postergado desde que, en los

años 60, Cuba dejó de ser el principal proveedor de azúcar para el mercado norteamericano, y firmó un acuerdo de venta a precios favorecidos con la antigua URSS. Lo que distingue al proceso cubano de otros es la prolijidad de los programas sociales, concebidos simultáneamente con los cambios para atenuar las consecuencias negativas para la fuerza de trabajo que quedó desvinculada del sector.

El economista Armando Nova analiza las fluctuaciones cubanas en los últimos cincuenta años, propone un diagnóstico de su estado actual y formula un pronóstico de lo que podría ocurrir en el futuro.²¹ De acuerdo con los datos que ofrece, la cifra de máxima producción entre 1960 y 2000 fue de poco más de ocho millones de toneladas en 1970, cuando había 152 centrales moliendo, y el año de más baja producción fue 1995, con tres millones producidos por 139 centrales. Durante esos años fueron desactivadas doce fábricas en seis provincias, con una capacidad de molida entre 80 000 y 230 000 arrobas de caña en 24 horas. Y solo en la década de los 80 fueron construidas ocho nuevas en siete provincias, todas con una capacidad superior a 600 000 arrobas. En los casos de Pinar del Río, Matanzas y Villa Clara, se cerraron centrales obsoletos y posteriormente se fundaron otros más modernos.

Nova señala que ya desde los años previos a la desaparición del campo socialista se estaba transitando hacia una nueva etapa en la concentración de capitales, aunque el resultado no se correspondió con un aumento de la producción a los niveles esperados debido a la crisis económica sobrevenida en los años siguientes. También llama la atención sobre el hecho de que en la zafra 1990-1991 todavía las exportaciones cubanas constituían 21% del azúcar que se vendió en el mercado internacional, pero reconoce cómo la década de los 90 fue difícil, por estar dominada por la escasez de combustible y de piezas de repuesto para atender a las necesidades de una agricultura cañera en gran medida mecanizada, y dependiente casi por completo de las importaciones del campo socialista.

Además, apunta cómo, a consecuencia de esto, 46 de los centrales existentes no molieron en las zafras de 1998 a 2002, y cómo en septiembre de ese último año, cuando se inició la desactivación de los de peores rendimientos, solo la mitad de ellos había molido en la última zafra. La reestructuración anunciada por el ministro Ulises Rosales del Toro, en abril del 2002, que implicó el cierre de 70 centrales y la conservación de 71 que producirían azúcar y otros catorce, mieles para el ganado, pareció un golpe de impacto repentino cuando en realidad se trataba del último paso de una transformación que ya venía en marcha.

Rosales del Toro declaró al periódico *Granma*: «La decisión de la Revolución fue cuidadosa y esperó todo

Es de rigor una iniciación al conocimiento de las condiciones y particularidades de la vida social y cultural en Cuba para un correcto dimensionamiento de los problemas mediante el ejercicio de la capacidad de comparar.

lo que se podía, pero era una realidad objetiva por encima de consideraciones políticas. La economía del país no soportaba un sector tan grande cuya producción en el mercado mundial se compraba a precios muy deprimidos». ²² Esa decisión vino acompañada de un conjunto de medidas para proteger a los trabajadores, concebidas de acuerdo con tres objetivos principales:

- Elevar la competitividad y eficiencia de la agroindustria azucarera.
- Reorientar las tierras para producir más alimentos mediante la diversificación agrícola e industrial.
- Desarrollar una agricultura sostenible basada en los conocimientos y las competencias del capital humano disponible.

Pero una cosa era la intención política a escala nacional y en perspectiva de desarrollo futuro, a mediano y largo plazo, y otra la percepción de los sujetos implicados en el cambio. A principios de 2002 —afirma Nova— «todos coincidían en la necesidad del redimensionamiento, pero no en cómo hacerlo. Todo parece indicar que el cómo hasta ahora no ha sido el más acertado». ²³ El testimonio de una mujer nacida en 1949 coloca el acento en cómo y por qué, a pesar de las preocupaciones sociales que lo motivan, el diseño de los programas sociales agrupados bajo el nombre de Tarea Álvaro Reynoso (TAR) adoleció de adecuación a los problemas concretos del lugar donde se realizó la investigación:

Yo tengo mi visión, como trabajadora azucarera, que no es la misma que puede tener el personal que está allá arriba dirigiendo la cosa, porque ellos ven la cosa desde el punto de vista a lo mejor de la nación, y yo desde mi batey, que es lo que me interesa.

Estas son industrias que siempre el Estado subvencionaba las pérdidas, quiere decir que [las] subsidiaba, siempre daba para poder llegar —porque siempre tenían pérdidas— sí [el Estado daba] para las inversiones, que siempre se hacían con presupuesto del Estado, vaya, se programa[ba]n las inversiones. Nosotros nunca fuimos rentables, pero eso ya era una política del gobierno.

[Pero decir ahora] que el Estado no puede cargar con todos los gastos que tienen estos centrales... yo no sé bien... porque tampoco estoy documentada para poderte decir sólidamente cómo es, porque yo no trabajaba con eso, ¿tú me entiendes? [Cuando] nos llegó la noticia de que iban a apagar una cantidad de centrales, no pensamos que fuera el de nosotros. Ya te digo, estábamos moliendo, estábamos bien. Eso fue en 2002.

Al terminar la zafra hicieron una reunión para explicarles a los trabajadores cómo iba a ser, el motivo por el cual se iba a parar el central. Sería en mayo, coincidió con la fiesta de fin de zafra. No se reparó ni nada. Cuando se terminó la zafra, ese mismo día hicieron la fiesta y dieron la reunión en el círculo recreativo de los obreros para dar a conocer el motivo por el cual se iba a desarmar el central. ¡Imagínate! [Nadie] tenía todavía ni una idea de lo que iba a ser la cosa. Primeramente todo el mundo pensó que era parar el central y ya después vieron que no, que era desmantelarlo y [que] ahí no quedara nada. Ellos [la comisión] fueron por todos los centrales haciendo asambleas, una comisión del Ministerio fue planteando cómo iba a ser, que nadie se iba a quedar desempleado, que unos iban a ir para la escuela, otros para una empresa que se iba a crear para desarmar los centrales... ¡imagínate! En este central no hubo tantos problemas, pero hubo centrales en que eso fue terrible, no lo [s] dejaron ni hablar. Entonces ellos prometieron que no, que los bateyes de los centrales iban a ser atendidos, que siempre se iba a quedar una brigada para limpiar el batey, y que se les iba a dar apoyo como antes a los bateyes. Eso en parte [se hizo]. Se creó la brigada de limpiar bateyes, la gente de comunales, limpieza de calles, recortar las matas..., pero el día que se vayan... La gente opinaba, pero le daban las explicaciones que ellos traían. Eso vino así y nadie podía opinar. Era una cosa oficial. La gente ahí preguntando y el hombre diciendo. Una familia en un batey depende del central, porque está acostumbrada de toda la vida a depender del central, la vida completa, social y material, porque si se le rompió el fogón, iban allí y arreglaban el fogón, si tenían que soldar una cosa, iban allí y la soldaban de favor, sin pagar nada, iban y lo hacían, se lo pedían al compañero, mira, hazme esto o hazme aquello.

Toda una vida un central viene siendo como una cosa particular, no como ustedes, que viven en una ciudad o en un pueblo, la vida siempre en un central gira en dependencia del central, de la fábrica como tal, en todos los sentidos que sea, monetariamente, material, si te hacía falta un servicio, una carpintería... la carpintería todavía está ahí, a lo mejor va a seguir ahí, pero el temor de todo el mundo es ese, que el día que esto lo desmantelen, no quede nada. Entonces, nadie va a tener... no sé... es como [estar] desamparados. La gente se queda como desamparada, siente que perdió algo grande. La verdad, la economía del país no podía sufragar eso, pero es que no lo entiendo tampoco, porque hasta ahora el país se mantenía con el azúcar. ²⁴

Intuitivamente la entrevistada da por sentada la existencia de tres grupos de actores: los representantes del Ministerio, la investigadora y los trabajadores. Desde su experiencia de más de veinticinco años en el sector, valoró negativamente la decisión de fusionar los

procesos agrícola e industrial del azúcar, para lo cual, a su juicio, se requería niveles de dirección especializados y diferenciados. La crítica a una política azucarera responsable de la acumulación de ineficiencias anteriores a la crisis de 2002 está implícita.

El segundo aspecto de interés es la falta de diálogo entre los representantes del Ministerio y los trabajadores. Cuando ella dice: «daban las explicaciones que ellos traían. Eso vino así y nadie podía opinar», está haciéndose eco de la repercusión de las decisiones en los actores. A mi juicio, si la informante asume una postura de representante de la comunidad, en tanto expresa desconfianza en la verosimilitud del paquete de medidas expuesto en la reunión, no estaba cuestionando la sinceridad de la proyección política, sino la capacidad real del Ministerio de la Industria Azucarera (MINAZ) para cumplir en la práctica y a corto plazo con todo lo que prometía.

El sentimiento de desamparo que surge en su discurso, gracias al diálogo horizontal con la investigadora, quien no es vista como representante del Ministerio, sino como alguien conocedor e interesado en el destino de la comunidad, habla a favor de la necesidad de que exista ese diálogo para captar el verdadero sentir de los actores sociales implicados en transformaciones profundas. No estuve presente en la reunión mencionada, pero por lo que afirma la entrevistada, la comunidad esperaba que los representantes del Ministerio abandonaran la dimensión macrosocial y esbozaran propuestas de solución más ajustadas a los problemas del mundo fenoménico concreto de su central, algo imposible si se atiende al momento en que se produce aquella reunión, justamente cuando la responsabilidad de buscar soluciones concretas se estaba depositando en manos de las autoridades locales.

El punto de vista de Nova se concentra en la falta de diálogo de las autoridades con los especialistas. Considera que fue un error de estrategia grave que una parte tan importante de la industria azucarera cubana haya desaparecido, pues provocó un aumento de la vulnerabilidad de la economía nacional. Afirma que el momento era «económicamente crítico y ha afectado el estado moral de sus trabajadores»,²⁵ y advierte que, en lo sucesivo, será importante tener en cuenta los criterios de los especialistas para definir el rumbo de los cambios en el sector. Lo que no menciona —y sí ha sido anotado por otros expertos—, es la necesidad de incorporar a los representantes del tercer grupo de actores —los trabajadores azucareros y los pobladores del central—, a los debates donde se produce la confrontación entre los que trazan las políticas y los expertos.

No es menos cierto que los criterios de ese tercer grupo fueron cuidadosamente recogidos en entrevistas realizadas por las comisiones del Ministerio y seguramente se tuvieron en cuenta para diseñar los programas preventivos de la TAR, elaborados antes de anunciar la puesta en marcha de la restructuración. En una información a la prensa, el Ministro informó que se habían realizado múltiples asambleas de trabajadores y recogido sus inquietudes. Pero esas fuentes no han sido puestas a disposición de los investigadores ni de los actores, por lo que los argumentos que deberían apoyarse en ellas no pueden ser elaborados todavía.

Es precisamente lo que Nova llama «el estado moral de los trabajadores» el que se conecta mejor con el dilema ético expuesto en este trabajo. En el central referido por la entrevistada, la decisión de cierre y desmantelamiento total generó desconcierto y preocupaciones, a pesar de las medidas proteccionistas anunciadas. Tenemos, pues, ante el conflicto, tres posiciones claramente identificadas que parten de lugares diferentes de la estructura social: la ministerial, la científica y la de los trabajadores.

El punto de vista ministerial, suscrito por la mayoría de los periodistas de *Granma*, sirvió de canal para transmitir la información sobre las decisiones que pusieron en marcha la transformación. Los que suscribieron esa posición dedicaron un mínimo espacio a problematizar, con visión microsocia, las consecuencias culturales para los trabajadores y las poblaciones de los centrales, y enfatizaron las ventajas del paquete de medidas que compone la TAR, sobre todo el respeto a los ingresos monetarios y la apertura de escuelas en los bateyes, creadas por el MINAZ, para ocupar a los trabajadores y garantizar su recalificación.

Científicos competentes para generar un diálogo que considerara las asimetrías sociales interactuaron con representantes ministeriales en espacios académicos, polemizaron con los sustentadores de una posición triunfalista, con sentido de conservación llamaron la atención sobre las imprevisibles consecuencias sociales y culturales de las medidas adoptadas, sobre la importancia de preservar el patrimonio edificado, y algunos se refirieron a la importancia de no perder la memoria de la tradición asociada a la agricultura cañera. En uno de esos encuentros, el sociólogo Juan Valdés Paz comentó: «lo que me preocupa es que como resultado de la transformación se creen vacíos sociales», porque «es mucho más fácil preservar la dimensión tangible de la cultura azucarera industrial, que la de la agraria». Terminó diciendo: «casi no oigo ejemplos de cómo vamos a preservar, a guardar, los testimonios de la cultura agraria».²⁶

Una propuesta teórica de la historiografía contemporánea propone el concepto de «crear documentos» para generar fuentes que permitan obtener datos a fin de conocer puntos de vista invisibilizados.²⁷ Philippe Joutard pregunta: «¿Cómo vencer el silencio de los grupos sociales que hasta fecha muy reciente no sabían escribir y cuya cultura era esencialmente oral, si no se hacía por medio del interrogatorio oral?».²⁸ Aunque no se aplica directamente, pues el autor se refiere a grupos sociales ágrafos, los problemas generados por la invisibilidad de un grupo de actores en el espacio social, debido a la no consideración de sus puntos de vista en el discurso de gran formato, son muy similares. Al respecto Paul Thompson agrega: «Con frecuencia es la evidencia oral la única que permite el adecuado estudio de una actividad económica transitoria que puede ser una parte vital de un contexto más amplio».²⁹ La idea de dar voz al interlocutor ausente rige la estrategia de la investigación comentada, que se propone reconstruir la historia de una familia de larga trayectoria azucarera y los cambios culturales determinados por las diversas coyunturas, entre ellas la que se inicia en 2002.

Quiero resaltar la necesidad de considerar la discrepancia entre discursos representativos de diferentes estratos de la sociedad cuando se analizan problemas socioculturales complejos, y demostrar cómo, en este caso, la divergencia entre lo leído, lo observado y lo dialogado respecto al impacto demoledor de la ausencia del central, sus artefactos y ritmos, y la forma en que se produjo el desmantelamiento, han aportado los argumentos para proponer una interpretación de la concepción del mundo familiar estudiado.

Contrapuntos de lo macro y lo micro

En una de mis estancias en la comunidad, bajo una tormenta eléctrica imponente, reforzada por la falta de bajantes de cobre, imprescindibles para los pararrayos de la torre patrimonial remanente, vi caer un cable activo a tierra frente a una casa habitada y transcurrir más de veinticuatro horas hasta que los representantes del MINAZ y de la Empresa Eléctrica se pusieron de acuerdo acerca de a cuál de las dos instituciones correspondía atender la rotura, a pesar de la promesa de mantener en buenas condiciones el servicio de electricidad. Con el cierre y desmantelamiento del central, desaparecieron la programación de viajes de la línea de transporte público que entraba al batey varias veces en el día, y las tiendas de productos industriales. Ahora, para adquirir cualquier bien de indispensable consumo alimentario, aseo o incluso

medicamentos hay que trasladarse a la población más cercana, para lo cual el transporte disponible son unos coches particulares de tracción animal, de precio mucho más elevado y más lentos que el automotor. Algunos han criticado el modelo de empresas cooperativas en que se convirtieron desde 1993 muchas empresas agropecuarias estatales, y se refieren a factores de tensión:

En el aspecto organizativo las principales tensiones se originan en el carácter híbrido del modelo y en su dependencia del sector estatal como restricciones a la autogestión, en las limitaciones a sus relaciones monetario-mercantiles; en el tamaño medio de las cooperativas, que dificulta la integración de su colectivo, y en la falta de una cultura y una conciencia individual cooperativista de sus miembros, hasta hace muy poco asalariados.³⁰

La asociación cooperativa, sin embargo, ha logrado ir aumentando la producción de alimentos, gracias al fomento de fincas particulares negociadas con el Estado, pero la mayor parte de los productos se le vende a este al por mayor, quien dirige la venta a mercados centralizados próximos a las cabeceras municipales y a centros turísticos. Esta forma de distribución eleva el precio de venta para los consumidores locales, enrarece el proceso de adquisición y favorece la comercialización encubierta por parte de ciertos productores e intermediarios.

Relacionado con el tema de las cooperativas está el empobrecimiento de las tierras de caña³¹ y la apropiación ilegal de parcelas sin que medie contrato de usufructo. La construcción de chalets de tipo urbano en antiguos terrenos cañeros es una realidad que comienza a aparecer y recuerda el conflicto de los barbadenses con la tierra: productores de caña que han visto fraccionarse su escasísimo territorio insular y pasar a manos de propietarios privados.³²

La masa ganadera y la producción de leche han comenzado a crecer, aunque no puede decirse que todo esté solucionado. La carne y la leche son productos de alto precio de venta y, a pesar del riesgo que implica vender y comprar, sobre todo por las medidas severas que se aplican a los infractores de la legislación, las actividades ilegítimas no han desaparecido. Por otra parte, la visión insuficientemente sistémica de las decisiones referidas a la compra y venta de leche, ha provocado consecuencias inesperadas para la industria láctea, sustentada en subproductos de la leche para garantizar otras producciones, de modo que al solucionar el problema de los consumidores residentes en lugares donde se ha aplicado la fórmula de venta directa del productor al consumidor, se creó otro con trabajadores de la industria láctea, que han quedado temporalmente sin empleo.³³

En cuanto a los ingresos de los trabajadores desmovilizados, se aprobaron y aplicaron medidas para

garantizar que las familias no se vieran afectadas, gracias a compensaciones salariales provisionales hasta tanto se vayan creando nuevos puestos de trabajo para situarlos. Los ingresos de los productores que pasaron de sembrar caña a sembrar alimentos se han elevado sustancialmente, aunque el Estado puede demorar meses en pagar³⁴ y, por lo tanto, los productores en disfrutar las ventajas materiales de su trabajo.³⁵ Sin embargo, no se atiende a cómo la transformación de trabajador azucarero en campesino puede lacerar la autoimagen de los productores cañeros.

Podría estar circulando dinero no asociado directamente a la producción sino a maniobras de intermediación que violan y burlan la legalidad. Trabajadores y trabajadoras que aceptaron acogerse a una jubilación prematura para no verse obligados a una reorientación laboral no deseada, dado el poco atractivo de las opciones del mercado laboral en el territorio, han visto reducirse sus ingresos al límite de la insuficiencia, en una etapa en que el costo de la vida aumenta sin que dispongan de alternativas seguras para garantizar ingresos complementarios. Ello ha motivado la aparición de pequeños negocios para la venta de alimentos caseros que suplen la ausencia de ciertos servicios en el territorio. En un contexto generalizado de salarios y pensiones insuficientes para cubrir los gastos, los ingresos adicionales que pueda aportar cada persona revisten un carácter imprescindible.

La recalificación del personal desmovilizado es el último aspecto que deseo comentar. Es estrictamente cierto que, al cerrarse los centrales en 2002, todos los pobladores de los bateyes azucareros tuvieron la oportunidad de adquirir otras competencias laborales matriculando en las nuevas escuelas que aprovechaban el potencial profesional existente en las comunidades, si su deseo era elevar el nivel de instrucción. Pero estas se crearon como opciones temporales ante el desempleo súbito de gran cantidad de trabajadores, sin que hubiese tiempo para pensar en alternativas de empleo a ese nivel. Los que optaron por la variante «estudio como trabajo» vivieron casi como una continuidad el cierre del central y la apertura de la escuela, en donde estaban comprometidos a mantenerse ocupados durante las ocho horas de trabajo hasta que, paulatinamente, se pusieran en marcha otras opciones laborales.

Esto, sin embargo, funcionó como un aplazamiento de la búsqueda de soluciones concretas al nivel de los territorios, y si bien durante 2004 ya habían transcurrido los dos años en los que estaba previsto debían generarse localmente puestos de trabajo para todos, y empezaban a hacerse algunas propuestas de plazas de obreros agrícolas, bajo advertencia de cerrar la escuela, en 2006 la situación apenas había cambiado y el MINAZ y sus

dependencias territoriales continuaban cargando con la responsabilidad de proveer el dinero necesario para los salarios de todos los asistentes a una escuela que, más que real y funcional, era formal para muchos de ellos.

Las situaciones descritas cuentan ya con una historia propia. El estado de ánimo de algunos sujetos que entrevisté en 2004 había cambiado en 2006. Quizás el hecho mismo de compartir la voluntad de mantener la independencia política del país explica la gran capacidad de autorrecuperación, o por lo menos de adaptación, de la sociedad cubana a las dificultades. En los dos años transcurridos entre mis dos estancias más largas, los vecinos del central habían ido solucionando los problemas más acuciantes, a falta de disponer de las respuestas prometidas desde el nivel nacional. La ausencia de horizontes me pareció algo menos apremiante, aunque esto no significa que el peligro que se cierne sobre el patrimonio cultural de los azucareros entrevistados haya sido conjurado, ni impide que la falta de perspectivas figure todavía en el discurso de los pobladores.

Una mujer de mediana edad, profesional, actualmente trabajadora de un polo turístico, se refirió en términos más que claros a sus temores de no poder proporcionar a su hija de quince años las mismas posibilidades que, en los 90, tuvo el hijo mayor de llegar a la Universidad y convertirse en un profesional, debido a que las condiciones subjetivas han cambiado. Explica que ahora la vida es más cara, y los recursos necesarios para desplazarse diariamente a una distancia de 40 kilómetros le parecen obstáculos imposibles de rebasar. Vi resurgir en sus palabras el miedo atávico a la subordinación de las mujeres, que apunta a la reproducción de la tradicional asimetría de género y a una movilidad social descendente:

Y por esas condiciones aquí, en este lugar donde nosotros vivimos, los proyectos son muy escasos, porque aquí en este lugar no se atiende como se debe atender a la juventud; no porque vivamos en el campo podemos tener menos que otros, se debe crear un lugar... una cosa que sea factible a que ella, de noche, pueda por ejemplo estudiar un idioma, si no es aquí [...] en un lugar cercano a estas localidades, que uno pueda tener en la vida [...] abrirse camino ¿no?, que una persona que pueda ser en la vida a lo mejor algo grande, por vivir en un lugar como este, se estanca, se frena hasta su propio desarrollo.³⁶

La visión del otro

Dada la tradición de cultura sumergida atesorada por la sociedad cubana en su larga historia de plantación azucarera, donde propietarios blancos —extranjeros y criollos—, explotaban la fuerza de trabajo de una gran

masa de esclavos importados y nativos utilizando como intermediarios a otros criollos pobres, el significado de los hechos cotidianos y las palabras que circulan de boca en boca resultan bastante diferentes a los que un observador no entrenado o formado en otra tradición cultural puede descubrir cuando se acerca al mundo fenoménico cubano. Es necesario compartir la vida de los actores, de los trabajadores y cuadros locales, observar y preguntar, comprometerse con los problemas concretos, asumirlos como propios, para estar en condiciones de proponer una interpretación matizada de los hechos culturales y su transformación en la vida cotidiana.

Es de rigor una iniciación al conocimiento de las condiciones y particularidades de la vida social y cultural en Cuba para un correcto dimensionamiento de los problemas mediante el ejercicio de la capacidad de comparar. Un especialista extranjero puede contar con relativas ventajas para llevar a cabo una investigación de terreno, considerando su mayor acceso a cobertura institucional y al financiamiento para permanecer por largos meses, y aun años, en una comunidad, ventajas que aceleran y multiplican los procesos de captación, el procesamiento de datos y la publicación de resultados. Sin embargo, las restricciones nacionales para otorgar permisos de investigación pueden hacerle enfrentar notables obstáculos, que se agregan a los suyos propios, lingüísticos de una parte, y de capacidad para ponderar el valor cultural de los hechos observados respecto a los modelos propios de su cultura de origen, por la otra.

En la búsqueda de especificidad y en los ensayos de formulación para llegar a comprender y sintetizar los procesos cubanos, la falta de compromiso con los sujetos más allá del mínimo impuesto por la elemental ética del oficio, podría llegar a ser un acelerador de fáciles conclusiones, y un trampolín para el debate académico internacional, que puede convertir a un relativo desconocedor de los procesos analizados en una especie de gurú universal, sin que haya satisfecho los requerimientos científicos para demostrar que sus resultados se apoyan en datos confiables, y conjurar de este modo el peligro de difundir conclusiones erráticas. El insuficiente conocimiento de procesos endógenos, debido a la distancia cultural entre sujetos investigadores y sujeto(s) investigado(s), puede resultar una lamentable fuente de distorsiones, ampliamente reproducidas desde una «perspectiva eurocéntrica de conocimiento [que] opera como un espejo que distorsiona lo que refleja», según la expresión de Aníbal Quijano.³⁷

La práctica científica de la antropología durante el siglo xx y los inicios del actual, brinda ejemplos notables y hasta absurdos, si no fuesen dramáticos y de consecuencias devastadoras para los actores, del desacuerdo entre las imágenes de una comunidad

ofrecidas por observadores externos, y los errores que se pueden cometer en su interpretación cuando no se cuenta con datos suficientes o no se ha trabajado en profundidad. De nuevo me vienen a la memoria las prevenciones de Nigel Barley contra la absolutización del trabajo de campo como fuente de conocimiento. Hay que considerar el punto de vista, el lugar desde donde se mira, y las características propias de quien observa. Por eso no debe sorprender que en el caso de la restructuración azucarera hayan aparecido discrepancias entre la visión de los funcionarios, la de los expertos y la de los actores. Se trata de culturas diferentes, que coexisten dentro del sistema de la cultura cubana, y para interpretarlas en sus relaciones mutuas no basta con reconocer su existencia. Es preciso capacitarse y ejercitarse para captar sus diferencias, comprender su sentido y establecer un diálogo efectivo. No está de más recordar que las competencias y las habilidades técnicas de los tres tipos de actores constituyen la base de esas diferencias.

A mi juicio, no hay intención aviesa en unos casos ni en otros. Pienso que la ausencia de un diálogo transparente entre las tres partes y los prejuicios mutuos, característicos de la sociedad cubana, aún en proceso de construcción de su identidad, son los responsables de esas discrepancias, que podrían llegar a lastrar, en un futuro inmediato, la calidad de las relaciones sociales dentro de la Isla.

Valga como último argumento el comentario escuchado hace varios años a un funcionario de la embajada cubana en Buenos Aires, después de haber asistido, en una sala céntrica de la ciudad, a la presentación del polémico filme de Fernando Pérez, *Suite Habana*: «Ustedes los de la ultraizquierda nos hacen a nosotros, los diplomáticos, más difícil el trabajo, al decir cosas que nosotros tenemos dificultades para explicar». Y repitiendo las palabras *ustedes* y *nosotros* marcaba la diferencia. El ejemplo muestra cómo la sabrosa polémica que confronta puntos de vista divergentes, pero complementarios, tan necesaria y enriquecedora para el progreso social, puede ser mutilada, silenciada, por una ingenua pretensión de alimentar la aséptica adoración de un proyecto social tan humano como otros y por lo tanto susceptible de errores, reconocidos, es cierto, pero muchas veces después de estar ya sufriendo las consecuencias adversas por no haber tomado las medidas preventivas a tiempo.

La pobreza material en que se desenvuelve hoy la vida cotidiana de los pobladores del central no guarda relación directa con la proliferación de chalets particulares, símbolos aislados de una sed de ostentar que muy poco o nada representa al productor y al ciudadano común. Pero lo tupido del bosque, la falta de flexibilidad para situarse en la perspectiva del otro,

la lentitud paquidérmica de los cambios, los errores repetidos, conllevan costosos riesgos económicos y expresiones de descontento, ilegalidades, enriquecimiento ilícito, alcoholismo, pérdida de valores, inestabilidad familiar, movilidad descendente de las mujeres, y sacrificios de memoria histórica; problemas que debemos conjurar para intentar frenar afanes escapistas de ciudadanos aburridos de un discurso político abrumador y para desarticular cordialmente la imagen idílica con que algunos construyen proyectos de futuro en otras latitudes.

Corresponde a los científicos sociales ayudar a pensar sobre la clase de sociedad que deseamos construir para el futuro. ¿Una sociedad amnésica, desconocedora del pasado, representada por una élite ignorante, ostentosa, ilegalmente enriquecida? ¿O una sociedad productiva, dueña de su memoria, consciente de su identidad, donde cada cual ocupe el justo lugar y goce de los beneficios que le corresponden por su trabajo, donde todas las generaciones aporten lo mejor para construir una economía sólida y duradera y donde a cada cual se le respete el derecho de practicar las opciones de vida de su preferencia sin el sacrificio de la legalidad? Esta última, que a todas luces sería la elegible, puede parecer una utopía, pero seguramente es compartida por economistas, politólogos, demógrafos, raperos, periodistas, comediantes, matemáticos, culturólogos, bodegueros, y por todos aquellos que asisten a los espacios públicos para comentar y en ocasiones debatir sobre lo mal hecho, y pensar en posibles soluciones, sin que muchas veces reciban la retroalimentación necesaria en el corto plazo de una vida humana.

El parqueo de locomotoras escoradas que adorna un parque de La Habana Vieja, fantasmas de lo que fuera la producción azucarera en la región occidental de la Isla, está en camino de convertirse en vertedero de chatarra, y esa perspectiva, a mi juicio, no es algo adecuado para contar con el silencio de los preocupados por el patrimonio azucarero. Aplico lo que expresa Galindo Cáceres: «No importa tanto lo que sabemos de los otros y lo que podemos hacer sobre los demás con ese saber, lo importante es el acuerdo de diálogo y concertación con los demás sobre lo que a todos compete, poniendo en juego todo el saber posible para un mejor diálogo y una mayor decisión concertada y ejecutada».³⁸

Notas

1. Oscar F. Contreras, «Las Ciencias sociales y la vida real», *Estudios sobre las Culturas Contemporáneas*, n. 4, Colima, 1996, pp. 137-49.

2. *Ibidem*, 139.

3. Norbert Elias, *El proceso de la civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*, Fondo de Cultura Económica, México DF, 1987, p. 52.

4. Juan José Castillo, «Historia social y sociología, *meme combat*», en Santiago Castillo, coord., *Historia social y Ciencias sociales*, Editorial Milenio, Lleida, 2001, p. 113.

5. El antropólogo Nigel Barley advertía ya en 1983: «El proceso de recogida de datos resulta en sí mismo poco atractivo. No son precisamente datos lo que le falta a la antropología sino más bien algo inteligente que hacer con ellos», en *El antropólogo inocente. Notas desde una choza de barro*, Anagrama, Barcelona, 1989, p. 20.

6. Luis J. Galindo Cáceres, «Historia de vida. Guía técnica y reflexiva», en *Estudios sobre las culturas contemporáneas*, v. 6, n. 18, Colima, 1994, pp. 203-4.

7. Pierre Bourdieu, *Los usos sociales de la ciencia*, Ediciones Nueva Visión, Buenos Aires, 2000, p. 77.

8. Luis J. Galindo Cáceres integra el concepto de dimensión cultural en un sistema concebido en tres niveles de información sobre lo social que corresponden a la sociedad, la cultura y la ecología. De acuerdo con esta propuesta la primera es directamente observable, susceptible de ser descrita, la segunda es «lo que se encuentra más allá de lo evidente, la estructura que configura [...] la diversidad y heterogeneidad de lo social», y la dimensión ecológica permite relacionar las dos anteriores con lo que no es ni social ni cultural, pero marca «los ámbitos generales de configuración de la escena humana», es «el centro organizador de lo diverso», la dimensión que permite «configurar redes de relación de relaciones». Véase Jesús Galindo Cáceres, «La lucha de la luz y la sombra», en Jesús Galindo Cáceres, comp., *Técnicas de investigación en sociedad, cultura y comunicación*, CONACULTA, México DF, 1998, pp. 13-4.

9. Varios ensayos literarios recogen la reflexividad del sujeto femenino que escribe y se mira mientras lo hace: *Ella escribía poscrítica*, Margarita Mateo, Letras Cubanas, La Habana, 2005; *Reyita, sencillamente*, Daisy Rubiera, Instituto Cubano del Libro, La Habana, 1997; *La loca de las yagrumas y otras mujeres*, Mavis D. Álvarez, Caminos, Habana, 2003; *Golpeando la memoria. Testimonio de una poeta cubana afrodescendiente*, Daisy Rubiera y Georgina Herrera, Unión, La Habana, 2005.

10. Para Magdalena de Chirico, el retorno de lo biográfico a las Ciencias sociales implica el compromiso personal del sujeto investigador en el trabajo de indagación y reflexión sobre la realidad; asegura que este retorno se produce paralelamente a la crisis generalizada de las formas tradicionales de producir conocimiento ante la crisis de los grandes paradigmas teóricos propuestos por los modelos científicos que confiaban en la capacidad reproductiva de la dimensión estadística y en la infalibilidad de su capacidad de síntesis para representar la realidad fenoménica. Para esta autora la presencia de la subjetividad reflexiva propicia el hallazgo de nuevos caminos y se convierte en un «impulso cultural generalizado». Véase Magdalena de Chirico, «El retorno de lo biográfico», en Mirta Barbieri et al., *Relatos de vida. El retorno de lo biográfico*, Centro Editor de América Latina, Tucumán, 1992, p. 7.

11. Fernando Martínez Heredia, «Marxismo y cultura nacional», en *En el bomo de los noventa*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2005, p. 175.

12. Rafael Hernández, *Mirar a Cuba. Ensayos sobre cultura y sociedad civil*, Letras Cubanas, La Habana, 1999, pp. 133-4.

13. Luis J. Galindo Cáceres, ob. cit., pp. 10-1.

14. «Las ciencias sociales en la cultura cubana contemporánea (Controversia)», *Temas*, n. 9, La Habana, enero-marzo de 1997, p. 72.

15. Sidney Mintz, *Sabor a comida, sabor a libertad*, Ediciones de la Reina Roja, México DF, 2003, pp. 93-4.
16. Manuel Moreno Fraguinals, *El ingenio*, t. 1, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1978, pp. 21-2.
17. Véase Daniel Campi, «Los ingenios del Norte: un mundo de contrastes», en Fernando Devoto y Marta Madero, *Historia de la vida privada en la Argentina*, t. 2, Editorial Taurus, Buenos Aires, 1999, pp. 189-221.
18. Véase María E. Ramos, «La muerte de un gigante. Historia de la central Guánica y el poblado de Ensenada», *Caribbean Studies*, v. 34, n. 2, San Juan, julio-diciembre de 2006, pp. 239-41.
19. Sobre el tema, véase Ramiro Guerra, «La acción destructiva del latifundio azucarero en las Indias Occidentales inglesas», *Azúcar y población en las Antillas*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1976 (1ª edición 1944), pp. 23-44.
20. Para un análisis sintético y actualizado sobre las etapas de concentración de capitales transitadas por la economía azucarera cubana desde la segunda mitad del siglo XIX a la actualidad, véase Oscar Zanetti, «Historia y azúcar», *Catauro*, a. 6, n. 2, La Habana, enero-junio de 2005, pp. 15-25.
21. Armando Nova, «Redimensionamiento y diversificación de la agroindustria azucarera cubana», en Omar Everleny Pérez Villanueva, comp., *Reflexiones sobre economía cubana*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2006, pp. 108-57.
22. Juan Varela Pérez, «Cuba tiene posibilidades de ampliar, de ser necesario, su producción azucarera» (entrevista al ministro Ulises Rosales del Toro, sobre la marcha de la Tarea Alvaro Reynoso), *Granma*, La Habana, 12 de enero de 2004, p. 3.
23. Armando Nova, ob. cit., p. 144.
24. Entrevista realizada el 6 de abril de 2004.
25. Armando Nova, ob. cit., p. 145.
26. «Seminario de la cultura del azúcar en Cuba» (intervención de Juan Valdés Paz), *Catauro*, a. 6, n. 11, La Habana, 2005, pp. 80-1.
27. La historia oral como «medio para producir conocimiento histórico», como «producción especializada de documentos y fuentes». Véase Lucília Neves, *Historia oral; memoria, tempo, identidades*, Autentica, Belo Horizonte, 2006, p. 16.
28. Philippe Joutard, *Esas voces que nos llegan del pasado*, Fondo de Cultura Económica, México DF, 1999, p. 204.
29. Paul Thompson, *La voz del pasado*, Ediciones Alfonso El Magnánimo, Valencia, 1988, p. 88.
30. Juan Valdés Paz, «Notas sobre el modelo agrario cubano en los noventa», en Niurka Pérez et al., comps., *Participación social y formas organizativas de la agricultura*, Movimiento Cubano por la Paz, La Habana, 2000, p. 25.
31. En un acto celebrado en la provincia de Camagüey, Raúl Castro abordó el gravísimo problema de la salinización de las tierras de caña, un fantasma que acecha, de manera creciente, a grandes extensiones donde se demolió la caña y no se ha sembrado nada.
- Habló de «los hermosos aromales» que vio a todo lo largo de la carretera. Se refiere a los cientos de kilómetros de la Autopista Nacional que separan a la capital del lugar del acto, que, efectivamente, se ven «adornados» aquí y allá por aromales (vegetación de costa, espinosa, de madera dura y difícil de eliminar con equipos agrícolas tradicionales).
32. *En el castillo de mi piel*, novela del escritor Georges Lamming (Casa de las Américas, La Habana, 1979), se presenta el conflicto con la tierra como uno de los ejes que determinan la estructura social barbadense. Más detalles en Ana Vera, «Diario de una visita a Barbados, isla de sueño y realidad», *Anales del Caribe*, La Habana, 2007, pp. 154-64.
33. En su discurso del 26 de julio de 2007 el presidente —entonces por sustitución— Raúl Castro Ruz hizo referencia a que en diferentes municipios se había empezado a experimentar la venta directa de leche del productor al consumidor local, a través del Estado, como parte de la estrategia para ahorrar combustible. De generalizarse esta práctica, en el futuro se podrá hablar de mayores beneficios sociales en este sentido, aunque se mantiene pendiente la situación creada en la industria láctea. Véase Raúl Castro Ruz, «Trabajar con sentido crítico y creador, sin anquilosamiento ni esquematismos», *Granma*, La Habana, 27 de julio de 2007, pp. 3-6.
34. En un artículo de la prensa diaria se lee: «El Banco ofrece facilidades a las empresas para pagar a los productores mediante fondos rotatorios. Sin embargo, solo 36 entidades de las más de 400 del Ministerio de la Agricultura, han accedido a esta alternativa financiera para pagar en los plazos acordados a los campesinos». Véase Raisa Pagés, «Necesarios cambios en relaciones con el sector cooperativo-campesino», *Granma*, La Habana, 18 de diciembre de 2006, p. 3.
35. También a este tema aludió el presidente Raúl Castro, quien aseguró en su discurso que ya se habían resuelto los problemas generados por la demora en los pagos a los productores. Al margen de la claridad en su exposición, es notable la fina ironía con que se refirió a las supuestas soluciones definitivas y rápidas a problemas que él sabe complejos y de largo alcance, lo cual evidencia un inusual sentido de la distancia entre el deseo y la realidad en materia de política, que puede constituir un cambio importante de cara al futuro inmediato.
36. Entrevistada nacida en 1960. La entrevista se realizó el 24 de julio de 2006.
37. Aníbal Quijano, «Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina», en Edgardo Lander, comp., *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas*, CLACSO, Buenos Aires, 2003, p. 225.
38. Luis J. Galindo Cáceres, ob. cit., p. 16.

John Womack sobre historia e historiadores

Emilio Kouri

Profesor. Universidad de Chicago.

John Womack (Oklahoma, 1937), autor del ya célebre Zapata y la Revolución mexicana, es sin dudas uno de los más eminentes historiadores de América Latina en los Estados Unidos. Por más de treinta años ha estado a cargo de la principal cátedra de Historia Latinoamericana en la Universidad de Harvard. En esta entrevista, realizada el 15 de febrero de 2007 en Cambridge, Massachusetts, Womack reflexiona sobre los usos y abusos de la historia, sobre la relación entre Historia, nación y Estado, y sobre el estudio de la historia latinoamericana en los Estados Unidos.

Emilio Kouri: *¿Para qué sirve la Historia? ¿Para qué sirve el conocimiento histórico?*

John Womack: La respuesta clásica sería: para no repetir los errores del pasado. Y tiene razón el dicho, pero al tener más años yo, creo que una razón muy importante es llegar a saber cuándo las cosas cambian y realmente el pasado ya no sirve. El caso es que vivimos —para aprovechar una palabra muy vieja— la dialéctica del tiempo, y algunas veces el pasado sirve, o por lo menos sirve lo que sabemos del pasado, pero otras no, y lo importante de los estudios históricos es preparar al historiador y a sus estudiantes para entender cuándo

ha habido un cambio muy fuerte, cuándo ya las lecciones o las posibilidades del pasado no existen. Por ejemplo, en los Estados Unidos todavía hay muchos historiadores que parece que no entienden que el mundo cambia. Es curioso, porque estudian los cambios del pasado, pero no pueden reconocer su propio tiempo cuando puede haber cambios realmente profundos como en cualquier otro. Creo que hay muchos historiadores que no quieren reconocer que las posibilidades de los Estados Unidos ya no son las que eran, digamos, desde fines del siglo XIX hasta el final del XX. Esa época ya pasó, y no solo por el calendario: el mundo es diferente, el capital y las estructuras funcionan de manera diferente, en otras dimensiones y con otras posibilidades.

En cuanto a América Latina, todavía existen muchos historiadores como los hay en los Estados Unidos, que piensan que solo con quitar al presidente actual podemos regresar al mundo de los años 60 o, mejor, a los 30, al sueño de aquellos años. Historiadores progresistas piensan que prácticamente con un cambio ligero, podríamos volver a los buenos tiempos y eso me parece un sueño delirante.

Un historiador puede gritar mil veces contra el Tratado de Libre Comercio (TLC) como si lo pudiera abolir y regresar al México de 1982, una realidad condenada entonces por todo estudioso; pero se les olvida cuánto va cambiando su propia realidad. Muchas veces, historiadores excelentes entienden los cambios del pasado, sin reconocer que su propio tiempo también es histórico.

Creo que una buena lección de Historia —que probablemente solo los profesionales del oficio lleguen a entender— es que el tiempo actualmente sufre una serie de cambios, unos ligeros, pequeños, desviaciones de una línea; y otros realmente profundos, que no se pueden deshacer.

E. K.: *Hablando de América Latina en su conjunto, ¿cuáles serían algunos de esos grandes cambios históricos en los últimos cincuenta años que valdría la pena mencionar?*

J. W.: La Revolución cubana y, además, la conjunción de fuerzas, a principios de los 60, para que Cuba no tuviera que enfrentarse sola a los Estados Unidos. Ese fue un gran cambio para América Latina y hubo una serie de consecuencias muy fuertes, buenas y malas, según mi criterio, pero fue un viraje muy importante, un cambio profundo.

Otro ejemplo sin tantas consecuencias como las que tuvo la Revolución cubana, fue la desintegración del régimen mexicano, del Partido Revolucionario Institucional (PRI), o más bien, el priísmo. El sistema —que se había ido formando desde mediados de los 20, un corporativismo todavía más o menos improvisado en esos años, pero ya consciente a fines de los 30— siguió diferentes líneas políticas, pero perduró hasta los 80, y luego empezó a deshacerse. Esto tuvo efectos muy fuertes para toda la América; abrió posibilidades, de parte de los Estados Unidos, para influir aún más en América del Sur. A finales de los 80, en la época de Salinas, se produjo el último intento serio de reformar ese régimen desde dentro, para volver a hacer que México fuera un Estado más o menos efectivo, no tan fuerte como dicen muchos historiadores, pero sí más o menos un participante activo en la política general de América Latina. La desintegración, el derrumbe —y no por culpa, creo yo, de Salinas— del régimen independiente de México, desde 1995, ha sido otro cambio tremendo.

Pero más general es el comienzo de la nueva onda de globalización. El cambio internacional financiero-político, desde principios de los 70, cuando por el fracaso del arreglo financiero de posguerra (la Conferencia de Breton Woods, en 1944) y todas las consecuencias que han seguido desde entonces, han resultado un cambio muy profundo también en los

Estados Unidos, con muchos impactos para América Latina.

Otro caso a nivel mundial es el derrumbe de la Unión Soviética, que abrió algunas posibilidades, pero también cerró otras. Fue el fin de un gran Estado, de un gran poder, y tuvo un efecto muy importante en el subcontinente latinoamericano.

Volviendo a la cuestión de los historiadores de América Latina, un problema es la falta de capacidad para captar el entrelazamiento de los grandes cambios globales —financieros, políticos, etc.— y los de diversas partes del mundo, con los diferentes países latinoamericanos; es decir, la ausencia de una historia, por lo menos multinacional, de América Latina. Me gustaría, por ejemplo, si pudiera hacerlo, escribir una historia del capital en relación con la región, cómo la historia del capital desde la Segunda guerra mundial, ha cambiado su realidad, cómo ha cambiado la acumulación de capitales, cómo eso ha variado las estructuras, por cambios locales, dentro de América Latina.

E. K.: *¿Practican los historiadores alguna versión de la Historia nacional?, ¿cuáles son las ventajas y las desventajas, si es que hubiera algunas, de ese enfoque? Esto se explica, en parte, por las restricciones con las que se trabaja; pero, ¿qué se gana y qué se pierde con el enfoque nacional? ¿Sigue siendo relevante o lo es cada vez menos?*

J. W.: Hay ventajas y desventajas, y hay que llevar un balance, probablemente no de números rojos y negros todos los días, sino un avance según el período. Una ventaja es que una historia nacional es investigada y escrita por profesionales de oficio, informa a la inteligencia orgánica del país —de cualquier país— para la cuestión de educación de los jóvenes. Ellos deben aprender bien cuál es la historia del país donde viven, y cuál su cultura. Para empezar, hay que hacer esa historia bastante sencilla, poco a poco, y desde arriba, en el sentido del balance muy fino entre historiadores, comprometidos con la realidad, con la verdad histórica de esa cultura o de ese país. Desde ellos, otros pueden entender y practicar qué tanto se enseña a los niños. Una ventaja es que los seres humanos entienden su propia cultura. Y otra es tener una base para hacer dialogar, comparativamente, su propia historia con la de otros países, y para discutir con historiadores de otros países. Por ejemplo, yo creo que los especialistas en la historia de México, y en la de otros estados de América Latina, podrían aprender muchísimo al tomar algunas clases de los de Colombia. Es un país con mucha resonancia en ciertos aspectos, y grandes diferencias en otros. Sería bueno que, digamos, historiadores de Perú tomaran cursos sobre la historia de México, o de Brasil. Es un sueño ideal;

pero todos entenderían su propia historia mucho mejor al estudiar, en serio, la de otro lugar.

Las desventajas también son enormes, porque en la práctica, por falta de recursos, de visión, o cualquier otra razón, los especialistas solo trabajan en los archivos de su país, cuando más recurren a los de los Estados Unidos; muy pocos van a Inglaterra, tal vez a Francia. Concentran todas sus capacidades profesionales e intelectuales en una sola historia y no entienden nada del otro lado de la frontera. El problema es que un continente, o una región definida históricamente, como América Latina, constituye, primero, la parte mayor del imperio español, donde radica la Casa de Contratación de Sevilla o la Audiencia de Santo Domingo o la Capitanía de Guatemala. Todo eso está dentro de una monarquía compuesta, o sea, hecha por composición, como las haciendas en México o en otras partes. Por lo tanto, no se trata de estudiar cualquier jurisdicción del imperio —eclesiástica, fiscal, virreinal o militar— como si fuera una cuestión aislada; eso sería perder todo el sentido del tema. Entender la independencia solamente sobre la base de las luchas dentro del propio país, como muchos han presentado la historia de México, o la de Venezuela, es un error tremendo, porque eso sucede en medio de grandes guerras internacionales, de la Revolución francesa, las guerras napoleónicas, y todo el conflicto de posguerra entre Francia y Gran Bretaña, y con el nuevo poder, digamos, local: los Estados Unidos. Sin comprender esa lucha, que no es exterior, porque sus propios agentes están dentro de los países ex virreinos, no se comprende la historia de antes de 1810, ni la de la independencia. Pasando unos cincuenta años, ya entramos en la época de la formación del imperialismo, y esto no sucede en partes aisladas o desconectadas entre sí. El imperialismo es una relación, no solo entre una metrópoli y una parte subordinada, es un movimiento, una circulación de capitales, y no se entiende ni Londres, ni Nueva York, ni La Habana, ni México, ni Monterrey, ni otras partes, sin el resto. Es un sistema internacional y no se entiende pieza por pieza. La historia nacional tiene ventajas, y hay que seguirla estudiando y enseñando para que los niños aprendan la realidad de su propio entorno. Pero también existen desventajas que actualmente pesan más, por no estudiar y enseñar otra dimensión de la realidad, la historia internacional, el entorno mayor.

Este país [los Estados Unidos] es una maravilla de ignorancia. Ahora muchos piensan que Martín Luther King era un héroe de su época, aplaudido por todos, y que era un santo vivo. Pero no se dan cuenta que el propio gobierno abrigaba gente con intenciones de matarlo. Ahora todo el mundo cree que los Estados Unidos liberaron a Nelson Mandela de la cárcel, y liberaron a África del Sur, cuando lo cierto es que

estaban apoyando al régimen del apartheid en ese país. La falta de historia profesional sobre las realidades de la época deja a los niños ignorantes, y eso es un crimen.

E. K.: *Hablando de la historia nacional, creo que valdría la pena que comentaras sobre el papel del Estado en la historia de las naciones, en el fomento del estudio histórico, así como la relación entre Estado e historia nacional. También sobre las posibilidades del desarrollo de historias críticas, en el caso concreto de América Latina, donde históricamente han existido dificultades para el estudio profesional de la historia. Eso varía de país en país, pero creo que, en general, la profesión histórica carece del financiamiento, el apoyo, o la bendición, digamos, del Estado. ¿Eso es una gran barrera para el desarrollo de una historia crítica, o no?*

J. W.: Sí, exactamente. Aquí, en los Estados Unidos, el problema es que hay dos grandes dependencias, una muy local, porque el sistema de educación pública es por municipios y, en efecto, uno depende de las fuerzas vivas del distrito donde vive para medir los límites de lo que se puede enseñar. La otra dependencia es de las grandes empresas que fabrican libros de texto, y presionan a las legislaturas de los estados, y a las asociaciones profesionales, etc., para que compren sus libros. En América Latina, que yo sepa, todos los sistemas educativos públicos son del Estado; es decir, hay un sistema nacional del Ministerio de educación pública, y supongo que hay diferencias, modalidades, entre diversos estados, pero es un sistema nacional, y allí trabaja la gran mayoría de los historiadores profesionales, en universidades nacionales o públicas. Viven del presupuesto, o sea, del Estado, y es muy difícil. Existe una contradicción inevitable entre la historia científica, comprometida con la verdad, nada fácil de determinar. Cualquier historia verdadera tiene que ser siempre comprometida, pero a la vez tentativa, en el sentido de buscar la verdad. La historia seria, científica, tiene que ser crítica, y accesible para otros especialistas y, en cierto grado, al público. Aquí tenemos historiadores en el Instituto de Estudios Avanzados, en Princeton. Son excelentes, entre los mejores de cualquier parte, pero sus trabajos casi nadie del público los conoce, aunque tienen un efecto tremendo sobre los profesionales fuera del Instituto; más bien, tenían ese efecto, desgraciadamente ya no tanto. Una historia crítica en un sistema de educación pública, del Estado nacional, siempre ha de estar en conflicto, hasta cierto grado, y no digo conflicto necesariamente antagónico, aunque puede serlo también. Me parece que el papel, la misión, el oficio del historiador es hacer su historia, investigar y escribir para otros. El Estado tiene otros fines: defenderse de otros Estados que quieren perjudicarlo, defenderse contra mil problemas, y además, mantener cierto nivel de seguridad interna. Hay Estados que me parecen asquerosos, y otros

admirables, pero cualquiera de ellos va a tener su propia necesidad, que no es la de sus historiadores. Yo no veo la manera de esquivar esa contradicción, no puede haber armonía, quizás por suerte, pues tienen diferentes objetivos, diferentes líneas que seguir. Pero un historiador, si está comprometido con su historia, aunque vaya a la cárcel, tiene que continuar haciendo su trabajo histórico. Hay gobiernos que se han caído por sus malos tratos con los que buscan verdades. No entiendo cómo un Estado puede encarcelar a un historiador que está honestamente haciendo su trabajo, aunque tenga visiones diferentes. Claro que existen Estados terribles y hay que condenarlos, otros tienen, a veces, buenas razones para cortar una línea de trabajo: «esta verdad no la podemos admitir por el momento», porque al admitirla, sería, de hecho, promoverla por política, lo cual podría ser muy destructivo para la verdad misma. Cualquier comunidad, cualquier movimiento, tiene que cerrar filas en ciertos momentos de sumo peligro, pero siempre hay que distinguir si es peligro en serio, o solo un invento para justificar el cierre del asunto. Son conflictos inevitables. En esta vida no hay soluciones ni armonías fáciles.

E. K.: *Si entiendo bien, el historiador, en general, y en América Latina en particular, casi siempre depende del patrocinio del Estado, pero su misión es fundamentalmente diferente.*

J. W.: Exactamente, tiene que serlo. Si es historiador de profesión, y comprometido, su misión es diferente, su oficio no es participar en el dominio.

E. K.: *O sea, el Estado le pide, de una forma o de otra, historias que legitimen ciertas cosas, y al historiador le corresponde otro tipo de visión, por lo que el conflicto es frecuentemente inevitable.*

J. W.: Así es.

E. K.: *¿Y a pesar de esas limitaciones y esos conflictos, prospera una historia crítica en América Latina, o con frecuencia tiende a replegarse a los intereses del Estado?*

J. W.: Muchas veces, en efecto, los historiadores se han rendido al Estado, o peor, le rinden servicios directamente solo para subir en el escalafón propio. Aquí lo hacen también, más que al Estado, a aquellos que en realidad mandan. En América Latina existen diferentes Estados, hay unos que realmente son la mano dura, la mano oficial de empresas privadas; aquí normalmente la empresa privada no necesita la mano dura, funciona sencillamente sin tales presupuestos. Por ejemplo, antes, la publicación de obras científicas era responsabilidad de editoriales universitarias; en los últimos veinte, treinta años, ya que las universidades, privadas y estatales, siempre son más y más corporatizadas, cualquier departamento o división de la universidad, tiene que mostrar sus números en rojo y

negro, por lo menos una vez al mes; entonces si la casa editorial universitaria no gana dinero, tiene que dejar de publicar libros científicos, y publicar biografías o cosas de valor comercial, y muy poco valor científico, así es que aquí también hay mano, pero más suave e indirecta. Quisiera enfatizar un punto sobre este fenómeno en América Latina. Los historiadores más recientes piensan que los Estados en América Latina siempre han sido muy fuertes, y que todavía lo son; yo diría que no, que históricamente, sobre todo desde fines del siglo XIX, han sido relativamente débiles, en comparación, por ejemplo, con los Estados Unidos o con Europa, pero tienen fuerzas policíacas muy duras, y ejércitos para matar a su propia gente. Sin embargo, en cuanto a seguir políticas contra los grandes intereses privados del exterior, o del interior, o ambos entrelazados, como casi siempre están, son relativamente muy débiles. Un Estado débil vive de un mes al otro, su estabilidad política siempre está en peligro de presiones externas y de movidas internas, de grandes intereses privados. Ese Estado, obviamente, siempre está al margen de una crisis política, sobre todo en momentos de elecciones, entonces quiere una legitimación, una justificación por parte de los intelectuales más públicos, y siempre hay varios que se prestan a la publicidad para justificar sus políticas o el fin de las políticas. Hay historiadores que se ofrecen a eso, y a mi parecer, unos lo hacen para ganarse la vida, y otros son funcionarios disfrazados del régimen que ya han perdido el compromiso con la historia misma. En lugar de seguir el credo del historiador, adoptan el oficial del Estado para pintar la historia. A veces ni la conocen, pero siguen las que eran útiles para el Estado en el pasado, así es que hay mucha historia puramente patriótica, de gente que son sinceros en su trabajo, pero hay otros que sí la saben mejor, pero para quedar bien, para mostrarse brillantes, por cualquier motivo personal. Puede haber otros grandes historiadores que también por motivos de Estado, según ellos, se prestan a esas justificaciones, pierden su propio oficio para hacerse políticos y, en ese caso, tendrán que pagar en el otro mundo —que es el recuerdo que los otros historiadores van a tener de ellos— haber dejado su oficio para iniciarse en lo que, según ellos, era la gran política.

E. K.: *Hemos venido hablando del estudio de la historia nacional, de sus problemas y límites en América Latina, pero en tu caso, como en el de tantos otros, le has dedicado buena parte de tu vida al estudio de América Latina desde este país. Quizás podríamos hablar un poco sobre esa historia, el estudio histórico de América Latina en los Estados Unidos. ¿A qué responde, cómo se desarrolla, qué papel pueden tener, o tienen, los historiadores de los Estados Unidos en la historia, o para la historia, de América Latina?*

Cualquier historia verdadera tiene que ser siempre comprometida, pero tentativa también, en el sentido de buscar la verdad. Pero entonces la historia sería, científica, tiene que ser crítica, y tiene que estar accesible para otros historiadores y, en cierto grado, al público.

J. W.: Es una historia muy complicada y bastante reciente. Realmente se produce en dos tiempos. Empezó, más o menos, cuando la Guerra hispano-cubano-americana, en Texas, en California, por su pasado hispano; pero también en Harvard. El primer curso, que se llamó Historia de América Latina, lo dictó, en 1913, un historiador de España, siendo asistente, supongo que lo obligaron a dar una clase sobre América Latina. El segundo curso, un año o dos después, se llamaba La historia comercial de América Latina, muy interesante para mí. Así la historia de esta región, enseñada, investigada y escrita por profesionales norteamericanos, empieza en plena época del imperialismo. Pero se estudiaba el período virreinal, por el acceso a los archivos de Sevilla y de otras partes; porque los archivos nacionales no estaban en buenas condiciones en los años 20, 30, 40, para hacer esa clase de trabajo de investigación. Además eran poquísimos los historiadores; Harvard, por ejemplo, tenía uno solo. Yo creo que en las mejores universidades del país, Berkeley, Chicago, solo había uno; pero luego, cuando triunfó la Revolución cubana, entonces hubo mucho dinero destinado a preparar nuevos expertos en estudios latinoamericanos, incluso para apoyar estudios históricos de América Latina. Otros habían trabajado sobre la época postindependencia, de diferentes países, pero todavía eran muy pocos, entre ellos estaba yo. Casi toda la generación de los 60 ya se ha jubilado o pronto lo va a hacer. Pero desde más o menos los 70, cuando los primeros nuevos doctores en historia de América Latina empezaron a dar clases, ha habido una expansión tremenda de puestos, cátedras, profesores asistentes, etc. La cultura de esa parte de la profesión, de los «latinoamericanólogos», es muy especial. Ha habido muy pocos conservadores, gente que tomaba la historia del catolicismo en serio; pero sin teología de liberación, muy pocos. La norma era una juventud historiadora, experta en la historia de América Latina, si no del todo roja, por lo menos rosada, porque muchos habían entrado en este ramo de estudios por simpatías con Cuba, o con otros movimientos revolucionarios. Pensaban como jóvenes afectados por los movimientos sociales de aquí en los años 60 contra la guerra, a favor de los derechos de los negros, etcétera.

Se involucraron en estudios de América Latina pensando que allí iban a encontrar la revolución, que seguramente se produciría una más en otra parte. Había todo un optimismo de la izquierda intelectual, no muy preparada teóricamente, sin experiencia en luchas serias, pero era un izquierdismo, diríamos, vicario, de simpatías con esos movimientos. Se trataba de gente joven, progresista, se diría ahora. Todos habían leído a Gramsci, pero más bien al no comunista, al filósofo. No era un comunista encarcelado en Italia y muriéndose allí, sino un tipo de gabinete pensando sobre la hegemonía futura, los subalternos, etcétera.

Luego, de repente, por los años 80 y los 90, esos jóvenes —ya profesores, catedráticos, dando las mismas lecciones a sus propios estudiantes— vieron que se cae la Unión Soviética, y Cuba entra en grandes problemas. Muchos dejaron la política pública y pensaron: «mejor disfrazamos nuestra política, vamos a aprovechar otras palabras, como los nuevos estudios críticos de literatura, para hacernos posmodernistas», pero no tenían tampoco la preparación para entender los conceptos detrás del vocabulario, entonces solo adoptaron el vocabulario para hacer historias. Al final, se contentaron con una historia imaginada.

Ahora tenemos el caso de muchos jóvenes historiadores que, por ejemplo, no tienen la menor idea de qué fue el Frente Popular de los años 30, ni la Falange en España, ni en Chile, o qué era el sinarquismo de México, un movimiento muy fuerte y muy popular, a cuyas actitudes y discurso en relación con el Estado deben mucho, sin darse cuenta, los liberacionistas teológicos de los años 70 y los 80.

Ha habido, entre los historiadores norteamericanos de América Latina, demasiada historia deseada, en lugar de la que realmente ocurría. Hay estudios muy buenos —por ejemplo, sobre México—, excelentes dentro de sus límites, de jóvenes, en su época jóvenes, muy inteligentes, pero no aparece nada de lo que realmente era la base popular de determinado movimiento, ni el papel de la Iglesia o de otras fuerzas sociales. Ha habido una historia de mucho olvido y mucha añoranza.

E. K.: *Si entiendo bien, se puede hablar de un auge de la historiografía latinoamericanista en los Estados Unidos, pero que se explica dentro de un entorno propio muy particular.*

J. W.: Exacto.

E. K.: *Y por tanto, ¿crees que el impacto que ha tenido en la historiografía de América Latina es limitado? ¿Los historiadores de los Estados Unidos, a pesar de su número y del auge que ha habido, no han contribuido significativamente a eso?*

J. W.: Ha habido historiadores norteamericanos muy buenos, que sí han seguido una historia verdadera de los problemas más terribles, por ejemplo, de Colombia moderna. Creo que ellos han participado en una historiografía nueva y crítica de Colombia. Sobre México también me parece que ha habido historiadores de los Estados Unidos que sí han tenido un buen papel como participantes en la formación de la nueva historiografía del México moderno. Pero en cambio, muchos andan con delirios. Son gente razonable, inteligentes, pero andan perdidos, inventando historias y olvidando la real. Sobre los Andes, aparte de Colombia, también ha habido buenos, pero otros, realmente, no lo parecen.

E. K.: *¿Ha tenido esa producción histórica algún impacto fuerte —más allá de las excepciones— en la profesión histórica latinoamericana, o son caminos paralelos?*

J. W.: Creo que sí tiene impacto. Por ejemplo, toda aquella confusión que andan repartiendo ellos, del subalternismo, o de hegemonía cultural, etc., o lo que ahora se llama «la Agencia», o para indicar otro tema, varios han entrado en la cuestión de razas, o de racismos, o la historia de la población de ascendencia africana, tópico riquísimo en países como Cuba o Brasil, pero también en Colombia, Venezuela, Perú. El Cristo morado de Octubre, de Lima, es un tipo tremendo, pero aquellos historiadores, lo que hablan es de subalternos. Dicen que son afroperuanos, afrocolombianos, afromexicanos o afrocubanos, trasladando lo de afronorteamericanos. Llevan conceptos o categorías razonables, pero muchas veces ni siquiera tienen sentido aquí: son razonables en ciertas partes, en ciertos momentos, podrían tener razón en países de América Latina, pero, en general, el concepto está chueco, y deja más confusión que claridad. Creo que no son caminos paralelos, los de aquí van invitando gente de allá, o ellos mismos arreglan simposios, o conferencias, o imparten clases en América Latina; además, controlan, más o menos, las revistas profesionales. Y muchos jóvenes en América Latina dan por sentado que el concepto «subalterno» es un nuevo término científico y no hay que examinarlo, sino creer en él, tomarlo por dado, así sin examinar ni analizar qué quiere decir, y si vale la pena. En ese sentido, yo considero que la nueva historiografía latinoamericanista, en los Estados Unidos tiene una influencia directa allá, menos en el cono sur, porque ellos tienen su propia relación con la

historiografía de Europa, pero hay jóvenes argentinos que también se orientan por el Gramsci posmodernista.

E. K.: *Si las generaciones de los años 60 en adelante, cuando comienza el auge, el flujo de recursos para el estudio de América Latina en los Estados Unidos, resultan en su mayoría críticas, de alguna forma, con respecto a las políticas de este país en el subcontinente, ya sea en el caso cubano, el chileno o, más adelante, Centroamérica, ¿por qué continúa el auge y el apoyo del gobierno a la investigación, tomando en cuenta nuestra discusión anterior sobre la relación entre la historia y el Estado, sobre la asignación de recursos para la investigación? ¿Por qué continúa el auge del estudio de Latinoamérica en los Estados Unidos, si en general lo que se produce no es particularmente favorable, con excepciones, a las visiones oficialistas del gobierno de Washington?*

J. W.: La mayor parte de los jóvenes han sido críticos, más que nada, de los Estados y de las políticas latinoamericanas. No muchos estudian el imperialismo, que solo es parte del Estado, y este es más bien una función de los intereses del capital. Es muy difícil motivarlos a cuestiones relacionadas con el imperialismo; si lo tratan, lo consideran como dependencia de metrópolis-colonia, etc., que realmente no llega al fondo de la cuestión, que es el capital, según creo, y no solo yo. Siguen siendo críticos de las políticas de los Estados Unidos, pero sin interesarse en las movidas del capital; están listos para condenar las políticas del gobierno que, según mi criterio, deben ser criticadas, y muy duro, pero no buscan a qué se deben, ¿por malos presidentes o por los intereses que manejan la vida pública y esas políticas tan destructivas, tanto para los Estados Unidos como para América Latina?

Yo diría que la persistencia en las investigaciones sobre América Latina, se debe, en parte, al aumento de la población hispana en varios estados; por ejemplo, en California e Illinois hay mucha demanda, por parte de los jóvenes, de esos estudios. Existe una clase trabajadora que en los últimos veinte años, con la expansión de las universidades y de las escuelas públicas, que tiene hijos que pueden subir a los niveles altos de estudio y, más que antes, quieren estudiar a sus antepasados. Esa tendencia es una razón cultural para justificar el presupuesto. Pero también las universidades aquí tienen un papel extraño; los estudiantes son mucho menos rebeldes que antes, o por lo menos mantienen su rebeldía *in petto*, y entonces dar clases sobre América Latina es, según los que dirigen la Universidad, abrir la mentalidad estudiantil al gran mundo global. Es como para entrenarlos. Por lo menos en Harvard, y me imagino que en Stanford, tal vez en Chicago, Yale, etc., esos jóvenes serán los líderes de la próxima generación, y deben estar preparados para manejar el mundo, entonces es conveniente que tengan cierto conocimiento de Tailandia o de Indonesia, o de América Latina, para

prepararlos mejor para manejar el mundo del capital. En ese sentido, el latinoamericanismo que todavía sigue siendo promovido en diferentes departamentos es, en buena parte, una cuestión de lo que aquí se llama diversidad, pero es para entrenar mejor una nueva clase política, directiva, para el imperialismo del siglo XXI. También por eso quieren más estudiantes en estudios sobre Medio Oriente, China, etc., para dirigir el futuro de otros, aunque creo que eso no va a funcionar.

E. K.: *Entonces, de la misma manera que hay un interés, por varias razones, en los Estados Unidos, en que los jóvenes aprendan sobre América Latina y demás, imagino que se podría decir que es importante —quizás hoy más que nunca— que en América Latina se conozca más y mejor sobre la historia de los Estados Unidos, su política, su economía. Sabemos las dificultades —económicas, estructurales, burocráticas— que existen para que se realicen investigaciones en la mayoría de los países latinoamericanos sobre la historia de los Estados Unidos, que les afecta directamente. ¿Adónde se tornan entonces los jóvenes o los historiadores latinoamericanos? ¿Existe una literatura aquí, o es parte del problema?*

J. W.: Más bien existe en una parte, relativamente pequeña, de los nuevos historiadores de los Estados Unidos, pero creo que lo mejor es de la generación

que ya va envejeciendo. Gar Alperovitz y Gabriel Kolko pertenecían a la generación crítica, que ya no está de moda. La mayoría de los nuevos historiadores no hablan otro idioma, no son estudiantes de historia, sino de estudios norteamericanos, *American Studies*, y tienen una visión muy limitada del país, porque lo entienden solo en sus propios términos, como si fuera una historia nacional y nada más. Para que los jóvenes historiadores de América Latina aprendan algo serio de cómo es la historia de los Estados Unidos y cómo se explican en la actualidad los grandes cambios de los últimos años, creo que deben tener mucho cuidado con la historiografía que van a leer, porque es una historia inventada. De la historia real, hay buena historiografía norteamericana, y crítica, pero se requiere un análisis muy serio para encontrarla.

© TEMAS, 2008

Una aproximación a Pedro Juan Gutiérrez

Francisco López Sacha

Escritor.

A Laura y a Rafael Hernández,
por su amorosa insistencia.

La obra narrativa de Pedro Juan Gutiérrez tomó a la ciudad letrada por sorpresa. En primer término, porque volvía a sacudir el habla coloquial con una serie de libros muy concentrados en un mundo, estático, particular, situado en el centro y a veces en la periferia de La Habana, y donde realmente no se sentían las pulsiones históricas de la vida social, sino las internas de un espacio caótico, marginal, violento, desordenado y cruel. En segundo término, por su audacia, su manera de penetrar sin cortapisas en una zona casi desconocida y olvidada. De pronto comenzó a cifrarse un territorio para la literatura cuyos sentimientos y valores eran la cara opuesta —y oculta— del discurso mediático, según el cual habíamos crecido hasta convertirnos en el país más culto del hemisferio, sin pobreza, sin marginalidad. A diferencia de aquel polo ideal, subrayado a diario por la prensa y la televisión, el territorio literario de Pedro Juan Gutiérrez abría un corredor sombrío, casi alucinante, donde los personajes se movían por

intereses mezquinos, también por deseos sexuales y muchas veces por instintos de violencia y de supervivencia. No había en ellos la más remota idea de un modelo de conducta y ni siquiera la sombra de una ideología. Lo más notable, sin embargo, era que el narrador se aproximaba tanto al escenario que se contaminaba con sus voces y modos de actuar, y entonces se limitaba a acompañarlos, sin un criterio de juicio. Este punto de vista, muchas veces insólito, desprendía no obstante un estilo, una manera de persuadir y convencer, y una rara meditación en medio de una escenografía cuarteada, envejecida, sucia, donde vivían sus vidas estériles. Y todo eso al pasar, sin un telón de fondo, en un ir y venir por la calle San Lázaro, desde Prado hasta Belascoaín, o por la antigua Calzada de la Reina, o por Carlos III, en pleno corazón de la ciudad. Su alboroto y sus gritos soeces de balcón a balcón ya nada tenían que ver con los pífanos y las chirimías de La Habana de Alejo Carpentier. Era una Habana ignota, de múltiples velos y desgarraduras; la Habana de la timba y el rap, la cerveza a granel, el salpafuera vistoso y agresivo, los derrumbes, los solares,

las manadas de turistas y los bicitaxis. Quizás sin proponérselo, y no precisamente como un «paseante cándido», su autor cumplía de nuevo el criterio de Stendhal: «la novela es un espejo que se pasea por el camino. Si el camino está roto o tiene baches, la culpa no es de quien lleva el espejo, sino del camino, o en todo caso, del inspector de caminos».

En esta certidumbre, que parece anticuada, pero no lo es, no tratamos con la estética del realismo crítico, que pretendía convertir un foco o una anomalía en el centro de análisis de una comunidad, sino con la dispersión, la fuga de un centro genitor, de una línea o corriente principal que prevaleció por muchos años en nuestras letras, gracias a aquel conflicto entre la historia y el individuo, por donde pasaban todos los demás. Aquí, en esta aspereza cotidiana y sórdida, ese conflicto desaparece y deja margen a una interrogación.

Esta primera sorpresa se vio pronto reforzada por la intensidad, la crudeza y el desenfado de las voces narrativas en el discurso literario; también por un estatus de mundo cerrado, autónomo, cuyas conexiones con el otro aparecían bloqueadas. La fugacidad de cualquier descripción o suceso epocal demostraban ese aislamiento, ese contacto ambiguo entre el país del noticiero y el cúmulo de experiencias anodinas que remitían directamente a la vida real de esos personajes. Hasta entonces teníamos como pequeñas ventanas a ese mundo, pongamos por caso, la excelente novela de Carlos Montenegro, *Hombres sin mujer* (1938), donde el micromundo carcelario revelaba una violencia poco común, pero con la diferencia esencial de que aquel narrador sí juzgaba y trataba de demostrar una tesis, escondida en la resistencia y el refinamiento espiritual de su protagonista, quien, al final, es vencido, no por el morbo y la ausencia de mujer, sino por el amor. Para Montenegro, el medio era el causante de la desdicha humana y de los torcimientos de conducta de sus personajes. En el fondo, prevalecía una denuncia del sistema carcelario y de sus infrahumanas condiciones de vida. Me gustaría contrastar este libro con su homólogo más reciente, *Dichosos los que lloran* (2006) de Ángel Santiesteban, donde las condiciones del presidio común ya no son aquellas y, sin embargo, sus personajes se comportan igual. Su lectura nos deja la dolorosa impresión de lo poco que han cambiado esos personajes en el tránsito radical de un sistema a otro, como si en verdad vivieran en otra dimensión y fueran refractarios a los cambios sociales, culturales e históricos de un proceso revolucionario, algo que pasa por encima o por debajo de ellos y no interfiere con sus estructuras de poder, internas e inamovibles, sus códigos cerrados de silencio, sus hábitos de violencia contraídos en ese submundo y esa desesperada procacidad sexual que se atiene a esos modos de dominación. En ambos libros,

con una distancia literaria que va del realismo crítico a la posmodernidad, y una distancia histórica gigantesca entre el capitalismo subdesarrollado y el socialismo, sobresale ese código secreto, o código de códigos para el comportamiento humano que insinúa la existencia de un mundo cifrado, terco, incommovible, resistente a cambiar.

En la obra de Pedro Juan Gutiérrez tenemos, en cambio, la existencia de un nivel paralelo, un mundo que desconoce al otro y sin embargo convive con él, una experiencia vital y existencial de sectores dispersos que no viven la marginalidad como resultado del rechazo, el claustro o el encierro, sino que actúan en una especie de subcultura, favorecida en este caso por sus deplorables condiciones económicas. Ahora no estamos en presencia de pequeñas ventanas, abiertas de pronto a una singularidad, sino de espacios autónomos, parcelas y zonas de silencio que conviven en aparente armonía con el mundo de la corriente principal. De esta manera, los personajes nacen, se desarrollan y mueren desconociendo los valores del resto de la sociedad, o rechazándolos. Participan a veces de su corteza externa y de algunos de sus hábitos y obligaciones, pero lo hacen como un acto de simulación, un expediente que deben tramitar. Así, aquel mundo se les muestra hostil o, en todo caso, se convierte en un obstáculo. Esa extrañeza es la primera clave de su comportamiento, a pesar de vivir una experiencia histórica singular. Algo se había quebrado en estas vidas y en el magma social que no entraba en las aspiraciones ideológicas ni en el vasto programa educativo desarrollado hasta entonces. Un desconcierto, quizás, o un extraño mecanismo reproductivo que estaba latente, en espera de una oportunidad, activado por el *crack* que significó la caída del socialismo real mientras vivíamos, en el otro mundo, el proceso de rectificación, la escasez, el bloqueo y, más tarde, el Período especial. Un contraste cada vez mayor entre ese mundo y el otro, acentuado por el fin de un modelo de desarrollo y la súbita aparición de una carestía total. La Historia parecía detenerse en otro ciclo de crisis y resultaba ajena, o daba muestras de cansancio, cuando el mundo marginal ensanchaba sus límites y podía prescindir de ella para caracterizar su propio drama.

En este reino sórdido, procaz, invisible hasta entonces como una totalidad, sitúa Pedro Juan Gutiérrez sus más significativas ficciones. En ellas, las voces narrativas están condicionadas por la presencia física de ese territorio, un espacio brutal y degradado en el que apenas los personajes subsisten y donde no caben las meditaciones o las reflexiones previas a sus actos. El narrador se limita a contarlos con muy pocas introspecciones psicológicas, con muy pocas observaciones ajenas a los hechos. De ahí que sus novelas y relatos

muevan una incesante trama anecdótica, un cúmulo de peripecias que parecen sufrir la misma densidad ambulatoria de sus personajes. De improviso, la trama se llena de sucesos que no tienen una continuidad, sucesos abruptos, episódicos, que se abren y se cierran en sí mismos, sin una justificación causal. La primera impresión es que esos actos carecen de sentido temático, cuando, en el fondo, están hilando la trama invisible de un submundo desarticulado pero consecuente con los propósitos del autor. Trama y argumento se extienden a lo largo, como en las grandes novelas de espacio —*El lazarrillo de Tormes*, *Tom Jones*, *La conjura de los necios*—, hasta crear un mapa anecdótico que al ser visto después, en conjunto, dibuja un raro tapiz, la existencia miserable de seres sin proyecto, o sin destino, cuyos únicos resortes son, sin dudas, las ambiciones inmediatas de la supervivencia o la complacencia de sus apetitos sexuales. Esta manera de caracterizar tiene una intensidad creciente y acumulativa, en la que cada acto intensifica la naturaleza del personaje, y solo eso, pues sus reacciones, sus impulsos, sus deseos, no obedecen a un plan. Esta conducta se define en el existir, en el grado de dificultad de los obstáculos imprevistos, en el trazado sinuoso y ocasional que toman sus vidas. Aunque el orden de los sucesos se mantiene en perfecta sincronía, la serie de incidentes minúsculos asume una dirección aleatoria y crea un desorden por exceso que solo podrá ser comprendido cuando el propósito oculto del tema haga evidente su causalidad. Pedro Juan Gutiérrez narra hacia adelante sin dejar huellas ni marcas de sentido mientras cifra en el argumento, como al pasar, algunas reiteraciones, algunos actos recurrentes, que se convertirán en motivos y obsesiones para sus personajes. Así nace una línea temática de un acuerdo apenas visible entre esos motivos y lo hiperbólico, contingente y anodino de cada episodio. El relato transcurre en una fugacidad convencional, sin saltos ni mutaciones en el tiempo, pero adquiere una consistencia moviediza, turbia, en la que no es posible jerarquizar ningún hecho. Todos son importantes, y al mismo tiempo, dejan de serlo. La profusión de accidentes no altera la sustancia de los personajes puesto que cada uno de ellos carece de finalidad. Este rasgo de estilo, apoyado en el habla coloquial, en la sinceridad y la dureza de sus expresiones, y en una sintaxis sincopada, cortante, abrupta, condiciona un aparente desajuste entre el argumento, la trama y los detalles significativos en relación con el tema, que no aparece sino entretreído en esa misma materia viscosa, en esa opacidad existencial, la específica de ese mundo y esos personajes.

Trilogía sucia de La Habana (Anagrama, 1998) desarrolla un sentido catártico de este método literario gracias a las reiteraciones, los movimientos circulares del narrador, la violencia de los sucesos y la fijación de

un espacio literario que lo mismo ocupa una azotea, un cuarto, un edificio en ruinas, una calle, una barriada, un continuo deambular de un sitio a otro que viene siendo el mismo en la conciencia atormentada del protagonista. El libro no llega a ser una novela, sino la suma de tres colecciones de historias unidas por el hilo común del relato de autoría. A través de esa voz, que a veces pertenece al personaje y a veces se acerca al autor, las historias se bifurcan en viñetas, cuentos, relatos orales o narraciones que se asemejan al testimonio o a las formas de la literatura confesional. En todas, sin embargo, se siente la voz del autor muy cerca de la historia que está contando. De manera que hay un enorme *collage* en el cual la memoria, los detalles autobiográficos y los incidentes que ocurren fuera del ámbito del narrador se confunden en su veracidad con la ficción, es decir, lo que aún entendemos por ficción: el relato autónomo y cerrado en sí mismo que no deja traslucir sus fuentes y que puede vivir aislado, como una burbuja. Lo ficcional también amplía su radio de acción en este libro, hasta confundirse con esa especie de documento de primera mano, como lo hizo, de un modo más estilizado, la prosa de Ernest Hemingway, Henry Miller y Raymond Carver, escritores que se acercaron considerablemente al referente acústico del idioma, a la expresión cotidiana y rampante de una determinada experiencia real. En la propia tradición cubana hay antecedentes notables en Carlos Montenegro, Lino Novás Calvo, Virgilio Piñera y Guillermo Cabrera Infante, y realizaciones plenas en Reinaldo Arenas, Norberto Fuentes, Jesús Díaz, Eduardo Heras León, y en escritores más recientes como Guillermo Vidal y Reinaldo Montero. En todos, sin embargo, hay un intento de conciliación entre el habla popular o marginal y la escritura literaria, mientras que la poética de Pedro Juan Gutiérrez borra esas fronteras, seduce al narrador con las voces de los personajes y camina más hondo en esa búsqueda. Más allá de cualquier influencia, desde el costumbrismo vernáculo al relato intelectual, *Trilogía sucia de La Habana* está marcado por la corriente que se ha dado en llamar realismo sucio, que no es más que la exageración de los detalles veristas, y que por momentos nos recuerdan la exageración morbosa del naturalismo. Desde luego, Emile Zola y Alphonse Daudet todavía tenían que enmascarar las palabras precisas para describir lo sucio, lo brutal o lo violento de la vida. Después de las vanguardias, la libertad del escritor en este campo parece asegurada, y ya no tiene barreras ni límites impuestos por la moralidad y la política. Hoy la literatura vive en su certeza y puede asumir los rasgos del coloquio sin perder su condición de arte.

Esta es la lección consecuente que aplica con rigor y aun con tintes desafortunados Pedro Juan Gutiérrez.

Pedro Juan Gutiérrez no es un narrador exclusivamente factográfico, empeñado en contar lo sucio, lo desagradable, sino, ante todo, un expositor de ideas, camufladas y disimuladas bajo la superficie de un argumento episódico, un sórdido relato de aventuras.

Quizás por eso, y naturalmente por un interés temático, describe con mucha crudeza las relaciones eróticas, sexuales, los crímenes, la violencia del mundo marginal, y también la desesperación, la agonía de vivir en un circuito cerrado. Este caos de sensaciones y sentimientos en pugna, esta fría objetividad para narrar lo áspero, lo sucio, o el sinsentido amoral de estas vidas, están gobernados por la mirada existencial del narrador de este libro, quien vislumbra un absoluto desinterés de esos personajes por los problemas globales de la sociedad, y una absoluta concentración en ellos mismos. El personaje narrador tampoco escapa a ese juicio, o más bien a esa observación colateral; vive entre ellos y acepta sus puntos de vista, aunque no siempre los adopte. A veces se alarma, pero no transmite esa alarma, sino un permanente estado de angustia. Cuenta lo que ve, lo que hace o lo que escucha, y nada más.

La que había sido hasta ahora una clave para entender la narrativa cubana de la Revolución, la de la lucha y los conflictos del individuo y de los grupos sociales con la Historia, en *Trilogía sucia de La Habana* aparece disuelta; ya no es esa la clave de comprensión de un problema diferente, tan directo y acuciante como aquel, que permuta de lugar y se plantea entonces como un conflicto insalvable entre el individuo y la sociedad, el individuo y el medio, el individuo y su insatisfacción vital, en un rango que va desde la posesión de una libra de carne hasta la ausencia de un sentido para vivir. Su condición marginal lo acerca al absurdo, a la pelea desgastante por objetivos fugaces, mínimos, que una vez satisfechos vuelven a inquietarlo, en un ciclo de eterno retorno. La carencia de una dirección, el poco interés y la poca capacidad para establecerla lo convierte en un ser automarginado, indiferente a la circunstancia de su vida, insensible a la existencia misma.

Hablamos entonces de una narrativa neoexistencialista que muda de espacio social y no por ello pierde sus tesis del ser para la muerte y de la inutilidad de todo esfuerzo pues, de algún modo más oscuro, para los personajes de *Trilogía sucia de La Habana* y de *El rey de La Habana*, la vida también carece de sentido. Naturalmente, Antoine Roquentin o Mersault, los antihéroes clásicos del existencialismo francés, no padecen estas miserias, pero coinciden con los personajes de Pedro Juan Gutiérrez en su ríspido

contacto con el medio, en su rechazo a los proyectos de cambio, en su indiferencia a cualquier ideal. Podríamos pensar, incluso, que como los personajes ya citados no son técnicamente marginales —aunque lo son de conciencia— la distancia entre ellos y los creados por Pedro Juan Gutiérrez nos impide asociarlos. No. Su pensamiento y su conducta se asocian en el nivel de las ideas, en la actitud ante la sociedad. Tan existencialistas fueron las criaturas de Jean Paul Sartre y Albert Camus como los marginados de Jean Genet, el ladrón, el autor de *Milagro de la rosa* y *Querrela de Brest*, afinado como nadie en ese mundo y apasionado por lo infrahumano, la belleza sensual y el peso de la muerte.

Este criterio nos ayuda a comprender mejor esa dureza de estilo, esa frialdad en el retrato social; lo cual prueba que Pedro Juan Gutiérrez no es un narrador exclusivamente factográfico, empeñado en contar lo sucio, lo desagradable, sino, ante todo, un expositor de ideas, camufladas y disimuladas bajo la superficie de un argumento episódico, un sórdido relato de aventuras. El autor, el narrador, el personaje, están comprometidos con esa condición neoexistencial, con una serie de situaciones límites que desbordan cualquier explicación histórica y pueden estar ocurriendo ahora mismo en Santiago de Chile, Yakarta o Nueva York, dentro de un espacio similar, definido por la miseria y la incultura, o mejor, la subcultura. Para este mundo los registros críticos y las interpretaciones no se ajustan a los modelos convencionales del drama, puesto que los caracteres no tienen ninguna acción potencial oculta, a la manera del credo aristotélico. Los personajes actúan por impulsos, a veces por motivos insospechados. Hay un extraño movimiento impredecible en sus actos y una movilidad extrema, de un estado de tensión a otro, que hace imposible una definición precisa de la verdadera causa que los mueve. Estamos ante una incógnita dramática cuya explicación solo puede encontrarse en las condiciones externas a ellos. De ahí el énfasis en el entorno. Todavía *Trilogía sucia de La Habana* maneja ese criterio desde una voz autoral que recibe ese impacto y se resiste a establecer un juicio, porque hay relatos donde el autor intérprete no se compromete, y otros donde no encuentra explicación. En esa ambigüedad transcurre este libro, como en una

suerte de tanteo de un territorio inexplorado y no muy dúctil para la literatura.

En *El rey de La Habana*, que considero más importante y trascendente que el anterior, publicado por Anagrama en 1999, hay una novela de tesis, narrada en tercera persona con un discurso de autor. A primera vista parece una novela convencional, con un argumento y una finalidad. Sin embargo, lo novedoso, lo audaz, lo que a mi juicio crea un síntoma de estilo, e incluso de estilo único, es que esa finalidad es invisible en el argumento, opera como una corriente subterránea de sentido que nunca emerge a la superficie y tampoco se enuncia por el narrador ni por el personaje protagonista. Este es, desde luego, un principio antiquísimo del arte de narrar; pero, aplicado a la novela de espacio, funciona de una forma diferente en *El rey de La Habana*. En los modelos que la anteceden, de algún modo está presente un enunciado en la búsqueda de los personajes. Las aventuras picarescas de *El Lazarillo de Tormes* están presididas por el deseo de una cierta seguridad material y económica que Lázaro nunca puede alcanzar, eso le da finalidad al texto; en *Tom Jones*, el protagonista busca un estatus social más elevado, salir de su clase en la estratificada Inglaterra de fines del siglo XVII; en *La conjura de los necios*, el personaje central quiere romper la prisión que representa el sueño americano. En cambio, Reinaldo, el rey de La Habana, no busca nada, no es siquiera un pícaro. Actúa por un mecanismo simple de acción y reacción, por una motivación instintiva. De modo que su proyecto de vida es nulo, carece de él. Pero *El rey de La Habana* sí tiene un proyecto. Esta novela tiene la oculta finalidad de revelar ese mundo, de aislarlo como una burbuja, de demostrar la inutilidad y la fragilidad de su existencia. Mundo y espacio se confabulan y confunden en el incesante deambular del protagonista y en la voz particular de esa tercera persona. Hay un proceso de contaminación del narrador con las voces, los ruidos ambientes, las palabras obscenas, la dislalia cultural del argot barrioter, «Era la azotea más puerca de todo el solar» (cito de memoria), lo que le da una autenticidad extraordinaria a ese texto, una condición polifónica singularísima; incluso, aunque parezca paradójico, un desaforado lirismo. Eso contribuye a que los puentes, las transiciones episódicas, apenas se noten; sobre todo porque esa fusión tiende a borrarlas; es una fusión de equivalencias entre el sonido textual de la voz narrativa y lo narrado.

Se trata de un cambio de perspectiva. Hay una novela de espacio con todas las hipérbolos y truculencias de ese género, y hay un recorrido de destino del protagonista, sumamente cruel, que hace que *El rey de La Habana* no tenga un argumento típico dentro del modelo dramático narrativo. El argumento de esta obra es sumatorio y evanescente, una sucesión ambulatória

en la que cada suceso se aísla del otro, excepto una sutil reiteración, un encuentro entre dos personajes que será el foco emocional de esta novela. Como una consecuencia de la novela de espacio, este modelo de argumento es el de la *road movie*, cuyo primer ejemplo no es *Easy Rider* (1969), sino *Pierrot le Fou*, filmada en 1965 por Jean-Luc Godard, con la actuación maravillosa de Jean Paul Belmondo en el papel de Pedrito el Loco. En el fondo, ninguna gran novela tiene argumento. Las grandes novelas tienen un discurso en el cual se desarrolla una trama o simplemente una serie de acontecimientos con los cuales se cifra un orden de sentido. Lo que tienen las grandes novelas son grandes personajes.

El rey de La Habana tiene un gran personaje que, curiosamente, casi no decide, que no quiere ni sabe decidir. Las circunstancias empujan a Reinaldo a adoptar un tipo de vida. Su única decisión es ambular, caminar, estar aquí, allá, donde pueda comer, donde pueda ganarse unos pesos, donde pueda templar. Su recorrido alucinante muestra, de paso, un submundo tentacular concentrado en un barrio y extendido por toda la ciudad, que lo mismo existe en los sitios turísticos, en el puerto, en los solares, en el malecón, en las fábricas, en el cementerio, en los lugares más insospechados. La hidra marginal de cien cabezas ha penetrado hasta el fondo de la red urbana y se reconoce en sucesivos relámpagos, en acontecimientos minúsculos, en el exceso, el desorden, el caos. Así transcurre la trama de este libro y así termina. Sin embargo, después del encuentro con la vendedora de maní en un derruido edificio de la calle Reina, empieza a latir, por debajo, un poderosísimo argumento que es esa sucia historia de amor entre dos personajes marginales que se encuentran y se desencuentran, sin siquiera tener conciencia de que se aman. Eso es lo que me parece más profundo, doloroso y auténtico en este libro, más allá de las pequeñas anécdotas, del sistema anecdótico donde hay de todo: crímenes, suicidios, asaltos a tumbas, jineterismo, corrupción. La discontinua historia de amor es el cráter de la novela, el foco transitorio en la vida abúlica de un personaje cuyo único sentido es existir, buscando cómo vivir al día siguiente. Ese personaje, el Rey —cuyo atributo principal es una perlana de acero colocada en la punta del glande, con la cual, según el narrador, produce un intenso placer en las mujeres (y en los hombres)—, encuentra a otro, y en un edificio en ruinas comienzan a conocerse hasta que se dan cuenta, o mejor dicho, no se dan cuenta, de que se aman, y en esa contradicción, que nunca aflora por completo, comienzan a percibir un sentimiento que está por encima de esa destrucción y de ellos mismos. Pero en ese rumor se percibe una nota profunda, un toque levemente humano que es la cifra del arte, de la

emoción estética. *El rey de La Habana* se eleva, abandona los sucios traspatios de la marginalidad para descubrir una violencia amoratoria irresistible con aquellos sentimientos de terror que pedía Aristóteles y que debían conducir a la liberación de los miedos y a la comprensión y a la piedad.

El final de esta novela es espeluznante y al mismo tiempo muy coherente. Es uno de los grandes finales de la literatura cubana contemporánea. Es un momento de gran catarsis, cuando estos personajes se entregan a su desdicha y encuentran una satisfacción morbosa, incluso en la muerte. Esta historia se va a convertir en perdurable, justamente por el grado de profundidad en la creación de un carácter, por su tesis de un mundo vacío, por el lenguaje, el estilo y la mirada fría y hostil de esa Habana, no apta para cubanos ni para turistas.

Animal tropical (Anagrama, 2002; Letras Cubanas, 2004) es otro cambio; significa un enfoque diferente porque es contada con esa voz que el teórico norteamericano Wayne Booth ha llamado un narrador-agente, consciente de su papel como escritor.¹ La novela retoma, de un modo más estilizado y personal, el espacio concentrado de *Trilogía sucia...* y duplica el escenario en un contraste evidente entre Estocolmo y La Habana. El que cuenta es, aparentemente, Pedro Juan Gutiérrez, pero en realidad es un intermediario que se presenta como un escritor de ficciones y se dirige a sí mismo como Pedrito. La dualidad Pedrito/Pedro Juan guarda una simetría escandalosa entre autor y narrador, entre agente y paciente de la historia, un punto de vista adecuado para entrar y salir del argumento y establecer un contrapunto, por momentos cínico, entre esos dos mundos distantes y esas dos dimensiones del ser.

En esta perspectiva autoral, el narrador-agente emite criterios y opiniones, narra con una suspicacia extrema, juzga, bromea, se distancia del material narrado o se introduce en él. En su conciencia escindida de narrador y personaje, se convierte también en Pedrito (*Pierrot le Fou*) y se comporta en esa dimensión como un fetichista sexual, un exhibicionista. Puede ser, en estas ocasiones, un pícaro jacarandoso que duerme en la conciencia de Pedro Juan y se despierta a ratos, con una voracidad insaciable. En *Animal tropical* la fuerza del asunto y la trama del argumento residen en ese traspaso sensorial ante Agnetta o Gloria, los únicos caracteres femeninos de la novela, y por eso el sistema anecdótico es parco, comparado con sus libros anteriores; los sucesos se concentran en ese viaje de ida y vuelta, y la novela se despliega en situaciones contrapuntísticas dentro de dos medios opuestos: el mundo frío, metódico, de los países nórdicos, y el cálido, brutal, del arrabal habanero en esa misma época. Ese contrapunto le da un sentido a la exploración del personaje.

Si dijera que *Animal tropical* es una novela de amor, mentiría, y si dijera que es una novela erótica, también. Aunque el amor, el erotismo y la sexualidad —y hasta ciertas pinceladas escatológicas y pornográficas— forman parte indisoluble de la sustancia del argumento y ocupan numerosas escenas, esta es una novela de autor, reflexiva y autorreflexiva, que se vale del contrapunto amoroso para explorar dos dimensiones de la sensibilidad femenina situadas, por la cultura y la geografía, en una polaridad irreconciliable. Es más bien una aventura intelectual, psicológica y psicosocial que admite y rechaza su entorno; uno, por considerarlo demasiado severo, organizado, calculado y metódico —el de Suecia—, otro por considerarlo demasiado estridente, caótico, lenguaraz y promiscuo —el de Cuba. La serie de incidentes se mueve en una u otra dirección, en una especie de semicírculo, con una apertura insospechada en el desenlace. La situación climática anula los opuestos. La novela se decide en la fuga, en la transmutación de Pedrito en Pedro Juan, en el encuentro de un nuevo espacio de soledad y concentración —Guanabo—, donde debe culminar el libro antes anunciado y que es el mismo que estamos leyendo. Por lo visto, se trata de un juego de la ficción dentro de la ficción, que adopta el disfraz de un relato confesional.

Las confesiones del narrador-agente revelan su propósito y apuntan a una dirección principal, aun cuando en sus diálogos y meditaciones aparezcan, alguna que otra vez, sus opiniones sobre la literatura, la política, la identidad cubana o el machismo. El narrador está explorando, mientras lo vive, la naturaleza sexual en Gloria y en Agnetta, y llega a la conclusión de que hay una distancia insalvable entre ellas, provocada por una circunstancia social, cultural, económica, y naturalmente por fuerzas de la propia educación femenina que se manifiestan de un modo diferente en cada una. Agnetta es una puritana, con muchos siglos de represión familiar y religiosa detrás, a quien Pedrito/Pedro Juan le abre una puerta desconocida. Está llena de temores y límites ante el placer. Gloria, por al contrario, es una mujer sensual, altiva, independiente, católica, santera y espiritista, con un dominio abisal de su medio y de la naturaleza machista y masculina. Ambas representan polos antagónicos. La novela progresa en la indagación de esa curiosa dualidad. A medida que avanza en ese juego, en ese espacio *naïf*, en los relieves y deslumbres ingenuos que recuerdan el estilo de esa pintura, el personaje va entrando en su conciencia de escritor, para tratar de conocer las zonas oscuras de esa experiencia.

Esa oscuridad se ilumina, sobre todo, en el carácter de Gloria, el gran personaje de *Animal tropical*. Su destello vital, su goce, su manera de amar, muestran una identidad pujante, seductora, locuaz, morbosa, posesiva. Ella es el verdadero animal tropical, la hembra, la mujer

sutil, la mujer objeto, que sabe siempre complacer al macho, y lo complace. Gloria es un personaje redondo, pleno de matices y sorpresas. Su caracterización deja atrás al argumento mismo, lo sustituye y asume casi todo el material temático de la novela.

No obstante, en *Animal tropical* se mantiene una tesis que, como siempre, está oculta en la maleza anecdótica y en el desequilibrio intencional de la composición, en esa especie de rapsodia donde el sonido de los instrumentos tiene consonancias y disonancias alternas, tema y variación, fuga —fuga incesante del centro. La tesis de un mundo estático, cerrado, abierto por azar, tan particular y único como sus personajes. Este es un punto de vista que el escritor Pedro Juan Gutiérrez ha manifestado en algunas entrevistas y conferencias de prensa. La labor de su literatura es ir eliminando zonas de silencio, avanzando como por un túnel y abriendo nuevas expectativas al conocimiento y al arte narrativo; ir trayendo al texto literario mundos, experiencias y conflictos que no son habituales y discrepan de los criterios ortodoxos establecidos, aun de los criterios. Su estética, sin embargo, no es la del desconcierto o el escándalo. Nace de un conocimiento empírico de esas zonas y recodos ocultos de la sociedad y la naturaleza humanas, y de una voluntad de estilo, de un ambicioso proyecto de confabulación de las voces narrativas, la escritura y el habla coloquial, que funcionarían como un referente en su obra, y no como un objetivo. El objetivo es convertir en arte esa materia pesada, bruta, elemental, y destilar de ella un conocimiento superior y hasta una advertencia sobre la dispersión, el caos y la violencia.

Naturalmente, hay otros libros de importancia que conforman una saga, y que no tengo espacio para evaluar aquí. Me refiero a *Melancolía de los leones* (Ediciones Unión, 2002), *El insaciable hombre araña* (Anagrama, 2003), *Carne de perro* (Anagrama, 2004), *Nuestro G.G. en La Habana* (Anagrama, 2005; Ediciones Unión, 2006), *El nido de la serpiente* (Anagrama, 2006) y *Corazón mestizo* (Planeta, 2007), en los que reitera algunos de estos criterios estéticos, o se separa de ellos hacia una zona de lo fantástico, lo paródico y la ironía posmoderna. De algún modo, aquel ciclo anterior se está cerrando y no creo que Pedro Juan Gutiérrez vaya a repetir lo que ya logró con intensidad y fuerza.

Me aproximo a una obra inusual y lo hago de memoria, después de haber meditado durante años en su novedad, su audacia y su posible trascendencia. Me queda solo recordar aquella observación temible que pronunció Tennessee Williams a raíz del estreno de *Un tranvía llamado deseo* (1947), cuando le preguntaron por el sentido último de su obra: «Si no estamos alertas, los gorilas acabarán con todo».

Nota

1. Wayne Booth, *The Rhetoric of Fiction*, The University of Chicago Press, Chicago, 1973. Citado por Ricardo Repilado, *Tapiç de àngeles*, Ediciones Unión, La Habana, 2007.

© TEMAS, 2008

Estados Unidos: una mirada en tres libros

Julio Fernández Bulté

Profesor. Universidad de La Habana.

La Editorial Península publicó la traducción al español de *El precio de la lealtad. George W. Bush, la Casa Blanca y la educación de Paul O'Neill*, de Ron Suskind. La obra es un testimonio demoledor sobre la falsa e inescrupulosa política de Bush, recogida por el periodista Suskind, de los testimonios orales y documentales de Paul O'Neill, quien fuera Secretario del Tesoro en los Estados Unidos, bajo el mandato de Bush. Este puso en manos de Suskind centenares de documentos que eran la constancia oficial de sus funciones y decisiones en la Secretaría del Tesoro, así como un rico y extraordinario testimonio oral que lo caracterizan como un hombre que tenía por premisa la gestión pública, la lealtad, la fidelidad absoluta a la presidencia y a los altos intereses nacionales.

La primera batalla que tuvo que librar O'Neill junto a Suskind fue justamente que las informaciones del libro

no fueran consideradas delito, dado que se ponían a disposición del público documentos no desclasificados e informaciones muy confidenciales de reuniones y opiniones vertidas en la Casa Blanca, especialmente por el propio presidente. Si el texto se consideraba delictivo, podía ser decomisado y se hubiera perdido todo el esfuerzo realizado para su producción.

Aunque Bush no pudo lograr que se sancionara a O'Neill, lo despidió como Secretario del Tesoro. No podía soportar lo que ponía a la vista de todos este libro, que demostraba, entre otros muchos aplastantes datos, que toda la política de impuestos y de tasas de interés de Bush estaba divorciada de sus plataformas electorales, e incluso de las más sopesadas y prudentes opiniones de sus consejeros y colaboradores profesionales. Revelaba además, de modo irrefutable, que desde que se instaló en la Casa Blanca, había tenido el objetivo de agredir a Iraq y derrotar a Saddam Hussein, y que todo el montaje de las supuestas armas de exterminio masivo era pura engañifa para envolver y justificar su política agresiva cuyo propósito central era engordar las arcas de sus empresas y las de Dick Cheney. Dos hombres que mienten sin piedad y que

Ron Suskind, *El precio de la lealtad. George W. Bush, la Casa Blanca y la educación de Paul O'Neill*, Editorial Península, Barcelona, 2004; Daniel Patrick Moynihan, *Ensayo histórico sobre la Ley de las Naciones*, Grupo Editor Latinoamericano; Buenos Aires, 1994; Thomas L. Friedman, *Tradición vs. innovación. Buscar el equilibrio en la era de la globalización*, Atlántida, Buenos Aires, 1999.

este libro —como dice la presentación editorial— retrata despiadadamente.

Otro tanto ocurre con las revelaciones sobre las verdaderas posiciones del presidente norteamericano en relación con el calentamiento global y la suscripción del Tratado de Kyoto, lo que llevó a *The New York Times* a decir: «este libro demuestra, con profusión de detalles persuasivos, las corruptelas de la administración de George Bush y su noción del servicio público». Se relata con exactitud cómo, desde el 18 de diciembre de 2000, primer día de su mandato presidencial, se puso de manifiesto la falsedad de sus promesas electorales; su compromiso con las grandes empresas petroleras y su hipocresía, amén de su falta de escrúpulos, en todo lo relacionado con la protección del medio ambiente. El texto narra cómo empezaron los choques entre el presidente y su camarilla, de un lado, y la señora Christine Whitman, administradora de la Agencia de Protección Ambiental, de otro. Bush, rápidamente, se desmarcó de su programa electoral centrista y moderado y dejó ver su total desinterés por la suscripción del Protocolo de Kyoto; se vio claro su compromiso con los conservadores y ejecutivos del sector energético.

El autor relata minuciosamente las complejas relaciones de Christine Whitman con el equipo de conservadores de Bush y la ayuda que recibió de Paul O'Neill, hasta que, a mediados de marzo, en el despacho oval,

el presidente se sentó en el sillón orejero que hay junto a la chimenea y Whitman hizo lo propio en el filo del sofá color mostaza. Sonrió y empezó a hablar, sin más preámbulos, sobre la importancia de promover la cooperación internacional, sobre las cuestiones científicas que no podían ponerse en duda y sobre la credibilidad de los Estados Unidos. Bush la interrumpió en seco. «Christie, mi decisión está tomada». Tenía una carta preparada de antemano y le leyó unos fragmentos. El presidente se opondría a Kyoto [...] En cuanto a la promesa electoral de regularizar el dióxido de carbono en los Estados Unidos, ahora había cambiado de idea.

El libro lleva como título, justamente, *El precio de la lealtad...*, porque como dijo Bono en una conversación con Suskind: «O'Neill es asombrosamente leal —una cosa anticuada, en realidad— e inspira una gran lealtad a otros». Es precisamente esa noción de la lealtad que lo lleva a romper el juramento de fidelidad que lo unía al presidente, como Secretario del Tesoro; porque considera que su lealtad principal se la debe al pueblo norteamericano, a la nación y a los principios que informan su Constitución y lo mejor de su historia.

Este testimonio fue un rayo que rasgó el firmamento político de los Estados Unidos e hizo tambalearse al presidente Bush. El periódico español *El Mundo* expresó:

Es un demoledor cuadro del hombre más poderoso del planeta y los entresijos de su gobierno; un presidente aislado de sus colaboradores, de ideas fijas y al que no le importa el porqué de las políticas que adopta, incluida la guerra de Iraq, sino solo el cómo.

Para los cubanos no tiene sorpresas que nos dejen atónitos. Pero sí es portador de informaciones que confirman, datos reveladores, verdades irrefutables que ponen al desnudo la verdadera cara del gobierno que se hospeda en la Casa Blanca actualmente.

Otro texto que se acerca a los gobiernos estadounidenses es *Ensayo histórico sobre la Ley de las Naciones*, publicado por el Grupo Editor Latinoamericano. Su autor, Daniel Patrick Moynihan, comienza por comparar el sentido imperial en hombres como Woodrow Wilson y la quiebra ética y jurídica de la idea en los más recientes presidentes de los Estados Unidos —sin incluir el mandato del actual presidente, George W. Bush.

Wilson, a inicios del siglo xx, luchó denodadamente por lograr la formalización de la Liga de las Naciones y la incorporación de los Estados Unidos con un papel protagónico. Era parte de una batalla que había librado contra el Congreso, dominado por sectores conservadores, por imponer su idea de que el mundo tenía que regirse por la que entonces solían llamar «la ley de las naciones», es decir, el Derecho Internacional Público. Aquel presidente que odiaba todo imperialismo que no fuera el de su país, con la impronta de su formación académica, había luchado por evitar la guerra. No por casualidad había comenzado su administración eligiendo a William Jennings Bryan, reconocido pacifista, como Secretario de Estado.

Sin embargo, años más tarde, otro demócrata, Franklin Delano Roosevelt trataba de arrastrar al Congreso —y no enfrentarse a él como había hecho Wilson— tras la idea y la política de defender la presencia de los Estados Unidos en la nueva etapa de posguerra, con un papel dominante, hegemónico, pero también bajo el imperio de la ley internacional. Estos hombres defendían, sin ingenuidad y con todas sus fuerzas, la supremacía, no solo económica, sino ante todo política y moral de los Estados Unidos sobre el resto del planeta. Pero consideraban a los demás países como interlocutores con los cuales era preciso relacionarse en un nivel elemental de respeto y paz. De ahí el afán de subordinar a todas las naciones, incluidos los Estados Unidos, al imperio de las leyes internacionales, es decir, de las normas y principios del Derecho internacional, aunque, por supuesto, este expresara esencialmente los intereses imperiales.

Menos de cien años después, al iniciarse el siglo xxi, hemos sido testigos del advenimiento a la Casa Blanca de un presidente republicano que proclama y practica

el desprecio a la comunidad internacional y a sus más significativas instituciones. Para George W. Bush, la ley internacional carece de significado, no tiene que ser tomada en cuenta. Nuevo emperador apoyado exclusivamente en la fuerza y las condiciones inéditas de la actual globalización mundial, se burla incluso de sus aliados tradicionales y proclama decisiones que forman parte de una política agresiva, neofascista, fundamentalista y extraordinariamente peligrosa para los destinos de la humanidad.

En contraste con las dos obras anteriores, *Tradición vs. innovación. Buscar el equilibrio en la era de la globalización*, de Thomas L. Friedman, publicado por la Editorial Atlántida, es un libro virulento, totalmente empapado del pensamiento neoliberal. Constituye la interesante argumentación de un economista muy lúcido, que desde la acera del interés egoísta que anima al neoliberalismo, lo muestra como el inequívoco destino del planeta después de vencidos los años de lo que llama «la guerra fría», en parcial alusión al modelo keynesiano-fordista y, más aún, a los momentos de la bipolaridad política.

Friedman, profundo pensador y formulador de hipótesis y doctrinas, afirma que la «era actual de globalización no es solo diferente en grado; en muchas maneras importantes también es diferente en clase». Este hombre, que ha reflexionado como ningún otro tanque pensante en los Estados Unidos sobre la naturaleza, esencia y proyección del modelo neoliberal y la globalización que implica, dice sin ambages:

La idea rectora tras la globalización es el capitalismo del libre mercado; cuanto más se permita dominar las fuerzas del mercado y cuanto más se abra la economía al libre comercio y a la competencia, más eficiente y floreciente será la economía. La globalización implica la propagación del capitalismo de libre mercado a virtualmente todos los países del mundo. La globalización tiene también su propio

conjunto de reglas económicas, reglas que giran en torno de la apertura, desregulación y privatización de la economía.

El autor, que defiende apasionadamente el dominio de las frías y amorales reglas del capitalismo neoliberal, afirma con su característico desenfado:

La globalización tiene también su propio modelo demográfico: una rápida aceleración del movimiento de gente de las áreas rurales y estilos de vida agrícolas a las áreas urbanas y estilos de vida urbanos más íntimamente vinculados con la moda, la comida, los mercados y tendencias de diversiones globales.

Pero a fuerza de describir con toda sinceridad (su sinceridad) y crudeza el modelo político y económico que preconiza, confiesa tranquilamente:

Si la ansiedad característica de la Guerra fría era el temor a ser aniquilado por un enemigo que se conocía demasiado bien en una lucha mundial fija y estable, en la globalización la ansiedad característica es el temor al cambio rápido proveniente de un enemigo que no se ve, no se toca ni se siente; la sensación de que nuestro empleo, nuestra comunidad o lugar de trabajo puede ser cambiado en cualquier momento por fuerzas económicas y tecnológicas anónimas, que son cualquier cosa menos estables.

En alguna medida, estos tres libros tienen una cierta unidad orgánica al demostrar, desde ángulos y perspectivas de análisis y de reflexión diferentes, la naturaleza despiadada, cada vez más brutal y amoral del sistema que domina en los Estados Unidos y se impone, tanto en el plano político como económico, en gran parte de nuestro mundo.

Miradas cruzadas sobre política

Antonio Aja

Sociólogo. Centro de Estudios Demográficos, Universidad de La Habana.

Sin reflexión autocrítica las ciencias sociales cubanas no estarán en condiciones de reconocer y abordar las complejísticas tareas que se le presentan.

Mayra P. Espina

La política: miradas cruzadas, compilado por Emilio Duharte, agrupa textos de especialistas de origen cubano, con el aporte de un politólogo argentino, como resultado del Grupo de Teoría Política para las Ciencias Sociales y Económicas.¹

El primer elemento que pretendo resaltar es la conveniencia de una cosmovisión donde la política se ubica en las ciencias sociales, y comparte espacios cognoscitivos con otras ciencias como la filosofía, la sociología, la antropología, la historia y la psicología social. Los desafíos a los cuales se enfrentan el pensamiento y la acción social en el siglo XXI así lo demandan.

En el presente, se da continuidad —aunque no de forma idéntica— a un fenómeno que se viene manifestando con fuerza creciente en los últimos

Emilio Duharte, comp., *La política: miradas cruzadas*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2006.

cuarenta años: la tendencia a abarcar todas las áreas geográficas y grupos humanos, y a establecer diferencias entre estos. Algunos se convierten en miembros de pleno derecho en el nuevo orden global, mientras otros (la mayoría) quedan marginados. En la actualidad este es uno de los temas principales, debido a todas las contradicciones provocadas por el sistema capitalista a escala universal, como la diferencia entre inclusión y exclusión, el mercado y el Estado, la riqueza y la pobreza creciente, la Red y el Yo, lo global y lo local, la economía y el medio ambiente, la modernidad y la posmodernidad, el ciudadano nacional y el global y la globalización desde arriba y desde abajo.

Coincido en que lo social se ha complejizado, y al hacerlo se viene produciendo una dualización transversal en las sociedades, donde se presenta una integración selectiva de ciertos grupos sociales y no de otros. La globalización produce una tensión entre las posibilidades de generar un orden mundial más interconectado —con el cual los países contribuyen desde sus particularidades— y la desigualdad creciente en el acceso a ese mundo por las distintas sociedades. A nivel socioeconómico, se expresa en una creciente inequidad

de la estructura social; se produce una regresiva distribución del ingreso, que provoca mayor diferenciación y desigualdad.² La pobreza debilita el ejercicio de los derechos ciudadanos y la participación política y social, en un contexto donde se contraponen la tendencia a la búsqueda de una integración política y la exclusión social que genera el funcionamiento de la economía.

Cabe preguntarse si estamos ante una nueva etapa del capitalismo, con un carácter multinacional, de la cual la globalización es un rasgo intrínseco y que, en gran medida, tiende a vincularse con la llamada posmodernidad. Para Fredric Jameson,

Al mismo tiempo, por encima de todo eso, existen los juicios; se puede deplorar la globalización o encomiarla, de la misma manera que se acogen con beneplácito las nuevas libertades de la era y la perspectiva posmoderna, y en particular las nuevas revoluciones tecnológicas; por el contrario, se lamenta en tono elegíaco el fin de los esplendores de lo moderno: las glorias y posibilidades del modernismo en el arte, la supuesta desaparición de la historia como elemento fundamental en el que existen los seres humanos, y, no menos importante, el fin de un campo esencialmente moderno de lucha política en el cual las grandes ideologías aún gozaban de la fuerza y la autoridad de que disfrutaban las grandes religiones en épocas anteriores.³

Durante los últimos veinticinco o treinta años del siglo pasado, el diagnóstico más extendido sobre el estado de las ciencias sociales fue el de una situación de crisis teórica y epistemológica, entendiéndose por esta su imposibilidad para construir y compartir, en un consenso amplio, imágenes y modelos conceptuales que caracterizaran, explicaran y previeran el devenir de los sistemas sociales, su dinámica y el entrelazamiento causal de sus cambios. La crisis y desintegración de los modelos del socialismo real y la desaparición de la hasta entonces paradigmática URSS, significaron golpes medulares, aunque no definitivos, al pensamiento social de izquierda en el mundo; principalmente por la incapacidad que se generaba en el socialismo real para prever, analizar y presentar propuestas que superaran la acción de refrendar la actividad política.

En Cuba, con la llegada del segundo lustro de los años 70 y hasta más allá de los 80, el panorama de las ciencias sociales presentaba algunas de estas tendencias. A su favor, siempre estuvo la autenticidad de la propia Revolución cubana y de la historia del pensamiento político y social en la Isla.

De todas las formas de apropiación espiritual de la realidad, la conciencia política ha sido siempre la más importante a lo largo de nuestro desarrollo como pueblo. Las propias características de la historia cubana así lo han condicionado. Con más claridad que en muchos otros países, temas como el poder, la libertad y la revolución han constituido puntos nodales en torno a los cuales se han producido, imbricado

y definido las ideas religiosas, artísticas y filosóficas [...] Desde la política, se ha pensado el país, sus habitantes, las esencias mismas de la nación.⁴

No obstante, las interrelaciones de la economía y la política marcaron una etapa cuya esencia fue la subordinación del pensamiento de las ciencias sociales al momento político.

El clima de libertad creativa, típico de los 60, se debilita bajo la influencia de una política orientada a implantar el modelo soviético de relaciones en el campo cultural y científico. Las disciplinas sociales particulares quedaron sometidas a la filosofía marxista leninista —en su versión soviética dogmática, manualista, pragmática, exclusivista y empobrecedora, que aparecía como ámbito de teorización integrada de lo social— a un excesivo tutelaje ideológico, que cerraba los espacios de polémica.⁵

Los cambios operados en el mundo durante los años 90, la crisis y desaparición de los paradigmas estereotipados del desarrollo al socialismo, y la agudización de las contradicciones sociales de un capitalismo imperante, hegemónico y supuestamente sepulcrero de la historia, vendrían, sin embargo, a incentivar finalmente una nueva búsqueda en las ciencias sociales. El proceso de crisis y resistencia por el que atravesaría la sociedad cubana marcó a la vez el retorno a la evaluación, interpretación y acción independiente de la comunidad científica en esas áreas del conocimiento. Este proceso se venía gestando desde fines de los 80, cuando una mirada crítica y de ruptura con los esquemas y dogmas sobre la construcción del socialismo en la Isla y las importaciones y traslados acrílicos de la economía, la política y la ideología del socialismo real, van cubriendo los escenarios de la reflexión y el debate social en el país y, en particular, en los sectores intelectuales y académicos. Los espacios de la ciencia y la política, diferentes por definición y necesidad teórico-práctica, ocupan sus lugares mediante un movimiento de aproximaciones sucesivas, no exento de contradicciones. Es un proceso que transcurrido el primer lustro del siglo XXI, se mantiene indicando oportunidades y fortalezas, pero también debilidades y amenazas.

La política: miradas cruzadas se encuentra precisamente en el camino del debate, la búsqueda y la propuesta teórica en las ciencias sociales, con predominio en el campo de la ciencia política, del estudio de lo político, objeto que es cruzado por percepciones e intereses de diferentes grupos dentro de las ciencias sociales. Como afirma Jorge Hernández, uno de sus autores,

la política es, probablemente, la que mayor atención ha recibido de las ciencias sociales y la que cuenta con mayor antigüedad en su definición como objeto de la reflexión científica. Los ensayos que recoge este libro, responden a varias de las disciplinas que convergen en su estudio, la Ciencia Política, Antropología Política, la Sociología Política.⁶

Son acercamientos que, por encima de las diferencias entre las teorías y los conceptos de partida, comparten la perspectiva de que para comprender el comportamiento social del hombre, su relación con la sociedad global y con las demás esferas o subsistemas, es necesario entender antes el universo político. Reconocer la política como objeto del conocimiento social, a partir de que se trata de una *región de la totalidad social en la que son expresadas posiciones de poder, intereses económicos, relaciones y diferencias de clase, entramados de dominación, símbolos de autoridad, niveles de jerarquía y subordinación, prácticas de control y represión.*

Los siete ensayos que conforman el libro significan la materialización del esfuerzo por abordar simultáneamente, desde una multiplicidad de ángulos, las interrogantes científicas, en la comprensión de que desde una sola disciplina, obtendremos siempre respuestas parciales, que pueden ser una aproximación útil, pero incompleta a la solución del problema identificado. Me refiero a la acción teórico-metodológica que, indistintamente, ha recibido la denominación de enfoque interdisciplinario, multidisciplinario y, más recientemente, transdisciplinario. Sin embargo, esta última intenta desmarcarse del abordaje por sumatoria, por colaboración de disciplinas que, de todas formas, conservan su relativa autonomía, para proponer un enfoque donde se fundan los saberes, se desdibujan los límites y se diseñen procesos de investigación apropiados al problema de estudio y no a la metodología estrictamente disciplinar.

«Las Ciencias Políticas: relaciones interdisciplinarias», de Emilio Duharte, así como «Algunas reflexiones sobre la Ciencia Política y su objeto teórico y práctico», de Eduardo Jorge Arnoletto, responden a la problemática de una mirada inter, multi y transdisciplinar, al dejar puntos de vista e interrogantes en torno al debate de una disciplina llamada Ciencias Políticas desde la cual «posiblemente es como único podemos presentar toda la complejidad del análisis de los fenómenos y procesos políticos de la actualidad». Otros ensayos brindan miradas particulares e imprescindibles, al presentar temas como los vínculos entre la ciencia política y la sociología política —el de Jorge Hernández—, la pertinencia de una arqueología política dentro de la antropología política —también de Emilio Duharte—, la importancia del reconocimiento de los valores frente al realismo político y el lugar de la democracia entre los valores de la actividad política, desde una visión de la axiología política, en el de Edith González Palmira, entre otros. Los últimos artículos están vinculados con el tema del poder, la estetización de la política y la democratización de la ciencia. En este último caso, como bien se plantea, un problema básico en el proceso de democratización es el de la apropiación privada del

conocimiento. A quién pertenece lo que se produce. A quién sirve. Cuestión que se enlaza con otro problema de especial significación: el robo de cerebros y talentos en el mundo de hoy. Son campos desafiantes, donde las ciencias políticas tienen mucho que interpretar y decir, y que son abordados respectivamente por Mayra Sánchez Medina y Jorge Núñez Jover.

No puede dejarse de resaltar el mérito adicional de este libro, al proponernos la mirada, no necesariamente cruzada en este caso, del problema de la política, visto desde la academia de pensamiento social cubano y latinoamericano.

Finalmente, me permito sugerir, para próximas «miradas» al tema, incorporar críticamente el análisis del desarrollo de la ciencia política en los Estados Unidos; la perspectiva de las relaciones internacionales y una temática que se ha convertido en uno de los problemas globales: la migración internacional, donde los elementos de la política, entendida en la economía, el crecimiento y el desarrollo, la eliminación de la pobreza y las desigualdades que generan migración, las relaciones políticas a nivel internacional de los Estados y las políticas de migración de receptores y emisores, constituyen campo fértil y casi virgen para su análisis por la ciencia política.

Este título significa un esfuerzo por solucionar una insuficiencia bibliográfica dentro de la disciplina y cubrir una expectativa de los profesores que la imparten. Analiza críticamente una amplia gama de literatura sociopolítica, casi toda reflejando una percepción de «primer mundo» y, citando a los autores, aborda las problemáticas desde las posiciones del marxismo revolucionario, o sea, creador, y desde una perspectiva martiana y tercermundista, enfoque que es deficitario en la mayoría de las publicaciones que hoy se realizan en el mundo, referidas a esa rama del saber científico.

La amplitud de los autores muestra, sin dudas, el momento por el que pasa la producción científica sobre la Política en el país. El texto califica, predominantemente, como de consulta para aquellos que deben, les interesa, o ambas cosas, penetrar en los estudios de las teorías políticas, a partir de la mirada analítica de lo producido en Cuba. Es, a la vez, el resultado de algo mucho más importante y trascendente que los contenidos recogidos; me refiero al movimiento de las ideas, reflexiones y análisis críticos desde la política, por la comunidad científica y docente nacional, a posteriori del —hasta cierto punto— cataclismo político y social que significó la desaparición de los proyectos de construcción socialista de Europa oriental. Para aquel que, como parte de su formación académica en una carrera universitaria, debe cumplir con disciplinas y asignaturas que versan sobre la temática política, lo reseñado constituye un

texto primordial, sobre todo para iniciarlo en el interés de penetrar en cada una de las múltiples miradas que provoca.

La política: miradas cruzadas introduce en la literatura científico-social cubana el debate acerca de las relaciones interdisciplinarias en ciencias políticas. Y lo hace defendiendo el novedoso enfoque que postula que la Filosofía, la Ciencia, la Sociología, la Antropología, la Economía y la Teoría políticas, las Relaciones Internacionales, y otras disciplinas que estudian la política, no se deben seguir viendo como campos estancos. La perspectiva de análisis adecuada no sería enfatizar en sus diferencias e incomunicaciones, en la «división de territorios», sino aproximarse a su permeabilidad, a sus interacciones o integración, concentrarse en la *hibridación* entre ellas; o sea, en la recombinación de conocimientos de segmentos en nuevas esferas especializadas. A través de ellas, como un todo, es posible que se encuentre la esencia de la política. ¿Se podrá acceder a la explicación de los fenómenos y procesos políticos actuales examinándolos solamente desde aristas aisladas, desde perspectivas unilaterales sin el enfoque *interdisciplinar*? Es posible que se diga *intradisciplinar*, pues pudiera verse el asunto también como eso: una sola disciplina llamada *Ciencias Políticas*, desde la cual, posiblemente, es como único se puede presentar toda la complejidad del análisis de los fenómenos y procesos políticos de la actualidad.

Realizar, en definitiva, múltiples miradas cruzadas que permitan, finalmente, aportar a una ciencia política fundamentada en un pensamiento revolucionario sobre la propia política.

Notas

1. El Grupo de Teoría Política para las Ciencias Sociales y Económicas radica en el Departamento de Filosofía y Teoría Política para las Ciencias Sociales y Económicas de la Facultad de Filosofía, Historia y Sociología de la Universidad de La Habana.
2. Fernando Calderón, «La nueva cuestión social bajo la mirada del desarrollo humano», *Nueva Sociedad*, n. 166, Caracas, marzo-abril de 2000, p. 76-95.
3. Fredric Jameson, «Notas sobre la globalización como cuestión filosófica», *Criterios*, n. 33, La Habana, 2002. p. 43.
4. Jorge Luis Acanda González, «Una mirada sobre la ciencia política», *Temas*, n. 48, La Habana, octubre-diciembre de 2006, pp. 130-3.
5. *Ibidem*, p. 133.
6. Jorge Hernández Martínez, «El conocimiento sociológico y la sociología política», en *La política: miradas cruzadas*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2006, p. 70.

© TEMAS, 2008

Usmán Sembén: la voz de África

David González López

Investigador. Centro de Estudios sobre África y Medio Oriente.

En junio de 2007 falleció Usmán Sembén, paradigma de intelectual africano comprometido con su pueblo. Personalmente, tengo una deuda con él, pues su enorme figura se ha entrecruzado una y otra vez con mi vida profesional. Hace más de treinta años, mi primer texto publicado, el prólogo a su libro *Voltaïques* (*Voltaicas*), comenzaba del siguiente modo:

Pescador, albañil, mecánico, estibador, Usmán Sembén fue conociendo en carne propia, desde muy temprano, la explotación de la clase más humilde en el más expoliado de los continentes. Con el correr de los años se convertiría en una figura cimera de la intelectualidad africana, sin dejar olvidada en el camino la visión del mundo asimilada en sus orígenes.¹

Justamente eso me atraía en Sembén: su verticalidad política, en función de la cual pondría todo su talento en desarrollo, hasta el final de su vida. Conocí su obra porque tuve el privilegio de contarme entre los primeros estudiantes cubanos que disfrutamos de una serie de disciplinas y cursos novedosos surgidos al calor de las independencias africanas. Aún recuerdo el estremecimiento que me produjo la novela *Les bouts de*

bois de Dieu (*Los trozos de madera de Dios*),² la mejor prueba no solo de su capacidad para percibir la grandeza épica de un episodio (la huelga del ferrocarril Dakar-Niger de 1947-1948, que la historia metropolitana redujo a una escaramuza subversiva), sino también su destreza para trasmitirla al lector. Desde entonces seguí su obra que, sin dudas, fue la que me indujo a dedicarme al estudio de África, aunque al principio fuese solo en mis momentos libres.

En 1973, la Cuba revolucionaria se esforzaba por divulgar la creación literaria del entonces llamado Tercer mundo, en particular, África. Pero escaseaban los especialistas cubanos que la conocieran a fondo, y muy pocas de las grandes editoriales en lengua castellana se habían atrevido a hacer las traducciones al español. Tocó así a aquella pequeña primera generación de graduados, y a unos pocos destacados intelectuales cubanos que, como Rogelio Martínez Furé, de manera autodidacta ya habían acumulado un vasto conocimiento de dicha literatura, contribuir a la selección, traducción y prologación de cuentos, novelas, poesía, teatro, etc. En ese esfuerzo, Sembén ocupó un sitio merecido, pues

además de las dos obras mencionadas también se publicó su novela *Xala*, bajo el título de *El maleficio*.³ Disfrutaríamos, además, de sus películas, en salas de cine o en la televisión.

Sembén había nacido en 1923 en Ziguinchor.⁴ Luego de ser expulsado de la escuela a los 14 años, por devolver el puñetazo de un maestro, partió a buscar trabajo y posteriormente se alistó en el Ejército de la Francia Libre, y combatió en Europa en la Segunda guerra mundial. A su regreso, se incorporó activamente a la huelga del Dakar-Niger y, al quedar desempleado, viajó como polizón a Francia, en 1947. Siendo estibador en los muelles de Marsella ingresó en la Confédération Générale des Travailleurs (CGT) y, en 1950, en el Partido Comunista Francés. Pero el trabajo le lastimó irremediablemente la columna vertebral y, reubicado en una labor más cómoda, pudo formarse de manera autodidacta bajo la influencia de escritores progresistas como Richard Wright, John Dos Passos, Pablo Neruda, Ernest Hemingway, Nazim Hikmet, Claude McKay y Jacques Roumain. Pronto se le vio en manifestaciones contra las guerras coloniales y neocoloniales de Indochina, Corea y Argelia, y en protestas contra la ejecución de los esposos Rosenberg.⁵

En 1956 publicó su primera novela, que evoca sus experiencias en los muelles, *Le dockeur noir* (*El estibador negro*), seguida, al año siguiente, por *O pays, mon beau peuple!* (*¡Oh, país, mi bello pueblo!*) donde remeda sus días de casamancés combatiente en Europa. Pero fue en 1960, con la aparición de *Los trozos de madera de Dios*, que Sembén se aseguraría la inmortalidad como novelista. Este año regresa a su patria con el rango de escritor conocido y comenzó a recorrer el continente. Aunque seguiría escribiendo, porque —según confesó— prefería la literatura⁶ (y en efecto, en 1962 publicó *Voltaïcas*), muy pronto enfrentó el gran dilema del intelectual africano: el extendido analfabetismo, que entorpece su comunicación con las masas. Requería otro medio para llegar al público y optó por el cine, que le atraía desde que viera la victoria del corredor negro norteamericano Jesse Owens en los documentales nazis de las Olimpiadas de 1936 en Berlín.⁷ «Todo puede filmarse y llevarse a la más remota aldea del África», decía Sembén.⁸ Pretendía, además, romper los estereotipos africanos de Hollywood. «Basta ya de plumas y tambores»,⁹ dijo una vez. Estudió como becario en el Instituto Gorki de cine en Moscú, lo cual —observó Anthony O. Scott— convertiría a la URSS indirectamente en «la partera del cine africano moderno».¹⁰

De vuelta al África, se estrenó como cineasta con la realización, en 1963, de un breve documental encargado por el joven gobierno progresista de Modibo Keita, en Mali. Después formó su propia productora, con la

que dirigió tres cortos en blanco y negro, de bajo presupuesto: *Borom Sarret* (1963), primer filme autóctono africano, protagonizado por un paupérrimo carretero, que expone los contrastes de la riqueza y la pobreza en Dakar. Le valió el premio a la mejor *opera prima* del Festival de Cortos Cinematográficos de Tours;¹¹ *L'empire Songhai* (*El imperio Songhai*, 1963), especie de lección de historia ilustrada y, en 1964, *Niaye*, drama de 35 minutos sobre el escándalo en torno al embarazo extramatrimonial de una joven.

En 1964, mientras trabajaba simultáneamente en el cine y la literatura, publicó *L'Harmattan*, ubicado en un país imaginario durante el referendo de 1958 —rechazado solo por el electorado de Guinea, que pasó a proclamar la independencia—, en el que Francia ofrece a sus colonias africanas una nueva relación. *Vehi Ciosane ou blanche genèse* (*El giro*), deviene la primera obra donde Sembén comienza a combinar cine y literatura, al llevar a la pantalla, para las masas, obras literarias que antes publicó para la minoría alfabetizada.

Con esa intención, propuso a la Oficina Cinematográfica del Ministerio francés de la Cooperación un guión para su primer largometraje, basado en un cuento de *Voltaïcas*, «La Noire de...» («La negra de...»). Al leer la escueta noticia, en un diario francés de provincias, titulada «Negra nostálgica se suicida», se dispone a recrear la triste historia de una joven senegalesa engañada por un matrimonio francés para ir a laborar como semiesclava a la metrópoli. El guión fue rechazado y Sembén tuvo que realizar de manera independiente el filme,¹² estrenado en 1966 y laureado con el premio Jean Vigo del Festival de Cannes. El crítico francés George Sadoul comentó entonces: «Gracias a Sembén, el continente negro al fin tiene voz en la historia del mundo del cine».¹³ En efecto, *La negra de...* marcaría el inicio del cine africano moderno.

Pero aparece un nuevo dilema; este filme estaba en francés, idioma ajeno a buena parte de sus compatriotas. Dos años después, adapta al cine su cuento «Mandabi» («El giro»), hablada en uolof, primera cinta en una lengua africana. Introduce, además, el color en el cine africano y —más revolucionario aun— el equipo de realización fue 100% africano, con un elenco —al igual que en *La negra de...* y en los filmes siguientes— mayormente no profesional. *Mandabi* fue premiada en el Festival de Venecia, aunque estuvo seriamente amenazada por la censura debido al subido tono político del diálogo final entre el protagonista y el cartero, que incluye la frase «la honestidad es un crimen en Senegal».¹⁴ No obstante, Sembén ignoró los ataques de poderosas fuerzas del escenario político africano y francés y continuó denunciando en sus obras el oscurantismo, la ignorancia, la corrupción y el latrocinio.

El cortometraje *Taaw* (1970) —financiado por una institución educativa senegalesa y hablado en uolof—, cual epílogo de *Niaye*, muestra el esfuerzo de un desempleado por sostener económicamente a su novia embarazada y repudiada por su familia. En 1971, rodó *Emitai* (deidad del trueno en la cultura uolof), basada en un pasaje de tiempos de la Segunda guerra mundial, cuando el gobierno pro-fascista de Pétain, en Francia, ordena a sus soldados negros, comandados por un blanco, que obliguen a una aldea senegalesa a aportar jóvenes y arroz al esfuerzo de la guerra. Por negarse, la aldea es arrasada a pesar de la protección de sus deidades. La cinta estuvo prohibida en Francia durante cinco años.¹⁵

Sembén escribió, en 1973, la novela *Xala* («impotencia sexual temporal» en uolof) y la adaptó al cine al año siguiente. Para muchos, resultó su mejor película,¹⁶ aunque la censura le obligó a cortar once escenas.¹⁷ Al inicio, en el día de la independencia, personeros franceses entregan maletines llenos de dinero a los «nuevos ricos» y gobernantes locales. Luego, la dolencia del protagonista servirá de metáfora para la impotencia de la clase política.

A *Xala* siguió, en 1977, *Ceddo* («gente sencilla» en uolof), crítica al colonialismo y a las autoridades tradicionales que vendían esclavos a los europeos. Fue prohibida durante varios años por el gobierno senegalés.

De vuelta a la literatura, en 1981 Sembén publica *Le dernier de l'empire* (*El último del imperio*), obra satírica en dos tomos sobre las rivalidades políticas en el Senegal poscolonial, seguida por las noveletas *Niivam* y *Taaw* (1987), publicadas en un mismo volumen.

Se ha observado el vínculo temático e histórico entre *Ceddo*, *Emitai* y otra cinta posterior de Sembén, *Camp de Thiaroye* (*Campamento de Thiaroye*), de 1987; en particular, Scott señala que comparten las temáticas de «opresión clasista, colonialismo y racismo, y son, como toda la obra de Sembén, apasionadas denuncias a la injusticia y un implícito llamado a la acción».¹⁸ Se ubica al finalizar la Segunda guerra mundial, cuando muchos soldados negros del África francesa fueron concentrados en el «campamento de tránsito» de Thiaroye, próximo a Dakar, donde los abusos de la oficialidad francesa y la negativa a pagarles sus salarios los inducen a una protesta que fue brutalmente reprimida. La cinta, premiada en el Festival de Venecia, se relaciona con *Emitai* cuando uno de los soldados acantonados se entera de la destrucción de su aldea, años atrás, por la tropa colonial.

Después, filmó *Guelwaar* (1992), cinta de compleja estructura en la que se irá aclarando poco a poco la real naturaleza y las circunstancias de muerte de un activista cuyo entierro, por error, en un cementerio musulmán, desatará un conflicto interconfesional cuyas aristas ridiculizables serán explotadas a fondo por el director.

En 2000, se estrenó *Faat-Kine*, tragicomedia —como tantas otras películas de Sembén—, en la que una mujer —que pudiera, de nuevo, dar continuidad a *Niaye* por ser una madre soltera cuarentona—, desafía todos los prejuicios y sale adelante. Respecto a *Faat-Kine* y *Guelwaar*, Scott destaca sobre todo la capacidad del realizador para usar «la empatía y el sentido del detalle que lo caracterizan» y así evadir el melodrama.¹⁹

En 2004, un Sembén ya octogenario nos sorprende con la cinta *Moolaadé* («santuario» en uolof), para unos su «obra de arte otoñal»,²⁰ y para otros «la más grande película de una carrera que abarca cuatro décadas»,²¹ y que le valió un nuevo premio en Cannes. Su escenario es «una pequeña aldea agrícola, plena de dominio patriarcal y fundamentalismo islámico»,²² donde cuatro niñas se asilan en casa de una aldeana opuesta a la circuncisión femenina para evadir el doloroso ritual. *Moolaadé* debió ser la segunda (tras *Faat-Kine*) de una trilogía sobre el «heroísmo en la vida cotidiana», inconclusa por su muerte en 2007.

Salta a la vista que entre «los de arriba» y «los de abajo», Sembén optó inequívocamente por los últimos. Es por ello que sus obras, aun al criticar costumbres populares de viejo arraigo, gozan de amplia aceptación y son «reverenciadas en África»,²³ aunque a menudo «enfrentan problemas tanto con las autoridades francesas como con las senegalesas».²⁴ El mundo intelectual lo reconoce como el padre del cine africano, un singular creador con el cual los directores noveles tendrán que medirse. Algunos dicen que halló «la voz del África»,²⁵ otros que fue «la fuerza más significativa en la historia del cine africano»; «el mayor de los mayores, alguien cuya pasión y cuyo compromiso con el cambio social han inspirado a los realizadores cinematográficos y enfurecido tanto a los gobiernos europeos como a los de casa».²⁶

Es que en la estética y la política, en la teoría y la praxis, Sembén estaba en las antípodas de figuras como Leopold Sédar Senghor y su movimiento de la negritud, que tiende a «embellecer» el pasado africano precolonial. Lejos de fantasear con él, Sembén (autodidacta y no dotado, como Senghor, de una educación elitista en Francia) sometía a crítica sus aspectos retrógrados²⁷ y lo que consideraba tendencias «asimilacionistas» de los propugnadores de la negritud.²⁸ En una entrevista dijo:

La fase actual es la más peligrosa para el continente. La esclavitud fue bendecida por la Iglesia y aceptada por los europeos. Podemos hallarlo en la Biblia, el Corán y hasta en el Talmud. Con la colonización, fue Europa la que dividió al África por sus riquezas. En los siglos XVIII y XIX, los europeos se volvieron a poner varias veces de acuerdo para repartirse África [...] Ahora Europa se está uniendo, reagrupando. La misma Europa que nos dividió; la misma Francia que, en 1789, habló de libertad, de derechos humanos, para ellos, pero no para los africanos, siguieron

practicando la esclavitud y después la colonización. La globalización no es tal. De nuevo nos vemos exprimidos para extraer nuestras riquezas primarias que Europa desea. Somos, una vez más, objeto de las batallas. Lo que se piensa hoy en África es aun más preocupante. Desde 1960, los africanos han matado más africanos que en cien años de esclavitud y colonización. Ahora se habla de globalización, y basta con mirar apenas nuestra zona llamada «francófono». Nuestros líderes, diría que casi todos ellos, tienen casas en Europa, listos para retirarse a Europa al surgir el menor problema en su país. No tenemos que ver con la globalización, no vamos siquiera a remolque. El problema es más mental que económico.²⁹

Sembén creía que «los africanos tendrían su liberación verdadera cuando arrojaran los modelos europeos y descubrieran sus versiones autóctonas de la modernidad». Con ese fin, toda su obra clama por la renovación cultural que, a su juicio, «ha de preceder a la transformación social y económica».³⁰ Muchos asocian su figura a la del *griot* de la sociedad tradicional.³¹ Para contribuir a ese empeño, diseñó un estilo cinematográfico «populista, didáctico y a veces propagandístico, a la vez moderno en sus técnicas y accesible, al menos en principio, a todos».³² Y como sus obras tratan asuntos de la gente sencilla y están revestidas tanto de populismo como de universalismo, pueden gozar de excelente recepción local al tiempo que «para un espectador no africano, rara vez se le ve como exótico o extraño».³³ Sobre su visión del mundo y la forma de trasmitirla, se ha dicho que Sembén

sintetiza temas indígenas y marxistas en un llamado perfectamente combinado por la justicia social; es único en su habilidad de contar la historia de los africanos tal como ellos mismos la contarían. Así, es firme en su visión de esa realidad. No le basta con formular mensajes didácticos sobre la revolución social: pugna por mostrar los límites de la sociedad tradicional, si bien los elementos colectivos y solidarios de ese mundo tendrán que ser reapropiados sobre nuevas bases.³⁴

Desde *El estibador negro* hasta *Taan*; desde *La negra de...* hasta *Moolaadé*, la obra de Sembén exhibe varias características constantes. Primero, el modo en que ha «seguido siendo coherente con respecto a su propia visión progresista de un África nueva»;³⁵ también el recurrir a sus propias vivencias y observaciones (por ejemplo, su profundo conocimiento de la mentalidad de los militares progresistas),³⁶ la defensa a ultranza de la mujer y en general de «los de abajo», la crítica del colonialismo y de las manifestaciones neocolonialistas y oscurantistas, y las crisis de identidad de los personajes como otras tantas metáforas de disfunción social.

En cuanto a la forma, llaman la atención la «combinación de técnicas narrativas realistas con elementos de la forma tradicional africana de hacer cuentos»,³⁷ el atemperamiento de escenas dolorosas con el humor³⁸ y la evitación a toda costa del

melodrama. De otro lado habría que mencionar la presencia de actores no profesionales, el diálogo en varias lenguas africanas,³⁹ y la filmación en locaciones reales, como algunos de los procedimientos de Sembén que más cátedra sentaron en África. También merecen mención los numerosos «guiños» que nos hace el realizador, como sus breves pero significativas actuaciones en sus filmes. En *El giro*, tras el buró del empleado, vemos un afiche con la imagen de Che Guevara que aquel mismo año —1968— recorría, como icono mayor, las barricadas estudiantiles en París y otras ciudades del mundo.

Por otra parte, se ha apuntado que en las obras de Sembén no se ha de buscar finales felices.⁴⁰ Lo que hallamos es un inicio de anagnórisis que conduce a una orgullosa «nota de resistencia pasiva frente a la derrota palpable».⁴¹ Pero también se percibe el modo en que «personas comunes verbalizan extraordinarias esperanzas de un mundo mejor, utilizando un lenguaje llano pero poético».⁴² Sin embargo, más allá, Sembén siempre nos muestra un África de «aquí» y «ahora», jamás una atemporal; de ahí su profundo realismo. Años atrás, recién exhibido *El giro* en un poblado de Camerún, un policía le preguntó sobre el origen de la historia. Cuando Sembén le confesó que la había inventado, el policía le respondió, extrañado: «¡Pero si eso mismo me ocurrió a mí!».⁴³

Para concluir, vuelvo a mi prólogo de 1976, que terminaba con una referencia a su cuento «Comunidad», de *Voltaicas*, donde los gatos proponen a los ratones una «integración fraterna», apenas veladamente alegórica a la que, en 1958, la metrópoli plantea a sus súbditos africanos. Decía yo entonces algo que seguiría caracterizando al destacado intelectual, a pesar de los avatares y cataclismos planetarios, treinta años después: «Y es que, cuando escribe o cuando filma, Sembén siempre se ubica en los problemas de su época, y del lado de los que saben hasta qué punto es utópica una comunidad de gatos y ratones».⁴⁴

Notas

1. David González López, «Prefacio», en Usmán Sembén, *Voltaicas*, Arte y Literatura, La Habana, 1976, p. 7.
2. Usmán Sembén, *Los trozos de madera de Dios*, Arte y Literatura, La Habana, 1975.
3. Usmán Sembén, *El maleficio*, Arte y Literatura, La Habana, 1989.
4. Capital de la Casamansa, rica pero conflictiva región del sur de Senegal, integrada durante siglos a la Guinea portuguesa hasta la rectificación de fronteras que, en el siglo XIX, la traspasó a Francia, y conmovida en los años de independencia por movimientos secesionistas.
5. www.marxmail.org/OUSMANE_SEMBENE.htm.

David González López

6. Dennis McLellan, «Ousmane Sembène, 84; Senegalese Hailed as “The Father of African Film”», *Los Angeles Times*, Los Ángeles, 14 de junio de 2007.
7. Anthony O. Scott, «Ousmane Sembène, 84, Dies; Led Cinema’s Advance in Africa», *The New York Times*, Nueva York, 11 de junio de 2007.
8. Anthony O. Scott, «Ousmane Sembène: A Filmmaker Who Found Africa’s Voice», *The New York Times*, Nueva York, 12 de junio de 2007.
9. Dennis McLellan, ob. cit.
10. Anthony O. Scott, «Ousmane Sembène: A Filmmaker...», ob. cit.
11. Dennis McLellan, ob. cit.
12. Anthony O. Scott, «Ousmane Sembène, 84, Dies...», ob. cit.
13. Dennis McLellan, ob. cit.
14. Ídem.
15. Anthony O. Scott, «Ousmane Sembène: A Filmmaker...», ob. cit.
16. Ídem.
17. www.columbia.edu/~lnp3/mydocs/culture/Xala.htm
18. Anthony O. Scott, «Ousmane Sembène, 84, Dies...», ob. cit.
19. Ídem.
20. Dennis McLellan, ob. cit.
21. www.columbia.edu/~lnp3/mydocs/culture/Ousmane_Sembene.htm.
22. Ídem.
23. www.columbia.edu/~lnp3/mydocs/culture/Xala.htm.
24. A. O. Scott, «Ousmane Sembène, 84, Dies...», ob. cit.
25. Ídem.
26. Dennis McLellan, ob. cit.
27. www.columbia.edu/~lnp3/mydocs/culture/Xala.htm.
28. Anthony O. Scott, «Ousmane Sembène, 84, Dies...», ob. cit.
29. www.marxmail.org/OUSMANE_SEMBENE.htm.
30. Anthony O. Scott, «Ousmane Sembène, 84, Dies...», ob. cit.
31. www.columbia.edu/~lnp3/mydocs/culture/Ousmane_Sembene.htm; Anthony O. Scott, «Ousmane Sembène, 84, Dies...», ob. cit.
32. Anthony O. Scott, «Ousmane Sembène: A Filmmaker...», ob. cit.
33. Ídem.
34. Anthony O. Scott, «Ousmane Sembène, 84, Dies...», ob. cit.
35. www.columbia.edu/~lnp3/mydocs/culture/Ousmane_Sembene.htm.
36. Ídem.
37. Anthony O. Scott, «Ousmane Sembène: A Filmmaker...», ob. cit.
38. Anthony O. Scott, «Ousmane Sembène, 84, Dies...», ob. cit.
39. Anthony O. Scott, «Ousmane Sembène: A Filmmaker...», ob. cit.
40. www.columbia.edu/~lnp3/mydocs/culture/Xala.htm.
41. <http://louisproyect.wordpress.com/2006/10/13/black-girl/Black-Girl>.
42. www.columbia.edu/~lnp3/mydocs/culture/Ousmane_Sembene.htm.
43. Anthony O. Scott, «Ousmane Sembène: A Filmmaker...», ob. cit.
44. David González López, ob. cit., p. 18.

© TEMAS, 2008